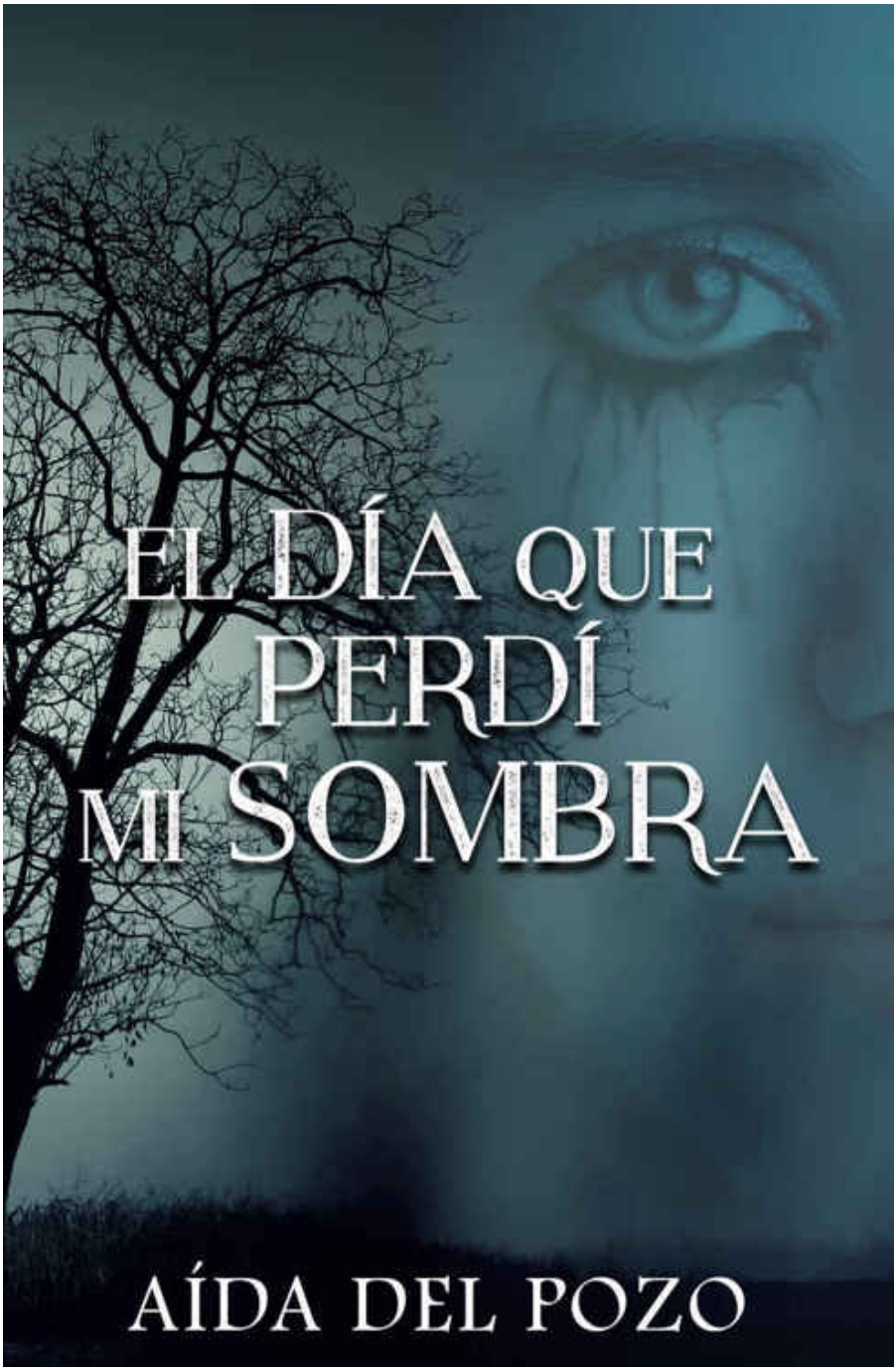
EL DÍA QUE PERDÍ MI SOMBRA

AÍDA DEL POZO



EL DÍA

QUE PERDÍ

MI SOMBRA

Aída del Pozo

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El día que perdí mi sombra*

© Enero 2016 María Aída del Pozo Aceves

Nº de Registro: 16/2013/6978

Diseño de portada: *Sol Taylor*

Maquetación y edición: *Trabajobbie*

***

En ocasiones, determinados acontecimientos marcan nuestra vida para siempre.

No voy a entrar en los que han marcado la mía ni en los hechos y circunstancias que

han sido causa de que sea quien y como soy, pero sí voy a hablar de una persona que significa mucho para mí: mi amiga Pilar.

En ella he encontrado un especial apoyo, sobre todo en los últimos meses, los

más difíciles y complicados de mi vida. Y además, aunque suene mal decirlo, para

regocijo de mi ego, se ha convertido en una admiradora incondicional de mis novelas y me ha animado cada día a que siga escribiendo. Narrar historias, en una

etapa especialmente abrupta de mi vida supuso una terapia para la curación de mi alma, dañada por un encadenamiento de sucesos muy dolorosos, que no vienen al caso en este momento y con los que no tengo intención, por otro lado, de aburrirles.

Todo lo acontecido es ya agua pasada y mi molino ya no se mueve con ella.

Pilar es mucho más que una amiga y tengo la certeza de que no ignora este hecho. En mi anterior novela así se lo dije, cuando se la dediqué en primer lugar,

junto al resto de mis amigas incondicionales. Ella es una segunda madre para mí y

aprovecho esta ocasión para reiterar la enorme suerte que tuve cuando el destino la

puso en mi camino. Ambas hemos vivido, la mayoría de las veces sin siquiera saberlo, muchas historias juntas. La última ha supuesto para ambas todo un descubrimiento: la escritura de novelas por fascículos, hecho este que nos ha llevado a mantener animadas conversaciones a través del correo electrónico y del

teléfono dado que, para mi desgracia, hace tiempo que la tengo lejos. Imagino que

conservará mis *e-mails* en su bandeja de correo con capítulos de mi anterior novela y ahora con los de esta.

Así, el esqueleto y el primer borrador de esta obra se han construido en parte,

gracias a ella. Mis envíos solicitando su opinión y sus comentarios animándome a

seguir mandando capítulos de mi anterior libro, hicieron que ambas nos

aficionásemos a las novelas por entregas, como ella definió mi peculiar método creativo. Mi meta, al pulsar “enviar”, siempre fue su crítica positiva. Confiaba en su criterio y cambiaba aquello que me indicaba. Sus ánimos y sus sugerencias, llenos

de afecto y emotividad, me alentaban a esforzarme cada vez más para que lo que escribía fuera recibido por ella con entusiasmo. “Me haces la mañana más

llevadera”, me decía cada vez que le hacía llegar su fascículo diario.

Hoy, veinticinco de agosto, termino esta novela y, aprovechando que mi

querida Pilar se jubila, le dedico esta novela como homenaje por ser simplemente

ella.

Piluki, espero y confío en que sigas siendo una de mis mejores amigas.

La autora.

Agosto de 2013

Revisada en mayo de 2016

Blog: https://tormentasdetinta.wordpress.com/

Correo electrónico: aidadelpozoescritora@hotmail.com

Twitter: @damadenovelas

Facebook: https://www.facebook.com/aidadelpozoescritora/

Google+: https://plus.google.com/u/0/105212026208127499073/posts

***

ÍNDICE

El día en que las sombras se perdieron

Cuando la Flaca regresó a casa

Santiago

Curtis

En una aldea olvidada

La vida te marca a fuego

Si le quieres, ¿a qué esperas?

Miel inalcanzable

¡Tócame, estoy aquí!

Palomitas de maíz

Nunca digas “nunca”

Caín y Abel

Incidente en el *Dama Blue*

Piel con piel

La tarjeta

Historias que nunca terminaron

Recuerdos

Alina, la rumana

En el punto de partida

Planes, decisiones y una nueva vida

Una papelería en Miraflores

La visita

Papelería Montalvillo

Descubren al aliado

El escondite de la mujer sin sombra

¿Me esperabas?

Ira, Liberación, Renacimiento

No me rendiré jamás

Cara a cara

Pasar página

Barcelona

AGRADECIMIENTOS

El día en que las sombras se perdieron

—Ni siquiera acierto a recordar cuándo perdí mi sombra y dejé de ser yo, Pilar. Ya ni me reconozco al mirarme en el espejo.

Los ojos verdes de Noelia observaban vidriosos el fondo del vaso vacío. Se echó el pelo hacia atrás, sacó una goma del bolso y se lo recogió con ella.

—¡Quién nos ha visto y quién nos ve ahora, nena! ¡Qué distintas éramos

entonces! ¿Cuántos años han pasado desde que bailasteis aquel vals Miguel y tú?

¿Diez?

—Doce.

—¿Doce? ¡Madre mía, casi una eternidad! Estabas preciosa con aquel vestido de color blanco roto bordado con pedrería y esa fina pasamanería que adornaba sus

mangas. Recuerdo su maravilloso escote en V que realzaba tu pecho y cómo se ajustaba a tu talle como si fuera un guante. El vuelo salía de las caderas y sus capas de gasa te daban un aire etéreo cuando caminabas. Parecía que ibas a echar a volar

de un momento a otro, elevándote por encima de nuestras cabezas.

—Ojalá hubiera sido así. Qué distinta fortuna me habría deparado el futuro si,

antes de pronunciar el “sí quiero” frente al altar, hubiese echado a volar alto, muy alto y, ayudada por aquel vaporoso vestido, me hubiera perdido entre las nubes.

Otro gallo me cantaría ahora de haber sucedido tal cosa. Hubiese huido lejos de haber sabido lo que me aguardaba. De ese modo todo lo que aconteció tras aquel nefasto día, no habría sucedido. Una mariposa bate sus alas en China y yo desciendo

a los infiernos al mismo tiempo.

Noelia continuó mirando el vaso durante unos segundos, justo los que tardó Pilar en reanudar aquella conversación, obviando sus palabras.

—No existe la magia en las bolas de cristal. Todo eso es pura patraña, cielo, y

los adivinos echadores de cartas son todos unos farsantes.

Pilar hizo una breve pausa y, tras observar a su amiga durante unos segundos,

apuró su refresco. Aquella melena negra cortada a lo Cleopatra favorecía las suaves

facciones de Noelia, a la vez que las endurecía, dándole un aspecto menos aniñado e

imprimiéndole una madurez de la que carecía por fuera y por dentro. La joven poseía un atractivo encanto de mujer a medio hacer a pesar de haber cumplido ya

los treinta y dos. A Pilar le costó reconocerla cuando bajó del autobús aquella tarde, pero tras un rato de charla en el bar, volvió a ver a su amiga de la infancia, escondida tras el acertado disfraz. Lejos quedaba la imagen que recordaba de ella,

aquella que retuvo en su retina y almacenó en su memoria unos meses antes cuando,

después de tantos años de separarse sus caminos, el destino hizo que la reconociese

en el Paseo de Recoletos una fría tarde de invierno, enfundada en un

abrigo negro,

el cuello resguardado por una bufanda de lana gruesa, protegida su cabeza por un

gorrito a juego con la bufanda y diez centímetros más alta, con la ayuda de unas botas negras de tacón de cuña. Tropezaron sus paraguas, llovía a mares.

—Al verte con él, cualquiera hubiera pensado que había sido diseñado para ti y

confeccionado por una modista. Nadie hubiese imaginado que había sido comprado

en una casa de novias, eligiéndolo sobre catálogo.

Pilar continúo hablando haciendo oídos sordos a los comentarios de su amiga,

intentando no fijarse en las sombras de su mirada, en la lejanía que mostraban sus

ojos, en su continuo doblar las servilletas de papel, romperlas en pedacitos y acumularlas en el platillo de cacahuetes que les habían servido de aperitivo, de los cuales solo quedaban las cáscaras. Era necesario hacerle salir de aquella trampa en

que se había convertido su existencia.

Cuando se encontraron en el centro después de tantos años, Noelia le rogó que

se tomara un café con ella para recordar viejos tiempos y, tras llorar sobre el hombro de Pilar y pedirle ayuda, se despidieron no sin antes intercambiarse los teléfonos. Esa misma tarde, Pilar compró un móvil de prepago a su amiga y prometió que buscaría una salida para sacarle de todo aquello y le aseguró que no

volvería a estar sola.

Tras varios meses planeando la estrategia a seguir para recobrar su ansiada libertad, las dos viejas amigas se habían vuelto por fin a reunir aquella plomiza tarde de marzo. Y allí estaban, dispuesta Pilar a ayudar a Noelia a culminar su metamorfosis, otorgándole así el destino la oportunidad de comenzar de nuevo.

—Era el vestido de una princesa. Parecía sacado de un cuento de hadas. Por aquel entonces se llevaban otro tipo de trajes de novia, mucho más recargados. El

tuyo, sin embargo, era atemporal. De ahí que fuera tan espectacular. Brillabas, como si estuvieras iluminada por mil bombillas, pero la luz era tuya, salía de ti. Yo llevaba un traje chaqueta *beige* con pantalón estrecho, lo recuerdo perfectamente.

No quise comprarme uno de ceremonia para poder ponérmelo después a diario. A

fin de cuentas, yo no era la madrina, tan solo la mejor amiga de la novia. Aunque

costó un pico, ¡menudo partido saqué a aquel traje! Además, vio casarse a otras dos

novias aquel año, así que amorticé bien la inversión. Tus cuñadas fueron de largo,

también lo recuerdo como si las estuviera viendo ahora. Beatriz llevó un vestido de

gasa color fucsia, tan lleno de volantes que parecía una tarta de cumpleaños. En la

cabeza se plantó un adorno floral que debió comprarse en un todo a cien. Imagino

que con aquel ridículo tocado intentaba emular a las famosas que salen enseñando

su mansión o asistiendo a los bodorrios de alto copete que publica la revista *Hola*.

Tu cuñada Anabel iba algo más discreta, con un vestido de fiesta negro; pero le estaba tan ceñido que parecía que la cremallera le iba a estallar de un momento a otro. Cada vez que se tenía que sentar y levantar, sonreía de un modo forzado. Creo

que le tiraba de tantos sitios que hasta lo hacía de la mandíbula, cual bocado de caballo. Apenas bailó y eso que a tu cuñada mira que le gustaba bailar. Aquel vestido le aguó la fiesta, lo cual le estuvo bien empleado por comprárselo una talla más pequeña de la que gastaba. ¿Cómo podía haber sido de otro modo si lo llevaba

tan enfundado que parecía una morcilla?

Pilar la miró y llevó su mano a la barbilla, alzando su rostro con suavidad y logrando así que desviase su mirada del vaso y detuviera sus ojos en ella durante la brevedad que dura un segundo. Al fondo de la barra, el joven camarero las observaba. El muchacho, un crío delgaducho y con la cara sembrada de acné, miraba a la desconocida sin disimulo y de vez en cuando ponía cucharillas en los platillos de café del mostrador y sobrecitos de azúcar. Pilar puso gesto de desaprobación y el crío, con un ligero rubor en el rostro, bajó la cabeza y continuó con sus quehaceres. Como un autómata al que le dan cuerda, Noelia añadió un breve

comentario a lo que se había convertido en un monólogo de su amiga.

—El recuerdo de aquel primer baile tras el “sí quiero” está tan desdibujado en mi memoria que se me hace una ensoñación. ¡Qué distinto es todo ahora! El tiempo

golpea tan duro a algunos y, en cambio, ¡es tan benevolente con otros! Es tan injusto ver cómo corre a su antojo, logrando con tal impunidad mantenernos a todos a merced de sus caprichos...

Aquellas palabras salieron de la boca de Noelia con el despecho del que quiere

borrar un pasado amarrado al alma como un barco al puerto. Soltar anclas, pensaba

en muchas ocasiones, eso era lo único que deseaba.

—No es el tiempo el que nos golpea, en nuestro caso nada tenemos que

reprochar a su correr sino a nuestro actuar. Qué fácil es echar la culpa a los demás y a lo que nos obligaron a hacer hasta convertirnos en unas desgraciadas, pero fuimos nosotras mismas las que hicimos y deshicimos en nuestra vida, permíteme

que te corrija en esto. Lo sabes bien, no quieras engañarte, Noelia. Junto al discurrir del tiempo siempre está nuestro libre albedrío para evitar sus golpes y sus furiosas embestidas.

—¿Crees que fue aquel primer baile el que marcó el principio de todo? ¿Ese día, ese momento en concreto, quizás? ¿Por qué recuerdas precisamente aquel vals

como el del primer peldaño que bajé hacia los infiernos?

—De tu bajada y de la mía, habla con propiedad, corazón.

Pilar la observó. Aquellos inmensos y profundos ojos verdes, enmarcados en

unas negras e infinitas pestañas se habían apagado, carecían del brillo con el que habían sido coronados desde que la conoció y hasta que comenzó a bajar a lo más

profundo. No quería que su amiga ahogara sus problemas en otro vaso de *whisky,*

agradeciendo incluso que se perdieran en el fondo vacío de aquel y que su deseo de

hacer volar su mente, lejos de cualquier lugar, hiciese que no se apercibiera que estaba tan vacío como ella y que había llegado la hora de pedir otro.

—Tú llegaste, probaste y volviste a subir, Pilar. Yo me quedé ahí, secuestrada

en su negrura, durante muchos años.

Noelia hizo fuerza con la barbilla y volvió a mirar hacia abajo. El detener sus

ojos donde le viniese en gana era, tal vez, lo único que le quedaba de su perdida libertad. Su mirada, dividida entre el vidrio y el rojo mantel de la mesa, constituía un vago recuerdo de su libre albedrío. Ahora tenía que recorrer un largo camino en

busca de su sombra perdida, del reencuentro con la mujer que alguna vez fue.

—¿Quieres otro refresco? Yo voy a pedir otra copa, estoy seca.

Noelia miró al camarero y este, que había vuelto a observarlas curioso, se ruborizó de nuevo. No tendría más de veinte años, pensó Noelia, y su vida ya estaba

atada a aquel pueblo gris y marchito. Se preguntó si esa era la que le esperaba a aquel muchacho imberbe, de orejas de soplillo, nariz aguileña y algo torcida hacia

la derecha. Imaginó que el destino ya le había mordido bien mordido. Difícil soltarse de sus fauces, se dijo Noelia, poniendo un gesto amargo mientras aquellos

pensamientos pasaban por su cabeza.

—Lleva vacío un buen rato, aguanta un poco más, querida amiga. O pide mejor

un refresco. El whisky no aplacará tu sed.

—¿Y qué sabes tú la clase de sed que tengo? Tú te reencontraste, tú no te perdiste durante años, tú no tuviste que escalar abruptas montañas para regresar de

los infiernos, te tendieron una mano....

Noelia dio un golpe a la mesa y miró a Pilar con una rabia contenida en la negrura de sus pupilas. Más negras, si cabía aún, al detenerse en las de su amiga.

—Te equivocas, lo sé muy bien. Sed de olvido y sed de reencuentro. Como la

que tuve yo, aunque, en mi caso, no la aplaqué con una botella. Lo hice con el deseo de salir de aquel infierno. —Pilar se inclinó hacia adelante, acercándose lo suficiente a su amiga como para distinguir las suaves manchas color miel en el verde iris de sus ojos.

—Y gracias también a una mano amiga que te ayudó a hacerlo. ¿Desde cuándo

he tenido yo a mi alcance a alguien que realmente quisiera salvarme? —Noelia exhaló aire, en una bocanada sonora.

—Siempre te has tenido a ti misma, para lo bueno y para lo malo… Nadie baja

al averno si no quiere hacerlo. Nosotras lo hicimos porque nos dio la gana, nadie

nos empujó a ello. En mi caso lo hice tras conocer a Marcelo en tu boda y por él

comencé a bajar las escaleras hasta las profundidades y tú jugaste con fuego esa misma tarde, no solo lo hiciste con el espadón que os entregaron para cortar la tarta nupcial, aquel con el que se hace la

típica y ridícula foto en la que los embobados

novios casi se rebanan el gaznate antes de saborear su primera noche de casados –le

recordó –. Luego bailaste con Miguel el primer vals y después perdiste tus ojos entre los invitados. Así pasó. Intercambio de parejas, deseosos todos de bailar con

la novia y él que te coge por la cintura, sonríe a tu recién estrenado marido y hace que os deslicéis por la pista con gracilidad, cual Fred Astaire y Ginger Rogers, volando, haciéndote chiribitas los ojos. Y es entonces, al observar tus ojos en blanco, cuando se da cuenta de que te tiene a su merced. El hermano de tu marido, el hijo pródigo que vuelve a casa tras años de ausencia y todo queda en familia… Así,

Noelia, así y no de otro modo, comenzó todo. Te pregunto de nuevo…

Pilar hizo una breve pausa y retuvo la mirada de su amiga, fría y distante un segundo y ardiendo al segundo siguiente, por la rabia acumulada, deseosa de matar

sus demonios con el calor del alcohol al recorrer su garganta y ahogar así sus recuerdos.

—¿No puedes aguantar un poco más sin beber? Me prometiste que lo

intentarías. Empieza hoy, esta tarde, ahora mismo.

—Sacas el recuerdo de aquel baile y me pides que lo deje ahora, en este preciso

momento, hay que joderse, Pilar. —Noelia se rascó la cabeza como si con aquel gesto pudiera desembarazarse de algún que otro demonio, de uno de los muchos que le quedaban dentro—. Puta boda y putos recuerdos. Incluso borrosos me joden

la vida. No debí casarme. ¡Camarero, una coca-cola! ¿Contenta?

—Mucho, siempre y cuando dure la abstinencia. —Pilar cogió su mano y

Noelia no la apartó, sonriendo al fin.

—Abstinencia de todo. —Noelia tocó de nuevo su brillante y negro cabello y un mechón cruzó su cara, dando a su rostro un aspecto irreal, de modelo de pasarela de alta costura, frágil e inalcanzable.

—Abstinencia de alcohol, de hombres, de mujeres, de juegos peligrosos, de

coca, de garitos y de antros poco recomendables, abstinencia de Curtis, de ese, sobre todo. Nada de pensártelo mejor, que te conozco y si te pierdo de vista y me

descuido, de seguro que vas derechita a meterte a la boca del lobo de nuevo.

—Aunque no pienso volver con él por voluntad propia…, ¿y si me encuentra?

— preguntó y, por primera vez, le tembló la voz al hablar y perdió aquel aire frío y distante con el que aparentaba estar de vuelta de todo.

—¿Aquí, en este pueblucho de mala muerte? Si, como aquel que dice, tiene cuatro casas y no lo conoce ni Dios. Solo Santi y porque en él se criaron sus abuelos y venía a veranear de niño. Apenas cuatro casas. Una mierda, pero una mierda perfecta para que uno pueda perderse. Aquí no vienen ni las ratas, te lo digo yo.

—¿Y cuánto tiempo me tengo que esconder de él, cobijada bajo vuestras alas,

alejada de todos y de todo? No sé si podré soportarlo. Esconderme aquí es como enterrarme en vida. Soy de ciudad y lo rural me agobia, como a los de pueblo lo haría un centro comercial un sábado por la tarde…

—El que haga falta. ¡Roberto, pon otra, corazón! —Pilar miró al chaval y sonrió. El chiquillo hizo una mueca como si la sonrisa de Pilar no fuera con él, sino con alguien que estaba agazapado tras su larguilucha figura.

—Podrías haberme avisado que este pueblo está muerto. Ni siquiera tiene una

cafetería decente. ¡Mira a tu alrededor, menudo antro! —Noelia acompañó aquellas

palabras con un rápido recorrido con la vista al local.

Las paredes, pintadas en un llamativo color rojo burdeos, a juego con los ajados manteles que cubrían las mesas, daban al local un aspecto

lúgubre, fantasmagórico, propio de las películas americanas, donde se prevé que en aquel lugar estuviera a punto de acontecer alguna desgracia. Sobre estas habían colocado

unos vetustos farolillos polvorientos, con candelas gastadas y ceniceros de cristal, desconocedores de la prohibición de fumar en cualquier local de negocio. Algunos

cuadros, mal colgados, cuyos marcos de madera lucían una capa de polvo de no haber visto un paño en meses, con estampas de la vida campestres, labriegos arando

un campo color sepia, carromatos arrastrados por burros con aspecto enfermizo, aguadoras enjutas, con vestidos negros y pañoletas a la cabeza, niños famélicos que

sonreían a la cámara, descalzos, todos juntitos frente a la puerta de un establo.

Noelia se acarició el cabello, nerviosa. Su rostro cansado dibujó una extraña sonrisa. Miró el reloj y volvió a observar las paredes desconchadas. A ambos lados

de la puerta del local, dos cabezas de venado la observaban, parecía que sonreían.

—Si te lo digo, no vienes. Es más, estoy segura de que ni siquiera hubieras sacado arrestos para escapar de Curtis. No obstante, estate tranquila porque aquí estarás a salvo y no te encontrará. Para que te entretengas podemos ir a ayudar en su finca a Javier, el amigo de Santi del que te hablé.

—El hombre que vendrá esta misma tarde a hacernos de niñera. —Noelia hizo

una mueca de disgusto.

—Tiene un picadero a unos cuantos kilómetros de aquí, podrías echarle paja a

los caballos, al menos, si no te apetece montar.

—Cuidar de los caballos, ¡qué plan tan fantástico! Y te equivocas en cuanto a que este pueblucho es seguro al cien por cien porque Curtis encontraría una aguja

en un pajar.

—¿Y cuándo sacaría tiempo para hacerlo? ¿Cuándo no esté hasta el culo de coca? No eres el ombligo del mundo, bonita.

—Hace tiempo que Daniel no consume. Y no me creo el ombligo del mundo,

por supuesto, pero sí sé que él me considera de su propiedad.

—¿Acaso llevas el sello de su ganadería marcado a fuego en tu piel?

Enséñamelo. ¿En qué pierna? ¿En la espalda? ¿O en el culo? Ah, sí, Curtis te lo ha

grabado ahí, en una cacha. ¿En la izquierda o en la derecha? Déjamelo ver. O mejor

no, el sitio ideal para ponerte su sello de propiedad sería en tu monte de Venus. Le hubiera encantado oler a pelo chamuscado, el de tu coño.

—He visto a unas cuantas fulanas marcadas con el enorme sello que luce en su

dedo corazón. Delante de mí se lo grabó a una mulata grandota, que trabajaba en un

puticlub de las afueras de Madrid. En el muslo. Y la obligó a no rechistar cuando lo hizo. Ella misma se tapó la boca con la mano y no dijo ni mú. Sus putas son ganado,

Pilar, no te equivoques.

—Joder, Noelia, basta ya. Santiago se ha encargado de no dejar cabos sueltos.

Hasta el coche en el que saliste de Madrid era robado, no me fastidies. Lo dejaste tirado a cien kilómetros del pueblo, después cogiste el que te dejó en aquella carretera secundaria, tal como acordamos, condujiste varios kilómetros más y luego tomaste un autobús hasta llegar a este pueblo perdido de la mano de Dios. Por

favor…, cálmate. Ibas muy bien, parecías de piedra y ha sido mencionarte al cabrón

del Curtis y te me vienes abajo.

—Me matará si me encuentra.

—¿Por diez mil cochinos euros?

—Le he visto cargarse a un tío por cincuenta.

—Un tío que quiso joderle, fijo. Sin embargo, a ti te ha jodido él, de muchas

maneras y muchas veces y se ha quedado siempre tan satisfecho. Eras su debilidad,

esnifaba coca encima de tu conejo, Noelia.

—A Curtis no lo deja nadie, nadie que considere de su propiedad y para él yo

lo era. Castigar a los que son desleales es lo único que tiene para conservar su posición y demostrar a todos quién manda. No puede permitirse ninguna debilidad,

ningún fallo. Si se mostrara débil con los traidores la cagaría, se iría todo a la puta mierda, él y toda su organización. Siempre tiene a sus espaldas, acechando, a un depredador que quiere ocupar su puesto. Yo era suya, Pilar, y le he dejado. Y encima me he largado con diez mil euros que le pertenecen. Mi traición es doblemente sancionable, si cabe.

—Nunca fuiste suya. Su puta, tal vez, porque así te sentías, pero de su propiedad

jamás, métetelo en la cabeza. Nadie, repito, nadie es propiedad de nadie. No somos

objetos y si tú te consideraste suya fue por voluntad propia. Cambia el *chip*.

Sacaremos esa idea de tu cabeza y, si es necesario, lo haremos a martillazos. Fuera

ese pensamiento… —Pilar cogió un cabello de la de su amiga y tiro de él, arrancándoselo de raíz.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Noelia se rascó justo en el lugar de

donde se lo había quitado.

—Este es el pelo de tu vida con Curtis, ¿Lo ves? —preguntó Pilar. Noelia observó el cabello con curiosidad y después miró a su amiga, intrigada—. Di adiós.

—¿Qué? —Los ojos de Noelia se abrieron como enormes ventanales.

—Que soples y que digas adiós a tu anterior vida. Adiós, Curtis, adiós a los años que pasé a tu lado, adiós a todo lo que vi mientras estuve atrapada entre tus garras.

—Adiós… —titubeó Noelia.

—¿A qué esperas? ¡¡Sopla, vamos, sopla!! —ordenó Pilar y Noelia lo hizo al momento—. ¡Más fuerte! ¡Vaya birria de soplido, el cabello continúa aquí! —Noelia

volvió a soplar y el pelo voló y desapareció —. Ahora, en su lugar crecerá otro cabello: el de tu nueva vida. Salúdalo, Noelia, dale ánimos para que se vuelva fuerte y vigoroso y no lo riegues con alcohol. ¡Adelante, hazlo!

—Hola.

Noelia sonrió tímidamente. El camarero dejó las bebidas sobre la mesa junto con un platillo con aceitunas y miró con curiosidad a las dos mujeres.

—¿Qué miras, Roberto? ¿A ti no te hacía tu madre eso del pelo y de los problemas fuera, arrancándote uno de tu cuadriculada cabeza?

—No…

El muchacho, largo y espigado como una caña, pareció encogerse y se

ruborizó hasta las cejas.

—Pues anda, largo, que esta es una conversación privada. Vamos, Noelia, una

última vez. Dile hola a tu nueva vida.

—Hola.

—¡Con convencimiento!

—¡¡Hola, nueva vida!!

—¡Así me gusta más! Y nada de alcohol. A partir de ahora solo coca-cola,

¿entendido? —Pilar acarició su cara. Un leve rubor había maquillado sus mejillas.

—Solo coca-cola —repitió.

Por primera vez, desde que bajó del autobús aquella tarde, sonrió con

convicción.

Cuando la Flaca regresó a casa

Sarabia limpiaba la culata de su pistola, sentado en un sofá orejero de cuero blanco y pegado a una de las ventanas. Frotaba con ahínco, esmerándose en la tarea.

Siempre la llevaba reluciente, tanto como su coche, un *BMW X6* negro, al que mimaba y prestaba casi más atención que a la fulana con la que se había casado y

eso que de aquella mujer estaba enamorado hasta las trancas. “¿Quién ha visto a un

delincuente de cierta categoría casado, en los tiempos que corren, cuando podría tener a cualquier mujer que se me antojase?”.

—¡Serás gilipollas, Sarabia! —dijo Curtis al recibir la invitación de boda, hacía ya más de tres años—. Y además, hacerlo por la Iglesia, ¡hay que joderse, por el amor de Dios! Ven y dame un abrazo. ¿Y cómo te ha dado por ahí? Sarita está buena, aunque he visto cómo te tirabas a otras más macizas que ella.

—Curtis, vine a este mundo por un polvo mal echado, un jodido goma rota, eso es lo que soy. Mi padre cumplió con mi madre, una cría de quince años a la que

dejó preñada la segunda vez que se la tiró. Mi santa madre me trajo al mundo con

dieciséis años recién cumplidos. Y yo voy a dar mi apellido a la criatura, como lo

hizo mi padre conmigo. A lo hecho, pecho.

—¡Joder, Sarabia, haber empezado por ahí! ¡Tienes conciencia! ¡Que vas a ser

padre, tío! ¡Dame otro abrazo! ¡Qué calladito te lo tenías, so maricón! ¿Y para cuándo esperáis al bebé?

—Para diciembre, con la lotería de Navidad, más o menos.

—¡Vamos, que te va a tocar el gordo!

“Un niño rollizo que se adelantó dos días al sorteo. Por muy poco tuvieron que

rajar a Sarita para traerlo a este frío y negro mundo porque se quedó encajado y no

había Dios que hiciera salir al muy cabronazo, que dejó a su madre extenuada de tanto apretar”, pensaba Sarabia mientras limpiaba su pistola.

Acompañó a su mujer en aquel duro trance, cogiéndola de la mano en el

paritorio y avisándola para que empujase cada vez que se acercaba una contracción,

observando atento al monitor y resoplando con ella, secándole el sudor que corría

despacio por su brillante frente, que estaba fría como el cristal, más fría aún que la mirada de Ernesto, que ni se inmutó cuando vio aparecer al niño, saliendo de entre

las piernas de su madre. Lo hizo tras unos cuantos empujones más y gritando a pleno pulmón.

Así llego el bebé, pálido y sucio, como salido de una cloaca, con el pelo cobrizo y acaracolado como su padre, húmedo y aplastado como un casco contra su

apepinada cabeza. Ernesto agradeció al de arriba que el pequeño naciese con la inconfundible marca de los hombres Sarabia, para que no hubiera lugar a dudas de

que había nacido otro pelo zanahoria, con todas las de la ley. Así llamaba Ernesto al Todopoderoso, el de arriba, porque él era muy religioso, tanto como lo eran sus padres y lo fueron sus abuelos.

Sarabia había sido bautizado y se había casado en la parroquia de San Mateo. “En aquella pequeña iglesia también recibí mi primera hostia, pero una consagrada, de las que no se escriben con h, que la vida misma ya

se encargó en su momento de darme muchas de las otras, de las que no saben como

las galletas de los helados”. Y en la misma Iglesia bautizó a su retoño un desapacible quince de enero, más frío aún que los azules y gélidos ojos del Curtis,

que fue su padrino. Llamaron a aquel niño de pelo color zanahoria Ernesto, como

se llamaba su abuelo paterno y como bautizaron a Sarabia, treinta y tres años antes.

Sarita veía la televisión repanchingada en el inmaculado sofá de cuero blanco

que decoraba el amplio salón, mientras se quitaba con acetona el descascarillado esmalte de las uñas para volvérselas a pintar de rojo sangre, como a ella le gustaba.

Dio un bostezo y cambió de canal. Dos colaboradoras de un conocido programa del

corazón discutían a brazo partido sobre si fulanita se había casado embarazada o no.

Mientras Sarabia sacaba brillo a su pistola, observaba a los transeúntes pasar.

Los veía a través de una de las ventanas de la lujosa vivienda de la que Curtis era propietario en la capital, pegada casi su nariz de boxeador al cristal. Algunos paseaban tranquilos, otros iban a la carrera, absorbidos por la prisa inherente al frenético ritmo de la ciudad, que les obligaba a hacerlo rápido, cual marionetas de

un teatro del absurdo. “Qué pérdida de tiempo y qué contrasentido, moverse a tanta

velocidad, cuando la vida hay que saborearla a poquitos, a tragos cortos, beberla despacio, deleitándose a cada sorbo, por si aquel pudiera ser el último”, pensaba cuando veía a alguien moverse tan

deprisa, cual hormiguita buscando su

hormiguero. “Lo único para lo que se necesita ser rápido es para disparar una nueve milímetros. Para comer, despacio, para beber, despacio, para follar despacio,

para castigar muy, muy despacio, pero para matar, deprisa, a la carrera, disparar antes de que te disparen”. Así definía Sarabia la vida misma.

—Sarita, ¿no tenías que recoger a Ernesto de la guardería? Mueve el culo, coño, que son casi las seis y llevas una hora para pintarte veinte jodidas uñas. ¿Qué cojones te crees que estás haciendo, pintar un Picasso? —Sarabia observó las manos de su mujer. Sara sopló sus uñas con desgana y siquiera alzó los ojos para

mirarlo. Unos segundos más tarde la levantó y la dirigió a Ernesto, cuyo rostro había cambiado ligeramente de color, tornándose gris.

—Tranquilo, amor, que Ernestito ya está en casa. Lo recogió Amalia porque hoy no me apetecía hacerlo a mí. Tu mujercita lo tiene todo controlado. Cuando lleguemos a casa estará cenado y bañado, limpito, con olor a Nenuco y listo para que le demos un achuchón y para que lo acuestes y lo arropes, como a ti te gusta. Y

no me metas prisa, que si me pones nerviosa me pinto mal las uñas y tengo que volver a empezar, que me azuzas, me tiembla el pulso y me salgo. —Sonrió al ver

que el rubor había vuelto a las mejillas de su marido. Y con disimulo, respiró aliviada, continuando con su tarea.

—Joder, Sara, qué manía tienes con llamar al crío Ernestito, que me lo vas a amariconar. ¿Que te tiembla el pulso? Anda, ven aquí, que le vamos a dar buen uso

a tu temblor de manos.

—Vamos, cálmate, cielo, ¿acaso no has tenido bastante con lo de esta mañana

en casita? A la del jefe no viene uno a divertirse.

Sara continuó a lo suyo, pasando la brocha de la laca de uñas, segunda capa ya,

a la uña del pulgar del pie derecho.

—Anda, ven *pa cá*, princesa, que el jefe tardará un rato en venir. Hazme un favorcito, que ya he terminado de limpiar la pistola, sé buena y límpiame la mía, que me han entrado ganas.

—Mira que eres malo. Tendré que volver a pintármelas, con lo que me cuesta

dejármelas perfectas.

—Cállate de una puta vez, Sarita y ven a hacerme un trabajito fino. Te saqué de la calle para tener algún tipo de compensación, digo yo.

—¿Y no la tienes todos los días? —Sara dejó el botecito de esmalte en la mesa

y se levantó desganada. Antes de acercarse a Sarabia, echó un último vistazo a la televisión. Se anunciaban cinco minutos de publicidad. Suficientes.

—¿Y…? Si puedo tener ración extra, ¿por qué desperdiciarla? —Sarabia se

bajó los pantalones y los calzoncillos, dejando su sexo al descubierto, a la espera de que su mujer comenzara a trabajar. Colgando a un lado del sillón, su mano derecha

continuaba empuñando la pistola.

—Ernesto, cariño, si te tuviera en secano me darías boleto en un *pis pas*.

Sara se puso de rodillas y empezó a jugar con su lengua muy despacio, como a

él le gustaba. Su mujer era toda una profesional. Brillante que se la dejaba todos los días y más de una vez.

—No te quepa duda, corazón, no te quepa duda —sentenció Sarabia, mientras

con sus manos empujaba su cabeza hacia abajo, imprimiendo su ritmo en cuanto al

modo de hacérselo, aquella en que más fácilmente llegaba al éxtasis.

Después de unos minutos, agarró su pelo para que parase y ofreció el cañón de

su reluciente nueve milímetros para que ella jugara con él. Sarita sonrió y puso su

mano en la de Sarabia, sosteniendo el arma con energía y metiéndosela en la boca,

hasta el gatillo, entrando y saliendo, una, dos, varias veces. Dejó de saborear su metálico regusto y continuó con el miembro de Ernesto, poniéndole ganas.

Mientras lo hacía, él acariciaba su rostro con la pistola, rozándolo con suavidad. Y

cuando terminó, apenas unos segundos más tarde, sin haber salido aún de su boca,

volvió a mirar a la calle. Una mujer, en la cera de enfrente, paseaba un carrito doble, con dos bebés. “La señora parece que está de buen ver, aunque desde tan lejos es difícil de asegurarlo”, pensó.

La imaginación de Ernesto carecía de límites y a pesar de los metros que le separaban de aquella apetecible mujer, se le dibujaba como un maternal

bomboncito. Para Sarabia todas las hembras eran candidatas perfectas para hacerles

un favor y a todas se las imaginaba agachadas jugando con su pistola, incluso a las

cojas poco agraciadas. Con un saco en la cabeza y un agujero a la altura de la boca, le servían todas. A Ernesto le gustaban las mujeres de toda raza y condición, más que a un tonto un *chupachups.* Sin embargo, la que más le gustaba era Sarita: pechos grandes, generosos, apetecibles y blancos como la nata fresca, muslos prietos, anchas caderas, deliciosamente femeninas, con unas curvas de infarto, más

que las del circuito de Jerez y un bonito rostro, de muñequita de porcelana. Lo que

más le gustaba a Sarabia era su mata de pelo sedoso y abundante, de anuncio de champú *Panthene* y ondulado como las olas del mar de su Málaga natal. Y esos ojos negros para perderse, “ay, esos ojos. Para

viajar a través de ellos, a un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme, como en el Quijote. A un lugar perdido, lejano,

infinitamente distante, tanto como para comenzar de nuevo. Algún día quizás…”.

Sara era una mujer de bandera. A Sarabia le encantaban sus trabajitos bucales

pues lo transportaban a las nubes y lo dejaban más relajado que un bebé entre los tiernos y cálidos pechos de su madre. “Benditas mamadas. Mi Sarita es buena de verdad”. Le gustaba terminar con el jueguecito de la pistola, que se la metiera en la boca y la chupara con deleite. Siempre se cercioraba que tuviera el seguro puesto,

ya que a pesar de que amaba a aquella fulana más que a sí mismo, tenía claro que, si alguna vez llegaba a traicionarlo, así sería su final. Una buena mamada sería un *the end* apoteósico. Su nena de carita de muñeca y escultural cuerpo, acabaría con los sesos esparcidos por las paredes. Le metería una bala en el cerebro mientras mamaba el cañón de su pistola y sujetaba con firmeza la culata. Apretaría el gatillo sin pensárselo dos veces. “¡Puuummm! Y se acabó”. A Sarabia, y eso lo había aprendido de Curtis, nadie osaría engañarlo jamás. Martilleaba aquel pensamiento en su cabeza cada vez que recordaba que Sarita había sido puta. “Y mira que la quiero. No obstante…, si me traiciona, lo haré sin pestañear. Porque a nadie, repito, a nadie consentiré que se ría de mí en mi propia jeta”.

En la cocina el Rubio se servía un café. Merche, o la Flaca, como la conocían,

observaba sentada en un taburete. Fruncido el ceño en un permanente gesto de enfado, ofreció una taza a la mujer, que ella agradeció sorprendida. No le dio las gracias porque sabía que a el Rubio no le gustaba que las mujeres le hablasen sin que él les concediera primero la palabra. Lo hizo con la cabeza mientras sonreía tímidamente.

El Rubio era un hombre moreno, con el pelo tan negro como una noche sin luna. Era alto y muy atractivo. Su padre fumaba tabaco rubio. Cuando casi todos los

que se llamaban hombres llevaban, aplastado entre los labios, con la boquilla amarillenta y los dientes más amarillentos aún, *Celtas, Ducados* o *Bisonte*, el Rubio hijo paseaba su brillante navaja de

empuñadura de nácar por las calles de su pueblo

natal, con un *Whinston* en la suya.

El abuelo del Rubio también lo fumaba y, con la arraigada costumbre popular

de poner apodos a todo Cristo y sin ninguna otra seña de identidad que pudiera marcar la diferencia entre los Castillo y los Pelaos, los Repolleros, los Caguiles o los Caragochos, a los paisanos se les ocurrió diferenciarlos de los demás por el tabaco que fumaba el abuelo, un hombre grande, desproporcionado de manos, pies

e incluso atributos, rumor que siempre lo acompañó en el pueblo. De una enorme

fortaleza haciendo buen honor a su apellido, con la cara enjuta y la nariz aguileña, por naturaleza siempre enfadado, parco en palabras y medio huraño, su abuelo se ganó fama de hombre duro y peligroso.

Y tras el abuelo, su hijo dejó de ser Luis Castillo y él dejó de ser Andrés Castillo desde el mismo día en que vio la luz por primera vez, un diez de marzo del

setenta y ocho, para convertirse en el Rubio nieto. Ya en la adolescencia, pasó a ser el del careto de mala leche, el de andar siempre con gesto de perdonar la vida y de

querer repartir hostias a la primera de cambio, más rápido que lo hacía el cura de

su pueblo. El Rubio nieto pasó a ser el que mostrara sin disimulo su nueve milímetros, sobresaliendo del ajustado vaquero, en el baile del tío Narciso los sábados por la noche, moviendo los pies y las caderas al compás de Michael Jackson, Madonna o George Michael y tirándose en una silla cabreado unos

minutos después, cuando al Narciso se le cruzaba la vena y pinchaba Paquito el chocolatero, aguando la fiesta a los jóvenes y alegrándosela a los viejos.

Aprovechaba bien aquel obligado descanso a sus pies, perdiendo sus grandes ojos castaños entre sus posibles presas, en busca de una princesita con ganas de besuqueos, arrumacos, palabritas tiernas al oído y manos perdiéndose por dentro de

sus blancas braguitas de algodón y él queriendo arrimar cebolleta y meterla bien hondo, bien profundo en el fresco coñito de la prima de ciudad de la vecinita por él desvirgada el anterior verano y demasiado sobada ya, para su refinado gusto.

Pocos le llamaban Andrés, como pocos llamaban Merche a la Flaca. Para todos

él era el Rubio a secas, dejó de ser el “Rubio nieto” desde que su padre murió, hacía ya más de diez años, de un cáncer de laringe que le llevó a la tumba en menos que

canta un gallo, el mismo año en que supo que estaba bien jodido a causa del tabaco.

Y a pesar de saberse podrido por dentro, no dejó el vicio. “Total, para dos meses que me quedan por vivir no voy a pasarlos sin poder disfrutar de mi único vicio. ¡A

la mierda, de algo hay que morir, nadie se queda aquí!”.

Merche tampoco era Merche sino la Flaca. Así la conocían todos desde que recordaba. Apenas cincuenta kilos y tres kilos de puro músculo, marcándosele las costillas, enfundados los bracitos de niña en bíceps y piel, la clavícula casi más ancha que sus delgadas e interminables piernas. Y, a pesar de aquella etérea delgadez, aquel conjunto estaba en perfecto y sensual equilibrio. Se criaron juntos

en Villaverde, él, ella y su hermano Ernesto.

Curtis la había recuperado de la calle dos años antes, después de que la diesen

por perdida durante más de cinco. La descubrió una infernal tarde de julio, cuando

el asfalto se pegaba a los zapatos, la calle ardía y ella, febril y medio muerta, se había abandonado a su suerte, tirada en un mugriento sofá que alguien había dejado

en un contenedor, al lado del portal del piso que él poseía en su antiguo barrio y que rara vez usaba, solo en alguna ocasión para follarse a alguna de sus putas si no le

apetecía hacerlo delante de Noelia.

Acababa de visitar a su madre y a su sobrino, el pequeño Miguel, como

acostumbraba a hacer todos los viernes por la tarde, desde que su hermano murió y

la anciana se quedó a cargo del crío. Era dueño de dos viviendas situadas al final de aquella misma calle, en el último piso de un bloque de cuatro plantas de ladrillo rojo, rehabilitado por la empresa de construcción de un amigo, el Ñapas, el cual también se había encargado de reformarlos para convertirlos en una impresionante

vivienda de lujo, con tres cuartos de baño, una cocina de veinte metros cuadrados,

un salón de casi cuarenta y cuatro dormitorios como dos plazas de toros.

Una casa fuera de lugar en un barrio obrero como aquel. Así era Curtis, amante

del lujo y de la buena vida, desde que cumplió los dieciséis. Se la llevó a su casa y se la llevó en brazos, literalmente, mientras todos con cuantos se cruzaba le miraban curiosos. Y él les devolvió la mirada y de tan dura y fría, agachaban la vista y a otra cosa, disimulando. Le dio agua y, como si de un explorador perdido

en medio del desierto se tratara, ella bebió despacito, escapándosele por la comisura de los labios agrietados y casi blancos, más de lo que entraba y con la mirada agradecida, de perrito abandonado.

La desnudó, limpió su cuerpo de mugre, rebuscó entre su ropa lo más pequeño

que encontró y la vistió. Una vez que la dejó en la cama, mandó venir a la Negra,

una fulana que había trabajado en uno de sus puticlubs, pero que, desde hacía más de tres años, lo hacía en casa de doña Fuencisla, su madre. Los secos brazos de la Flaca, agujereados por los picotazos de la heroína, constituían el grito ahogado de

su mala fortuna. Sus hundidos ojos clamaron libertad para continuar muriéndose, para que la dejara de nuevo tirada en aquel sofá, para recobrar un poco de fuerza y

poder marcharse al polígono a buscar su dosis, arrastrando los pies, arrastrándose

toda ella si hubiera sido necesario para llegar hasta su camello, mendigando y ofreciendo su maltrecho cuerpo, su cara, su boca, su coño, toda ella... Clamaron esos ojos vidriosos un “vete a tomar por el culo, Curtis, que no te necesito”. Le gritó y escupió toda su rabia cuando el mono llegó, demasiado rápido y sin avisar.

Y cuando lo hizo, la Negra ya estaba ahí.

La ataron con cuerdas a la cama y la amordazaron para que los vecinos no oyesen sus gritos reclamando una dosis. “Solo una, un poco solo, nada más te pido… Tú me haces ese favor, Curtis, por los viejos tiempos y yo te doy lo que quieras, lo que me pidas”, decía con voz suave cada vez que tenía ocasión. Curtis hizo oídos sordos a sus súplicas, por ella, por su hermano y amigo, Ernesto Sarabia

y por él mismo.

La dejó con la Negra, que cuidó de ella día y noche, como si de una hija se tratase. La aseaba, limpiaba sus mocos, sus orines y su mierda, le daba de comer y

aguantaba con santa paciencia que “agradeciera” sus cuidados con un escupitajo en

la cara. Porque la Negra era así, pero también porque Curtis así se lo había ordenado.

Él se pasaba todos los días a la misma hora para verla y la Negra daba el parte

de todo lo acontecido. Con voz queda y mal leyendo las anotaciones de su libretita,

cual vacilante párvulo recitando la cartilla, relataba bien poco: “dos vete a tomar por culo, tres cacho cabrona, cinco muerta de hambre, panchita de mierda, la madre

que te parió, puta del demonio y no mucho más que contar”. Un par de veces por semana el doctor Ollero, amigo de Curtis, comprobaba cómo iba su recuperación,

daba a la Negra la medicación que debía administrar a la paciente y curaba alguna

que otra llaga que, de seca que tenía la piel, atormentaba el cuerpo de la Flaca.

—Con unos kilos más y unos cuantos rezos a la Virgen, si esta pobre chica es

creyente y mira que le hacen falta, te garantizo que saldrá adelante. Suerte ha tenido de no haber cogido el sida, porque las he visto mal, aunque como a tu amiga, pocas.

Y mira que es bonita, todo lo que tiene de flaca lo tiene de guapa. Tuvo que llamar

la atención antes de que le pasara algo muy gordo para acabar así —le dijo su amigo el médico, una de las veces que hablaron sobre su estado de salud.

La Flaca era, a pesar de lo maltrecho de su cuerpo, una mujer hermosa, de rostro anguloso y de pómulos marcados, nariz casi perfecta, ni muy grande ni muy

pequeña y alguna cicatriz que le daba un cierto toque de sensualidad, cual princesa

de *cómic*, abandonada a su suerte por algún guerrero conquistador después de habérsela follado hasta lo indecible.

De las plegarias a la Virgen se encargó la Negra y de todo lo demás se ocupó

Curtis. Unos cuantos meses pasaron desde que se la encontró, meses muy duros y muy cuesta arriba, aunque finalmente la Flaca salió adelante porque, a pesar de todo, era vital y terca como ella sola, comentó la Negra cuando gracias a sus cuidados, Merche consiguió regresar a la vida.

Salió de aquello con casi cinco kilos más de los que tenía cuando Curtis la encontró tirada en la calle y con menos ojeras, menos heridas y menos olor a muerte. Y hasta con una sonrisa le recibió un día cuando, para su sorpresa, abrió ella la puerta y no la Negra.

La rescató de la calle y, una vez recuperada, se la llevó a su céntrico y lujoso

piso para que cocinara, planchara, barriese, lavase la ropa, le tuviera a cuerpo de rey e hiciera cuanto ordenase Noelia, a la que debía

considerar en todo momento como una prolongación de sí mismo.

—A lo que ella diga, chitón, Merche —advirtió Curtis cuando dejó en la

habitación del servicio su *troller* repleto de ropa de la talla treinta y seis que él mismo se encargó de comprar.

Jamás la llamó Flaca pues ella siempre fue Merche Sarabia, la hermana menor

de su amigo Ernesto, su "hermano", mucho más que lo fue nunca Miguel, de su propia carne y sangre. Sarabia perdió su pista y por mucho que buscó e indagó, preguntó y compró ojos y oídos que le ayudasen a dar con su paradero, su hermana

desapareció como si se la hubiera tragado la tierra, arrastrada por un tío chulo, zafio y mal encarado, del que Sarabia siempre decía que tendría que haber rebanado

su pescuezo cuando tuvo ocasión, antes de que la echara a perder.

—Siempre has sido una hermana para mí. Me tenías que haber pedido ayuda si

tan mal estabas. A Ernesto no, si no querías, ¡a mí, a tu hermano adoptivo! Yo siempre he estado aquí, lo sabes. Ahora escúchame bien, Merche. Advertida quedas

de que Noelia en esta casa es como si fuera yo. Lo que ella diga va a misa. Si me da una sola queja de ti, te largo a la puta calle. Que segunda oportunidad te ha dado la vida, pero tercera no te la doy yo si me fallas.

A cambio de cuidar de él, a lo que se dedicó agradecida desde aquel día, Curtis

le dio casa, cama y asignó una cantidad nada desdeñable para sus gastos.

Merche sopló su café y esperó un minuto. Luego se levantó y abrió un armario

de la cocina, cogió una tableta de chocolate Nestlé con almendras y la partió en trozos, poniéndolos en un platillo de loza blanca. El Rubio apartó la cortina, miró

por la ventana y vio pasar a la misma mujer con el carrito de gemelos. Sin embargo, no pensó como Sarabia. De hecho, no pensó en nada. Después se volvió

hacia Merche e hizo una mueca a modo de gesto indicativo de que tenía permiso para hablar. La Flaca nada dijo y solo esperó. Se acercó a la mesa y se sentó, llevándose a la boca dos porciones de chocolate que saboreó con gusto, cerrando los ojos. Luego los abrió, mientras sentía derretirse el chocolate en su boca. El Rubio miró a la Flaca e hizo una mueca parecida a una sonrisa. El Rubio rara vez

sonreía. Dejó de hacerlo hacía ya años por culpa de la Flaca.

—¿Lo calenté demasiado? —preguntó el Rubio.

—Un poco, quizá. No pasa nada, lo soplo y ya está.

La Flaca ya no era tan flaca: cincuenta y cinco kilos de recuperada salud. Y

guapa, muy guapa, pensó el Rubio mientras la observaba. Un metro sesenta y cuatro, unos bonitos ojos verdes que hacía tiempo que habían dejado de estar hundidos en sus cuencas y un pelo castaño claro liso y brillante, como si le hubieran dado barniz. Las mujeres Sarabia no eran pelirrojas, por suerte para estas.

Algunas de las cicatrices de su escurridizo cuerpo se dibujaban blanquecinas, constituyendo visibles recuerdos de su vida pasada. También tenía algunas pequeñas

en su rostro. La más llamativa era una que partía en dos su ceja derecha, pero que

no afeaba su rostro afilado y sin embargo atractivo.

—Mírame Merche, que parece que te doy miedo. Todavía no me he comido a

nadie, aunque todo se andará. —El Rubio parecía enfadado cuando se lo pidió, mientras se acercaba hacia ella con parsimoniosa lentitud, como si le fastidiara tener que hacerlo. “ Es tan hermosa ” , se repitió, sin poder evitarlo.

—No te tengo miedo, te tengo respeto. No te gusta que las mujeres se dirijan a

ti antes de que tú se lo permitas y yo jamás me saltaré esa norma.

—Yo soy así, Merche, bien me conoces; sin embargo, tú puedes mirarme sin esperar a que te dé permiso para hacerlo. No es lo mismo.

—No, no lo es.

Para Merche jamás fue el Rubio, sino Andrés. Como Andrés Castillo se lo

presentaron Curtis y su hermano en las fiestas de verano de su antiguo barrio, hacía ya más de siete años.

—Este es Andrés, pero todos lo conocemos como el Rubio. —comentó su

hermano.

—Vaya, como a Curtis, que se llama Daniel; algunos ni siquiera saben que su

nombre es Daniel Santos. —Sonrió Merche, enseñando unos dientes de un blanco irreal, casi nieve—. ¿Y tú cómo prefieres que te llame?

—Andrés —contestó él y a sus dos amigos les pareció que aquella montaña se

ruborizaba al hacerlo. Ernesto y Curtis le miraron, francamente extrañados, cuando

el Rubio pidió a Merche que lo llamase por su nombre de pila y no por su apodo.

Solo unos cuantos privilegiados lo podían llamar así y a ella acababa de conocerla.

—Te quedarás sin aliento si sigues soplando con tanto brío.

El Rubio dejó su taza en la mesa y acercó su mano con intención de tocar su pelo, aunque se contuvo como muchas otras veces lo había hecho desde que apareció en aquel piso, tirando de aquel *troller* rojo, llevando su nueva vida en él.

Hacía años que no la veía, desde que se marchó con aquel cabrón de mierda… Bajó

la mano de nuevo, como si estuviera más cansado que indeciso, de

tanto darle vueltas a la cabeza y la miró a los ojos. Uno ochenta y cinco de puro músculo, duro

y fibroso, con dos brazos como mazas, dibujándosele bajo la ajustada camiseta, bajando él la vista y subiéndola ella, nerviosa, temiendo que él se metiera en sus pensamientos. “Me gusta este hombre, ¡Dios, cuánto me gusta, qué tonta fui...!”.

—Ya está mejor, quemaba un poco… Andrés, ¿por qué las mujeres tenemos

que esperar a que nos des permiso para hablarte y para poder dirigirnos a ti? —se

atrevió a preguntar. Al hacerlo, se atragantó con el café, maldiciendo por dentro el haber osado formular aquella pregunta. Al Rubio se le encendió la mirada al instante y Merche comenzó a temblar, sincronizando su propio nerviosismo con la

ira de él.

—¿Y por qué cojones quieres saberlo? Limítate a esperar a que te lo dé y punto. Tú no eres nada mío y yo nada tuyo. Eres la que limpia y friega en esta casa, nada más.

—La que limpia y friega —repitió la Flaca. La mano se le abrió de pronto y la

taza se hizo añicos al golpear el suelo. El café, aún caliente, manchó su faldita vaquera y sus bronceadas piernas.

—Joder, Merche, estás tonta. Te podías haber abrasado.

—Creí que era la hermana de Ernesto además de la chacha…

La Flaca se apresuró a coger una bayeta y se arrodilló para recoger el

estropicio, la cabeza agachada, ahogando las lágrimas, que casi no tenía ya, a fuerza de haberlas gastado con los desprecios del hombre que mutiló su alma y con los avatares que le regaló la propia vida, antes de que Curtis la encontrara tirada en aquel mugriento sofá y le regalara una nueva vida.

—Anda, déjame, que yo lo recojo.

Andrés quitó el trapo de su mano de un tirón y Merche ni siquiera se atrevió a

alzar la vista por miedo a cruzarse con sus ojos, temiendo que la fulminase con su

mirada. El Rubio continuó limpiando y tiró los trozos de loza a la basura.

Ella permaneció agachada, sin intención alguna de levantarse, como si quisiera

quedarse en aquella postura de extraña sumisión para siempre. Andrés se acercó y

la cogió del brazo, obligándole a ponerse en pie. La tocó al fin, tras más de dos años queriendo hacerlo. Uno frente al otro y a un metro, nada más. Y de nuevo el

silencio. Y de nuevo a esperar su permiso. Y de nuevo a desear ella un beso y a quererla besar él. Y así otro día más.

Los ojos del Rubio estaban encendidos. Los de Merche esperaban que ese

encenderse significara lo que llevaba tanto tiempo esperando. Pero no, todavía no,

no iba a llegar en aquella ocasión, con la oportunidad que una taza rota y el café caliente derramado por el suelo gris de la cocina parecía haberles brindado, porque

él aún no la había perdonado.

Santiago

—¿Cómo la ves?

—Desesperada y rota. —Pilar miró a su marido con ternura. Sus labios

rozaron su sien. La calidez de su piel encendió su cuerpo, casi al instante.

—Es natural. Le costará empezar de nuevo, pero lo hará. Estate tranquila.

—¿Está todo controlado, Santi? —Pilar apartó la sábana y dejó su cuerpo

desnudo al descubierto. Sus curvas se dibujaron sensuales entre los dedos de él.

—Como lo hice contigo, pajarito, nada voy a dejar al azar. Javier recogió a las

nueve el coche. Se lo ha llevado a su finca y le ha prendido fuego. No ha quedado ni el chasis. Del otro vehículo ya me encargué yo.

—Gracias, amor —se limitó a comentar Pilar, mientras se acurrucaba en su

pecho. Cerró los ojos y sintió la mano de su marido recorrer su espalda con delicadeza.

—Para ti es como una hermana —Santi acarició su pelo y después bajó

suavemente, su mano se deslizó hasta llegar hasta su trasero, redondo y apetecible.

—La hermana que nunca tuve. Es jodido ser hija única. Envidias a todos tus amigos. Tú aburrida en casa mientras ellos se divierten con sus hermanos. Y las hermanas, si se llevan poco, se pueden intercambiar la ropa cuando son

adolescentes. Para una chica eso es la bomba. —Pilar se incorporó y besó a su marido. Su boca sabía a chicle de clorofila.

—Noelia también es hija única. —Santiago buscó su lengua, la punta nada más,

deliciosa y sensualmente húmeda.

—Tuvimos una adolescencia de estrecha complicidad, ella en mi casa, yo en la

suya, fiesta de pijamas, confidencias a media noche, un fin de semana y al siguiente también. Nos intercambiábamos las faldas, las camisetas e incluso una vez nos intercambiamos el novio. Ella acabó con Miguel Santos, el hijo de los fruteros y yo

con Ramiro Monterde, el de los dueños de la tienda de deporte de al lado de mi casa. Salíamos los cuatro juntos y después de tres meses caímos en la cuenta que habíamos elegido al chico equivocado. A ellos el intercambio tampoco les importó

y todo quedó entre hermanas. De hecho, Noelia acabó casándose con Miguel. Las miraditas que mi novio lanzaba a mi mejor amiga eran inconfundiblemente

inequívocas y las que Ramiro me lanzaba a mí, también.

—Menudas dos piezas. —Santi hurgó entre sus nalgas, su dedo acarició y se hundió y Pilar se estremeció.

—La vida da muchas vueltas, nos hace girar cual peonzas, Santi. Menudo circo

se monta con la de algunos de nosotros.

—Un circo de tres pistas, como los de antes.

—Gracias, amor.

—¿Por qué me las das, princesa? —preguntó Santi, mientras acariciaba

sensualmente a su mujer.

—Porque sin ti yo no estaría donde estoy ahora sino vete a saber dónde. Y

tampoco Noelia estaría en la habitación de al lado durmiendo plácidamente, después

de tantas noches en vela como ha debido pasar.

—Nunca imaginamos que la vida nos tratará como lo hace, pero así sucede.

Todo es cuestión de suerte, Pilar, buena o mala, nada más. En tu caso, tras tenerla

muy mala, te vino un golpe de fortuna. Que conste que te vino a ti y me vino a mí,

cariño. Yo también tuve suerte al encontrarte, no te equivoques.

—Me gusta el punto de vista con que siempre enfocas las cosas. Eres ágil de mente y eso es algo raro en los hombres. Me haces sentir bien al hacerme pensar que el rescate fue mutuo, aunque sabes perfectamente que no fue así. Nunca he conocido a un hombre tan seguro de sí mismo como tú.

—No me quieras picar con el tema de las diferencias intelectuales entre

hombres y mujeres—Santi quiso cambiar de tema porque, a pesar de que Pilar no se

lo creyera, él también fue rescatado de la soledad y de los fantasmas que lo atormentaban cuando la conoció.

—Me considero bastante inteligente, a pesar de que suene muy mal decirlo.

Tengo mente de policía, llevo años en el Cuerpo y mi cabeza funciona

meridianamente bien. —Paró pues no quería llevarla al orgasmo de aquella manera.

Quería hundirse en ella.

—No me malinterpretes, Santiago. Planear la desaparición de Noelia en tan

poco tiempo y tener que montar un dispositivo tan complicado, no dejando cabos sueltos para que Curtis no pueda seguir su pista, ha debido ser harto difícil. Solo una persona inteligente podría manejar una máquina con tantos engranajes. Te admiro y siempre te estaré agradecida por lo que has hecho. Te jugaste el tipo por

mí y con Noelia ya van dos. Nunca olvidaré que me rescataste y me diste la oportunidad de volver a nacer. Y ahora se la brindas a Noelia, a quien solo conoces

por lo que te he contado de ella. —Los ojos de Pilar se perdieron en los de Santiago, brillantes e inmensos.

Hacía tiempo que Pilar se había relajado. Tras ser rescatada por el policía, se

refugió en el chalet de la sierra madrileña en el que este vivía. Había conseguido vencer el perpetuo insomnio que la acompañó desde que, en la boda de Noelia, le

presentaron a Marcelo, el amigo italiano de Curtis. Aquel hecho cambió su vida de

un plumazo. Tras conocer a Santiago y suplicarle que la salvara de todo aquello, dejó de refugiarse en el policía y volvió a dar pasos

buscando su sombra, su seguridad, su autoestima y sus orígenes, poquito a poco y muy despacio.

A él no le costó rescatarla, de hecho lo necesitaba hacer por ella y por él mismo. De aquello habían pasado casi siete años. Un año después de instalarse en su

nuevo hogar, se miró al espejo una clara mañana de primavera y descubrió que aquel era el día. Llamó a Santiago y comentó que quería salir del pueblo, coger su

Ford Fiesta color guinda y conducir hasta la capital para perderse por sus esquinas y callejuelas durante una hora y media, nada más, a modo de terapia. A él le alegró

escuchar aquello porque confirmaba su teoría: las heridas solo necesitan tiempo para cicatrizar.

Santiago no estaba asustado, jamás lo estuvo cuando planeó su rescate hasta el

último detalle para salvar a Pilar de su infierno personal y sin esperar nada a cambio. Lo hizo porque se había enamorado de ella cuando, persiguiendo al italiano, descubrió a la mujer que lo acompañaba. Como una hermosa sombra, pegada a él dondequiera que aquel cabrón fuese. Pilar carecía de ella, desaparecida

la suya, absorbida por la de Marcelo Giannelli . Santiago no se lo pensó dos veces, envuelto ya como estaba en el olor de su piel, en las ondas de su cabello y en sus

ojos color miel. Había conocido muchos casos así, de amigos del Cuerpo con hijos

que ya no eran sus hijos, atrapados por la droga o con hijas o hermanas viviendo un

infierno por culpa de gilipollas que las inflaban a hostias, a la primera de cambio, creyéndolas de su propiedad. Si uno sabe hacerlo y mantiene la sangre fría, todo es

posible, ¿no sacan los magos un conejo de su chistera con asombrosa facilidad?

Pues eso. Le ayudaron sus amigos, como él había ayudado muchas veces a otros policías, cuando la justicia no mueve un solo dedo y uno

tiene que hacerlo todo para que el mundo sea un poco mejor, al menos para una sola persona, una a la que

se quiere de veras y que está inmersa en un auténtico infierno. Cuando apartó a Pilar de la sombra del italiano, cuando le encontraron muerto, tirado en un callejón de un polígono industrial a las afueras de Madrid con varios disparos, uno de ellos en la

cabeza, cuando a nadie le importó y nadie preguntó quién, por qué y de qué manera,

ella recuperó por fin su sombra. Santiago se la llevó a su casa protegiéndola de todos, incluso de ella misma. Se ocupó de cuidarla, de devolver la luz a su mirada,

de ayudarle a buscarse y a encontrarse. La cogió en brazos y la llevó hasta aquel lugar cálido para que se encontrase tranquila y relajada, para que durmiera a pierna suelta, para que durmiera a su lado. Y para amarla también, para amarla mucho, como hacía tiempo que no había amado a una mujer. Por eso, cuando Pilar le llamó

para decirle que aquel era el día e iba a coger el coche para ir a Madrid, él también respiró y descansó. Porque no tenía miedo y tan solo le restaba que ella le dijera que había dejado de tenerlo. A ese día siguió otro y otro más. Dos horas, tres, toda una tarde. Y después de aquello, buscó trabajo y lo halló como secretaria en un despacho de arquitectos situado en la calle Goya. El día en que se sentó en la mesa

de la oficina, comenzó a rellenar formularios, escribir cartas, atender llamadas telefónicas y, al cabo de ocho horas, regresó a casa y le contó cómo había transcurrido aquella primera jornada de trabajo, Santiago supo que había

recuperado su sombra y se la había cosido bien cosida a los pies, como *Wendy* hizo con la de *Peter Pan*.

—Trata de olvidar lo de tu rescate de una vez. No te salvé de las garras de la

guerrilla colombiana sino de un delincuente, de un cabrón descerebrado que se merecía lo que le pasó, le hicimos un favor a la sociedad, así que nada de agradecimientos, que ya han pasado años, Pilar. No lo hice para que me lo agradecieras, sino porque te quería.

—¿Te quería, en pasado?

—Y te quiero en mi presente y te querré en mi futuro. —Sonrió.

—Mi poli poeta... Cambiando de tema, ¿crees que debería ver qué tal se

encuentra Noelia?

—No seré yo quien te lo impida. No me lo preguntas, me lo cuentas, como siempre haces. Anda, prepárale una taza de cacao y ve a ver qué tal se encuentra; seguro que está roncando. Si te quedas más a gusto así, ¿quién soy yo para negarte

esa necesidad perentoria de abandonar nuestra cama para arropar a tu amiga del alma, por si tiene frío?

—Mira que eres tonto…

—Cuando vuelvas despiértame si estoy dormido.

—¿Por qué?

—Porque no hemos acabado y tengo mono.

Curtis

Curtis dio un portazo al entrar, sobresaltando a Sarabia, que continuaba

mirando por la ventana. Sarita, que había regresado al sofá y veía la televisión, se giró asustada. Los enrojecidos ojos de Curtis evidenciaban que seguía igual que el

día anterior, que el otro y que el de más allá. Sin nada. La aguja en el pajar no aparecía. Sarabia se levantó y se enfundó la pistola en el cinto, dirigiéndose hacia su amigo que se había quedado parado, al lado de la puerta, con la vista perdida en algún punto de su retrato, una etérea Noelia con una media sonrisa, parecida a la de la *Gioconda*, que colgaba encima de la chimenea del salón. A su lado, en la encimera de esta, un cuadro de Miguel, con una mirada profunda, como de vuelta de

todo, no propia de un niño de su edad, que también contempló durante unos segundos. Y una cajita de mimbre donde se guardaban objetos varios. Botones, tuerquecitas de a saber qué cacharro, tarjetas de visita cogidas del buzón, viejas entradas de cine y teatro.

—¿Sin novedad?

—¡Qué pregunta! ¿Acaso no me ves la cara? Es como si se la hubiera tragado

la tierra. Nadie ha escuchado, nadie ha visto, nadie sabe nada de nada. Se ha convertido en un fantasma —contestó Curtis.

—Te dije que te acompañaba, tal vez yo hubiese podido llamar a más puertas,

abrir más bocas y mover más hilos.

—Joder, Ernesto. ¿Y qué ibas a hacer tú diferente a lo que estoy haciendo yo?

Dudo que tu suerte fuera a ser distinta a la mía. Tú me haces falta aquí, quedándote a cargo de todo. Esto es un asunto personal, nada tiene que ver con el negocio.

Los ojos de Curtis brillaban. Las aletas de su nariz estaban bien abiertas, como

si le costase respirar y necesitara insuflarse más aire dilatándolas de aquel modo.

Aunque no era eso lo que le pasaba, simplemente estaba pensando.

—El honor va inherente a nuestro negocio, Curtis, eso lo aprendí de ti. Lo que

afecta en lo personal repercute en todos los demás asuntos.

—Haz lo que digo, no lo que hago, eso también deberías haberlo aprendido. Es

superior a mis fuerzas, la tengo metida aquí, en la pelota. —Se golpeó la cabeza con fuerza—. Y no hay Dios que me haga olvidarla. Me cago en los diez mil euros. Si la

encuentro no sé si podría castigarla, a ella no... Vamos a mi despacho, tenemos que

hablar.

Resultaba un tanto chocante que el despacho de Curtis tuviera un aire a bufete

de abogados, sobrio y elegante. El mobiliario era de madera de roble y una lámpara

de cristal coronaba el techo de la estancia, pintada en un suave color ocre. Un sillón de cuero marrón oscuro con brazos tras el escritorio y al otro lado otro par de sillones de confidente. En frente, un *bureau* antiguo, finamente tallado, una verdadera pieza de arte adquirida a un anticuario junto con dos estanterías a juego

que guardaban pilas de libros de legislación, carpetas archivadoras y documentos sueltos, ordenados en bandejas de madera de teca. En la mesa, a la derecha, un portarretratos con una foto de Curtis y Noelia en un velero y tras ellos, un mar cualquiera. A la izquierda, otra de Miguelito, el hijo de Noelia y su hermano Miguel, mirando a ninguna parte y bastante serio, vestido de comunión con traje de

almirante y repleto de galones. Cualquier niño hubiera posado sonriente con aquel

traje, pero él lo hacía de tal modo que parecía una figura de cera, inexpresivo, con los ojos fríos como los de su tío. Azules y gélidos, muertos de sentimientos.

En la pared de enfrente, una enorme pantalla de proyecciones y, de espaldas a

su sillón, un pequeño mueble de cajones con un proyector y un ordenador portátil.

El despacho era enorme y muy luminoso, como toda la casa. Dos grandes

ventanales y un balcón lo inundaban de luz. Una mesa y seis sillas tapizadas en cuero marrón como los sillones, situada al lado de una de las ventanas, completaba

la sobria decoración de la estancia.

Los asuntos legales de su peculiar negocio los llevaba un famoso abogado, tanto o más corrupto que él, al que pagaba una buena suma de dinero para que le mantuviera en la más absoluta legalidad, lejos de la policía, del fiscal y la madre que los parió a todos, que andaban tras sus pasos de modo intermitente, según por

donde saliera el sol ese día, obligándole a que tuviera que recurrir a aquel picapleitos engominado, uno de tantos que matan sin pegar un

solo tiro, roban sin

sacar un arma y se ríen de todo el mundo con total impunidad porque ellos están por encima de la ley, los muy cabrones.

Curtis le reía las gracias así como sus pésimos chistes de putas, mafiosos y policías pues, a pesar de las ganas que tenía de deshacerse de aquel hombre, era un

profesional que le sacaba las castañas del fuego. “No varía nunca de repertorio y parece que le hace gracia joderme la marrana. Le proporciono coca y le brindo la

oportunidad de follarse por la cara a mis mejores chicas, porque el abogaducho gilipollas de metro sesenta, barre bajo la alfombra nuestros problemas con la justicia y nos ha sacado de más de una. Aunque le espero…”, solía decir cuando hablaba del abogado.

—Ojalá no tuviera que necesitar a ese mamonazo, Sarabita —acostumbraba a

comentar cuando el abogado le sacaba de sus casillas—. ¡Cuánto me gustaría ver sangrar al picapleitos como a un gorrino! Le cortaría la polla y se la haría tragar, que estoy hasta los cojones de los mismos chistes y de las mismas retahílas sobre lo mucho que le debo y que le tengo que agradecer. ¡Cuántas ganas le tengo a ese pedazo maricón!

—El día que te canses de él o te falle, me lo dices, Curtis, que yo me encargo.

—Si ese día llega, Ernesto, yo mismo le pegaré un tiro en la cabeza y me quedaré más a gusto que la madre que me parió cuando me vio asomar la cabeza a

este puto mundo.

Curtis miró a Sarabia, que se había levantado para estrechar su mano.

—¿Y cómo ha ido por aquí la cosa? —preguntó.

Sarabia sacó un pequeño peine del bolsillo de sus pantalones y se dio unas cuantas pasadas. Tras ello, se dejó caer en el sillón.

—Todo tranquilo. Los chicos han llamado, hubo jaleo en el garito del Pelao, aunque fue poca cosa, nada que nuestros muchachos no pudieran solucionar con un

par de hostias bien dadas. Esta mañana llamó el Barbas, ya tiene preparada la mercancía. Nos reuniremos el próximo viernes a las doce de la noche en el lugar acostumbrado. Dijo que estemos al loro, que los maderos le andan oliendo el culo

más de lo acostumbrado.

—¡Putos maderos de mierda!

—¿Viste a tu madre, qué se cuenta doña Fuencisla?

—Está como siempre, más fresca que una lechuga —Curtis sonrió sin ganas.

Su rostro denotaba cansancio y hacía varios días que no se afeitaba. Sus ojos azules lo estaban más que nunca, casi transparentes.

—¿Y Miguel?

—Igual de mal encarado. Le compré el videojuego de la *Play,* ese nuevo de fútbol que me pidió y el muy cabronazo lo mira, me mira y se va con él a su cuarto

sin darme ni las gracias. Menuda pieza. No se ríe ni aun haciéndole cosquillas, el muy desgraciado.

—Me imagino que no ver a su madre hará que se sienta un tanto mosqueado.

—Tampoco es que la viera mucho antes de largarse.

—¿Una vez en semana, quizás?

Sarabia se rascó la cara. Se había dejado perilla. A Sara le gustaba que lo hiciera de vez en cuando. “Es como si me follara a otro tío, mi niño”, comentaba. Y

él se la dejaba para complacer a su mujer porque luego ella le complacía a él del

modo en que tanto le gustaba. Pero ahora le picaba. Había follado con ella aparentando ser otro hombre durante más de una semana, “ lo suficiente ” , se dijo.

“Esta misma noche me quito la puñetera perilla de los cojones”. Se percató de que

sonreía al pensar aquella estupidez, y de nuevo su semblante se volvió hosco.

—No me jodas, Ernesto, siempre con lo mismo. Para el chaval era lo mejor, ni

ella ni yo, Sarabia. Somos mala gente y este mundo no es el apropiado para criar a

un niño.

—Tú eras peor gente que ella, Curtis. Noelia no está fichada, únicamente es tu

mujer. La poli no la tiene controlada como a nosotros, que cuando les da por jodernos, sentimos su aliento en el cogote. Aunque últimamente no podemos

quejarnos. Estos maderos de ahora no son como Cárdenas ni por asomo. Llevamos

tranquilos mucho tiempo. Menudo cabrón aquel policía.

—Cárdenas hace años que no asoma su jeta por ninguno de nuestros garitos.

Aquel madero era una mosca cojonera. En cuanto a Noelia, no se vino conmigo porque sí. Miguel se portó con ella como un hijo de puta. Casi la mata, no lo olvides. Parece que para determinados asuntos tienes muy poca memoria. Las circunstancias jugaron una gran baza a mi favor, pero también me quería. Tarde o

temprano hubiera ocurrido.

Curtis se levantó, puso ambas manos en la mesa, cogió una estilográfica de un

cubilete de cuero marrón y se puso a garabatear en una libreta. Círculos y más círculos. Y, sin darse cuenta de ello, también escribió “NOELIA” en letras mayúsculas.

—¿Puedo seguir hablándote como amigo y no como jefe, Daniel?

—Cuando me llamas Daniel, es que vas a hacerlo como hermano, ni siquiera como amigo. Solo a ti te considero hermano, porque ya sabes que para mí siempre

lo has sido más que el propio Miguel. Vomita lo que tengas que decirme.

—Esto viene de lejos, lo sabes. Casi le retiraste la teta al muchacho de la boca,

llevándote a Noelia cuando el crío apenas tenía dos años.

—No me quedó más remedio. La quería y ella a mí. No podía consentir verla

así. —Curtis miró la hoja de papel y leyó lo escrito. Con gesto huraño arrancó la

hoja de la libreta, la arrugó y la encestó en la papelera.

—¡No me jodas con lo de que no te quedó más remedio, por el amor de Dios!

¡Era la mujer de tu hermano y te la estabas tirando!

—Noelia no quería a Miguel, estaba enamorada de mí. Lo que pasa es que se casó antes de darse cuenta de que se estaba confundiendo de hermano.

—Estás en un error. Tú fuiste quien la arrastró a los brazos de tu hermano, tú

eras el hermano equivocado y no Miguel, aunque te niegues a admitirlo. ¿Qué le ofrecías tú, en realidad? ¿Qué podemos ofrecer nosotros a una tía normal, a una que no sea una puta? Noelia era una chica de barrio con una vida normal. Estudiaba

inglés y francés todas las tardes en una academia y se estaba sacando la FP, con la

esperanza de encontrar un trabajo y formar una familia junto a tu hermano. Noelia

era distinta a todas las mujeres que conocíamos. Sarita, sin ir más lejos, mi propia mujer. Ella era una tía sin futuro, como todas las que trabajan en estos antros. Me la tiré hasta que me di cuenta de que no me gustaba que otros tíos la sobaran y que la

quería para mí solo. Los hombres como nosotros estamos obligados a querer a mujeres como Sarita. No deberíamos hacernos pajas mentales pensando que si nos

enamoramos de una mujer decente, nuestra vida cambiará. Esta es nuestra realidad,

Daniel. Somos mala gente, como tú bien has dicho, pero, precisamente por eso, no

deberíamos pensar en perpetuar nuestro linaje en el vientre de una mujer sin pasado.

Las guarras, las putas, las que llevan el vicio en la sangre, son las que nos convienen. Ellas saben apreciar lo que les damos, saben que lo que les ofrecemos es

la mejor salida para la vida de mierda que tienen, porque salen del arroyo y aprecian lo que hemos hecho por ellas siendo buenas esposas y madres y

respetando a la familia por encima de todo. ¿Qué le diste a Noelia, Curtis? ¿Me lo

puedes explicar? Si se había enamorado de ti y realmente la amabas, tendrías que haberte apartado de ella. Está bien, te la tiraste y te gustó, te enamoraste quizás; sin embargo, debiste parar. Era la mujer de tu hermano, no una fulana como las que acostumbramos a follarnos. Dejaste que cometiera el error de enamorarse de ti. A

las buenas mujeres, los hombres como nosotros no las salvamos, las condenamos.

Tú condenaste a Noelia, no la salvaste de tu hermano, la apartaste de él para que ella te salvara a ti. Olvidas que, a nosotros, hermano, no hay mujer que pueda salvarnos

porque estamos atrapados dentro de nosotros mismos.

—¡Y una puta mierda! —bramó Curtis. Por un momento pareció que iba a

enloquecer. Golpeó la mesa y el cubilete y las bandejas vibraron —. ¿Qué sabrás tú

de salvación ni de la madre que me parió, Sarabia? Miguel no era mucho mejor que

yo. ¡Mi hermano era un farsante! Bajo su disfraz de buena persona se escondía una

sabandija. Él no la quería, fue él quien le dio una paliza que casi la mata y no yo.

Hizo su vida imposible desde el momento en que el crío nació, con sus dudas y sus

insinuaciones. Estás un poco desmemoriado, Ernesto. ¿Te tengo que recordar que yo no la obligué a que se viniera conmigo? Lo único que hice fue recoger las maletas que mi hermano dejó en la puerta cuando la echó a la puta calle.

—Sus motivos tenía, Curtis. Ahora parece que eres tú quien ha olvidado parte

de la historia. Era un cornudo. Su hermano se follaba a su mujer.

Sarabia estaba sereno, a pesar de lo contundente de sus palabras. Lo hizo despacio, masticándolas, calmando finalmente la ira de su amigo.

—Sí, los tenía, por supuesto. Descubrió que su mujer estaba liada con su hermano, el que regresó a Madrid después de tanto tiempo perdido por ahí y se encontró con que este se iba a casar con una mujer impresionante. ¿Dónde quedó esa niña feúcha con la que nuestras hermanas jugaban en el descampado? Cuando me fui, Noelia seguía siendo la misma cría delgadita y poca cosa en la que ningún

chaval se fijaría, pero, cuando regresé, encontré a un pedazo de mujer, una hembra

bellísima y dolorosamente deseable, cuyos labios me hubiera gustado morder en cuanto Miguel me la presentó como la mujer con la que se iba a casar. “Te presento

a mi novia”, me dijo, “es Noelia, ¿te acuerdas de ella? Es la hija de Remedios y Mariano, esa a la que solías llamar la escurrida. Decías que no tenía “ni chicha ni

limoná” y que no le harías un favor, aunque fuera la única tía que hubiese sobre la

faz de la tierra”. En aquel mismo momento, mientras el gilipollas de mi hermano me presentaba a su futura esposa de aquel modo tan estúpido y me recordaba todas

aquellas cagadas que dije en su día sobre ella, deseé que la tierra me tragase. Noelia estaba frente a mí, mostrándome la mejor de sus

sonrisas, a pesar de lo que acababa

de escuchar sobre la opinión que tenía de ella cuando éramos chavales. Cuando me

saludó sentí la calidez de su cuerpo rozando el mío y la humedad de sus labios en

ambas mejillas cuando me plantó dos besos y deseé que me los hubiera dado en la

boca, delante de mi hermano que no paraba de hablar, “bla, bla, bla, bla...”. Joder, Sarabia, aquellos dos besos se clavaron en mi corazón como si fuesen flechas de Cupido.

Curtis inspiró y pareció calmarse. Ernesto escuchaba a su amigo, le dejaba desahogarse, ambas manos encima de la mesa, con el rostro menos tenso ya, la mirada fija en los suyos.

—Ahí debiste pararte a pensar que esos dos besos eran besos de futura cuñada

y olvidar esa gilipollez de que eran flechas de Cupido.

Sarabia miraba a Curtis, que había empezado a juguetear con la estilográfica,

paseándola entre sus dedos.

—Una semana más tarde ya la había hecho mía —Curtis miró la foto de Noelia

e hizo una mueca a modo de sonrisa.

—No perdiste el tiempo y cuando me lo contaste te aconsejé que parases. Un calentón, un par de buenos polvos, nada más había aún. Pero seguiste adelante.

—¡Ya estaba colado por ella, no podía parar!

—¿Le pediste alguna vez que no se casara? —preguntó Sarabia.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¡Joder! ¡Porque estabas enamorado de ella! Partiendo de la base, repito, de que nosotros no deberíamos mirar a las buenas mujeres sino a las malas, una vez que te enamoraste, ¿por qué permitiste que se

casara? Hubieras podido evitar todo

lo que sucedió después.

—Supongo que, a pesar de haberme enamorado de Noelia, no quería chafar sus

planes. Creí que ella estaba enamorada de Miguel y que conmigo solo se acostaba.

—¡Y una mierda! A Noelia le gustabas, no sé si era amor lo que sentía por ti,

pero pasión entre Noelia y tú había mucha. Todos los que estábamos alrededor lo veíamos, todos menos el trío implicado. Optaste por el camino que más baches tenía

porque querías ir por él, te va el peligro Curtis, tú mismo lo has dicho. Podías haber optado por hacer mutis por el foro ya que nada se nos había perdido en nuestro antiguo barrio cuando regresamos a Madrid. Eran otros los asuntos que nos trajeron de nuevo a la capital. Hubiera sido suficiente con un “hola” a la familia, un regalito a los futuros novios y, si me apuras, el polvo a la cuñadita, nada más. Y si te he visto, no me acuerdo. Alguna visita a tu madre de vez en cuando, un ramo de flores al hospital cuando hubieras sido tío e incluso podrías haber ido al bautizo y cumplido en los cumpleaños de los sobrinos que hubieran llegado, punto pelota.

Ella hubiese echado unas cuantas lagrimitas en el caso de que hubiera sido amor y

no solo sexo. Se hubiera contentado con su vida de casada, su trabajo en una oficina y cuidar de sus niños. ¡La madre que me parió, Curtis! Que te la tiraste durante dos meses y tu intención no fue otra que seguir tirándotela tras el “sí quiero”. ¿No podrías haber sido más consecuente con lo que sentías y no esperar a que las cosas

llegaran donde llegaron? ¿Lo hiciste para vengarte de Miguel? Porque no recuerdo

que te hiciera nada como para joder su vida de aquella manera. Podrías haberle dejado un pedazo de dignidad intacto. No es lo mismo que tu hermano se tire a tu

novia a que se cepille a tu mujer en su propia cama, digo yo. Creo que a tu hermano

le metiste tú el cáncer en el cuerpo, a través de la hiel que nació en él cuando descubrió vuestra traición. Enfermó de cuernos y se le pudrieron dentro.

—El cáncer nos ronda en la familia. Somos terreno abonado para esta puta enfermedad. Mi padre, mi abuelo, Miguel; todos murieron podridos por dentro. Tal

vez se le despertó cuando le di aquella paliza tras encontrar a Noelia medio muerta, molida a patadas y puñetazos, tirada en el salón de su casa y con sus maletas en la

puerta. El muy cabrón se llevó al niño a casa de mi madre y la dejó a ella bien jodida. Todo porque se empeñó en que el chiquillo se parecía más a mí que a él. Y

venga y venga y dale y dale con aquella gilipollez.

—No me jodas, Curtis, que no necesitas de una prueba de *ADN* para confirmarlo. El chaval es tu vivo retrato. Si sois como dos gotas de agua, que es clavadito a la fotografía que tienes en el salón. ¿Cuántos años tendrías en esa foto, diez?

—Creo que sí.

—Pues en esa foto sois clavados, no me fastidies. ¿Se lo preguntaste a Noelia

alguna vez?

—Si —reconoció Curtis con gesto huraño.

Se pasó la mano por la boca y se levantó, cogiendo una botella de *Evian* del pequeño frigorífico que había en el despacho, perfectamente camuflado dentro de un mueble de falsos cajones. Ofreció una *Mahou* a su amigo y volvió a recostarse en el sillón.

—¿Y qué te dijo?

—Que no era hijo mío.

—Mintió. Lo sabes tú, lo sé yo y lo sabía tu hermano. Eso y que te estabas tirando a su mujer. Miguel tragó quina hasta que se le hincharon las pelotas y estalló. Los ataques de cuernos son muy malos. De acuerdo, no la mató de milagro

y la gente civilizada arregla los asuntos con palabras y no con golpes,

que no debía haber llegado la sangre al río como lo hizo. Se pasó y casi se la carga. ¿Y qué querías que hiciera? Era un hombre y no Dios, que todo lo aguanta y perdona. Te

liaste con su mujer y le diste una paliza de muerte en castigo a ser humano. Él se quedó con el crío. ¿Por qué crees que lo hizo? ¿Porque sabía que era hijo tuyo y putearte? ¿No puedes pensar que tu hermano quería al niño como si fuera suyo y que lo hizo para apartarlo de ti? Murió poco después y podrías haberte llevado a Miguel, pero no lo hiciste. En el fondo sabes que esta vida no es la que debe mamar

un crío, mejor con la abuela Fuencisla.

—Nunca dije a Noelia que la quería y ella tampoco me lo dijo a mí. Supongo

que dos meses no fueron tiempo suficiente como para que quisiera romper su compromiso. Quizá ella también pensaba por aquel entonces que solo habían sido

unos cuantos revolcones. Tras el primer error, los demás vinieron rodados y lo hecho, hecho está. Sucedió así, no pude o no quise parar, qué más da, para qué darle más vueltas. Ahora solamente quiero encontrarla. Necesito que vuelva.

—Noelia estará bien escondida, Daniel. Llevas días buscándola y sigues igual

que cuando se fue: sin una puñetera pista. Sabe cómo te las gastas y estará muerta de miedo. Por la cara que se le ponía, blanca como la cal, cada vez que veía a la Negra, creo que todavía recordaba la escenita del puticlub, a pesar del tiempo que había pasado de aquello. Debió de tener pesadillas durante meses tras ver aquel espectáculo. Menuda lección diste a la Negra y menuda lección se comió Noelia sin

tener arte ni parte, solo porque tú te empeñaste en que viese qué sucede cuando se te cruza la vena. Ha vivido en un continuo miedo desde que recogiste sus maletas y la

trajiste a vivir contigo, lejos de su familia, lejos de su hijo, al que casi no veía, lejos de todo lo que conocía. Y la metes de lleno en este mundo que intuía, sí, pero que no había vivido.

—Te repito, Ernesto: lo hecho, hecho está. No me jodas más con este rollo, que

te pareces a mi madre cuando me reprende por cualquier gilipollez, como si todavía no me hubieran salido pelos en los huevos. No puedo creer que se la haya

tragado la tierra. El día anterior a su desaparición, folló conmigo como hacía tiempo que no lo hacía. Parecía que quisiera dejarme seco, como en los viejos tiempos. Habíamos discutido unos días antes. Me tenía harto en paz con tanto

“escapemos de todo esto, Daniel, marchémonos a algún sitio perdido, cojamos a Miguel y huyamos lejos de toda esta mierda”. Ella sabía que no me iría a ninguna

parte, que mi sitio es este y que mi vida es esta. Me he tirado a una tía delante de su jeta, ¡por el amor de Dios! Tú lo has visto Ernesto, que no me lo invento. Hemos cenado, bailado, nos hemos puestos ciegos de alcohol y al final hemos acabado en

uno de los garitos más finos que tenemos en Madrid. Y la he dejado ahí, sentada en

un sillón frente a la cama, mirando cómo le daba por culo a una fulana. A veces he

dicho, “ven, Noelia, únete a la fiesta, cariño” y, como un perrito, obediente y sumisa, lo ha hecho. Otras veces he llegado a casa con una puta y he mirado cómo

se lo hacían, he observado cómo la furcia arrancaba el placer a mi mujer y la he visto llorar después. Ha hecho cosas horribles obligada y, a pesar de eso, hace unos días todavía me suplicaba que huyéramos de todo esto, de nosotros mismos, que escapásemos de toda esta mierda. ¡Como si fuese tan fácil huir de quien eres!

El rostro de Curtis sufrió una extraña mutación conforme hablaba y se tornó gris. Se acarició el pelo y se sacudió un par de cabellos que se habían quedado enredados entre sus dedos.

—Ella lo ha hecho, se ha ido sola y ni siquiera ha intentado llevarse a Miguel.

Ha desaparecido, puede hacerse, lo estás viendo. No hay manera de encontrarla —

Sarabia se levantó y miró por la ventana. Comenzaba a chispear.

—Ha tenido que recibir ayuda. Noelia es lista, sin embargo no creo que lo sea

tanto como para desaparecer como lo ha hecho... No hay ni una sola pista de dónde

ha podido huir, nadie sabe nada, joder, es todo un misterio. Hemos encontrado a muchos tíos que nos la habían jugado y hemos tardado uno, dos días o una semana a

lo sumo; al final siempre ha habido un cabo suelto, una pequeña pista que nos ha llevado hasta él. Esto es personal y no atañe al negocio, aunque, en parte, lo personal puede trascender. Que Curtis ha perdido a su mujer, que se le ha escapado

con diez mil euros y nadie sabe dónde cojones está, que se está ablandando. Tal vez

no quiera encontrarla, tal vez sea más fácil esconderse de él, que comienza a hacerse mayor para este negocio. ¡Qué cojones!, que no voy a rajarle la cara, que

me importa un carajo que se haya largado con mis diez mil putos euros, que solo

quiero que vuelva. Me estoy engañando si pienso que voy a tocarle un solo pelo cuando la encuentre. A la mierda lo que piensen todos, Ernesto, la quiero aquí, conmigo, la perdono, la perdono...

—¿Y estás seguro que no la marcarás el muslo con tu sello, como lo hiciste con la Negra? ¿No le rajarás la cara como a Dulce? Esa también quiso largarse y

cuando la encontraste desfiguraste su rostro, con lo bonito que era, que de un garito de categoría la tuviste que trasladar a uno de pueblo, del estropicio que hiciste en su jeta, únicamente porque se enamoró de un cliente y quiso dejar esa vida. Eso pasa

mucho, le pasó a la Negra y no acabó como aquella desgraciada gracias a una fotografía. Bueno, los dos tíos sí acabaron igual, pero ellas recibieron distinto trato.

A ellos les pegaste una buena paliza y a la pobre Dulce la dejaste marcada y la Negra acabó cuidando de tu madre y de Miguel.

—Esto no lo ha podido planear ella sola. —Curtis seguía dándole

vueltas a la

cabeza, sin escuchar lo que su amigo estaba diciendo—. Está todo muy bien atado.

Tengo que saber quién le ayudó. Si tiro de ese hilo, daré con Noelia. Hablaremos y

volverá. Nada de amenazas, nada de sellos en el muslo ni navajazos en la cara. Me

contendré y aguantaré las ganas de darle dos buenas hostias cuando la encuentre.

Efectivamente, es la madre de mi hijo y además, aunque me joda admitirlo, todavía

la quiero.

En una aldea olvidada

La cocina estaba alicatada con azulejos de quince por quince, de aquellos que

se llevaban por los años setenta, con una cenefa de formas geométricas alrededor que semejaban florecitas, en un desgastado ocre y rosa palo y unos pequeños dibujos simétricos en medio formando ramilletes, como si fueran mandalas. La casa era vieja por fuera y por dentro. La cal de la fachada estaba agujereada y se caía a pedazos, como si hubiera sido roída por el paso del tiempo. Los marcos de

las ventanas y las rejas estaban completamente oxidados y la puerta era lo único que había sido cambiado hacía pocos años y abría y cerraba sin dificultad. Toda ella exhalaba un olor a rancio, a vetusto, a antiguo. Hacía siglos que Santiago no pisaba aquella casa. No lo hacía desde que era niño y cambió aquel pueblo, lugar de mágicos veranos, por el olor a sal y sardinas asadas de la playa.

Pilar calentó el cacito de leche en la cocina de gas y cogió dos tazas de loza de

la alacena. Echó colacao y leche y removió con brío. Santiago tenía mono... y ella de él. Siempre. Una luz tenue escapaba por debajo de la puerta. Llamó despacio, pero Noelia no contestó. Dormía con la sábana echada hasta el cuello, asomando solo su cabeza. Algunos

cabellos escondían su rostro.

Después de que Pilar la descubriese en el paseo de Recoletos aquel frío y desapacible día de invierno, tras varios años sin saber la una de la otra, no hubo ningún otro encuentro delante de una taza de café después de aquel dado que sus posteriores contactos fueron a través del teléfono. Cuando Noelia relató su historia en aquella céntrica cafetería, lo primero que hizo Pilar fue comprar dos móviles de

prepago y dar uno a Noelia. A partir de aquel momento, en el suyo llevaba amarrado su futuro. Curtis no podía enterarse de la existencia de aquel teléfono: se jugaba mucho, se lo jugaba todo. Pilar vivía con un policía al que había escuchado

muchas crudas historias y de escapar, desgraciadamente, también sabía bastante.

Acurrucada, como un perrito en su cojín, dormía Noelia. Encendió la luz de la

lamparita de noche, dejó la bandeja en la mesilla y retiró con suavidad los mechones que ocultaban su rostro. Noelia abrió los ojos y sonrió.

—Te había traído cacao calentito…, siento haberte despertado.

—No estaba dormida, solo tenía los ojos cerrados. No consigo conciliar el sueño, sigo asustada.

—El miedo durará bastante, lo sé por experiencia.

—No volveré a ver a Miguel y eso es lo que más me duele. Mi niño se quedará

con mi suegra y se olvidará de mí.

—No seas tan pesimista. No soy partidaria de la palabra “jamás” y tampoco me

gusta “nunca” pues, aunque son cortas, llenan demasiado la boca. Mejor, un “tal vez” o un “quizás”. Son igual de cortas, pero mucho más esperanzadoras. El vaso

medio lleno, Noelia, no medio vacío.

—¿Dónde voy a ir yo con diez mil euros y la sombra de Daniel

persiguiéndome día y noche? ¿Qué futuro puedo ofrecer a Miguel? Con su abuela

está mejor, al menos dinero no le va a faltar y con el dinero se compran oportunidades.

—En la oscuridad no hay sombras, Noelia.

—A la luz de una farola siempre las hay, la única que no tengo sombra soy yo,

que la perdí hace ya tiempo

—Yo vivía bajo la del italiano y ahora estoy felizmente casada con un policía.

Y el miedo, ¿qué es el miedo? Yo no lo tengo, hace mucho que dejó de

acompañarme, que se pegó a mí como si fuese mi sombra, antes de que pudiese recuperar la mía. Y ya ves, un buen día desapareció sin más. Y a ti te pasará lo mismo dentro de poco. Te abandonará, podrás poner el punto y final a tu anterior

vida y comenzar otra. ¿Te apetece tomarte el cacao? Todavía está caliente.

—Me apetece mucho.

Noelia se incorporó. La sábana con la que se había cubierto y con la que se había tapado hasta el cuello mientras conversaban, cayó suavemente sobre su regazo, dejando al descubierto su pijama de raso azul. Sus ojos centellearon bajo la luz de la lámpara de mesa.

—Me gusta cómo te queda este corte de pelo.

—No quisiera parecer una mujer de vida alegre. Cuando me lo corté y teñí mi

intención no era otra que pasar desapercibida.

—En cuanto a tu segundo objetivo has dado en el clavo porque yo casi no te reconozco. En cuanto al primero, llamas mucho la atención con ese negro azabache.

Un castaño o un marrón chocolate quizás...

—¿Hay en este pueblucho peluquería?

—¿Bromeas? En este pueblucho no hay de nada. El bar, una tienda de

ultramarinos donde te venden también cosas de ferretería y punto. Creo que hay peluquería en el pueblo de al lado. Preguntaré a Santi si considera oportuno que salgamos de aquí tan pronto. En cualquier caso, si dice que no, no hay nada que no

pueda hacer un buen tinte casero.

—¿Crees que un día nos reiremos de todo esto?

—¡Cómo no! ¡Algún día nos reiremos hasta de nuestra sombra!

Javier, amigo de la infancia del policía y el único que conservaba de sus veraneos en el pueblo, todavía tenía la casa que heredó de su padres en aquel moribundo lugar alejado de la civilización y solo comunicado con esta por medio

de una carretera mal asfaltada, con más baches que alquitrán y que ni siquiera daba

a la general, sino a otro pueblo algo menos muerto. También había heredado una finca rústica, a varios kilómetros de allí, con una casucha donde se guardaban algunos viejos aperos de labranza. Allí quemó el coche el mismo día en que ella vino al pueblo una vez avanzada la noche, siguiendo las indicaciones de Santiago.

Poseía además otra finca con una docena de caballos a unos veinte kilómetros

de aquel pueblo fantasma. Impartía clases de equitación y el negocio no iba mal.

Empezó por pura afición, dado que era un amante de los caballos. Se compró uno

hacía más de ocho años y, lo que comenzó por placer, acabó en negocio. Dejó su trabajo en la capital y se lanzó a la aventura de ser su propio jefe. Su mujer impartía clases de equitación. Era una morena guapa, con unos enormes y cautivadores ojos

negros y aspecto de mujer andaluza. A Javier le resultó complicado que no se enterase de que estaba haciendo un favor a su amigo cuando le comentó que iba a

irse al pueblo con la excusa de arreglar la vieja casa, porque Margarita era una mujer a la que no se le escapaba una.

Recogió el coche y lo quemó, lo hizo casi a la vez que la aguja del pajar llegaba al pueblo perdido, bajando sus maletas del único autobús que unía este con

la civilización, una vez al día. Javier había adecentado la casa de Santiago semanas antes, como le pidió su amigo. Limpió, barrió, fregó, cambió las sábanas y aprovisionó las alacenas de la despensa de víveres para un par de meses. Incluso, un par de días antes de su llegada, compró una televisión, un reproductor de *Dvd* y varias películas de diversos géneros para que la nueva huésped pudiera estar entretenida. Para que los pocos vecinos del pueblo no comenzaran a preguntarse acerca de quién iba a instalarse en la casa y le dejaran en paz durante los preparativos, lo hizo todo de noche. Trabajó con gusto dado que Santiago era un hermano para él. Hacía años le sacó de un apuro del que hubiera acabado con sus

huesos en la cárcel de no haber sido por su amigo.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis?

—El que sea necesario…, espero que no demasiado. Regreso a Madrid en un

par de semanas y, cuando me marche, Pilar y Noelia quedarán a tu cuidado.

—Como si fueran mis hermanas, Santiago.

—No lo dudo. Si esto se alarga o si me huelo alguna fisura en el plan por la que Curtis pueda meter la nariz, me pondré en contacto contigo. Usa el móvil que te

di, no lo olvides.

—Tranquilo, sé lo que tengo que hacer.

—Comunícame cualquier cosa que te inquiete, aunque te parezca una estupidez.

Cuando me vaya tú serás mis ojos y mis oídos.

—No temas, si veo algo extraño te lo diré de inmediato.

—El tipo que la busca es mala gente y escurridizo como una lagartija.

Cuando

andaba tras él jamás lo pesqué en un renuncio. Aunque todo se andará y algún día

acabará entre rejas. Él y toda su banda terminarán en la cárcel porque son carne de

cañón. Pero, hasta que eso suceda, necesito cuidar de Noelia pues se lo prometí a Pilar igual que prometí hace años que cuidaría de ella.

—Y lo hiciste.

—Por eso no quiero faltar ahora a mi promesa. Esa mujer es una hermana para

Pilar.

—He pensado que, cuando te vayas y si se encuentran con ánimos, podría

llevarlas al picadero. Me dijiste que a Pilar le encantan los caballos.

—Ya me lo había comentado Pilar en cuando le conté que tenías una finca con

caballos. Sabe montar muy bien y Noelia también. Junto a las drogas y las putas, al

italiano y a Daniel Santos, alias Curtis, también les gustaba el lujo. Gianelli tenía un amigo que era dueño de una gran finca que tenía cuadras y a veces se corrían sus

juerguecitas allí. Montaban a caballo y a sus mujeres, en el mismo día y en el mismo lugar. El amigo del italiano cayó hace tiempo. Le pudimos trincar porque se

creía tan bien protegido que cometió un error de principiante. Está entre rejas, donde deberían acabar todos estos hijos de puta. Un día, hace ya años, Pilar comentó que sabía montar a caballo y que, de hecho, lo echaba de menos. Creo que

estábamos viendo una película del oeste y al ver a los vaqueros cabalgando debió recordar. “Me gustan los caballos y me gusta montar. ¿No conoces a nadie que tenga caballos? Lo echo de menos”, dijo. “Me enseñó Marcelo”. Se me hinchó tanto

la vena del cuello que casi me estalla. Recordé entonces que tú te dedicabas a este negocio y pensé en llamarte y darle una sorpresa, llevándola a tu finca para que montara, pero luego pasé. Verla cabalgando me hubiera jodido, lo sé porque me conozco. La iba a ver encima del caballo y me la iba a imaginar siendo cabalgada

por aquel gilipollas. Al cabo de un tiempo recapacité y le conté que tú tenías caballos. Todo sea porque pasen el menor tiempo posible aquí, a la espera de que

Noelia se recupere.

—¿Y qué pasará luego? Cuando haya transcurrido un tiempo prudencial y

Curtis ya no la busque, ¿has pensado en algo?

—No volverá a pisar Madrid, eso fijo. Curtis está vivo y Marcelo estaba bajo

tierra. Todo fue muy distinto con Pilar porque su desaparición no preocupó a nadie,

ni siquiera a su propia familia. Noelia lo tiene mucho más complicado. Estoy barajando la posibilidad de que comience su nueva vida en Barcelona. Veré de qué

hilos puedo tirar. Tengo buenos amigos allí y quizá sea esa la solución: una ciudad

grande, tanto como para pasar desapercibida. Tengo que pensarlo. Todavía debo poner a descansar el cerebro ya que le di buen tute de tanto como lo estrujé para hacerla desaparecer sin dejar pistas, como si fuera David Copperfield. Me consta que Curtis está removiendo cielo y tierra para dar con su paradero. Hace días comenzó a movilizar a sus chicos y él anda como loco haciendo preguntas aquí y

allá. Está cabreado y muy jodido.

—¿Si la encuentra crees que la matará? Porque si esa es su intención, tenemos

un problema. Deberíamos extremar las precauciones y andarnos con mil ojos.

Javier estaba nervioso. Nunca se había visto en la necesidad de

proteger a alguien. No dudaba que lo haría bien, pero también rezaba para que ningún incidente tuviese que poner a prueba sus reflejos y su valor.

—Tranquilo Javier, me respaldan amigos del Cuerpo que actúan en la sombra.

Estarán pendientes de ese cabrón hasta que todo esto acabe. Aunque no debemos olvidar nunca que el tío al que nos enfrentamos ha matado por mucho menos de diez mil euros, que es lo que Noelia le robó. No le da pereza tirar de gatillo. Le dije que no se llevara nada, una maleta con un par de trapos y nada más. No me hizo caso. Estaba tan asustada que creo que hasta el último momento no tomó la decisión

de seguir el plan que habíamos trazado. De hecho, creí que huiría de Curtis y de nosotros también, sinceramente. Cuando Pilar me llamó para decirme que había bajado del autobús, respiré aliviado. El miedo es mal compañero de viaje. No obstante, dudo que esté buscándola con la sola intención de cargársela. Creo que hay algo más detrás de todo el despliegue que ha montado para dar con ella. Es más,

presiento que la busca porque la necesita.

—¿Un delincuente enamorado?

—Un asesino. Curtis no es solo un delincuente, es un hijo de puta con letras mayúsculas. Así que, te repito, mucho cuidado y mucho ojo.

—Es curioso que las dos amigas hayan sido rescatadas por el mismo hombre,

esta historia sería digna del argumento de una película.

—La vida de cualquiera es digna de ser novelada. Hasta la más gris tiene algo

de argumento de novela, de película, de telefilme... En fin, Javier, que estoy seco, pidamos otra.

Santiago miró hacia la barra. El camarero secaba unos vasos de tubo con

parsimonia.

—Roberto, tráenos un par de tercios y unas tapitas.

Santiago confiaba en que, una vez regresara a Madrid, podría dormir solo en

aquella cama de uno cincuenta. Esperaba no pasar las noches en vela pensando en Pilar y en su amiga, escondidas en aquel pueblo tan alejado de todo y tan vacío. A

unos metros, dos casas más abajo, Javier y Margarita pasaban unas semanas de descanso. Javier había comentado a su mujer que tenía que arreglar la casa del pueblo porque se estaba cayendo a pedazos y que no era necesario que ella viniera

pues que era más útil que siguiera impartiendo las clases de equitación en la finca.

Aun así, Margarita decidió acompañar a su marido, dejando a los empleados a cargo del negocio. Días antes de comenzar sus labores de vigilancia tal como le había encomendado Santiago, tuvo que comprar arena, cemento, ladrillos y todo el

material de construcción necesario para hacer realidad lo que, en principio, era una excusa para ir al pueblo y relevar a Santiago.

Margarita se levantó de la siesta, se arregló y dejó a Javier con el cemento y la

llana, para ir a casa de Santiago, llevando en la mano un recipiente con un bizcocho casero tapado con un fino paño de algodón. Había sacado el bizcocho del horno antes de tiempo, por lo que no se había dorado lo suficiente, quedando de un color

crema suave, poco apetecible. El sol apretaba fuerte aquella tarde de principios de

mayo. Caminaba deprisa, como si fuera a apagar un incendio, sus enormes gafas de

sol, estilo años setenta, cubrían sus ojos negros. Golpeó la puerta con la aldaba y Noelia la abrió, un tanto recelosa.

—He traído un bizcocho, lo acabo de hornear. —Margarita miró a Noelia y se

fijó en su brillante cabello de un tono chocolate muy favorecedor. Hacía un par de

días que había cambiado de color gracias a un tinte casero.

—Muchas gracias, nos lo tomaremos con un café. Estábamos jugando a las

cartas. ¿Te apuntas? Entre dos es un poco aburrido.

—Todo aquí es aburrido. No sé cómo aguantáis en este pueblo. Yo no tengo más remedio que quedarme con mi marido que, por cierto, no avanza con la reforma; pero me iré la próxima semana porque ya no soporto más esto.

—Este pueblo en el que no hay nada que hacer es justo lo que necesito para descansar —contestó Noelia.

—Es lo único que se puede hacer en este lugar. Aunque a mí me cansa pensar,

pues ya lo hago cuando tengo que cuadrar las cuentas del negocio. Javier continúa

con la obra que, entre nosotras, parece la de El Escorial. Está tan ocupado con la fachada que cuando le diga que me voy a casa, le va a importar un carajo. Aunque

espero que la termine de una vez y nos podamos ir juntos. Además, no me gusta dejar a los trabajadores en la finca tanto tiempo solos. A saber la que estarán montando sin nosotros. Javier parece estar obsesionado por esta obra interminable.

Nunca lo había visto trabajar tanto y tomarse algo tan en serio. Hacía siglos que no veníamos a echar un vistazo a esta ruina y, mira tú por dónde, ahora le entra la vena constructora.

Margarita siguió a Pilar con la mirada cuando esta se dirigió a la cocina. En menos de dos minutos regresó con una bandeja y tres humeantes tazas de café. Una

vez que Pilar la dejó en la mesa, ella observó la loza, desportillada y descolorida, como toda la casa.

—Di a Javier que cuando acabe con la vuestra, empiece con esta. Como habrás

comprobado necesita más que unos arreglillos. De hecho, habría que tirarla entera y

volverla a construir. Se cae a pedazos —comentó Pilar mientras cortaba pedazos de

tarta.

—Lo cierto es que sí, está de pena. Parece la casa de recreo de la *Familia Adams*. Lo que no me explico es cómo no se os ha caído ya el tejado encima. ¿A qué jugamos?

—Al chinchón —contestó Noelia.

—Noelia, ¿estás casada? —preguntó de improviso, sorprendiéndolas a ambas.

—No, soy viuda.

—Lo siento, no sabía nada. Eres tan joven... —Margarita hizo un gesto de disgusto.

—Me quedé viuda a los tres años de casarme.

—Menudo palo. ¿Tienes niños?

—No. —Noelia miró a Pilar que hizo un gesto extraño con la boca, a modo de

"cierra el pico".

—Imagino que te habría gustado tener niños.

—Sí, pero no pudo ser.

—¿Un accidente?

—Cáncer.

—Empiezas tú —dijo Pilar, dirigiéndose a Margarita.

—Lo siento. Soy una bocazas. Quizás te hice recordar…

—No te apures, no me has molestado. La vida es así, son cosas que pasan. —

Noelia observaba a Margarita, que cambiaba sus cartas de sitio, como si quisiera marearlas.

—¿Qué os parece si vamos un día los cuatro a la finca? Me ha dicho

Javi que

montáis a caballo.

—No sé... —Noelia dudó.

—Lo pensaremos. La verdad es que esto es muy aburrido. Agradecemos tu

invitación —contestó Pilar.

—¡Menos diez! —gritó Margarita—. ¡Qué buenas cartas me han venido!

Acababa de robar un comodín.

—¡Qué suerte! Unos tienen buenas cartas y otros pésimas, como la vida misma.

Mira las mías —comentó Noelia.

—Una cosa son las cartas de la baraja y otras, las de la vida. Ya sabes, afortunado en el juego, desgraciado en el amor. —Pilar miró a su amiga y recogió

las cartas de la mesa.

—Yo soy muy afortunada en el amor. Tengo a Javi, no me puedo quejar.

—Apunta Noelia, yo doce, Margarita menos diez y tú... —dijo Pilar.

—Treinta y dos.

—Joder, te ha pillado con un montón.

—Y porque solo llevaba una figura. —Noelia sonrió sin ganas y apuntó el

tanteo en la libreta.

—Bueno, pues entonces has tenido suerte, ¿no te parece? —Pilar la miró,

esperando una respuesta.

—Tienes razón, aun llevando malas cartas, continúa para ti el juego...

—

Margarita interrumpió aquel diálogo entre las dos amigas y en la cara de Pilar apareció una mueca de disgusto.

—Si, la partida continúa para mí. Y no voy a rendirme, Pilar, y aunque no te gusta esta palabra, voy a pronunciarla porque sé que en este caso, te gustará oírla.

No voy a rendirme nunca, no lo haré jamás. Ganaré esta partida.

—No estoy tan segura, creo que estoy en racha —se apresuró a decir

Margarita.

—Me alegra oírlo, Noelia, por primera vez “nunca” y “jamás” suenan como

música en mis oídos.

—Me he perdido algo, estoy convencida de ello; pero, qué más da, sigamos jugando. Reparte, Pilar. —Margarita sonrió y continuaron la partida.

La vida te marca a fuego

La Negra lavaba los platos a mano pues no le gustaba usar el lavavajillas. Se quejaba de que, metiéndolos en él no salían limpios, los vasos no brillaban y las cacerolas quedaban como habían entrado. La Negra era una mujer pulcra y

ordenada que tenía la loza reluciente, la casa reluciente y los baños limpios como la patena. También ella relucía, porque la Negra menos la piel, todo lo tenía blanco, hasta el alma. La colombiana llevaba varios años en España; le parecían tantos que

prefería no echar la cuenta. Cuando se marchó de su país dejó a su madre a cargo de

sus tres hijos. Ahora, después de varios años sin verles, iba a poder abrazarles. Ya eran mayores, dos mujeres hechas y derechas de diecinueve y quince años y todo un

hombre, que acababa de cumplir los diecisiete. Canturreaba, frota que te frota la vitrocerámica. Miguel jugaba a la *Play* en su habitación. Doña Fuencisla, sentada en su butaca preferida del salón, veía la

telenovela de la Primera. La Negra trajo una

taza de café y un platillo con unas pastas de té, junto a la pastilla que debía tomarse tras las comidas.

—Anda, Evelyn, siéntate a mi lado y hazme compañía.

La anciana hizo un gesto con la mano. Tenía un gesto afable, el cabello blanco

y un cuerpecillo enjuto, de esos que parecen que van a quebrarse de un momento a

otro. Y aún bajo ese frágil aspecto, se apreciaba que era una mujer fuerte y vital.

—Doña Fuencisla, es que no he terminado de recoger la cocina y en un ratito

viene Merche.

—¿Ya es domingo? —preguntó extrañada.

—Si, doña, ya es domingo.

—Pues no he ido a Misa.

—Se levantó tarde, doña Fuencisla, y por eso la vio en la televisión.

—Ah, sí, tienes razón. ¡Qué cabeza la mía!

—Rabos de pasa para la memoria. —La Negra sonrió.

Le gustaba aquella anciana y le recordaba a su madre, quien había criado a sus

chicos como si fueran hijos y no nietos. Pronto los vería pues Curtis había prometido que los traería a España. “Besaré su anillo cuando venga el próximo viernes, eso haré en cuanto entre por la puerta”. Se lo había comunicado hacía unos

días por teléfono, pero ella no había podido agradecérselo besando su sello, sus manos, arrodillándose y poniéndose a sus pies. Poco le parecía a la Negra para agradecer lo que Curtis había hecho por ella.

Cuando vino a España su intención no era acabar en un club de alterne de las

afueras de Madrid, sino ponerse a trabajar sirviendo en una casa, como le había prometido un familiar lejano que vivía en la capital y por el que se había animado a probar fortuna, cruzando el charco. Cualquier cosa era mejor que permanecer en Colombia, tras la muerte de su marido. Allí no había esperanza para una viuda con

tres hijos. Su marido le había dado muy mala vida, tanto a ella como a sus pequeños. La Negra había tenido que aguantar insultos, violentas palizas y violaciones continuas. De esas violaciones nacieron sus tres hijos y todavía no alcanzaba a entender cómo no había tenido más vástagos de aquel grasiento desgraciado. “Tiene que existir Dios”, se decía cada vez que tenía la regla. Los días de la luna, como los llamaba ella, eran el único mar de calma con el que contaba para aliviar su miserable existencia. Así también y con más motivo, agradeció al cielo que su sufrimiento hubiera terminado, justo cuando las miradas de su marido

comenzaban a detenerse en su hija mayor, aquel día en que la policía llamó a su puerta. Su marido se había estrellado con el coche tras volver del trabajo. Evelyn

lloró y recibió el consuelo de aquellos desconocidos que jamás supieron que no lloraba por la muerte de su esposo sino por sentirse liberada de su esclavitud.

Aquella alegría terminó de golpe cuando tomó la decisión de seguir los consejos de

su primo lejano, atraída por las mieles de una nueva vida para ella y, en un futuro, también para sus tres hijos.

Acabó en un puticlub y ni siquiera se planteó el motivo por el que fue a parar a

un antro como aquel. Allí estaba y allí pensaba que se quedaría para siempre o hasta que dejase de valer para el negocio y le dieran una patada en el culo. Vino con una

maletita y dos trapos y con la foto de sus tres chiquillos de la que no se desprendía ni de día ni de noche, guardándola entre sus generosos pechos. Arrugada ya, medio

comido el color por el sudor de sus tetas de tanto querer cobijarla, como si de aquella manera ellos fueran a estar protegidos en su Colombia natal. Así la tenía cuando apresuradamente hizo su ajada maleta con intención de escapar de aquel puticlub, con ese hombrecito

que se había enamorado de ella.

Enamorada, tal vez de aquel pobre individuo o simplemente de la posibilidad de lograr su ansiada libertad, se atrevió a sisar algo de dinero durante unas cuantas noches, de no entregar todo lo ganado, “un poquito me quedo, que no se notará, el

tío que regentaba el local era un tanto despistado”. Mirando a la anciana recordaba

la escena y se decía: “La mentira tiene las patas muy cortas y más si uno pretende

engañar al mismo diablo”.

—Me ha dicho un pajarito que nos quieres dejar, Negra.

Curtis estaba sentado en un taburete, en la barra del bar del puticlub. Encima de

la mesa, su navaja de mango de nácar brillaba bajo la luz negra del local. Varias chicas conversaban con los clientes, ajenas a lo que sucedía al lado de la barra. Un hombre con el pelo canoso magreaba las redondas y operadas tetas de una mulata

de cabello negro y rizado. Curtis la miró y le vino a la cabeza algo que le hizo sonreír: “esa puta debe tener igual el vello del coño”.

—Te han informado mal, Curtis —comentó la Negra inquieta, intentando

descubrir lo que decían sus ojos, tratando de adivinar qué le estaba rondando por la cabeza y de qué lado le iba a venir la hostia que intuía iba a llegar fijo.

—¿Seguro?

El Rubio hizo una mueca extraña, mitad sonrisa, mitad “te la has cargado, Negra”. A su lado Noelia observaba la escena con cara de “quiero largarme de aquí”. Un par de veces, la joven tragó saliva.

—No me jodas, Negra. Si tienes la maletita hecha bajo la cama. ¿Nos pensabas

dejar sin despedirte y te ibas a ir sin dinero? Me ha dicho Lucas que últimamente has bajado el ritmo de trabajo, que produces menos, con lo buena que eres tú. De desagradecidos está el mundo lleno, mi

Negra, y mira que me joden las personas desagradecidas. ¿A que me joden mucho, Rubio?

—Mucho.

Al otro extremo de la barra un hombre bajito, con poco pelo y aspecto

anodino, observaba la escena temblando, ahuecándose con disimulo el cuello de la

camisa. El Rubio hubiera jurado que oía sus dientes castañetear al ritmo de la música de *Camela*.

—Baja un poco el volumen, Lucas, que el jefe va acabar con la garganta echa

polvo. ¡Que no tienes consideración alguna, joder! —gritó el Rubio.

—Negra, no me mientas. Me joden los desagradecidos, pero me joden aún más

los embusteros. —La mano de Curtis se hizo puño al momento.

—No te miento, Curtis, no pensaba irme. —Los ojos enrojecidos de la Negra

suplicaban un perdón que no iba a llegar.

—Saca la guita, Negra, no me hagas que te deje en pelotas aquí mismo, delante

de todos estos mamones. Voy a recuperar mi dinero sí o sí, te pongas como te pongas, así que mejor por las buenas que por las malas. Saca la pasta de entre las

piernas, de entre las tetas o de donde cojones te la hayas escondido y hazlo ya mismo, antes de que se me calienten más las narices.

—Por favor, Daniel. —Noelia lo cogió de la chaqueta, suplicando con la

mirada.

—Nena, no me cabrees tú también que no quiero pagarla contigo. Te recuerdo

que este asunto nos ha sacado de casa. Estábamos tranquilos viendo la

tele. Cuando

me fastidian una agradable velada con mi mujer, me joden; y cuando me joden, la

pagan. Ver, oír y callar, Noelia, deberías tenerlo más que aprendido después de tantos años, mi amor.

Curtis estaba serio, los ojos encendidos por la rabia de la mentira y de la traición. Sacó un mechero de la chaqueta, se quitó el sello del dedo y comenzó a calentarlo con cuidado para no quemarse.

—Curtis, esto es todo lo que tengo. —La Negra había sacado de debajo de su

ajustada y escueta faldita vaquera un sobre blanco y algo arrugado—. No quise traicionarte, te lo juro, es que necesitaba el dinero. No fue mi intención faltarte al respeto.

Al otro lado de la barra el hombre insignificante había comenzado a sudar como un gorrino. El Rubio, que no le quitaba el ojo de encima, sonrió. Lo había descubierto. Hizo un gesto con la mano y una chica al otro lado de la barra, le sirvió una cerveza.

—Negra, la has cagado, bonita. La has cagado a base de bien. ¿Ves esto? —

Curtis señaló el anillo que ya estaba caliente—. Es el sello de mi ganadería. Nunca

creí que necesitara marcártelo en la piel para que te dieras cuenta de que estás aquí y aquí vas a quedarte hasta que yo lo diga. En fin, estas cosas pasan. Noelia, si no quieres no mires, nena, pero no se te ocurra gritar porque te doy dos hostias.

Acércate, Negra. El sobre. —Curtis alargó su mano y ella se lo entregó temblando

— No me espantes a la clientela, Negra, así que no salga por esa sucia boca ni un

¡ay! Con excepción de aquel gilipollas sudoroso, nadie más nos está mirando y quiero que eso siga así. Rubio...

—Está controlado. —Andrés miraba al hombrecillo y este se hacía cada vez

más pequeño, encogiéndose en el taburete.

—Ese tipo es el que te iba a salvar, ¿verdad? Tu príncipe azul. Joder, Negra,

¿acaso no sabes que las putas no deberíais soñar con cuentos de hadas? Míralo bien

porque es la última vez que vas a ver a ese mierdecilla. Este ya no vuelve por aquí

pues se va a ir a casa calentito. Acércate un poco más y siéntate en este taburete, pegadita a mí. Cruza las piernas, mi Negra. ¿Qué muslo prefieres, el izquierdo o el

derecho?

—Yo...

—¡Dios mío, tantas dudas…! Está bien, elijo yo por ti. La pierna izquierda encima. Te repito, ni un quejido. Tápate la boca si lo deseas. No durará, pero doler, dolerá bastante.

Curtis hundió el sello al rojo vivo en la morena piel de la Negra, con la mano

tapando su boca. La Negra no dijo ni “mú” y, con los ojos arrasados por las lágrimas contenidas, se colocó la faldita, se recompuso la camiseta y se subió las tetas. Se sonó los mocos con una servilleta de papel y miró a su alrededor, con la

vista nublada por las lágrimas. Curtis se fijó en sus pechos mientras subían y bajaban agitados por el miedo. Eran grandes, pero los tenía bien puestos.

La Negra era una mujer hermosa a pesar de estar algo entrada en carnes.

Noelia miraba a otro lado, tratando de ocultar su desasosiego, buscando entre la oscuridad de aquel antro y entre los rostros invisibles de putas y clientes, un modo de olvidar aquella escena. El Rubio se había acercado al hombrecillo, invitándolo a

salir del local y desapareciendo con él. Curtis hizo a la mulata un gesto magnánimo

a modo de absolución y esta le miró agradecida. Y tras ver marcharse

al Rubio con

su pasaporte hacia la libertad, la Negra se dispuso a continuar con su trabajo. De repente, Curtis pareció entrar en cólera y cogiéndola por el brazo, comenzó a zarandearla.

—¿Qué es eso que te asoma entre las tetas? No me jodas, ¿otro sobre? ¿Qué quieres, que te queme el coño, Negra? —Curtis alargó su mano y tiró del papel que

asomaba por su sujetador. Doblado en dos, ajado, sudado y medio rota., descubrió

la foto de sus tres niños—. ¿Quiénes son?

—Mis hijos.

—¿Y dónde están? —preguntó, sin apartar la vista de la fotografía.

—En Colombia. Quiero traerlos para acá algún día. El dinero, Curtis era por mis niños… Hace muchos años que no veo a mis hijos.

—Aquí son unos críos, sin embargo la foto se ve antigua.

—Esta es Berta María. En la foto tenía seis años, ahora tiene quince. Este es Francisco Javier, acababa de cumplir ocho y ella es la mayor, se llama Asunción, tenía por entonces diez años. Ahora están hechos unos mozos. —El dedo de la Negra se deslizó suavemente por la fotografía, como si, al hacerlo, pudiera acariciarlos en la lejanía de miles de kilómetros de distancia.

—¿Y su padre?

—Murió. Por eso me vine aquí. Me mintieron, me prometieron trabajo y que pronto podría traerlos a España para estar juntos. Necesitaba el dinero, no pretendía engañarte. —La Negra, con voz temblorosa y apenas audible, pidió de nuevo perdón.

—No vuelvas a hacerlo, Negra, nunca más, ¿te ha quedado claro?

—Si, Curtis.

—¿Cuál es tu nombre de pila?

—Evelyn.

—Evelyn, no vuelvas a abusar de mi confianza. —insistió Curtis. Cogió

de la

mano a Noelia y la atrajo hacia él, besándola en la boca—. Nos vamos, nena. Unos

niños muy guapos.

—Gracias...

Una semana más tarde la Negra abandonaba aquel antro con su maletita, sus cuatro trapos y la foto de sus hijos entre las tetas, para instalarse en casa de Doña Fuencisla y cuidar de ella y del pequeño Miguel como si de su propia familia se tratara, como lo haría de haber podido cuidar aquí a la que dejó en Colombia.

El Rubio en persona condujo el coche que la llevó hasta su nuevo hogar. Una

marca en el muslo haría que recordase su vida pasada, las compañeras que dejó en

aquel puticlub, los clientes babosos con olor a alcohol y tabaco, con meados en los

calzoncillos y singulares preferencias en el catre. Iba a cuidar de la madre de Curtis, trabajaría en una casa cocinando, lavando y planchando, como había sido su intención cuando pisó España por primera vez, como debía haber sido desde el principio.

No recordaba ya el nombre de aquel hombre, aquel cliente habitual del que creyó haberse enamorado, el que iba a sacarla de todo aquello, su príncipe azul, bajito y calvo. Y después nunca se preguntó qué habría sido de él pues tan solo le

importaba qué iba a ser de ella y, de momento, el futuro se presentaba esperanzador.

Había escapado de su pasado gracias a una fotografía. Y aquella tarde de domingo

mientras esperaba la visita de Merche, canturreaba en la cocina nanas de un tiempo

olvidado, tiernos arrullos melodiosos al lado de una cuna. Por fin, después de tantos años, iba a reunirse con sus hijos.

Si le quieres, ¿a qué esperas?

—Estás muy guapa, Mercedes, te pareces tanto a tu madre... —La anciana

sonrió, acariciando su cara como lo hubiera hecho con el lomo de un gatito, con ternura y suavidad.

—Gracias, Fuencisla, usted si que está fenomenal, la veo estupenda. —La joven

devolvió el cumplido con amabilidad. La mujer siempre le había caído bien.

—Evelyn me cuida como si fuera una hija. Esta mujer vale su peso en oro.

—¿Me está llamando gorda, doña? —La Negra hizo un gesto de fingido

disgusto.

—¡Ay qué cosas tienes! Qué graciosa es, Mercedes. La quiero mucho, se porta

mejor que mis hijas, que ni siquiera vienen a verme. Dicen que el barrio ha degenerado, qué sabrán ellas, si hace años que no lo pisan.

—Nos queremos las dos, doña Fuencisla, bien lo sabe —comentó la Negra.

—Usted sí que se hace querer. —Mercedes dio dos besos en la cara a la anciana

y esta sonrió, agradecida.

—Me ha gustado verte. Continúa así de guapa, reina. Yo, si no os importa, me

voy al salón, a descansar en mi butaquita. Os dejo a vuestro aire para que charléis

tranquilas de vuestras cosas —comentó la anciana, que se despidió de la Flaca plantándole dos húmedos besos a ambos lados de la cara.

—Y usted que lo vea.

Doña Fuencisla se retiró a pasitos cortos y cerró la puerta de la cocina.

Mercedes se sentó en una silla y sonrió a su amiga. Lo eran desde que la Negra curó

su mono y sus heridas e incluso curó algunas de su alma en el tiempo en que permaneció encerrada en el piso de Daniel, dos bloques más abajo.

—¿Una copita? —La Negra cogió dos copas de un mueble y las limpió con un

paño de algodón hasta sacarles brillo.

—¿Tienes *Frangelico*? —preguntó Merche.

—¿Desde cuándo bebes licores de ricos?

—¿Desde cuándo no puede una beber un licor de avellana de calidad? —

Sonrió. Al cabo de un minuto, Evelyn regresó a la cocina con la botella —. Doña Fuencisla es una gran señora.

—Y muy discreta pues nos deja a solas para que cotilleemos a gusto.

—Siempre que vengo a vuestra casa pienso en cómo pudo tener dos hijos tan

distintos. Las hijas eran parecidas en cuanto a su carácter, pero Miguel y Daniel,

¡qué diferentes ambos!

—No conocí a Miguel, aunque creo que, en el fondo, Curtis no es mala gente.

Me sacó de puta y ahora vivo aquí, en casa de su madre, cuidándola a ella y a su sobrino.

—Yo tampoco podré pagar lo que hizo. Soy consciente de que me salvó la vida

y, a pesar de todo lo bueno que hizo por mí, ese hecho no me hace olvidar que es un

delincuente. Le quiero, pero también le temo. Todo depende del cristal con el que se miran las cosas. Desde mi cristal, Daniel es un ángel, no puedo decir otra cosa. A

pesar de mi opinión personal, sé que desde el punto de vista de muchos otros es un

demonio que merecería pudrirse en la cárcel. ¡Y es la misma persona! —Mercedes

fijó su vista en un punto de la pared y permaneció callada durante unos segundos—.

Cambiemos de tema, que hablar de Curtis me pone nerviosa. No he visto a Miguelito, ¿dónde anda?

—Está en su cuarto, poca guerra da el crío, estoy un poco preocupada por él.

Desde que la madre se fue anda, más huraño que de costumbre. Siempre ha sido un

niño serio y mal encarado, pero ahora... Curtis viene todos los viernes y le trae regalos, incluso se pasa algún que otro día entre semana. Aún así, el chiquillo no sonríe.

—Se crio con su abuela desde que murió su padre y ha visto poco a su madre,

es normal que el chiquillo tenga pocas ganas de reír —comentó Mercedes.

—Curtis pensó que era mejor que Miguelito se criara apartado de aquel

ambiente. No obstante, podría haber buscado otra solución menos drástica. En mi opinión, los niños deben criarse con las madres. La distancia obligada debe ser el

único motivo por el que un crío tenga que crecer lejos de la suya.

—Mi hermano tiene un niño pequeño y vive con su mujer y su hijo en su casa.

Fuera de todo esto ha conseguido formar una familia. Sarita conoce lo que hay, es

consciente de todo lo que le rodea, aunque no lo lleva mal. Ernesto tiene otra vida

después de esta y si él pudo hacerlo no entiendo por qué Daniel pensó que él no podría. Apartar a una madre de su hijo, sobre todo cuando ese niño es tu propio sobrino, no deja de ser cruel.

—Su sobrino u otra cosa… —La Negra sonrió maliciosamente.

—¿Tú también lo piensas?

—En el barrio lo sabe todo el mundo, es un secreto a voces. Son como dos gotas de agua, no me jodas, Merche.

—En su casa jamás he oído hablar del tema. Miguel siempre ha sido su

sobrino. Y cambiando de tercio, anda, cuéntame... ¡Estarás subiéndote por las paredes desde que Curtis te dio la noticia! ¡Tus hijos en España, Evelyn!

—Nerviosita perdida, mi amor, que ni me lo creo, si hasta me parece que huelo

su piel, que veo sus caras, que los acaricio.

—Todo llega, Evelyn, ya están aquí.

—A Curtis le debo todo, no podía parar de llorar cuando me lo comunicó:

“cálmate Negra, que no es para tanto. ¿Qué te falta, mi niño, qué necesitas? Que yo

te lo regalo por lo bien que te estás portando con esta desgraciada que no es nada

tuyo”, comenté cuando me lo dijo. “Lo que yo quiero, Negra tú no puedes dármelo”, eso me contestó.

—Hablando del tema, ¿se sabe algo de la desaparecida?

—Nada, parece que se la tragó la tierra.

—Mal lo tiene esa mujer si él la encuentra...

La Negra sirvió dos copas. Cogió la suya y se la bebió de un trago y sin

pestañear. Merche tomó su copa y se humedeció ligeramente los labios con el licor.

—Curtis no hace más que decir que en cuanto tenga una pista de quién pudo ayudarla, dará con ella. Aunque no creo que se la cargue, Evelyn.

—¿Por qué estás tan segura?

—Por lo que hizo por ti y por mí, que no éramos nada suyo. Yo, la hermana de

su amigo, una *yonki* de mierda que se fue con un cabronazo, a pesar de las advertencias de todo el mundo. El amor es ciego, pero joder, ¡la que te puede liar

cuando consigue cegarte también!

—Sin embargo, tú estás aquí, entre los vivos. —La Negra cogió de nuevo la botella y volvió a llenar las copas.

—Gracias a Daniel y a ti, mi Negra, mi segunda madre.

—¿Y de lo demás qué te cuentas?

—Poca cosa. Andrés me tocó por puro azar, con el incidente de la taza, como te

dije. Lo hizo después de tanto tiempo, pero nada más. Lo veo, me ve, lo miro, me

mira, a veces me sonríe... Desde aquella tarde no ha vuelto a haber un acercamiento

entre nosotros. A veces pienso que fue un espejismo. —Los ojos de la Flaca estaban

tristes y apagados.

—¡Pues vuelca otra taza de café!

—¿Sabes que me escaldé la pierna? Me quedó la marca durante unos días.

—¿Tú le quieres Merche? —La Negra apuró su copa de un solo trago, sin

respirar, como si fuera tequila.

—Sí —contestó sin vacilar.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Hay que pedir permiso para dirigirse a él.

—Pues se lo pides. Le dices: “Rubio, necesito tu permiso para hablarte porque

te quiero confesar una cosa”. Y se lo sueltas. “Estoy enamorada de ti hasta las trancas, quiero que me agarres y que no me sueltes, que me lleves contigo dondequiera que vayas…”. Mira qué bien suena, Merche. Seguro que ese corazón de

piedra se enternece y todo.

—Tú lo ves muy fácil, Evelyn, y no lo es.

—Todo es tan fácil como uno quiera que sea, nena.

—Le jodí la vida a base de bien y es un hombre rencoroso. Me largué con ese

hijo de puta sabiendo que me quería. Me lo dijo, me lo confesó justo antes de marcharme con él. Andrés jamás había pronunciado aquellas palabras antes. Solo me las dijo a mí. Me advirtió sobre aquel tío. Me dijo: “Merche, soy un delincuente, lo sabes tú y lo sabe el tato; aunque no soy un canalla ni un cabrón, como lo es él.

Ese tío te va a llevar por caminos mucho más oscuros que por los que te llevaría yo, no te quepa la menor duda. Yo soy oscuro como el carbón y mi alma es negra

como noche sin luna; pero no te arrastraría conmigo a los infiernos, sino que intentaría construirte una vida paralela, con una casa con jardín y gnomos adornándolo, si lo deseas. Tú llevarías a nuestro hijo a la guardería y yo llegaría a casa por la noche y conversaríamos y hasta trabajarías si quisieras. Y por la noche

te amaría, te amaría mucho, mi amor. Una venda en los ojos es todo lo que necesitarías para soportar lo que soy e imaginarme como quisieras que fuese, nada

de drogas, putas o alcohol. Este tío te robará tu sombra, se apoderará de ella y la arrojará al fango, la pisoteará y, cuando ya no quede nada

de ella, cuando la veas hundirse en lo más profundo del lodazal, te dará una patada y se buscará a otra”. Me lo advirtió, Evelyn, y no una ni dos, sino varias veces. Me lo advirtió, pero yo estaba ciega.

—Estabas enamorada, eso es lo que te pasaba.

La Negra se levantó. Cogió de un estante una caja metálica roja, adornada con

diminutas florecitas de muchos colores. La dejó en la mesa y la abrió. Galletas de

mantequilla, hechas por ella misma, con el cariño que siempre ponía a las cosas.

Casi al momento la cocina se llenó de un delicioso aroma a canela y vainilla. Cogió

una galletita y se la ofreció a Merche, que se la llevó a la boca, sonriendo agradecida.

—En ocasiones pienso que ya es tarde para mí, para el Rubio, para nosotros dos. Cuando pasó aquello de la taza, vine ilusionada a contártelo. Me levantó y se quedó tan pegado a mí... De eso han pasado días y ya he perdido toda esperanza. No

ha vuelto a acercarse a mí como lo hizo aquella tarde. Me muero porque me toque y

cada vez que le veo me estremezco. Hasta inspiro el olor que deja en la cocina cuando viene a servirse una taza de café, el del perfume que usa. Ese aroma a hombre que emana de su piel me emborracha. Desde aquel día apenas me mira, Evelyn y sus ojos están más muertos conforme pasa el tiempo. Creo que debí hacerle tanto daño que el simple hecho de mirarme, emponzoña su sangre y por eso

evita cruzarse con los míos.

—El próximo domingo no vengas a verme, Merche. Suele pasarse por casa de

Curtis todos los días e imagino que con lo de Noelia, todavía parará más por ahí.

Quédate en casa y espera...

—Ahora está allí con los demás. Trataban unos asuntos referentes a

los clubes.

Sarita se había quedado en su casa porque Ernestito está enfermo. Comentó ayer que

le está saliendo un diente y las está pasando canutas, la criaturita. Volvimos a encontrarnos en la cocina, como de costumbre, que se ha convertido en nuestro lugar habitual de citas imposibles.

—Nena, no vengas el domingo, quédate en casa y cuando llegue Andrés le

pides permiso para hablar —insistió—. ¡Mira que este Rubio es rarito! Tener que pedir la palabra para hablar como si fuera un juez, ¡la madre que me parió! Pero si

hay que hacerlo, se hace. Pides permiso, dices que necesitas hablar con él y se lo sueltas: “Que te quiero, joder, que quiero que me comas la boca, ¿a qué esperas?

¡Me muero porque lo hagas y sé que tú te mueres por hacerlo!”.

—No es la primera vez que me aconsejas esto, Evelyn, pero creo que no es buena idea. —Mercedes se acarició el pelo nerviosa mientras miraba la cocina, como si quisiera descubrir algo nuevo en esa habitación tantas veces visitada.

—No me repliques, Merche, ¡Flacucha, saca tu genio, que tienes mucho! Lo sé

por todas las veces que me sacaste las uñas cuando te cuidé en tus horas bajas.

Díselo, hazlo como quieras pero no te cortes: lloriquea, pon morritos, cualquier cosa para que tenga que acercarse más a ti, hazte pasar por un perrito asustado, cómele el tarro, para que no le quede más remedio que dejar de ser el Rubio y vuelva a ser Andrés y quiera comerte la boca. Que una vez que te la coma, mi niña,

te querrá comer el resto. Que de esto sé yo un buen rato, mi Flaca. Comienzas diciendo: “permiso, vuecencia”, y continúas con un “déjame confesarte lo loca que

estoy por ti, lo arrepentida que estoy de no haberte hecho caso, lo mucho que añoro

tus caricias y tus besos, lo que anhelo que vuelvas a regalarme un te quiero, tu boca en mi oreja, acariciándola con tu aliento". Y regálale, mi niña, tu deseo de ser amada y de amar, que tus palabras actúen como flechas de Cupido, utiliza tus armas

de mujer. Y así, una vez dado el primer paso, deja que el angelote haga el resto...

Miel inalcanzable

Había transcurrido más de un mes desde que se bajó de aquel autobús y su respiración era ya menos agitada, su corazón apenas se aceleraba cada vez que oía

un ruido inesperado, el crujido de un mueble en el silencio de la noche, los pasos

acelerados de alguien caminando por la calle de vuelta a casa, el viento entre los árboles y el golpear de la lluvia en las ventanas.

Noelia había comenzado a relajarse, poco a poco, tal y como su amiga había anunciado que sucedería. Pilar no podía desatender por más tiempo su negocio y había llegado la hora de dejarla al cuidado de Javier. Pilar hacía casi un año que había dejado el despacho de arquitectos en el que trabajaba como secretaria y se había decidido a abrir una papelería en el pueblo donde vivía. Dejó la papelería a cargo de su amiga Natalia cuando se marchó con Noelia durante las primeras semanas de su huida. Se lo pidió como un favor y como esta andaba desocupada y

algo necesitada de dinero, accedió encantada a atender el negocio.

Noelia ya dormía de un tirón, estaba más tranquila y animada, e incluso había

comenzado a reírse de los chistes malos de su amiga. Javier continuaba con la reforma de la casa, excusa que utilizaba para poder seguir cuidando de Noelia. Su

mujer pensaba que se lo estaba tomando con calma, harta ya de aquel pueblucho y

de aquella obra interminable. El Escorial particular de Javier, llamaba Margarita a

la reforma, que ya duraba demasiado. Finalmente regresó a casa y él continuó en el

pueblo.

Javier había ido varias veces montar con ellas a caballo, desde que se quedó solo en aquella choza a medio reformar. En aquella ocasión, Noelia estaba mucho

más animada que de costumbre y tampoco sabía muy bien por qué. Quizá el que todavía le resultase difícil entender que permanecer en aquel pueblo era necesario para poder recuperar su sombra, hacía que ir a la finca de Javier fuera para ella toda una liberación. También Pilar regresaba a su casa. Añoraba a Santiago y además quería asegurarse de que su negocio marchaba bien con Natalia al frente.

—Volveré en cuanto pueda. Javier te cuidará, no tengas miedo.

—Te echaré de menos. —Noelia dio un beso a su amiga, que agradeció aquel

gesto con un cálido abrazo.

—Si veo que Natalia ha hecho bien su trabajo igual regreso antes de lo

previsto. Estate tranquila y descansa.

—¿Es una promesa?

—Promesa de hermana.

Iban al trote, pegada una a la otra, saboreando ese último día juntas, deseando

Noelia que no se fuera, mientras Margarita observaba desde la cerca. Se había caído

de un caballo dos días antes y no podía montar. “Qué se estarían contando estas dos”. Javier conversaba con un alumno mientras cepillaba la crin de uno de los caballos. Noelia había cogido cariño a una vieja yegua blanca, llamada Duquesa, de

poca alzada. A diferencia de Noelia, Pilar ensillaba cualquiera que le dijese Javier,

“el que la vida me depare”, comentó cuando este preguntó qué caballo prefería de

entre los dos que le ofreció. Javier era un hombre simpático, al que conocía desde

que estaba con Santiago. Admiraba su discreción pues Javier no preguntó jamás de

qué le había salvado su marido y nunca lo preguntó. La vida enseñó a Pilar muchas

lecciones, algunas las tuvo que tomar como las medicinas amargas que se tragan tapándose la nariz. Una de aquellas lecciones fue la de no preguntar a un policía. “Si no te cuenta, no insistas”, se decía cada vez que Santiago volvía del trabajo con cara de pocos amigos. El favor que hizo a Javier y por el cual su amigo estaba tan agradecido era algo de lo que sabía que no tenía que preguntar a su marido.

Aquel día lo pasaron en la finca montando a caballo para después hacer una barbacoa. Antes de acabar el día se hicieron unas fotografías.

—Un recuerdo de mi renacer. —Noelia sonrió y miró a Javier. Pilar acababa de hacerles una foto con el móvil de Noelia.

—Déjame ver cómo hemos salido —comentó Javier, acercándose a Noelia.

—Quiero verla yo primero. —Noelia cogió el móvil y vio la fotografía —. No

somos nada fotogénicos. Hemos salido de pena, la borraré.

—Sácanos otra, Pilar —insistió Javier. En ese momento Margarita anunció que

las chuletas iban a enfriarse y no hubo una segunda foto para el recuerdo.

Margarita reía con los pésimos chistes de su marido y Pilar observaba la escena con curiosidad. Se respiraba algo extraño en el ambiente, pensaba Pilar, mientras observaba a Javier. Era un hombre atractivo, de cabello castaño, medía algo más de un metro ochenta, poseía unas facciones angulosas y masculinas y un

singular hoyuelo en la barbilla, que le daba un aire muy masculino. Sus ojos castaños eran muy expresivos y su voz, fuerte y viril. No se daba aires de saberse un hombre interesante para las mujeres ni se creía especialmente atractivo. A pesar del calor estaba haciendo, Javier no se había quitado la camiseta. A través de ella se dibujaban unas formas bien definidas. Entre chiste y chiste, cerveza y trozo de carne crujiente y apetecible, Pilar descubrió las miradas de Javier a Noelia, algo de lo que su mujer pareció no darse cuenta, quizá porque se había bebido ya unas cuantas jarras. De vuelta al pueblo Javier las acercó a su casa. Noelia agradeció la cena y las atenciones recibida y Noelia les dejó en el rellano, alegando que estaba cansada y se iba a acostar.

—Cuando me vaya, cuídamela bien, Javi, solo cuídamela. —Sus palabras

sonaron a advertencia.

—No sé a qué te refieres, Pilar —contestó Javier, un tanto confuso.

—A las miraditas que echas a mi amiga. Noelia es una mujer muy guapa, pero

también muy vulnerable. No le convienen aventuras más allá de la que está viviendo

y de la que le toca olvidar.

—Te entiendo.

—No lo dudo. Esto no es Madrid y, aunque lo fuera, sabes el dicho: este mundo

es un pañuelo. Además, aquí hay muy pocos vecinos pero demasiados ojos curiosos

y tu casa está a doscientos metros de la nuestra. Margarita no es tonta y aun con la pata tiesa, si sospecha algo, vendrá aquí como alma que lleva el diablo. Hoy estaba

algo alegre y no se ha fijado, pero la próxima vez lo hará. Sé que la vulnerabilidad en una mujer es un atractivo añadido para un hombre. Que si la quiere salvar del peligro, que si quiere convertirse en su príncipe azul... Mi amiga necesita que la protejas, nada más que eso. Desaparecerá de este pueblo y de tu vida en menos que

canta un gallo, porque Noelia es una mujer fuerte y superará todo esto pronto y viajará a Barcelona, a Valencia o donde la envíe Santiago. No te metas en un huerto

que no es el tuyo, Javier, como amigo te lo aconsejo. Limítate a cuidar de ella.

—Me has pillado, lo reconozco. Noelia me gusta mucho y es mayorcita para decidir qué desea hacer en cada momento, aunque tienes razón. Haré lo que Santiago me ha encomendado.

—Te lo agradezco. Me he puesto nerviosa en la finca viendo las chispas que salían y no precisamente de las ascuas de la barbacoa, tú me entiendes.

—No he visto en ella correspondencia...

—Me lo has prometido —insistió.

—Está bien. Solo vigilancia.

—Descansa, cuando me vaya te quedarás sin dos ojos para ayudarte en tu

trabajo. Mantennos informados, dejo a mi hermana a tu cuidado. —Le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—Lo haré, descuida.

—¡Ay, Javier! Hay mieles que uno está condenado a no probar nunca.

Santiago estaba inquieto. Confiaba en Javier, pero tenía un regusto amargo en

la boca, como hiel que se fija en la garganta cuando se presiente un peligro inminente. Todo estaba perfectamente planeado, habían pasado semanas desde su desaparición y, a pesar de que le constaba que Curtis continuaba removiendo cielo y

tierra para encontrarla, llegaría el día en que se daría por vencido y tiraría la toalla.

Pilar ya estaba en casa. Había podido abrazarla y saborearla, pero Noelia continuaba allí y, aunque no estaba sola, a él le parecía haberla abandonado a su suerte y aquella sensación no le gustaba. Calmaba la

inquietud de su mujer y sus ganas de que aquella pesadilla terminara, amándola mucho y de muchas maneras, como si el sexo fuera a hacer que se olvidase por un momento de su amiga.

—Voy a pedir a Natalia que vuelva a hacerme a quedarse a cargo de la

papelería y en una semana regreso al pueblo con Noelia. Aquí ya he comprobado que todo funciona como un reloj y no estoy a gusto alejada de ella en estos momentos tan cruciales. Ahora tengo cargo de conciencia por haberla dejado sola

en aquella casa. Ya sé que está Javier para cuidarla, pero no es lo mismo. ¿Tienes

algo que objetar? —preguntó Pilar.

—Nada. —Santi acarició su pelo, su cara, bajó hacia su pecho y finalmente perdió sus dedos en su interior—. Solo que voy a echarte de menos.

—Y yo a ti.

—He hablado con mis amigos de Barcelona. Le han buscado una casa y han

conseguido un trabajo para Noelia. Ahora únicamente resta que deje sus fantasmas

atrás.

—Por eso quiero irme al pueblo. Creo que podría ayudarle a dejar de tener miedo. En mi caso te tenía a ti, día y noche, siempre a mi lado. Ella está sola. Las noches son largas, Santi, lo sé por experiencia. Dan para pensar mucho.

—Tiene a Javier.

—Javier tiene su vida y más asuntos de los que ocuparse por lo que no puede

ejercer de guardián por mucho más tiempo. Le estamos pidiendo un gran sacrificio.

Estará mejor conmigo y, sinceramente, creo que yo soy mejor compañía para que

se encuentre a sí misma y decida caminar sola.

—Te echaré de menos —repitió Santiago mientras Pilar se giraba, apoyaba la

cabeza en la almohada y le ofrecía su apetecible cuerpo desnudo.

¡Tócame, estoy aquí!

Merche había apartado del fuego una deliciosa paella humeante y lista para ser

degustada. Puso un paño de algodón por encima para que reposara y preparó la mesa. Curtis, hablaba con Sarabia en el salón. Aquel sábado Sara tampoco se había

pasado por allí pues la nana estaba enferma y Ernesto hijo reclamaba los cuidados

de su madre. El resto continuaba con la búsqueda de Noelia y el trabajo de campo,

pasándose por los locales, vigilando el negocio, ultimando los detalles de la próxima llegada de mercancía para su inmediata distribución. Curtis estaba

desganado, más cabizbajo que nunca, cada vez más taciturno y más cabreado. De Noelia, nada.

A Merche le preocupaba su estado. Parecía que se había echado varios años encima en tan poco tiempo. Para ella era un ángel caído y, sin poderlo evitar, sentía lástima de él. A pesar de todo lo que se decía de Curtis, estaba convencida de que su sombra no era del todo negra. No podía mirar a Daniel como a un asesino ni a Ernesto tampoco, sobre todo cuando escuchaba a su hermano hablar de su pequeño,

tan espabilado y tan listo para su edad, tan regordete y tan sonrosado, “qué maricón, cómo zampa el condenado, así está de redondo y de macizote”. Y a Curtis le oía contar maravillas de sus sobrinos, sobre todo de Miguelito. Curiosamente, apenas hablaba de doña Fuencisla. Un hombre orgulloso de los suyos, que había marcado a

la Negra en un muslo y que, a la semana siguiente, la había sacado del puticlub para que cuidara de Doña Fuencisla y de su sobrino, porque había visto una fotografía de

unos niños sonrientes con la anhelante sonrisa de quienes esperan

volver a reunirse.

Que su sobrino era su hijo, lo tenía tan claro como la Negra y que él lo sabía,

aunque prefería ignorarlo, también. Ahora iba a traer a sus hijos de Colombia y ella canturreaba nanas en la cocina. A ella misma la había sacado de la calle y le había dado una segunda oportunidad. “¿Quién le daría a Curtis una segunda oportunidad, quién se la daría al Rubio, quién le mostraría un nuevo camino a Ernesto, al Loco, a todos los demás?”, se preguntaba Mercedes.

La puerta de la cocina se abrió, Merche no le esperaba y se quedó frente a él,

agarrotada y fría por fuera como una estatua pero febril por dentro. Aquella era la

sensación que siempre le producía el Rubio cuando se hallaban en la misma habitación. Andrés hizo un gesto a modo de saludo, abrió la nevera y cogió una cerveza. Terminó de poner la mesa y nada dijo, tan solo esperó a que le diera permiso para hablar porque en aquella ocasión ella no iba a atreverse a pedírselo.

Estaba demasiado asustada, cansada y derrotada para hacerlo.

—Buenos días Merche, huele muy bien. —La voz del Rubio sonó ronca, como

si le costara hablar—. Puedes devolverme el saludo o agradecer mi cumplido, que

parece que se te ha comido la lengua el gato.

—Esperaba tu permiso —se limitó a contestar sin atreverse ni tan siquiera a alzar su vista buscando su rostro.

—Si te digo que lo que has cocinado huele bien no tienes que esperar a que te

lo dé para contestarme con un simple “gracias”.

—Gracias —repitió. Cogió una coca-cola y se sentó a su lado, con los ojos fijos en la mesa y sin atreverse a respirar—. ¿Entonces puedo hablarte?

—¡Si, joder, Merche, acabo de decírtelo! —Andrés dio una palmada en

la mesa

tan fuerte que el sonido retumbó en los oídos de Merche y esta se revolvió en el asiento, más nerviosa todavía.

—Mañana es domingo, mi día libre —se limitó a decir, intentando mantener la

calma.

—Supongo que irás a ver a la Negra, como de costumbre. —El Rubio la miró,

como si esperase ansioso su respuesta.

—Este domingo tengo otros planes. ¿Te interesa saberlos? —se apresuró a

preguntar Merche. Carraspeó y tragó saliva.

—Has sido tú quién ha empezado esta conversación, yo solo te iba siguiendo.

Pero no, no me interesa demasiado.

—¿Tú tienes planes para mañana?

—La gente como yo no tiene mucho tiempo libre. Supongo que si Curtis no me

necesita, podría quedarme en casa o perderme en uno de nuestros garitos para matar el tiempo, como suelo hacer. Aunque hace mucho que no me siento en el sofá

a ver una película como cualquier hijo de vecino, acompañado de una cerveza y unas patatas fritas. Una estampa muy casera. Pocas de esas he vivido en los últimos meses, la verdad.

—Me gustaría ir al cine —comentó ella.

—¿Mañana?

—Es el único día que tengo libre, no olvides que soy la *chacha* en esta casa. —

Por primera vez miró a Andrés a la cara y sus ojos se encontraron.

—Veo que todavía te acuerdas de aquellas palabras, mira que tenéis memoria de elefante las mujeres.

—Sí, todavía las recuerdo. Me dolieron —confesó, al tiempo que hizo una

mueca de disgusto.

—Aquel día tú estabas torpe y yo bastante cabreado. ¿Y qué película quieres ver? —Andrés se había tranquilizado, ambas manos encima de la mesa y una sonrisa en los labios. Dio otro trago a su cerveza y a Merche le pareció que la observaba como si quisiera adivinar sus pensamientos.

—Cualquiera, hace mucho que no voy al cine. Una comedia, quizás, una

comedia romántica.

—Tendrás que echar un vistazo a la cartelera. Yo no puedo ayudarte porque no

tengo ni idea de si hay alguna película de ese género en cartel.

—Tal vez vaya a la Vaguada y entre en la primera sala en la que proyecten una

cuyo título me suene interesante. Sí, seguramente será eso lo que haga.

— ¿Irás sola?

—Sí, aunque no me importa porque estoy acostumbrada a tenerme como única

amiga y me va bien. Ya no me queda ningún amigo de mi juventud, pero tampoco

los echo de menos. En realidad no tuve ninguno cuando me hicieron falta, por lo que empiezo a pensar que todos a los que llamaba así, tan solo eran conocidos.

Amigos de juergas, nada más.

Merche observó sus brillantes ojos castaños y perdida en ellos recordó, sin venir a cuento, aquellas palabras de súplica que hacía tanto tiempo escuchó de sus

labios, aquellas que pronunció por primera vez en su vida para que no tomara aquel

espinoso sendero. “Palabras lejanas. ¿Por qué no hice caso entonces, por qué le añoro tanto ahora, por qué teniéndole tan cerca le siento tan lejos?”.

Recordó también las palabras de la Negra y, al hacerlo, se mordió el labio inferior. Lo miró fijamente por primera vez, sosteniendo la fría mirada del Rubio,

ya sin miedo y con la esperanza de sacar de su corazón el rencor, de que terminara

su duelo, de que regresaran sus sentimientos, de que aquellas palabras salieran por

segunda vez de su boca.

—Hace mucho que no voy al cine —comentó Andrés.

—Una película en pantalla grande es bastante mejor plan que un telefilme en el

salón de casa, no me lo negarás. ¿Quieres que vayamos juntos? —preguntó,

sintiéndose liberada al hacerlo.

—¿A qué hora paso a recogerte? —dijo Andrés, sorprendiéndola con aquella

respuesta. Demasiado fácil…

—¿Eso es un sí?

—Merche, no me hagas enfadar… ¿Quieres que te acompañe, sí o no?

—Recógeme a las cinco.

—Muy pronto para ir al cine.

—Es que luego quiero que me invites a cenar. —Merche sonrió y bebió un

trago de coca-cola. “¿Debería morderme nuevamente el labio o con una vez es suficiente?”, se preguntó. Decidió no hacerlo.

—Yo elijo la película. No me gustan las comedias románticas, la vida no es como la pintan en ellas y ya sabes que odio las mentiras.

—Trato hecho. Voy a avisar que la comida ya está. ¿Vas a quedarte?

—Has cocinado paella...

—Aquí la paella se come los sábados, dado que la criada libra los domingos.

—Otra vez con eso... Me quedo porque ya sabes que me encanta la paella que

cocinas . Y no olvides que mañana pasaré a recogerte a las cinco en punto.

—A las cinco en punto, no te retrases. Por cierto, ¿podré dirigirme a ti sin tener

que pedirte permiso?

—No te equivoques, Flaca, esto no es una cita y lo de saltarte mis reglas tendremos que negociarlo –contestó Andrés, guardando así las distancias.

Sonrió y no la miró a los ojos sino a la boca, a esos labios que la Flaca acababa de morderse. La vio salir de la cocina para avisar a los demás de que la comida estaba lista. “Mañana compraré el dominical para echar un ojo a la cartelera, aunque ver una película sea lo que menos me importe”, pensó entonces Andrés. Mientras lo hacía, una sonrisa se dibujó en su cara.

El Rubio acompañó a la Negra al aeropuerto. Vuelta para arriba y para abajo,

una, otra y otra más, moviendo sus caderas. Se había puesto un vestido color lila, muy discreto para los que acostumbraba a llevar, entallado y con falda de vuelo, un

bolso *beige* que asía con fuerza como si pensara que se lo fueran a robar. Se la veía nerviosa e impaciente. No había parado de canturrear aquel soniquete durante toda

la semana, convirtiéndose en una letanía. Junto a ella, tecleando en el móvil y sin prestar atención a esa hermosa mujer, de carnes prietas,

piel morena y ojos profundos, el Rubio parecía cansado e igual de impaciente por la larga espera.

Llevaban casi una hora en la terminal. El vuelo llegaba con retraso. Al cabo de unos minutos la Negra pidió permiso y él se lo concedió sin separar sus ojos del teléfono para mirarla.

—Estoy nerviosa. Hace tanto tiempo que no veo a mis niños y dudo que me reconozcan. Una vez, hace unos años, envié una carta con un par de fotografías, pero no salí muy favorecida. Y ellos deben estar tan grandes que igual soy yo la que no los reconoce.

—Existiendo el correo electrónico, no sé cómo no enviabas fotos todos los meses. Incluso podrías haber estado en contacto a diario con ellos, vía *skype*. —El Rubio la miró por fin, guardándose el móvil en el bolsillo.

—No me llevo bien con los ordenadores y no tengo ni idea de lo que me estás

hablando —se justificó la Negra.

—La informática y el inglés son asignaturas imprescindibles, Negra. Aconseja

a tus hijos que estudien al menos eso porque la vida está muy jodida y hay mucha

competencia. Si no quieres que acaben como nosotros, que estudien.

—Son todos buenos estudiantes y hablan muy bien inglés. Mi dinero me ha

costado y lo han sabido aprovechar. Allí no viven mal, pero quiero tenerlos a mi lado pues los añoro.

—Los hijos deben estar al lado de sus madres.

—Quiero que vuelen muy alto, Rubio, todo lo que yo no he podido volar. A las

nubes. Ellos pueden conseguirlo porque tengo tres chicos muy listos.

—No lo pongo en duda.

—Llegarán muy lejos, lo sé —comentó, sonriendo orgullosa.

—Me ha dicho Curtis que os vais a mudar al piso de lujo que tiene en el barrio

y que él arreglará el de su madre por si alguna vez lo quiere usar. Nostalgia del viejo barrio, imagino.

—Me ha dejado que vivamos todos juntos allí. La casa de doña Fuencisla es pequeña. Le dije que no podía permitirlo y a su madre tampoco le apetece mudarse,

pero no me hizo caso. Insistí en que no hacía falta, que ya nos apañaríamos y que

bastante ha hecho con traérmelos acá. Como es muy testarudo no ha habido forma

de convencerlo. Ya he guardado todo en cajas y el sábado próximo vienen a llevárselo todo y el amigo de Curtis, el tal Ñapas, hará unas pequeñas reformas en

la vivienda de su madre para ponerla a su gusto, otra casa de lujo, no puede vivir

sin estar rodeado de él.

—Cuidado, Negra, no se critica a quien te da de comer... Curtis te tiene cariño y

no sé bien por qué. Lo cierto es que has tenido mucha suerte.

—Y tanto que sí —respondió ella, con una mirada cómplice.

La Negra se fijó en sus ojos. Brillaban mucho más que de costumbre. No había

recibido noticias de Merche desde el domingo anterior y tampoco había querido llamar para que no se sintiera presionada. Esos ojos castaños no estaban tan fríos como hacía semanas y algo en ellos había cambiado. Confiaba en que el motivo de

aquel cambio fuese que Merche le había echado arrestos para hablar con él, que se

había mordido los labios, que se los había humedecido y que había usado las armas

que cualquier mujer posee para ablandar el corazón de un hombre. No

obstante, observó un poco más. En ese momento anunciaron la llegada del vuelo y volvió a la

realidad.

Cuando vio a sus hijos aparecer en la terminal de llegadas internacionales, su

corazón se aceleró y sus pies comenzaron a bailar solos, embargados por la emoción del momento. El chaval se abrazó a su madre, abarcándola con sus grandes brazos. Las chicas eran más bajitas que su hermano y aun así, las dos eran

más altas que la Negra. Muy bonitas, delgadas y lozanas.

El Rubio permaneció a varios pasos de los cuatro, contemplando la escena.

Una de las jóvenes tenía el cabello castaño, la tez clara y los ojos como los de la Negra, los otros dos eran de piel morena como su madre y de cabello liso y muy

oscuro, casi negro. Lágrimas por doquier, gritos de alegría, la Negra daba saltos y

repartía besos de dos en dos. Al cabo de un rato fueron cesando aquellas muestras

de júbilo, aquella explosión de afecto, aquel arrebato de amor, contenido a la fuerza por culpa de la distancia.

La mujer se tranquilizó y los chiquillos cesaron de llorar. Y en medio de aquella estampa de familia reencontrada, observó a Evelyn y le pareció que se transformaba ante sus ojos, que dejaba de ser la Negra para descubrir a la madre que reencuentra sus raíces y se pega con abrazos y lágrimas las partes de su corazón que tenía perdidas en Colombia. Dejó de ser la Negra y, bajo su piel morena, descubrió su alma blanca como las nubes. Y en aquel preciso momento, justo cuando ella lo miró a los ojos y sonrió, pensó que por qué él no era digno de

sentir aquella dicha. El Rubio devolvió su gesto amable, de sincero agradecimiento

y pensó que quizá ya había llegado el momento de perdonar y comenzar de nuevo,

justo donde lo dejaron.

10

Palomitas de maíz

Acababan de apagar las luces de la sala y se proyectaba el *trhiller* de un próximo estreno: "*coming soon"* apareció en enormes letras en la pantalla . En el regazo de Merche, un tanque de palomitas en la que el Rubio metía la mano para coger un puñado, de vez en cuando. Antes de que el cine se quedase a oscuras, Andrés observó a su alrededor, con la costumbre del que vive siempre a la carrera y

con ojos en la nuca, por si las moscas: una docena de parejas distribuidas por la sala, dos o tres hombres solos y, casi pegados a la pantalla, media docena de chavales. Andrés pensó que había cosas mejores que hacer que perder la tarde del

domingo en el cine, cuando Madrid estaba repleto de garitos para divertirse. "A esa

edad andaba yo de putas o entrando en algún domicilio vacío de dueño, para birlar

la tele, el video y cuanto hubiera de valor en él. Y mira esta panda, ahí sentados, perdiendo el tiempo en esta sala y ni siquiera están acompañados de alguna chavalita a la que meter mano. ¡Menuda juventud de mierda!".

El Rubio había escogido una de acción, pero sabía que poco caso iba a hacer a

la película. Todavía no había dado permiso para que Merche pudiera hablar, pues prefería oír el ruidito de las palomitas al masticarlas, dentro de su cabeza. Se acordaba de Evelyn, de sus ojos verdes sonriendo a sus hijos y de la flojera de piernas que le entró de repente al querer estar pleno y satisfecho como lo estaba ella en el aeropuerto.

Por un momento observó las manos de Merche perdiéndose en el tanque de

palomitas, buscando cada vez más adentro, conforme este se vaciaba. De vez en cuando, el Rubio perdía también la suya, sin encontrarse

con la de ella, ligera, rápida e inalcanzable. Y cuando los títulos de crédito anunciaron el comienzo de la

película, Andrés se giró a Merche y, pegados sus labios a su oído, habló al fin, haciendo cosquillas sus palabras en la oreja de la joven.

—No tengo ni puta idea de lo que va. La he escogido por el título y porque estos multicines nos pillaban bien.

—Yo hubiera hecho lo mismo: guiarme por el título más sugerente. No soy

crítica de cine.

—Espero que no sea un bodrio. Con el tiempo que llevamos los dos sin ir al cine, tragarnos una bazofia no es un buen plan para el domingo. Acabaremos cabreados.

—¿Dónde vas a llevarme a cenar cuando termine la película? —Merche se

acercó a su oreja para preguntar, como hacía un segundo había hecho él.

—No sé, no lo he pensado.

Andrés titubeó y se revolvió en su asiento, inquieto. El suave aliento de Merche cerca de su nuca, fue tan efectivo como una suave caricia, haciendo que se

estremeciera. Él, que no temía nada, la temía ahora a ella. Llevarla a cenar, como hacen las parejas de novios…

—A algún restaurante al que ya haya ido y me haya parecido que no se come

mal. Tengo en mente varios por esta zona.

—Me gusta la cocina asiática.

Bajo la oscuridad de la sala le pareció que Andrés sonreía.

—¿Pescado crudo? No, Merche, por ahí sí que no paso.

—No hace falta que sea un japonés si no te gusta el *sushi.* —Merche se separó de su oreja e intentó acomodar un poco más su vista a la oscuridad para leer sus gestos.

—¿Desde cuándo te gusta la comida japonesa?

—Claro, una vulgar criada como yo no puede tener gustos un tanto

sofisticados en cuanto a cocina se refiere.

—No he querido decir eso, no tergiverses mis palabras. —Andrés pareció

tensarse en su asiento.

—Te puedo asegurar que, para mi desgracia, he probado muchas cosas en esta

vida y creo que el *sushi* no es una de las peores. Si quieres podemos ir a un chino.

—Merche se apartó de su oreja y le miró a los ojos, intentando adivinar si se sentía cómodo a su lado—. Para empezar a degustar nuevos sabores y texturas, la comida

china que se prepara en los restaurantes de la capital no está mal.

—No sé si fiarme de tus gustos, nunca he pisado un restaurante chino.

—Pues nunca es tarde para probar algo diferente. Conozco uno bastante bueno

y que además está cerca de aquí. —Cogió un puñado de palomitas y se lo metió en

la boca, unas cuantas cayeron sobre su escote y comenzó a recogerlas,

llevándoselas a la boca. Andrés la observó.

—Tienes una aquí. —Señaló con el dedo, a la altura de su clavícula.

—Gracias.

Merche sonrió. La película no les interesaba. Alguien, en la fila de atrás soltó

un ¡ *shhhh!* , el Rubio se giró y al hacerlo tocó la pernera de su pantalón, buscando algo.

—Por favor, tranquilízate Andrés, al cine no se viene a hablar y estamos molestando.

—La madre que me parió —susurró el Rubio, molesto. En realidad deseaba

levantarse y darle un par de hostias al tipo que acababa de chistar, pero se contuvo por ella.

—Andrés, cálmate, por favor —insistió Merche, poniéndole la mano en el

hombro y atrayéndole hacia ella con suavidad.

El Rubio a un *tris* de darle un par de hostias a aquel hombre, había hecho que el tipo empequeñeciera en su asiento, al ser intimidado por su mirada de pantera, preparada para saltar sobre este si ella no hubiese intervenido. Volvió a girarse y la miró. Vio su mano temblorosa, tocando su hombro y después volvió a buscar sus ojos en la oscuridad y, para sorpresa de Merche, sonrió.

Esta puso de nuevo la mano en su regazo, tras comprobar que la fiera que llevaba dentro había vuelto a meterse en su jaula. Dieron por finalizada aquella banal conversación y atendieron por primera vez a la pantalla. Una mujer asustada

comentaba a un hombre de aspecto rudo que la estaba esperando. El hombre se acercaba lentamente a la chica y sonreía. “Yo también te andaba buscando, nena”, comentaba. La cogía por los hombros y le plantaba un beso de película. Ella intentaba zafarse al principio, como suele suceder en la gran pantalla, evitando al tipo duro, sin embargo su mirada parecía rogar que no la soltara. Andrés volvió a

coger palomitas, Merche buscó en el tanque a tientas. La chica entreabrió su boca y

comenzaron a besarse apasionadamente. El Rubio sintió los dedos de Merche

acariciando suavemente los suyos, tan sutil y delicadamente como los rozaría una mariposa. Rebuscar en el tanque y no querer coger palomitas sino desear ella tocar

su mano. Tocar, acariciar suavemente, sentir sus dedos. Un estado febril se apoderó

de él y se dejó llevar, invadido por un deseo complicado de describir con palabras.

No era aquel el deseo de tomar, de coger, de poseer sino simple y llanamente, el de

perdonar.

El Rubio giró su mano, puso la palma hacia arriba y abrió los dedos, como si

lo que quisiera fuera abrir su alma. Los dedos de Merche se entrecruzaron con los

suyos y cuando sintió su calidez, cerró la mano atrapando la suya y tras hacerlo, la sacó del tanque de palomitas. Y entonces, el mundo, dejó de existir.

11

Nunca digas “nunca”

Estaba atardeciendo y una suave brisa mecía los cabellos de Noelia.

Regresaban al picadero tras pasear por el camino de piedras que bordeaba la basta

finca. Caminaban al trote. Duquesa, la vieja yegua blanca, relinchaba de vez en cuando. Se la notaba cansada. Noelia aminoró la marcha y continuaron al paso.

—No lo haces nada mal. ¿Montas desde hace mucho? —preguntó Javier.

—Desde hace años.

—Eres francamente buena.

—Gracias. —Noelia bajó del caballo, acarició a la yegua y cogió las riendas,

llevándola hacia los establos—. Llevaba tiempo sin hacerlo, tanto que no recordaba

que es relajante. Te agradezco estas horas que me regalas. ¡Es mejor que un buen masaje! Me siento tranquila en este lugar.

—Siento que esta sea la única diversión que puedes tener aquí. El pueblo y sus

alrededores no ofrecen demasiados alicientes.

—Esta finca es magnífica y no está muy alejada de otros pueblos algo más habitados.

—Todos los pueblos de alrededor son igual de aburridos. ¿Te irás pronto? —

Javier la miró, conteniendo las ganas de pedir que no se marchase. “La miel que nunca probaré, pero es que está tan cerca...”.

—Creo que sí. Me siento mucho más fuerte y tranquila. Intuyo que Curtis se ha

cansado de buscarme.

—Este sitio es un asco y entiendo que estés deseando huir también de esto. —

Javier bajó del caballo, cogió las riendas de su caballo, un semental de bella estampa de color negro azabache y con las crines recién cortadas. El animal relinchó y él las sujetó con firmeza.

—No es por eso, me gusta este lugar ya que me ha regalado la paz que

necesitaba para aclarar mis ideas. A pesar de ello, tengo que continuar mi viaje. Al fin duermo seis horas seguidas y no imaginas lo agradable que es eso, tras tantas noches en vela y atiborrándome de pastillas. Desde que estoy aquí no las necesito y

me despierto sin miedo. Tan solo echo de menos a mi pequeño, pero confío en Santiago: conseguirá que me reúna con él. De momento, solo puede ayudarme a mí

y eso es algo a lo que debo hacerme a la idea. No quiero estropear todo lo que ha

planeado para liberarme.

Noelia quitó la montura a la yegua y acarició su lomo con suavidad. Javier la

observó y la delicadeza con que lo hacía le puso el vello de punta. Trató de disimular acariciando la cara del semental.

—Marcos, termina tú. —gritó Javier a uno de los mozos de cuadras—. Estoy seco, ¿nos tomamos una cerveza?

—Es un poco tarde ya.

Noelia fingió desinterés y cansancio, aunque, en el fondo, deseaba tomarse esa

cerveza con aquel hombre que le resultaba sumamente atractivo.

—¿Has quedado con alguien y por eso rechazas mi invitación? —Javier soltó

una sonora carcajada.

—Está bien, una sola. Hablando de otra cosa, seguro que tu mujer está un poco

enfadada, llevas mucho tiempo sin dormir en tu casa.

—Tu intuición no te falla. Esto de la reforma es una excusa para cuidar de ti y

yo también estoy cansado de tanto cemento, arena, pico y llana. Aunque tengo que

decir que no hay mal que por bien no venga, pues la casa está quedando como nueva. Tengo callos en las manos, no estoy acostumbrado a la albañilería —

comentó mostrándoselas a Noelia—. Marga no es amiga de reformas. Llevamos

seis años en nuestra casa y ni siquiera hemos pintado así que lo está pidiendo a gritos. Sabes que no puedo marcharme porque tengo una misión que cumplir. Así que voy a alargar esta obra todo lo que pueda.

—Tienes la misión de cuidarme y lo estás haciendo bien. Se lo prometiste a Santiago.

—Y no voy a dejar de hacerlo hasta que venga a relevarme. Además, es una misión muy agradable. —Sonrió—. Me gusta cuidar de ti. No pensé que jamás diría

esto, pero lo echaré de menos cuando te marches.

—Este sábado viene Pilar, me ha llamado hoy. —comentó Noelia al sentir que

aquella conversación podría derivar en algo más personal—. Se encontraba mal habiéndome dejado aquí, aunque sabe que estoy en buenas manos. Ya no tengo miedo. Cuando venga le daré la noticia y luego se la daremos juntas a Santiago.

—Me alegro, Noelia, me alegro mucho. —Sus ojos no decían lo mismo.

—Si quieres podemos tomarnos esa cerveza en casa. Y luego me voy a acostar

porque estoy cansada.

Cerró los ojos y permaneció así durante todo el trayecto. Javier creyó que se

había quedado dormida. Al llegar a la casa apagó el motor del coche y la observó.

Era francamente hermosa. De facciones dulces y delicadas y unos labios carnosos,

que invitaban a ser besados y mordidos. Piel clara, destilando un sutil aroma a colonia de bebé. Observó sus finas manos y sus largos dedos, hasta el punto de que

se le marcaban los tendones. “Manos de pianista”, pensó Javier. Uñas impecables, pintadas con una capa de brillo, cuadradas y cortas. Subió la vista hasta su pecho, que subía y bajaba rítmica y pausadamente. La camiseta ajustada marcaba sus senos,

pequeños y redondos. Tragó saliva y tocó su hombro con suavidad. Aquella visión

era difícil de soportar. “Indudablemente, Javier, tienes un serio problema. Quiero probar esa miel...”.

—Noelia, despierta, ya hemos llegado.

—No estaba dormida. Tan solo descansaba.

—Podemos dejar la cerveza para otro momento.

—No, por favor, entra. Lo prometido es deuda. —Noelia abrió la

puerta de la

casa y encendió la luz. —. El plafón de la entrada apenas da luz. Se ha fundido una

de las luces y en la casa no hay ni una sola bombilla.

—Mañana a primera hora la cambiaré.

—Eres muy amable. Sabes dónde está la cocina, sírvete tú mismo mientras voy

a ponerme cómoda. Y ponme una cerveza sin alcohol, por favor. En la despensa hay

patatas fritas, almendras y todavía quedan pistachos.

Volvió al poco tiempo con una sonrisa en sus labios. Se había puesto unos shorts blancos, una camiseta de tirantes del mismo color y unas chanclas de piscina

y se había mojado un poco el pelo y la cara, sin secársela del todo. Unas gotas de

agua corrían sensualmente por su cuello.

—Vaya, pues sí que tenías sed. Ya vas por la segunda —comentó al ver la lata

que había vacía en la mesa.

—Es “sin”— se justificó Javier.

—Tranquilo, era broma.

—Es imposible emborracharse con cerveza sin alcohol. Si bebiera cerveza con

alcohol y lo hiciera, ¿qué impresión te causaría? Soy tu perro guardián y, por tanto, debo estar bien despierto.

—Mi perro guardián…

—Por poco tiempo ya—La voz de Javier sonó disgustada y Noelia se apercibió

de ello.

—Ha sido muy agradable conocerte. —Acarició el rostro con suavidad. Una

caricia efímera. Para él, sin embargo, supuso una puerta abierta y un comienzo. Un

paso más hacia la miel que guardaban sus labios.

—¿Te das cuenta que llevas más de un mes aquí y todavía no hemos mantenido

una conversación personal? No sé nada de ti, únicamente lo que me ha contado Santiago —recordó Javier.

—Supongo que habrá sido únicamente lo que cree que debes saber.

—Imagino que es también lo único que tú crees que debo saber. Que huyes de

un cabrón y que tienes un hijo, nada más.

—¿Y qué quieres que te cuente? Estoy dispuesta a hacerlo. —Noelia acarició el

vaso arriba y abajo y sonrió.

—Lo que te apetezca.

—Hay poco que contar. Soy hija única. Mi padre murió hace seis años, mi madre lo hizo el año pasado y al resto de mi familia no les veo desde que me casé.

Tengo un hijo al que apenas veo porque vive con su abuela paterna y a veces pienso

que jamás volveré a hacerlo. Voy a dejarle tirado en Madrid y acabará creyendo que

su madre lo abandonó. Se preguntará por qué y yo no podré decirle que estaba asustada y que necesitaba escapar de la vida que llevaba, que no podía continuar así, ahogándome, muriéndome por dentro… —Paró unos segundos y tomó aire—.

¡Vaya discursito que acabo de largarte!

Sus ojos verdes centelleaban. Un mechón despistado cayó tapándole un ojo y Javier se apresuró a devolverlo a su sitio, rozando levemente

su oreja al hacerlo.

—Eres preciosa —dijo sin más, sin esperar respuesta.

—No te convengo Javier y, además, dentro de poco me marcharé y no

volveremos a vernos.

—Pilar me lo advirtió. Me dijo que un hombre debería saber que hay mieles que está condenado a no probar jamás.

—¡Qué graciosa! Me comparó con la miel…, me extraña muchísimo que ella te

haya dicho eso.

Noelia acercó la silla un poco más a Javier. Su camiseta ajustada dejó al descubierto un escote sensual y apetecible. Su piel brillaba, hidratada por su crema corporal de sutil olor a canela y caramelo *toffee.* Observó con detenimiento a Javier, aunque él no era consciente de estar siendo observado. Ella sabía hacerlo sutilmente, del mismo modo que podía acariciar un vaso y poner nervioso a cualquier hombre. Apenas lo conocía, pero lo que veía por fuera le agradaba. Por

lo poco que había descubierto de él estaba convencida de que no debía ser oscuro

por dentro. Parecía un hombre afable y tranquilo, sin caras ocultas. Le gustó descubrir que pensaba así, por primera vez en mucho tiempo, de una persona a la

que apenas conocía. Por lo general era reacia a pensar bien de la gente dado que la

vida la había obligado a andar con pies de plomo, para evitar llevarse golpes.

De Javier le gustaba lo que veía y lo que intuía. Habían estado juntos muchas horas desde que Pilar se fue y había tenido más tiempo para observarlo. No se había

afeitado en dos o tres días y no recordaba haberle visto desaliñado desde que estaba en el pueblo, lo cual le pareció extraño. Pensó que quizás no lo había hecho porque

comenzaba a ser realmente él. Estaba más atractivo con aquel aspecto

algo descuidado, más rudo, más masculino. Noelia sonrió al imaginar su cuerpo

desnudo y sintió que se ruborizaba: “Demasiado tiempo de abstinencia sexual”.

—¿Y por qué te extraña?

Javier se levantó de la silla y se acercó a ella. Noelia permaneció sentada, relajada y serena, observándole. Le miró a los ojos y luego bajó la vista hasta su pecho, que se agitaba bajo la camiseta.

—Porque Pilar tiene un lema, “nunca digas nunca”.

12

Caín y Abel

El Loco al volante y en la radio Lady Gaga y su *Bad romance*. Le gustaba esa mujer y le parecía una artista glamurosa y atractiva. Era un fan confeso de la diva y sus éxitos no dejaban de sonar en el coche cuando él conducía.

El Loco tenía gustos raros en cuanto a mujeres. En realidad, sus gustos eran peculiares en lo relativo a muchas otras cosas. También en hombres tenía gustos muy particulares. “¿Para qué conformarse con el cincuenta por ciento de la población si se puede elegir entre el cien por cien?”

A Curtis sus preferencias sexuales le traían al fresco. “Me la suda a quién te tires, Loco, el mundo iría mucho mejor si cada uno fuera a lo suyo, cada uno en su

casa y Dios en la de todos. Nos pasamos la vida jodiendo a los demás, metiéndonos

en sus asuntos y juzgándolos. Y así nos va. Que se la quieres mamar a fulanito, que

se lo comes a menganita, te repito, hermano, me la suda”. Lady Gaga tenía un aspecto andrógino, hasta el punto de que circulaba mucha leyenda urbana en torno a

su persona y su imagen tampoco ayudaba a desmentir la rumorología creada en torno a la artista. Por eso quizá el Loco se sentía tan atraído por la cantante. Un poco él y un poco ella, el cóctel perfecto para quien no hace ascos a nada. *Angel,* de Akon y *Just one last time* de David Guetta sonaron después. Tras ellas, comenzó a escucharse, "Alejandro, Alejandro, Ale, Ale, Alejandro" y el Loco sonrió,

golpeando rítmicamente el volante con una mano y con la otra pegada a la caja de

cambios, soltándola apenas para trazar las curvas.

Curtis había despachado algunos asuntos y regresaban a su casa. El Rubio se había quedado en un local del centro discutiendo con el gerente sobre ciertas desavenencias surgidas en torno al modo de regentar el garito. Andrés controlaba

los negocios como sí fuese el mismísimo Curtis, quien sabía que en ciertos momentos era necesario delegar.

Cerró los ojos y se evadió de la realidad durante un instante. De hecho, se pasaba la vida evadiéndose, escapando de ella por cualquier medio que estuviera a

su alcance. A veces lo hacía llevando sus pensamientos a años muy lejanos, tanto que en ocasiones no sabía bien si aquellos recuerdos eran realidad o invención. En

aquella ocasión se fue muy lejos. A pensamientos dolorosos. Aquel día en que regresaron a Madrid, tras tantos años ausentes…

"Antes de ir a nuestro antiguo barrio dormimos en un hotel de lujo y pasamos

la noche con unas cuantas putas de lujo. Las putas corrientes son más auténticas, pero también menos diosas. Nuestros locales ganarían mucho con hembras así, cuántas cosas saben hacer y qué bien las hacen, las muy zorras. Vestidas con ropas

caras y con unos cuerpos de escándalo, trabajados en el gimnasio y rematados a golpe de bisturí. ¡Qué tetas! Bonitas a la vista, preciosas algunas. Aunque yo prefiero las naturales, su suave tacto y la carne que cede con facilidad a la presión de los dedos. En este antiguo oficio, como en la vida misma, el refrán que dice que, aunque la mona se vista de seda…, es una verdad como un templo. Porque ni vistiendo como ellas, la gran mayoría de las chicas de nuestros puticlubs

podrían superar a estas profesionales. Al día siguiente, regresamos a nuestros orígenes. No

avisamos a la familia para que fuese una sorpresa. ¡Y menuda sorpresa fue para todos!”.

Él también se la llevó. Su hermano Miguel se casaba en dos meses. Besos y abrazos.

—¿Dónde has estado, cómo has sido capaz de no llamar, que te dábamos por muerto? —preguntó doña Fuencisla, con lágrimas en los ojos.

“Regalos para todos, mentiras para todos”. Y entonces volvió a verla. En nada

se parecía a aquella jovencita que dejó en Madrid, acabando sus estudios, si acaso

había guardado una imagen de aquella chica tan poquita cosa. “La oruga convertida

en brillante mariposa”. Era toda una mujer, muy hermosa y de rasgos delicados, casi perfectos. “Mi futura cuñada…”.

Unos días más tarde, mientras paseaba por el barrio con Sarabia y el Rubio y

se la encontró de cara. Noelia caminaba del brazo de su madre. Regresaban de comprar los alfileres que iba a regalar en su boda a las muchachas solteras. Se saludaron y se dieron dos besos. Curtis miró a sus amigos y estos hicieron *mutis* por el foro, quedándose los tres solos.

—Buenas tardes, qué casualidad encontraros. Estaba dando una vuelta por el barrio, redescubriendo sus rincones. ¿Venís a tomar algo? —No miró a su madre,

tan solo tenía ojos para ella. Hermosa, batiendo sus alas ante él, sin saber siquiera que lo estaba haciendo.

—Gracias, Daniel, te lo agradezco, pero me voy a casa. Ve tú si quieres, Noelia, que me duelen las piernas y quiero quitarme estos tacones que me están matando.

—Yo sí que acepto tu invitación. Llévate los alfileres y guárdalos con

las demás cosas, mamá, lo tengo todo en el primer cajón de mi sinfonier.

—Un beso a tu madre, Daniel.

—De tu parte.

La madre de Noelia era una mujer atractiva, “debería haber imaginado que de

tal palo tal astilla y que el patito feo se convertiría en cisne. La belleza le viene de familia, a pesar de que no haya aflorado hasta ahora”, pensó mientras la observaba.

—¿Dónde quieres que vayamos?

—Al *Cuco*. Quiero un granizado de limón y ahí los ponen muy ricos.

—Lo que diga usted, princesa. A mandar.

Un par de días más tarde ya era suya. La poseyó saboreándola, deleitándose, hundiéndose en ella, casi deshaciéndose y se aseguró de que ella disfrutara. Porque

sabía que Noelia no era ninguna fulana y no podía follarla. Así que, simplemente, la amó. Se la robó a Miguel. “No fue culpa mía, fue el puto destino. La vida que es así de dura, unos ganan y otros pierden. A mi hermano le tocó perder”.

Cuando Curtis quería algo lo conseguía y Noelia se dejó querer. Un noviazgo

demasiado largo también tuvo algo que ver. Daniel no se parecía nada a su hermano

y además era la novedad. No solo sus ojos de gato llamaban la atención, la naturaleza había sido generosa con él. Era un hombre atractivo. Sus ojos brillaban,

brillaba su cabello, sus dientes, todo él emanaba el brillo de una personalidad arrolladora, el chico malo que todas las mujeres temen, pero por el que todas se sienten atraídas. Ninguna mamá lo desearía como yerno y todas las hijas le querrían

como novio. A Noelia también le llamaba la atención el peligro. Más allá de su sensatez y de su inteligencia, estaba ese deseo de experimentar. Experimentó durante dos meses, todos los días y

durante varias horas al día, sin descanso. Se amaron y se las ingeniaron para hacerlo sin que Miguel se apercibiese de cuánto estaban experimentando.

La tarde anterior a la boda también hicieron el amor. Curtis no le pidió que la

suspendiera. “Qué más dan los invitados, la familia, el cura y la madre que los parió a todos y qué más da mi hermano. Somos felices así y lo seguiremos siendo.

Tampoco tenemos que joder más a Miguel, bastante lo estamos haciendo”.

Bien podría haber pedido a Noelia que no se casara, mas no lo hizo. No pretendía hacer de su hermano un cornudo conocido y que su familia y la de Noelia

estuvieran en boca de todos. Ni tan siquiera se lo planteó, lo único que quería era que aquello continuase. Seguir gozando de su cuñada con discreción.

Y llegó el día. La novia entró del brazo de su padre, caminó despacio por el pasillo de la parroquia, todos en pie, cuchicheando sobre lo guapa que iba. Al pie

del altar, Miguel esperaba. Tras el sí quiero, besos y abrazos a la feliz pareja, efusivas muestras de afecto, parabienes y puñados de arroz. Él también abrazó y besó a la novia, con un beso de cuñado, no de amante y abrazó y beso a su hermano

con un beso de Judas.

En el banquete continuaron los aplausos, los vivan los novios y los “¡que se besen, que se besen, que se besen!” De vez en cuando se cruzaban sus miradas.

Noelia sonreía nerviosa. Cortaron la tarta, se hicieron cientos de fotos, bailaron el primer vals, se pasearon por las mesas preguntando qué tal había estado todo y recogieron sobres con dinero.

Curtis cogió a su cuñada del brazo y se la llevó a los jardines. Anochecía.

“¿Continuaremos con esto? Yo quiero hacerlo, ¿quieres tú, nena? Sí, quiero. Qué curioso, has pronunciado dos ‘sí quiero’ el mismo día”.

“Es complicado hacer que una novia llegue al orgasmo, apartar el cancán, tanta

gasa, tanto raso..., bastante complicado, pero puede hacerse”, pensó Curtis mientras rememoraba aquella lejana escena. Montaron en su coche, ella se sentó atrás, arrancó y se la llevó unos cientos de metros más allá de donde estaba el restaurante, aparcando en un callejón. Hacerla gemir, jadear y correrse fue difícil, aunque no imposible. Sus dedos por debajo de aquel precioso vestido, mientras se perdía entre

sus bragas. Odió a su hermano en aquel momento y odió aquel vestido casi inexpugnable. A ella le resultó menos complicado que él llegase al orgasmo: su boca hizo bien su trabajo. Y después, apenas transcurridos veinte minutos desde que

abandonaron el restaurante, la devolvió a su recién estrenado marido.

El móvil sonó, haciendo que se sobresaltara y los recuerdos se desvanecieron.

—¡No me jodas, Elías! Vamos de camino, llegamos en cinco minutos. ¡Acelera,

Loco, tenemos problemas!

13

Incidente en el *Dama Blue*

—Joder, Sarabia, ¿qué cojones ha pasado? —Curtis entró en el salón como una

exhalación, con la cara desencajada. Su amigo estaba recostado en el sofá, mientras

el doctor Ollero, cosía una enorme herida en su costado derecho.

—El mamonazo de Elías, que se le cruzaron los cables. No sé que mosca le ha

picado a ese tipo. De pronto ha tirado de navaja y no he visto venir al otro tío. Me ha pillado en medio, como el jueves, y así me ha ido. Me pinchó y ni me enteré.

—¿Doctor? —Miró al médico, quien asintió con la cabeza.

—Tranquilo, Daniel, hoy no es tu día, así que la parca tendrá que esperar. —

Ollero continuó con la tarea.

—¿Y qué ha pasado con el tipo?

Curtis se dirigió a Ernesto, que se acariciaba el cabello, echándoselo para atrás.

Sudaba copiosamente, la anestesia local no había hecho desaparecer todavía el dolor que sentía en el costado, un dolor que bajaba hasta la ingle y que se estaba apoderando poco a poco de todo su cuerpo, la cabeza a punto de estallarle. Aun así,

cuando el doctor preguntó si estaba preparado para empezar a coser, Sarabia dijo que sí.

—Elías le ha hostiado a base de bien, muchas películas de *Bruce Lee*, *pim, pam, pim, pam,* una detrás de otra. Creo que ese no vuelve a caminar.

Elías se había llevado a aquel tipo a un callejón lejos del club y le había cosido

a balazos tras poner su cara como a un cristo. Elías era un hombre de gatillo fácil y ni se molestó en decir lo que había hecho. No lo creyó importante porque, “a fin de

cuentas, aquel desgraciado no era más que un mierda, basura nada más y la basura

se arroja al vertedero”. El trabajo de recogida de la basura se lo encomendó a un subalterno y todo quedó limpio, mucho más de cómo había quedado la habitación

de Alina después de la paliza.

—Yo no le he podido inflar a hostias a dúo con Elías y me hubiera gustado, pero apenas me tenía en pie, aunque he gozado a base de bien cada vez que le hundía

el puño en la jeta. Lucas me decía, “Sarabia, que estás bien jodido, quédate tranquilo, hasta que venga el médico”. Le he dicho que no, que a ese cabrón tenía que verle sangrando. Luego Elías se lo ha

llevado fuera, le ha metido en el coche y

le ha dejado tirado en un callejón de un polígono, a varios kilómetros del garito. El gilipollas se puso chulo, Daniel, pegó a una de las chicas. La ha dejado para el arrastre, no te imaginas la carnicería que ha hecho con la pobre chica: la cara un poema y le ha roto varios dientes. El dentista tendrá trabajo con ella.

—¿Quién es la chica?

—Alina, esa rubita tan guapa, la rumanita que Noelia y tú conocéis tan bien.

Sarabia enrojeció, el sudor le caía a mares por la frente, no ya por el dolor de

la herida sino porque acababa de darse cuenta de que había metido la pata hasta el

fondo. Hacía días que Curtis ya no hablaba de Noelia.

—Bueno, si únicamente hubieran sido los piños... El tipo la pateó a base de bien. Lucas se enteró cuando el cliente regresó a la barra y Alina no volvió con él.

El local estaba lleno y un cliente acababa de preguntar por ella. Fue a buscarla y se la encontró tirada en la habitación. Lucas vomitó al verla, con eso te digo todo. El tipo se había sentado en la barra, como si tal cosa y allí estaba tan tranquilo, tomándose un *gin tonic* a un metro de nosotros. No teníamos ni puta idea de que aquel cabronazo casi se había cargado a la chica. Lucas regresó con cara de haber

visto un fantasma y nos avisó de la carnicería. Estaba sudando y era un puro nervio.

Cuando nos comentó lo sucedido, Elías sujetó al tipo de la pechera y tiró de navaja.

Así, por las bravas, en vez de hostiarle de improviso y patearle la cara. No sé qué

mosca le picó, pero me jodió bien su estupidez.

—El *Dama Blue* es un local tranquilo y nunca hemos tenido problemas con ese

antro. ¡La madre que me parió!

—Por eso estaba Lucas así de jodido. No está acostumbrado a tanta violencia.

Los clientes del Dama son hombres tranquilos. El tío se coscó de todo en una décima de segundo. Ya sé que nos lo tienes advertido: nada de bronca dentro de los

garitos. No pude evitarlo, Curtis, te repito que se le puso esa vena en el cuello que es más ancha que el meñique cuando se rebota y yo en medio… El tipo sacó su navaja y ni me di cuenta. Elías reaccionó y le cruzó la cara con la suya, aunque ya

era tarde. Yo ya me había llevado una buena puntada. El hijo de puta sangraba como

un gorrino y tardó en reaccionar, lo que aprovechó Elías para tumbarle. Hostia va y

hostia viene, le sacó del local a patadas. Y mientras, con la mano en el costado, intentaba taponar la herida. Ollero llegó más rápido que si hubiera venido en una ambulancia. No sé cómo lo hizo. Logró cortar la hemorragia en el mismo local y

luego me trajeron aquí.

—¿Y los clientes? —preguntó Curtis mientras, con gesto de preocupación,

observaba a su amigo.

—El Lucas invitó a una ronda y todos tan contentos.

—Un poco más y no lo cuentas, Sarabia, que estás perdiendo reflejos —le

advirtió Curtis.

—El tipo sabía donde tenía que pinchar, Sarabia —comentó el doctor Ollero, quien terminó de coser la herida sin dejar de prestar atención a la conversación.

—No, doctor, ¡qué va a saber ese! Fue pura mala suerte. Era de esos que llevan

navaja para amedrentar a las tías, no a los hombres de verdad. Estaba mamado y por

eso se quedó tomando una copa después de la carnicería que montó, en vez de largarse cagando leches del local. Ni puta idea de que la noche iba a acabar así para él.

—¿Y cómo está la chica?

—La hemos traído a tu casa. Está en la habitación de invitados, Merche se ha quedado con ella. Acabe ya doctor, que tengo que llamar a mi mujer para que no me

espere despierta. No quiero que me vea así.

—¿Se recuperará Alina? —Curtis miró al doctor que estaba concentrado

cosiendo a Sarabia.

—Saldrá de esta. Su cuerpo es un puro hematoma, pero milagrosamente solo

tiene un brazo fracturado. Por el aspecto con el que la encontré pensé que iba a ser más grave. Es una chica dura. Eso sí, tiene la boca destrozada. Se ensañó bien con su cara. Tiene calmantes en su cuerpo como para dormir a un elefante y mañana por la

mañana me pasaré para ver cómo está. Vendrá conmigo un colega dentista por si puede ir adelantando trabajo hasta que esté mejor y pueda acudir a su consulta.

¿Tienes inconveniente en que lo haga?

—Ninguno. Cuando se recupere la llevaremos donde haga falta.

Curtis observaba cómo trabajaba el doctor. Como si fuera un sastre, cosía la herida de Ernesto mientras este apretaba con furia los dientes y cerraba los puños para aguantar el dolor. La anestesia local que le había administrado comenzaba a perder su efecto.

—Menudo regalito te ha hecho aquel gilipollas, Ernesto, señalado de por vida,

un costurón más para tu colección.

—Muy gracioso, Curtis.

—Tardará en reestablecerse, así que vas a tener que quedártela aquí bastantes días. A no ser que prefieras que me la lleve a casa. Vivo solo

así que por mí no hay problema —comentó el doctor.

—Tranquilo, Ollero, Aquí hemos cuidado a más de uno. Merche ejercerá muy

bien de enfermera. Indícale todo lo que tiene que hacer y ella seguirá tus indicaciones a pies juntillas. Gracias por todo.

—Mañana quiero verte a ti también, Ernesto, no se te ocurra hacer ninguna gilipollez y descansa, no quiero tener que coserte de nuevo esa herida. En cuanto a

la chica, veremos cómo evoluciona, me preocupa el brazo. En principio no necesita

ser intervenido porque ha sido una fractura limpia, así que espero que suelde bien.

—Haz todo lo que haga falta.

—Con tiempo y cuidados se recuperará pronto. Es una mujer fuerte, apenas se

ha quejado mientras cosía algunas de sus heridas. En cuanto a lo de dentro, es otra

historia…

—¿A lo de dentro?

—La chica no dejaba de temblar, con los ojos extraviados. Estaba

completamente ida. Imagino que el cabrón que hizo esto, se la folló también duro.

He preguntado si la violó, pero no me ha dicho nada.

—Es una puta, está acostumbrada a que la follen, lo hacen a diario —comentó

Curtis.

—Las pagan para ser folladas, no para que las violen y las muelan a palos. No

creo que el miedo se le vaya del cuerpo con el paso del tiempo. La experiencia ha

sido tan traumática que dudo que su transcurso cure las heridas de su mente. No soy

psicólogo y no puedo asegurarlo.

—Entiendo. Lo que haga falta, Ollero, lo que haga falta.

Alina dormía. Su pecho se movía muy despacio bajo el camisón de algodón

Cuando vino sus ropas estaban ensangrentadas y pegadas al cuerpo, tanto que a Merche le costó despegarlas sin que gimiera, un leve quejido tan siquiera, gastando

en ello las pocas fuerzas con que había llegado. Permanecía a su lado, sentada en una silla a la cabecera de su cama, como si fuera su ángel de la guarda. La chica no tendría más de veinticinco, piel clara y ojos azules de una intensidad tal que parecían dibujados. “Muy rumana”, como describía Sarabia a las chicas de Europa

del Este que no poseían rasgos mediterráneos.

Entró Curtis, con el ceño fruncido, el gesto serio y preocupado y detrás Sarabia, cogiéndose el costado con ambas manos, algo encorvado, aunque sin una

mueca de dolor en su rostro. Observaron la estampa: una muñequita rota. El pelo alborotado, la frente sudorosa, los ojos cerrados, la cara magullada,

—¡Joder, Curtis! En esta habitación hay cardenales hasta en el aire.

Se respiraba dolor en aquella habitación en penumbra. Merche saludó con la cabeza y ni siquiera se atrevió a esbozar una sonrisa. La chica estaba francamente mal. A él no había que pedirle permiso para hablarle como al Rubio, aunque esperó

a que preguntara antes de hablar.

—Sé que Ollero ha dicho que saldrá de esta pero…, ¡joder, qué mal se la ve!

¡Menudo cabrón! Se ensañó bien con ella.

Curtis miró a la mujer con detenimiento, parándose un segundo en

cada uno de

sus hematomas. Sus manos cruzadas encima del pecho. Cerca de su ojo derecho, que tenía más amoratado que el otro, la sangre seca y los hilos de la costura de lo

que, con el tiempo, sería una pequeña cicatriz blanquecina, que le recordaría para siempre aquel día.

—Ese no vuelve a tocar más a ninguna mujer —comentó Sarabia.

—¿Lleva así desde que llegó? —preguntó Curtis a Merche.

—Sí, no se ha despertado. Ha gimoteado y parecía que quería decir algo, he acercado la oreja a su boca, pero no la he entendido. Creo que hablaba en rumano.

—Por mis cojones que no he visto nunca a nadie recibir una paliza como la que

han dado a esta pobre.

Sarabia se sentó y respiró agitadamente. Había pedido a Ollero que atendiera antes a la chica y había ordenado a su hermana que cuidara de ella. “Yo soy era una

roca, no basta con una puñalada mal dada para acabar con mi mala hostia”. Merche

obedeció sin rechistar. Ahora, teniéndole tan cerca, no pudo disimular su

preocupación. Ernesto la miró y sonrió de medio lado, como solía hacer él y así ella pudo recobrar la tranquilidad.

—¿Has llamado a Sara? —preguntó Merche a su hermano.

—No tengas cuidado, le he dicho que no me espere a cenar y que tampoco cuente conmigo para calentarle la cama. Ha entendido. Sara no pregunta,

únicamente escucha. Ver, oír y callar, tiene la lección muy bien aprendida. Además,

la chica que cuida a Ernesto sigue con fiebre. Dura mucho la cosa, a ver si ha cogido una enfermedad rara de esas que los médicos no saben ni de dónde vienen.

Casi prefiero que no aparezca por casa en unos días y Sara esté con el crío. Así, que casi mejor que no esté yo en casa y que se ocupe solo de nuestro hijo.

—Ollero dice que va a necesitar varias semanas para recuperarse. Lo que más

le preocupa es su cabeza Quedará tocada —Curtis cortó aquella charla de

hermanos, sin apartar los ojos de la mujer.

—No debería volver al Dama en una larga temporada.

—No volverá al *Dama Blue* nunca más —sentenció Curtis, sin quitar los ojos

de la mujer—. Sarabia, ¿qué tal es la chica que cuida de tu niño?

—Sin comentarios, una de tantas. Me está empezando a tocar las pelotas con tanta enfermedad y tanta gaita.

—Las mujeres agradecidas se vuelcan con su benefactor. La rumana quizá sea

la chica que necesitas.

—Daré boleto a la otra en cuanto se recupere la rumana y trabajará en mi casa.

—Ya has oído, Merche, Alina se queda a vivir aquí y comenzará a currar en la

de tu hermano en cuanto esté repuesta de sus heridas. ¿Qué te parece bien?

—No tengo nada que decir al respecto, tú mandas.

—Dormirá contigo, por eso te lo digo.

—Me parece perfecto.

—Cuidarás de ella y, conforme se vaya recuperando, que te ayude en la casa.

Me tendrás al tanto de cómo se porta y cualquier cosa que no te guste de ella, me la comunicas.

—Sin problema.

Merche observó a Curtis, que continuaba con los ojos pegados a la chica. La miraba fijamente, como si estuviera contando los hematomas de su cara, de sus brazos, las heridas de su rostro. Alina abrió los ojos e intentó hablar, pero no pudo.

—Tranquila, no te muevas, ya estás a salvo, no temas nada —dijo Curtis,

mientras se acercaba a su cara.

Sus ojos estaban ensangrentados, como si estuvieran a punto de explotar dentro

de sus cuencas. La muchacha hizo un gesto de dolor. Merche sostenía su mano.

—¿Me…. me muero, Curtis?

—No, todavía no ha llegado tu hora, hemos espantado a la puta parca, esa señora no puede con mis chicas. En mi territorio mando yo y nadie viene sin ser invitado.

—Gracias… —Alina cerró los ojos de nuevo.

Merche le vio batir las alas, extenderlas, inundando con ellas toda la habitación,

su ángel caído… Le pareció más humano y algo más blanco. Recordó sus años de

infancia, sus correrías y juegos en la calle con sus hermanas y vio a Curtis jugando a las chapas y al escondite con Ernesto o al rescate y al pilla pilla, aprovechando para subir las faldas a las niñas cuando las atrapaban, saltando a la comba con las

chicas y cambiando cromos con los chavales, metiendo petardos en latas y

explotándolos a la vuelta del bloque u organizando peleas de hormigas. ¿Cuándo aquellos juegos infantiles habían sido interrumpidos, qué había conducido a Curtis,

a su hermano y a muchos otros amigos de la niñez a tomar otro camino, uno estrecho, lleno de baches y que no conducía a ninguna parte?, se preguntaba.

Volando sus pensamientos de aquel modo, vino a su memoria la tarjeta que encontró tirada en el suelo debajo de su cama, un par de días después de que Noelia

se fugase.

En aquel momento no le dio importancia y se la guardó en un bolsillo del vaquero; o tal vez sí que se la dio y, sin embargo, prefirió no decir nada. No lo recordaba. Noelia le caía bien, la veía tan abatida, tan rota… En ese momento, sentada al lado de aquella mujer más rota aún, rota por dentro y por fuera; quien le parecía realmente perdido y abatido era Daniel, su amigo de la infancia, el que la recogió de la calle y le dio una segunda oportunidad. No hacía mal en buscar aquella tarjeta. “A saber dónde la he echado”, se dijo. Harto ya de no hallar pista alguna sobre su paradero, aquel pedazo de papel tal vez tuviera un significado para

Curtis. De ser así, seguro que él lo hallaría. Aunque, antes de decidirse a hacerlo, tenía que cerciorarse de algo. Esperó a que dejase la habitación y antes de que su hermano lo hiciera tras él, lo cogió del brazo.

—Ernesto, tengo que hablar contigo.

—¿Pasa algo?

El rostro de Merche estaba serio, la notó inquieta y nerviosa. Se preocupó por

ella más que por aquella herida que tanto dolía.

—No, nada, solo necesito hacerte una consulta.

—Dime.

—¿Crees que Curtis le hará algo malo a Noelia si la encuentra?

—¿Algo malo?

—¿Necesitas que te lo pregunte de otra manera?

—Te he entendido perfectamente y te voy a responder a la gallega: ¿crees tú que le hará algo parecido a lo que le ha hecho a Alina el hijo de puta que la ha molido a palos?

—Yo creo que no…

—Curtis está colado por Noelia. Le duele el alma por su traición y de haber sido cualquier otra persona, en cuanto la hubiese encontrado, le habría vaciado la pistola entre ceja y ceja. Pero se trata de Noelia. La quiere.

—Siempre ha tenido un modo muy peculiar de amar. Hace meses vino con

Alina y se la metió en la habitación. Noelia hacía un rato que estaba dormida. Allí

estuvieron los tres, yo misma les preparé el desayuno y luego la llevó de nuevo al

Dama Blue. Noelia se quedó en la cocina, no tenía aspecto de habérselo pasado muy bien que digamos. Aunque es una mujer discreta, no pudo evitar llorar delante de mí. Creo que se arrepintió porque no le gustaba mostrar sus emociones en público y

se refugiaba siempre en su habitación si sus ojos reflejaban la más mínima muestra

de su estado de ánimo. Apenas hablábamos. Era una mujer reservada y, sin embargo, parecía deseosa de comunicarse con alguien. Sin embargo, nunca me molesté en acercarme a ella ni en ofrecerle mi amistad. Para mí era solamente mi

jefa. Dos mujeres viviendo en la misma casa y, a la vez, dos completas

desconocidas. Creo que necesitaba una amiga, aunque nunca pensó en mí para abrirse, supongo que porque sabía el papel que había desempeñado Daniel en mi recuperación. Imagino que tampoco quería meterme en líos ni que por su culpa me

pudiera enemistar con él. Cuando se cabrea, Curtis tiene muy mala sangre.

—Tú misma has contestado a la pregunta. La quiere a su manera e imagino que

si la vuelve a tener enfrente, la cogerá del brazo, la meterá en el coche y la traerá de vuelta a casa. No solo le ha dejado a él, ha dejado a su hijo. Un niño debe estar con su madre.

—Eso es discutible. Noelia no lo ha criado. Curtis ha preferido que el niño se

críe alejado de todo este ambiente. Miguelito no está mal con su abuela y Evelyn lo

está criando como si fuera su propio hijo. Noelia lo veía, cuando él lo permitía.

Egoísmo de hombre: la quería cerca. No puedes decir ahora que una madre debe siempre al lado de su hijo porque a ella se lo impidieron.

—Yo me entiendo, Merche, no me seas *tiquismiquis* ni quieras darme por saco

con tu filosofía barata, que ninguno de los dos hemos ido al instituto. Si estás preocupada por algo, échalo fuera, porque Curtis no se va a cargar a Noelia cuando

la encuentre, estoy seguro de ello. Si sabes algo desembucha y no te lo quedes, porque ten por cuenta que si él se entera de que posees alguna información sobre su

paradero y te la andas callando, hará que te arrepientas de ello toda la vida. Y, en ese caso, este de aquí no será tu hermano Ernesto, sino Sarabia a secas y no intercederé por ti, Merche.

Su hermano dio media vuelta con dirección a la puerta, antes de que se

marchara ella habló. De hecho, más que hablar, balbuceó.

—Encontré una tarjeta bajo su cama unos días antes de que ella desapareciese.

No le di importancia pues en ese momento pensé que fuera algo importante, de hecho ni siquiera sé dónde la puse.

—¿Recuerdas de quién era la tarjeta?

—No era de una persona, era de un negocio. De una papelería.

—¿Recuerdas algo más?

—No.

—Busca esa tarjeta y, cuando la encuentres, me la enseñas antes de entregársela

a Curtis. ¿Me has entendido bien?

—Perfectamente.

—Empieza a buscar hoy mismo. ¡Joder, cómo duele, la madre que me parió!

Me estoy haciendo viejo. Hace un par de años aquel desgraciado no me hubiera pinchado

Aquella era la primera vez que se quejaba en toda la noche. Cerró la puerta tras

de sí y dejó a su hermana cuidando de Alina.

14

Piel con piel

El sol entraba a raudales por la ventana. Estaban abrazados piel con piel cuando

el despertador empezó a sonar, rompiendo la magia del momento. Las seis en punto. Javier se desperezó, pero ella no dio señal alguna de haberlo oído. Recostaba su cabeza sobre su pecho. Se movió un poco, procurando no despertarla y se incorporó, apoyando los brazos en la cama. Noelia dio media vuelta y continuó durmiendo.

Contempló su cuerpo desnudo, su espalda, las curvas de sus caderas, sus

nalgas. Le pareció una diosa. Su piel había adquirido un suave tono bronceado a base de pasearse por el campo y, como ella misma le había confesado, de tomar el

sol desnuda en el patio de la casa. Ni una marca de sujetador o bragas. Delicioso espectáculo para sus ojos.

Aquella noche había llamado a su mujer para poner otra excusa más, una de las

muchas que había tenido que inventarse desde que hacía las veces de guardián protector de Noelia en aquel pueblucho. Aquel fin de semana le había prometido dejar la reforma por unos días y Marga esperaba que lo pasaran juntos en casa.

—El coche me ha dejado tirado a mitad de camino, menuda tartana. Invertir en

aquella puñetera chavola, reformar las cuadras y adquirir tres caballos más..., ahora ya no nos queda dinero para comprar otro. Ha empezado a salir un humo negro del

motor y tras unos cuantos metros a trompicones, me he quedado parado.

—¿Has llamado a la grúa?

—Aquí el único que sabe llegar hasta donde me ha dejado tirado es Mariano, el

del taller. Y no son horas para llamar.

—¿Mando a alguien a buscarte?

—No, no te molestes, es tarde. Volveré caminando al pueblo. Pasaremos el

próximo fin de semana juntos, te lo prometo.

—Está bien, como prefieras, pero llámame cuando llegues a casa. Te quiero.

Hubiera deseado que aquella noche tuviese veinticuatro horas. Veinticuatro

horas para amarla. Sin embargo, le había parecido dolorosamente corta. La había amado de todas las maneras posibles, apremiado por el poco tiempo de que disponían, escuchando el *tic tac* del reloj que anunciaba lo efímera que es la felicidad.

Se levantó y dio la vuelta a la cama para sentarse a su lado y poder contemplar

su rostro. Respiraba despacio y parecía relajada. No había sido así como había amado, lo había hecho inquieta, nerviosa, a trompicones como si a ella también le

disgustase verse a merced de los caprichos del *tic tac*. Lo había hecho de un modo intenso, como si hubiera tomado conciencia de que no faltaba mucho para dejar aquella casa, para que su breve estancia en ella se convirtiese en un recuerdo.

Encima de él, sentada a horcajadas, rodeándolo con sus muslos, moviéndose

deprisa, llenándose toda con su esencia, bajando hasta su boca y dándole la suya como por goteo, goteo de besos y lenguas entrelazadas, amándolo con premura, así

quería él recordarla.

“Pilar, amiga mía”, pensó entonces, mientras apartaba un mechón de su

cabello, mientras la veía abrir los ojos y sonreír, “he probado esa miel, aquella que me dijiste que nos está prohibida a algunos mortales, la saboreé de su boca, la probé de su sexo, la lamí mientras escurría por sus muslos, lo hice. Ella no me prohibió degustarla, me la dio sin más”.

—Hola.

—Hola. ¿Qué hora es? —Noelia se desperezó. Su cabello alborotado le daba un

aire de niña pequeña, tierna y provocadoramente sensual a la vez. Bostezó y sus pechos desnudos subieron al tiempo.

—Las seis de la mañana.

—¿Tan temprano? ¿Acaso vas a apagar un fuego? ¿Qué prisa tienes por

levantarte? ¿Acaso no te gustó lo de anoche?

—Tengo que irme. Será solo un rato, te lo prometo. Inventaré algo y pronto me

reuniré contigo de nuevo.

—No te vayas… —Noelia se acerco a él y sus senos rozaron su pecho

suavemente.

—Tengo que hacerlo. Solté a mi mujer una bola tremenda. Sé que ese no era el

plan y que prometí que cuidaría de ti, aunque de vez en cuando debo ir a dormir a

casa porque al final Margarita se va a presentar en el pueblo sin avisar, cansada ya de tanta obra. Pilar vendrá pronto y, como mujer de policía, se sabe manejar muy

bien.

—Ya que sospecho que no vas a sacar el tema y tengo la sensación de que no

quieres admitirlo, tendré que hacerlo yo. Me gustó lo de anoche y creo que a ti también.

—No es que no quiera admitirlo, es que no me has dado tiempo a que te lo diga. Claro que me gustó, ¿acaso con mi actitud no te demostré? No paré de amarte.

—Javier se acercó hasta su boca y la besó con ternura.

—Quiero que se repita. Esto durará poco y me apetece disfrutarlo. Quiero

estrujar el tiempo que nos resta por estar juntos como se estruja un limón.

—Eres muy gráfica…

Ya no se permitió más besos pueriles, la cogió del pelo y la atrajo hacia él.

Noelia aguantó su fuerza, luchó, pataleó, intentó morder, jugó a zafarse y a querer

desprenderse de su furia. Se puso encima de ella, no sin dificultad y aquel juego le excitó y la poseyó sin más. Volvió a saborearla, está vez con menos premura, deleitándose con cada caricia y con cada beso, olvidando que quedaban pocos momentos como ese, intentando apurar el tarro de dulce miel, comiéndoselo a cucharadas.

Pilar había avisado a Noelia de su llegada y esta esperaba con impaciencia.

Antes de su partida, Pilar y Santiago se habían regalado una noche para echarse de

menos. El policía deseaba volver a verla muy pronto, ansiaba que su

amiga se curase de sus heridas, que lo hiciera con el olor del campo, los paseos a caballo, el color rojo, anaranjado y fucsia del cielo al atardecer y los sonidos de la noche, grillos y cigarras cantándole a la luna, pero, por si acaso, procuró empaparse del aroma de su mujer, cálido y sutil olor a flores silvestres, canela, hierba fresca y lavanda, el de su perfume favorito, por si no volvía a verla en semanas.

En Madrid, Santiago ultimaba los detalles de la nueva vida de Noelia en

Barcelona. Había hablado con amigos y compañeros destinados en aquella capital y

todo estaba listo para recibirla. Únicamente faltaba que ella se decidiese a dar el último paso hacia su nueva vida. Esperaba que el reencuentro con Pilar y la fuerza

que su mujer insuflaría a su amiga le ayudasen a recobrar la valentía de la que había carecido estando con Curtis y tomara al fin la decisión de partir de aquel pueblo perdido en busca de su sombra. “No se puede vivir con miedo y ya es hora de que se

arme de valor y decida recuperar el tiempo perdido. “Debe caminar hacia la libertad”, pensaba el policía.

Debía partir sin equipaje. Santiago había llegado a la conclusión de que reunir

a madre e hijo iba a ser muy complicado y, por el momento, llegó a la conclusión

de que lo mejor era aparcar la posibilidad del reencuentro para una ocasión más propicia. La única posibilidad que había pasado por su cabeza era la de que Curtis

desapareciera, que toda la calaña de individuos indeseables que le rodeaban se volatilizaran con él.

“Ojalá llegue el día en que estos hijos de puta que colocan su basura en los colegios, acaben en un callejón oscuro, en un contenedor o en un bosque perdido,

pudriéndose y sin ser reclamados por nadie. Porque nadie lloraría por ninguno de

estos cabrones”, se decía Santiago. Para el policía eran el cáncer de

una sociedad consumista y cruel, engullidora de sueños y robadora de sombras. Curtis y sus negocios eran una hidra pequeña en relación con todo el mundo de corrupción, delincuencia y violencia que pululaba alrededor de cualquier sociedad que se vanagloriase de ser civilizada.

Santiago había dejado de perseguir a Daniel Santos hacía ya varios años, tras

liberar a Pilar de su cautiverio. Ahora, Curtis era nuevamente un tema personal, tras tantos años en el olvido. “De buena gana hubiera cortado la cabeza de aquella insignificante hidra que tanto me está tocando los cojones, robándome el sueño y robándome a mi mujer, que tiene que estar en ese pueblucho alejada de nuestra cama, cuidando de Noelia.” Aunque, por el momento la posibilidad de cortar por lo

sano era algo que no entraba en sus planes. Ya lo había hecho una vez, con un tal Marcello Gianelli, sobrino del mentor de Curtis y al que este sacaba las castañas del fuego. Santiago y su amigo Gregorio el *Beretta*, lo llevaron a un polígono apartado y Santiago le descerrajó varios tiros a quemarropa, uno de ellos en pleno rostro,

“el cerebro saltando por los aires, desparramándose por el suelo”. Para liberar a Pilar no cabía otra posibilidad que matar a aquel chulo. “Ese cabrón no iba a dejarla tranquila y Curtis tampoco iba a echarlo de menos. De hecho le hice un favor cuando se lo quité del medio. Giannelli ni comía ni dejaba comer, solo sabía joder

la marrana Y además, utilizaba a Pilar como su puta particular, la manoseaba delante de todo el mundo, la regalaba a cualquiera, la degradaba...”. Incluso a Curtis le jodía que lo hiciera. Daniel Santos podía acostarse con Noelia y hacerlo a la vez con dos más si lo deseaba, pero no le pegaba, no la cedía, no la vendía ni la regalaba. Y tampoco había estado a punto de matarla de una paliza como había hecho el italiano con Pilar.

Hacía tiempo que la policía tenía puesto el ojo a la banda de Curtis y Santiago,

sin poder evitarlo, se lo había echado a la mujer que iba a la sombra del italiano. En un par de ocasiones pudo hablar con ella, a pesar de que Gianelli no la dejaba sola: encuentros casuales para entablar una relativa amistad y sonsacar información sobre las actividades de la banda. Le pareció una mujer muy atractiva y nunca se hubiera planteado lo que sucedió. Pasó porque las cosas tienen que pasar. Un

policía y una puta sin sombra. Sin duda, formaban una extraña pareja.

Se juró entonces, cuando la besó por primera vez, que aquel desgraciado no volvería a tocarla jamás. “Muerto el perro se acabó la rabia”. Nunca había hecho nada igual. “Siempre hay una primera vez para enamorarse y para cometer locuras

por amor. Uno no elige de quién se enamora”, se decía.

Había dado muchas palizas y había partido muchas caras, tantas que había

perdido la cuenta, aunque matar a un hombre erigiéndose en juez y verdugo, nunca

se le había pasado por la cabeza. Y a no ser que las cosas se pusieran muy crudas

para Noelia, no volvería a hacerlo. En aquel polígono mientras empuñaba aquella pistola sin registrar, mientras Beretta sacaba al italiano del coche, lo arrastraba hasta el callejón y mientras oía al italiano gemir, balbucear y llorar como un niño, juró que jamás volvería a hacer algo así. El italiano suplicó por su vida, prometió

que abandonaría el país y que desaparecería del mapa, “¡por favor, no me matéis, por favor, sois polis, por el amor de Dios, os lo ruego!”. Contemplando aquel desecho humano con los mocos colgando y la cara amoratada y tumefacta y viendo

cómo se orinaba encima al saber que llegaba su final, se dijo que no volvería a hacer nada así.

Beretta se ensañó con el italiano, pero finiquitar el trabajo fue labor de Santiago. Era su asunto personal y a él le incumbía rematarlo. El italiano no paró de rogar y gritar, chillar y suplicar. Sin embargo, había que hacerlo, sí o sí. Acalló sus lamentos, sus súplicas y sus gimoteos con seis balas y una certera puntería. Una le

atravesó un ojo y le levantó la tapa de los sesos, otra perforó su garganta. La sangre se escapó a borbotones por el agujero que hizo la bala. Las otras impactaron en su

pecho y una fue directa al corazón. Gianelli cayó hacia atrás a cámara lenta: así vivió aquella ejecución Santiago.

“Ni lo compruebes Santi. Está muerto”, oyó gritar a Beretta, que corrió

hacia el

coche como una exhalación. Pusieron pies en polvorosa y, en menos de dos horas,

los dos dormían en sus camas.

15

La tarjeta

—¿Cómo andas, Ernesto? —Curtis abrazó a su amigo y este hizo una mueca de

dolor.

—¡De puta madre! Bicho malo nunca muere. Unos días más y como nuevo.

¿Cómo va la convaleciente?

—De puta madre también. Ayer se levantó. Merche se da buena maña como

enfermera, tendré que pagarle un extra. Se lo está tomando como si fuera su madre.

—En cuanto se recupere se viene para mi casa. Tengo otra vez a la chica enferma y ya estoy mosqueado. A la puta calle, que me va a pegar algo al chiquillo.

Además echo de menos a Sarita que desde que está con el crío me tiene abandonado.

Como Ernestito está con los dientes, no pega ojo y está de la cama a la habitación y de la habitación a la cama de Ernesto y así no se puede follar porque siempre está

cansada.

—Tienes a cualquier chica a tu disposición para desahogarte si lo necesitas.

—Es que yo quiero desahogarme con mi Sara… Hace tiempo que no follo con

otras tías, pero te lo agradezco Curtis.

—Lo que haga falta, Sarabita. Recuerda que si te entran muchas ganas, tienes unas cuantas zorras que estarían encantadas de chupártela.

—Gracias. No obstante, esperaré a que Sara me la saque brillo. Cuando la obligada abstinencia acabe por fin, la recompensa será grande, amigo mío. Ahora

tengo en mente algo que me reconcome, Curtis... Tengo que contarte algo y te ruego

que no la tomes con mi hermana tras hacerlo, porque no fue su intención joderte la

marrana. Ella no tenía ni puta idea de que lo que encontró pudiera ser importante. —

Sarabia estaba serio. Su gesto presagiaba que lo que iba a confesarle era algo que

Curtis tendría que digerir para no perder los estribos al encajar la noticia.

—¿De qué se trata, Ernesto? Dispara.

—Esta tarjeta estaba debajo de vuestra cama. Merche no pensó que pudiera

significar algo y la guardó sin más. Me lo dijo hace un par de días y ha estado buscando dónde cojones la había puesto. ¿Te suena de algo?

—No, no me suena de nada, “papelería Montalvillo”, sin embargo el apellido...,

¿de qué me suena ese apellido? Una papelería de Miraflores...

—Si la tarjeta no es tuya…

—Será de Noelia. ¡Joder, Sarabia!, ese apellido me resulta familiar, aunque no

sé de qué.

—Un momento... ¿No se apellidaba así Pilar, la amiga de Noelia? Que sí,

Curtis, que esa chica se apellidaba así. Era la chica de Giannelli, la que se enrolló con el italiano en la boda de Noelia y que desapareció hace tiempo. Se la tragó la

tierra al poco de que Marcelo fuera hallado en aquel callejón con el cuerpo cosido a balazos. Noelia te pidió que la dejaras en paz. Así que te quedaste con las ganas de presionarla para que te contara si sabía algo sobre su asesinato.

—Pilar Montalvillo, la recuerdo. Era una chica del barrio. Mis hermanas y ella

no eran muy amigas. Jugaban con Noelia de pequeñas y a la tal Pilar le tenían ojeriza. Se mudó con su familia cuando las pandillas ya estaban hechas y de buenas

a primeras las quitó a su amiga. Noelia y ella se convirtieron en inseparables y mis hermanas jamás se lo perdonaron. En realidad, no se lo perdonaron a ninguna de las dos. Los Santos somos rencorosos. Sí, la recuerdo perfectamente: estatura media, atractiva, ojos vivaces, cabello castaño, buenas tetas…

—Pues sí que te acuerdas de ella.

—La chica de Gianelli... ¡Condenado italiano, la dejó para el arrastre! Peor sangre que ninguno de nosotros tenía en las venas ese grandísimo hijo de la gran puta. Su tío ni siquiera se presentó en Madrid cuando le comunicamos la noticia de

su asesinato. Creo que le mandó aquí como castigo por algo que debió hacer allá y

me lo endosó para que le hiciera de niñera. De hecho, jamás confié en él y no solo

tenía que guardarle las espaldas sino que también tenía que guardarme las mías, esperando una puñalada de aquel cabrón. Sabía que su tío me tenía estima y me odiaba por ello.

—¡Qué tiempos aquellos! Años gloriosos los que pasamos con don Paolo

aprendiendo del viejo. Era un buen tipo, pero tenía mala leche,

menuda se las gastaba. A pesar de todo, te cogió cariño y te dejó al frente de todos sus clubes. No sé que vio en ti, aunque mira que te quería el viejo. Quién nos lo iba a decir, regresar a Madrid con la casa puesta.

—No tenía hijos y me cogió cariño. Tuvimos suerte, dentro de lo que cabe. Le

caí bien a un tío con pasta y con negocios montados. El traspaso se hizo desde el corazón. Para que los delincuentes no tenemos un lado amable. Nos llevó a aprender el oficio metiéndonos en las entrañas de los que tenía fuera de Madrid. Y

después, a hacer las maletas y de vuelta a la capital. Éramos unos chavales con ganas de comernos el mundo. Y al cabo de un tiempo, como si nos hubiera tocado

la lotería, a Marcelo se lo cargan y al tío, un vejestorio cansado ya de tanto ir y venir, me cede sus negocios de Madrid. Argumento de película, Ernesto.

—De una de Al Pacino, pero en versión *made in Spain.* ¿Crees que por ahí podríamos tirar de la madeja? ¿Que esa papelería tiene algo que ver con la chica de

Gianelli?

—Montalvillo no es un apellido corriente. Esta es la primera pista que tenemos

desde que Noelia desapareció. La única, de hecho. Habrá que ver si por ahí averiguamos algo, no tenemos ningún otro hilo del que tirar ya. Ah, Ernesto…

—Dime.

—Tranquilo por tu hermana, que por esto no la voy a echar a la calle. ¿Te ves con fuerzas para hacer una visita turística a Miraflores?

—Dame unos días para que descanse para que me reponga del todo y tenga los

cinco sentidos a pleno rendimiento. No serán muchos, te lo aseguro. Me llevaré al

Rubio para que haga de chofer y me ayude. Él sabe ser muy

persuasivo cuando es

preciso.

—Toma la tarjeta y quédatela. Lo cierto es que ya no estoy ansioso por

encontrarla. Sin embargo, en cuanto te veas en condiciones, mira a ver si sacas algo en claro. Por cierto, ¿sabes qué mosca le ha picado a ese? Hace días que está raro y apenas para por aquí. O se está volviendo un tío muy casero o algo le pasa.

—No lo sé, últimamente anda muy distraído. Como si algo le rondara por la cabeza. No le preguntes porque te suelta una vaca burra. Lleva así desde el domingo pasado. A saber qué estuvo haciendo, porque me dijo que había quedado con una tía

y no dio más explicaciones. Desde ese día, anda imbécil perdido.

Sarabia echó otro vistazo a la tarjeta y se la guardó en la cartera. En ese momento apareció el Rubio, con un cigarrillo en la boca y una mueca indefinida en

su cara. Sin lugar a dudas, estaba menos serio que de costumbre. Saludó con la cabeza y preguntó si alguno quería una cerveza.

—¡Menudo calor hace! El alquitrán se derrite.

Curtis y Sarabia se miraron. Merche estaba en la cocina, pelaba judías verdes para la cena y Alina la acompañaba.

—¿Cómo lo llevas, Alina? Tienes mejor aspecto.

—¿Puedo hablar, señor? —La mujer, nerviosa, esperó su respuesta. Habían

empezado a reconstruir su dentadura y hablaba con cierta dificultad.

—Te he preguntado qué tal vas, no hay que ser muy lista…

—Me… mejor, gracias —titubeó.

Merche dejó el cuchillo sobre la mesa y observó la escena. El Rubio apagó el

cigarrillo y sacó del bolsillo de la camisa una cajita de *Juanolas,*

llevándose una a la boca.

—¿Podrías dejarnos solos, Alina?

No fue una petición sino una orden pronunciada con educación, un modo de hablar que sorprendía viniendo de Andrés Castillo.

—Claro.

La mujer se marchó caminando con cierta dificultad. Su cuerpo había

empezado a curarse, aunque en sus ojos se reflejaba el miedo que aún corría por sus venas.

—Me han contado que eres buena enfermera. —El Rubio cogió dos cervezas y

se dejó caer en la silla. Alargó la mano y ofreció una a Merche.

—Si eso te han dicho será porque es verdad.

—¿Qué planes tienes para el domingo?

—Iba a ver a la Negra, como todos los domingos. Aunque los planes pueden cambiarse si a una se le ofrecen otros mejores.

—¿Has echado un vistazo a la cartelera de esta semana?

—Otra vez al cine. Creía que tenías más imaginación. —Merche bebió un trago

y un poco de cerveza escapó de la comisura de sus labios, escurriendo por su barbilla. Andrés acercó su mano hasta su boca y la limpió con suavidad.

—Imaginación, imaginación… Podría llevarte a bailar. ¿Te gusta la música

latina?

—¿No me digas que sabes bailar bachata, merengue y salsa? No puedo creerlo.

Me encantan los ritmos latinos

—¿Te estás burlando de mí, Flaca? ¿Acaso lo pones en duda? Se nota que hace

mucho que no frecuentas lugares sucios. En los antros en los que yo me muevo también se baila, de hecho, se baila muy *agarrao*, casi piel con piel.

—No te imagino bailando salsa, por mucho que me esfuerce.

—Bueno, ¿te hace o no ir a bailar el próximo domingo? No te lo voy a repetir

dos veces.

—Aunque únicamente sea por verte bailar…

—Hasta con un tango me atrevo, nena. —sonrió.

—Podemos hacer lo siguiente... —Merche tomó aire. Estaba nerviosa, pero

pudo disimularlo con una sonrisa—. Me recoges temprano, a eso de las seis, paseamos por la Gran Vía, me invitas a un helado, me llevas a mirar trapitos en las

rebajas, me invitas a cenar…, ¿continúo?

—Comida española como Dios manda, nada de exotismo. Por ahí no paso.

Conozco un restaurante en el barrio de Chueca en el que sirven una carne a la parrilla que está de puta madre.

—Perfecto. Cenamos, charlamos, nos reímos un poco, dejamos pasar el tiempo

y nos volvemos a conocer. Y luego, para acabar la velada, me llevas a bailar.

—Me parece bien. Te recojo a las seis en punto. No te retrases.

—Me pondré guapa para ti.

—Tú siempre estás guapa, Flaca.

Preparaban la cena. Pilar se había cortado el cabello y lucía mechas de un rubio

nórdico que, sobre su color castaño, imprimían a su rostro una luz especial y

endulzaban sus rasgos angulosos. A Noelia le gustó aquel cambio. Estaba tan

distinta que parecía que habían pasado siglos desde que regresó a Madrid, cuando

no habían transcurrido ni siquiera dos semanas.

Noelia canturreaba mientras pelaba preparaba la cena y su amiga ponía la

mesa. Pilar había llamado esa misma noche a Santiago para comunicarle la noticia

del cambio anímico tan radical de Noelia. Atrás parecían haber quedado sus miedos

por lo que el policía solo tenía que ultimar los detalles para su partida hacia una nueva vida.

Pilar, que no llevaba en el pueblo ni siquiera un día, ya había percibido que ese

cambio en su amiga no consistía únicamente en haber alcanzado una cierta paz interior. Había algo más. Javier, que estaba en la casa cuando Pilar llamó a la puerta, se mostró nervioso y esquivo con ella, lo cual captó especialmente su atención. Y

entonces lo vio: Javier miraba con ternura a su amiga. “Allá él si desatendió mi consejo. Con su pan se lo coma pues se lo advertí”.

Aquella noche cenaron juntos y al finalizar la velada, Noelia acompañó a

Javier a la puerta. No regresó hasta pasada media hora. “Larga despedida”, pensó Pilar.

—¿Sabes lo que haces? —preguntó a su amiga en cuanto volvió al salón.

—¿A qué te refieres?

—Vuestros caminos son distintos y lo sabes. ¿Qué necesidad de hacer daño y arriesgarte a que te lo hagan? ¡Buena gana tienes de meterte

en huertos ajenos!

—¿No te parece que ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones? Es

mi vida, es mi cuerpo y son mis ganas.

—Te recuerdo que ya tomaste una decisión muy peligrosa: abandonar a Curtis.

Y ahora vas a complicarte la existencia y complicársela a Javier, un hombre que no

es para ti porque venís de dos mundos distintos. Dudo que tú le puedas dar lo que

necesita y que él pueda proporcionártelo a ti. —Pilar miró a su amiga e hizo un gesto de reproche.

—Hemos asumido el hecho de que esto no durará y, sin embargo, también

sabemos que solo nos queda un instante, así que vamos a vivirlo y a saborearlo. No

te entrometas.

Noelia no apartó los ojos de su amiga. Su mirada hablaba por sí sola. Quería

perderse entre los brazos de aquel hombre sin importarle el tiempo que les quedaba.

De hecho, no pensó en ello cuando se quedó plácidamente dormida entre sus brazos

después de hacer el amor. Era casi un desconocido para ella, aunque necesitaba que

pasase.

—No voy a perder el tiempo en dar explicaciones. Me importa poco que no seas capaz de meterte dentro de mi alma para ver que eso es lo que en este momento

necesito vivir. Unos pocos días solamente, Pilar, sin esperanza de que lo que ha surgido entre Javier y yo se prolongue en el tiempo. A fin de

cuentas, ¿de cuántos

instantes cálidos he disfrutado en mi vida? Soy consciente de que no puedo permitir

que algo crezca en mi interior ni que el fuego me abrase y se convierta en sentimiento. En esto tengo que darte la razón porque no quiero hacer daño ni que me lo hagan. He vivido casi nueve años marcados por el dolor y pesan demasiado.

Estoy harta de cargar con esta mochila llena de piedras.

16

Historias que nunca terminaron

El Rubio bailaba bien. Y Merche giraba por la pista como una bailarina

profesional. Marcando sensualmente cada uno de los pasos y dando vueltas al ritmo

de *lambada*, bachata y merengue, parecía que a ambos les estorbaba la ropa. “Mejor bailar piel con piel, ¡qué sensación tan maravillosa sería sentirte ahora, notar tu piel acariciando la mía, cada vez que giras como una peonza”, pensaba el Rubio mientras bailaba y sus manos tocaban la suave tela de la blusa de gasa de Merche.

Cuando Merche conoció al Rubio todavía no había entrado en escena el

hombre que destrozó su vida. Andrés, pues para ella nunca fue el Rubio, le pareció

un tipo interesante, pero parco en palabras, aunque ella sabía hacer hablar a los hombres utilizando sus armas de mujer. Recordaba perfectamente la expresión de Andrés cuando Curtis y su hermano se lo presentaron. Como un libro abierto: aquellos ojos no mentían. Merche le gustó desde el primer instante. Ella supo disimular más que él, aunque le sucedió lo mismo. Un metro ochenta y cinco, ancho

de espaldas, cuerpo musculoso y piel bronceada, cabello negro, largo y ondulado,

rostro varonil, ojos castaños y una sonrisa coronada por unos dientes perfectos. En

aquel momento, Merche se dijo: “vamos allá, este hombre es para ti”. En menos de

un mes el Rubio comía de su mano. Y finalmente y sin quererlo, ella empezó a comer de la suya. Se enamoraron. “Fue bonito mientras duró, justo hasta que apareció Juan Montero y me jodió bien jodida. Jodió nuestra historia y a mí, en particular, me jodió la vida”.

A Andrés Castillo, alias el Rubio, le hubiera sido muy fácil deshacerse de aquel

indeseable, sin embargo pensó que no hubiese conseguido nada con cavar un hoyo

profundo y esperar a que se pudriera en él. Lo que hizo fue pedir a Merche que no

se marchara y le advirtió lo que le sucedería si lo hacía. Confesó lo que sentía por ella y de su boca salieron palabras que nunca antes había pronunciado. Abrió su corazón, se vació por dentro y se desangró. Aunque no le sirvió de nada, pues Merche ya había tomado su decisión. “¿Para qué mancharme las manos si ella ya ha

elegido?”.

La vio volar y alejarse, sin hacer caso de sus advertencias. Apretó los puños, se

juró que nunca más amaría y los mantuvo apretados desde entonces, como si en ellos tuviera su corazón. El Rubio, un tipo duro como una roca y al que únicamente

Merche había conseguido abrir una brecha en su alma de piedra, dejó de sentir. Esa

brecha abierta se cerró de nuevo, como se cerraron sus manos y se convirtieron en

puños. Ninguna otra mujer, se juró, volvería a entrar en él. A partir de ese día deberían pedir permiso para hablarle y ninguna otra mujer volvería a acercarse a él

si no la llamaba primero. Tenían que ser invitadas incluso para

susurrar palabras tiernas en su oído mientras se acostaba con ellas. Y así había sido desde que Merche dejó su vida y se fue con aquel hombre. Apareció por casualidad años más tarde, tirada en un viejo sofá al lado de un contenedor. La habían estado buscando desde

que a Ernesto le llegaron rumores de que aquel desgraciado había dejado a su hermana colgada en alguna parte y abandonada a su suerte. “Sin embargo, a nadie

se encuentra si no quiere ser encontrado y menos aún si se ha convertido en una piltrafa humana, en la sombra de lo que fue”, se dijo el Rubio cuando los días transcurrían y seguían sin encontrarla pese a sus intentos de dar con ella. “El azar, la suerte, la pura casualidad, el destino quizás, la ha devuelto a casa...”. Curtis la encontró y él la reencontró.

Y ahora bailaban y rodaban por la pista. Habían cenado, habían hablado, se habían reído y entre conversación y risas, una mano perdida había rozado los dedos

de Merche y ella le había observado intrigada, preguntándose si aquello que estaba

sucediendo era realidad o lo estaba soñando.

Era preciosa, aun con cicatrices en sus brazos, algunas en su cara y aquella pequeña que partía su ceja izquierda, recuerdos imborrables de errores pasados. No

se cansaba de mirarla, pero intentaba hacerlo con disimulo y, si ella se daba cuenta, procuraba que pareciera que no lo hacía con interés. Le interesaba y siempre lo había hecho desde que Curtis la llevó a su casa para que trabajara en ella, limpiando y fregando, sumamente agradecida por aquella segunda oportunidad. “¿Volver a pronunciar aquellas palabras?” Había mucho dolor, muchas cicatrices, mucho

rencor en su corazón a pesar de que este comenzaba a galopar desbocado cada vez

que la veía trastear en la cocina.

Bailaban, giraban en medio de la multitud, su sonrisa blanca destacando entre

todas las demás sonrisas de mujer y haciéndoles sombra. Merche se acercó a su oído y le dijo que los zapatos la estaban matando.

—¿Quieres que nos marchemos ya? ¿Te llevo a casa? —preguntó.

—Andrés, quiero que me lleves a la tuya. Calma tu ira, aparta tu rencor, porque

no puedo soportar más esta espera. Bailemos juntos, pero no aquí. Nada deseo más

esta noche que bailar contigo en tu cama. Dime que eso es lo que quieres, no me digas que me estoy equivocando. Ya he llorado bastante, apenas tengo treinta años y

ya no me quedan lágrimas que derramar. Creo que el castigo que el destino me impuso por equivocarme es más que suficiente. Ya he pagado por todos mis errores

y lo hecho con creces. La vida se ha encargado de hacerme pagar con cicatrices en

mi cuerpo todas mis equivocaciones, incluida la de elegir a otro y con ello perderte.

Ahora necesito ese baile entre tus sábanas, creo que respiro únicamente para estar

contigo. Dime que tú también quieres bailar conmigo, acariciar mi piel sin ninguna

blusa que te estorbe, darme vueltas y hacerme girar. No me prometas una casa con

jardín y gnomos sonrientes ni una estampa de madre que lleva a su niño a la guardería. Me conformo con que me prometas esta noche, solo esta noche.

La Negra paseaba por el barrio contoneándose y moviendo sus caderas como

si estuviera bailando salsa. Doña Fuencisla, colgada de su brazo, sonreía, miraba a

un lado y a otro con ojos de querer descubrirlo todo y buscaba a alguna vecina para

charlar un rato y comentar lo que había acontecido ese día en el

capítulo de la telenovela. Así sucedía todas las tardes cuando caminaban en dirección al parque cercano a su nueva casa.

Toda la decoración de aquella vivienda era nueva, con excepción de su sillón

favorito, el de ver los culebrones y hacer punto de cruz. “Mucho me queda por vivir

aún. Quiero ver nacer un hijo de mi Daniel, que mi nieto no puede quedarse sin un

primito. Mi pobre Miguel, qué poco vivió, maldito cáncer del demonio, que se lleva

a todos los buenos, que no le da por atacar a los delincuentes y a los asesinos, no, que se llevó a mi pobre hijo. No verá crecer a su niño, que lo hará su abuela. La vida no es justa, no deberíamos ver morir a nuestros hijos”, solía decir doña Fuencisla cuando hablaba sobre la vida y sus avatares mientras paseaba del brazo de

la Negra.

Unos metros por delante, Miguelito canturreaba y pateaba cuantas piedras y latas pillaba por el camino. Berta, la hija de la Negra, le intentaba coger de la mano, pero el chaval no se dejaba. Ambos habían hecho buenas migas y a la chica se le daban bien los niños y tenía maña para tratarlos. Las tardes se le pasaban más deprisa al crío, jugando a la *Play* con ella. Desde que los hijos de la Negra vivían en Madrid, Miguelito echaba de menos a su madre, aunque ya no tanto. A Miguelito, de

vez en cuando, se le escapaba una sonrisa.

—Desde que mis chicos están en casa no se siente como un niño huérfano o abandonado. Al menos ahora, tiene hermanos mayores con los que jugar—

comentó la Negra.

Curtis caminaba al lado de la Negra y doña Fuencisla, con las manos en los bolsillos y aire de estar anímicamente cansado. Había ido a ver a su madre y al pequeño como de costumbre. Ya no solía jugar con él pues pasaba el tiempo charlando con Evelyn o con su madre. Miguelito, por otra parte, no necesitaba a su

tío para jugar pues tenía a los hijos de la Negra para hacerlo. Mientras caminaban,

Curtis hablaba a la Negra de la rumana, con lengua desatada, lo que causó cierta sorpresa en la mujer.

—A pesar de su aparente fragilidad, es fuerte la chica. Ha empezado a ayudar a

Merche en las tareas de la casa y su aspecto es mucho mejor. Ni te imaginas cómo

llegó a casa.

—Las putas solemos ser mujeres fuertes, Curtis. La vida nos obliga —comentó

la Negra, socarronamente.

—Parece una muñequita, Negra. Sin embargo, te juro que esta mujer lo es.

Fuerte como un roble.

—¿Y cuando se cure, volverá al club?

—No. Trabajará en casa de Ernesto cuidando del crío.

—Te ablandas, Daniel.

—O envejezco.

—O las dos cosas.

—Estoy cansado, Negra, muy cansado.

—Olvida. Y descansarás.

—Eso quisiera, Negra. Olvidarla.

—Uno olvida si desea hacerlo. Cuídate, niño.

—Eso necesito Negra, que me cuiden —comentó Daniel, con ojos

inexpresivos.

La Negra sonrió mientras Curtis, se despedía de doña Fuencisla dándole un beso en la frente. Caminaron unos metros más hasta la

terraza del bar *Cuco*, la anciana se acomodó en su mesa habitual de la terracita de verano y el mismo dueño

salió a tomar nota de su pedido.

—Un mosto para el niño —dijo doña Fuencisla.

—Yo quiero una coca-cola, abuela.

— Nada de coca-cola que luego te, Miguelito.

—Déjelo doña, por un día… —comentó Berta, acariciando la cabeza del

pequeño.

En ese momento sonó el móvil de la Negra. Rebuscó en el bolso y, cuando logró encontrarlo, habían colgado ya. “Número desconocido”, leyó en la pantalla.

Lo dejó encima de la mesa y, un minuto más tarde, el teléfono volvió a sonar y el

mismo mensaje apareció en la pantalla. La Negra atendió la llamada mientras pedía

un refresco de naranja para ella.

—Evelyn, soy yo —una voz temblorosa se oyó al otro lado del aparato.

—Disculpe, no reconozco su voz. ¿Quién es?

—Evelyn, soy yo, Noelia.

—¡Noelia! No te reconocía, chiquilla. ¿Dónde andas?

La Negra se agitó en la silla y habló muy bajito, casi en un susurro. Doña Fuencisla, que conversaba con una vecina que estaba sentada en la mesa de al lado,

no se percató de nada. Miguelito hacía trocitos una servilleta de papel con cara de

aburrimiento y los amontonaba a un lado.

—¿Estás bien, mi niña? Curtis te anda buscando. Eso no es noticia

nueva para

ti, supongo...

—Estoy perfectamente, no le digas que he llamado, por favor… —Noelia

susurraba como si temiera que Daniel estuviera cerca y pudiera oírla —¿Está contigo Miguel?

—A mi lado está ahora mismo. Hemos salido a pasear y nos hemos sentado en

la terracita del *Cuco* para tomar un refresco. Curtis acaba de marcharse. Si llamas un minuto antes, hubieras oído su respiración. ¿Quieres que te ponga a Miguelito?

—No, por favor, ni se te ocurra. Los niños no guardan secretos, Evelyn. No le

digas a Daniel que he llamado —insistió.

—Soy una tumba, no tengas cuidado.

—¿Cómo está mi niño?

—Cabizbajo, pero menos que de costumbre. Tiene compañía en casa y ya no se

aburre.

Observó al crío, que seguía entretenido con las servilletas. Era un niño muy guapo, había salido a su madre, aunque en el carácter mohíno y reservado se parecía más a Curtis.

—¿Compañía?

—¡Ay, mi niña, que tú no sabes nada! Curtis me trajo a mis hijos a España. Ya

los tengo conmigo al fin.

—No puedo creerlo, Evelyn. ¡Enhorabuena!

—Estoy tan contenta que podría dar saltos por la calle todo el día. Ahora mismo tengo a mi Berta sentada a mi lado, dando palique a Miguelito. Francisco Javier y Asunción, por ahí andan, que ya han

hecho amigos en el barrio y no paran

en casa. ¿Te lo puedes creer? Recién aterrizados como quien dice y ya tienen pandilla. Cuando yo llegué a España me costó hacer amistades. Las circunstancias eran otras, eso sí, que pocas puedes hacer siendo puta. Solo llegas a tener compañeras que con las que compartes clientes.

—Te mereces ser feliz, Evelyn. Me alegro por ti, la vida por fin te sonríe.

¿Miguel come bien, ha sacado buenas notas, colabora en casa?

—En eso sigue como siempre. Aprobó todo, nena, con excelentes

calificaciones. Es un chico listo, como sus padres.

—Ya lo creo que lo es. Evelyn, tengo que dejarte, cuida bien de mi pequeño y

de doña Fuencisla. Me alegró mucho de que estés por fin con los tuyos. Eres una buena mujer.

—Como tú, mi niña.

—Ojalá llegue el día en que yo también pueda reunirme con mi hijo.

—Rezo por ello, te juro que rezo por ello, mi niña.

Pilar se había pasado toda la tarde vomitando.

—Serán los nervios acumulados o que no estoy acostumbrada a las comidas

copiosas. En casa comemos más ligero. No me encuentro bien así que me acostaré

temprano a ver si se pasa un poco esta molestia que tengo en la boca del estómago,

que parece que lo tengo lleno de piedras de lo pesada que me encuentro.

A los cinco minutos de acostarse, ya estaba dormida. En aquel pueblo olvidado,

la luz de la noche acompañaba a soñar y a recordar tiempos mejores, incluso a escribir poemas de amor. Las estrellas brillaban intensamente y la luna llena, tan redonda y anaranjada, parecía de postal. Los grillos tenían un *cri, cri, cri* que no se clavaba en los oídos sino que sonaba a música.

Noelia quería recordar aquella noche y aquella luna inmensa que la miraba como si estuviera despidiéndose de ella. Quedaba poco tiempo para hacerlo. Había

dejado a Pilar acurrucada en la cama. Después de la cena su amiga había visitado dos veces más el baño para vomitar. La dejó tapada hasta el cuello durmiendo placidamente y abandonó la habitación de puntillas para no despertarla.

Javier la esperaba dentro del coche. Ni siquiera se dijeron hola. Arrancó deprisa y se alejaron de la casa. En cinco minutos llegaron a un sendero y condujo

unos minutos más hasta llegar a una finca de olivos. La luna redonda y plena, colgaba del cielo como si de una bombilla se tratara iluminaba la noche.

En el asiento trasero del coche se desnudaron sin perder un minuto. Ella le mordió la boca y él la poseyó con rabia. Noelia moviéndose deprisa, llegando rápido, a la carrera. La besó, la miel de sus labios entró en su boca, empujada por

un torrente de deseo. No quería decirla adiós, tantos años buscándola y ahora se le

escurría de las manos. Pilar se lo advirtió, pero no la hizo caso y ya era demasiado tarde para él. La amaba.

—Esta noche la luna está especialmente hermosa —dijo Noelia en voz queda y

casi en un susurro.

—Todo parece distinto esta noche —añadió él. La miró, adivinando sus ojos verdes en la oscuridad de la noche, tan solo alumbrada por la plenitud de una luna

inmensa.

—Sé en lo que estás pensando porque tus ojos te delatan. Sin embargo, sabes que no puede ser...—Noelia se incorporó ligeramente. Desnuda, bajo aquella suave

penumbra, su perfil se dibujaba hermoso. No te hagas daño pensando en imposibles,

imaginando imposibles, Javier. Nosotros no tenemos futuro. Simplemente, tómate la limonada que te ha ofrecido la vida en este momento.

—No te entiendo. —Javier observó su rostro iluminado por la luz de la luna y

lo dibujó a pinceladas en su memoria. Y en ese instante pensó que Noelia era una mujer difícil de olvidar.

—Muy sencillo, veo que no conoces el dicho: “si la vida te da limones, hazte

una limonada”. Pues nosotros acabamos de hacernos una y nos hemos bebido un vaso. ¡Bebámonos la jarra entera! ¡Disfrutemos sin pensar en que pronto la jarra estará vacía! Nos la hicimos, nos la vamos a beber y tuvimos suerte de haber podido

disfrutar de ella. Quedémonos con eso. —Noelia le besó y su lengua hurgó el interior de su boca.

—Veo que esa vida que nos ha dado limones también te ha hecho fría como el

hielo, Noelia.

—¿Y cómo no serlo? Tengo callos en el alma. De no haberla acorazado, ahora

mismo no estaría aquí contigo porque aún vagaría en las profundidades del mismísimo infierno. No quiero hacer poesía, sin embargo, es así. Mi vida no ha sido tan grata como la tuya. No te la compliques conmigo pues tienes mucho para

estarle agradecido.

—Me la complicaría si me lo pidieses.

—Pues no lo haré porque…, porque te aprecio.

—Has titubeado. Has dicho “no lo haré porque…”. No era “te aprecio” lo que

querías decir, en realidad. ¿Por qué no eres valiente y reconoces lo que sucede? Lo

has sido abandonándolo todo, así que se supone que admitir lo que sientes, debería

ser fácil. ¿Por qué no lo admites y me lo regalas?

—Porque no quiero que me contestes “y yo a ti”, por eso, Javier. No quiero imaginarme en una casa con mi hijo y contigo. No quiero hacerte daño ni que me lo

hagas. Ahora mismo lo único que me planteo es empezar de nuevo sin nadie más a

mi lado que no sea Miguel. En este momento necesito actuar como un hombre, coger los problemas de uno en uno, asentarme en Barcelona, construir algo en esa

ciudad y, quizá dentro de unos años, como las mujeres inmigrantes que dejan a sus

hijos en su país natal, vuelva a ver a mi hijo. Sueños solamente, mis sueños, a fin de cuentas, y no es que no desee que pudieses formar parte de ellos sino que no puedo

permitirme ni siquiera el lujo de soñarlo.

17

Recuerdos

Sonaba *Set fire to the rain*, la música muy suave, para imaginarla en los oídos, más que canción, un susurro, la voz de Adele llenando rincones hasta ahora inalcanzables de su corazón y alargando el momento. Gotas de sudor. Ella encima y

totalmente llena, arriba y abajo, despacio, acariciando también su

cuerpo, como aquella música acariciaba sensualmente sus oídos. Y al cabo de una eternidad construida para ellos, solo para los dos, una explosión de fluidos y de “te quieros”.

—Flaca, ¿cuánto tiempo ha pasado de lo nuestro? —El Rubio pronunció

aquellas palabras casi con miedo—. ¿Desde la última vez en que nos amamos como

acabamos de hacer?

—No quiero recordar, Andrés, no me obligues a hacerlo, por favor. Ahora

necesito estar aquí, sin pensar en otra cosa más que en nosotros pegados piel con piel, de este modo que no me hace daño sino que me reconforta. Recordar duele.

—Yo no quiero hacerte daño y jamás quise hacértelo. Eres realmente bonita, Merche, a pesar de tu delgadez y de las cicatrices que el pasado ha dejado en tu cara y en tu cuerpo. ¿Esa cómo te la hiciste? —El Rubio la besó y tocó su ceja, acariciándola con sus rudas manos, aunque lo hizo de tal manera que a ella le pareció que estaba pasando una pluma por su piel.

—Como todas las demás. Por favor, no preguntes. Me duele recordar —insistió

Merche.

—Tengo hambre. La cena ya debe andarme por los pies —dijo Andrés

cambiando de tema al comprobar que los ojos de Merche comenzaban a

enrojecerse.

—No comiste apenas, es normal que ahora la tengas.

—Nervios. –Andrés sonrió y se perdió en sus ojos.

—¿Nervios, el Rubio? No puedo creerlo.

—La cena llevaba consigo una prueba: la de una conversación distendida,

fluida e interesante. La superamos con nota, no puedes negármelo. “Bueno, Merche,

¿y tú a qué te dedicas? Yo limpio en la casa de un tío que es dueño de unos cuantos

puticlubs y que trapichea con drogas. Eso sí, él y todos los que trabajan a su lado están limpios, que no se meten ya nada, ahora solo la llevan y distribuyen de acá para allá. El jefe está metido en negocios sucios hasta las cejas y de vez en cuando tiene que ajustar cuentas con alguien, se reparte alguna hostia si un cliente se pone un poco gilipollas con alguna de sus chicas, pero poca cosa más. En realidad, son

buena gente”. —Andrés sonrió—. “¿Y tú, Rubio, a qué te dedicas? Yo, soy un delincuente, puedo robar la luna si me lo pides, así que tú veras, nena, si te convengo. ¿Y tienes pensado hacer cuando te jubiles? Bueno, algo estoy

maquinando y no precisamente para cuando me jubile. Me queda mucha vida por delante y he empezado a plantearme ciertas cosas”.

Merche observaba los gestos del Rubio francamente interesada por aquel

monólogo un tanto absurdo. Sin embargo, no alcanzaba a adivinar cómo acabaría

todo aquello. Era evidente que él se estaba divirtiendo. Merche quería que continuaran donde lo habían dejado años atrás y necesitaba que la amara un poco más. Aunque, como Andrés era bastante parco en palabras y dado que entre bromas

y no bromas se estaba mostrando efervescentemente locuaz, deseaba escuchar. “Ya

seguiremos más tarde con nuestra danza amatoria”, pensó Merche mientras se dispuso a escuchar cuáles eran los sueños del Rubio.

—Plantearte ciertas cosas, ¿como qué?

—En este oficio, y tú lo sabes bien, el futuro es incierto. Generalmente uno ni

se plantea cómo será el día siguiente. Esperas a que despunte el sol por el horizonte y no piensas en nada más. Tal vez, en algún

momento, se te pasa por la cabeza si seguirás con los ojos abiertos cuando llegue la noche, aunque eso rara vez ocurre

porque finalmente aprendes a vivir el presente. Y si un buen día lo que se te pasa por la cabeza es la imagen de una casita con jardín, mal lo llevas.

—¿En serio piensas en una casa con jardín? ¿Lo deseas ahora, Andrés, en este

momento? —preguntó Merche, mientras se incorporaba en la cama. Él continuaba

tumbado con la cabeza apoyada en la almohada y los ojos fijos en el techo.

—Llevo pensando en ello desde que fuimos al cine hace días. —Andrés la miró

de soslayo—. De la casita con jardín ya hablaremos, que no quiero adelantar acontecimientos. Ahora mismo lo que quiero es otra cosa. Dámela de nuevo, Flaca.

Llevaba mucho tiempo deseando que lo hicieras.

Se incorporó e hizo que Merche se girara y que apoyase su cabeza en la almohada. En su espalda, cicatrices blancas por docenas. Las contó, las tocó y las besó, una a una, sin olvidar siquiera la más pequeña.

—Mira que eres hermosa, aun con estas marcas que te dejó la vida.

Y diciendo esto entró en ella con suavidad, del mismo modo que entran en el

oído las palabras de amor. Bajo una tenue luz se amaron de nuevo.

—No apagues, Merche, tú no eres una mujer tímida y yo no quiero perderme

un detalle de tu piel. Quiero verte entera, ver tus cicatrices, ver tu pasado, cogerlo para mí, para lograr de esa manera borrarlo de tu cabeza para siempre, como yo quiero hacer con el mío. Quiero esa casita con jardín, quiero tener un hijo como Sarabia, sueño con tener todo eso lejos, muy lejos de aquí. A veces sueño incluso

con tenerla en la sierra, con la nieve adornando en invierno sus ventanas aunque en

otras ocasiones la sueño junto al mar. Siempre lejos de aquí. ¿Lo tendré algún día?

Soñar es gratis.

Alina ayudaba a quitar el polvo de los muebles, a hacer los baños o a doblar la

ropa para planchar, pero poco podía hacer en la cocina puesto que su brazo continuaba enyesado. Miraba a Merche y, con el brazo que tenía bien, ponía la mesa.

Veía pelar cebollas a su enfermera particular y lloraba con ella por simpatía, pegada a su nueva mejor amiga, la única española que podía considerar como tal.

Lloraban las dos y reían al mismo tiempo, contándose las pocas anécdotas felices que recordaban de sus vidas mientras preparaban la comida. Porque llorar lo había

hecho mucho desde que cruzó la frontera con destino a Madrid y no precisamente

por cortar cebollas. Hacía unos cuantos días que ya no lloraba. Ni siquiera creyó necesitar la ayuda de un psicólogo porque su cabeza se encontraba bien, aunque estaba bastante magullada por fuera. Aunque continuaba con el brazo en cabestrillo,

apenas quedaban hematomas en su cuerpo y en su rostro. De aquella lluvia de cardenales, regalo inesperado de aquel mal nacido que, de seguro se había encomendado a la Virgen y a todo el santoral antes de acabar criando malvas a manos de Elías, únicamente quedaban uno cercano al pómulo derecho y un par en la

mandíbula. Sus ojos habían experimentado la metamorfosis del paso de los días y,

del color granate intenso, fruto del ensañamiento con la rumana, habían pasado a adquirir un color violáceo.

El dentista había hecho un trabajo espectacular en un tiempo record, propio de

Guinnes y le había puesto una perfecta y blanca dentadura digna de una estrella de *Hollywood*. Nadie hubiera imaginado que tan solo tres

semanas antes a aquella chica le habían dejado la boca tan destrozada como para tener que alimentarse a base de

purés y beber con pajita. A Elías, un tío con bastante mala baba y muy dado a resolver determinados asuntos por el camino de en medio, no le costó tirar de semiautomática y meterle cuatro balas a aquel hombre cuando vio lo que había hecho con la muchacha, pero, sobre todo, porque aquel desgraciado había estado a

punto de cargarse a Sarabita. “A saber qué cable se le había cruzado para usarla como saco de boxeo. Un polvo y nada más, solo eso le hubiera bastado para no terminar bajo tierra, que tuvo que ensañarse con la rumanita”, comentó Elías. Ojitos bonitos, la llamaba cuando, de vez en cuando, se daba la alegría de revolcarse con

ella.

Alina caminaba ya sin la ayuda de la muleta y del brazo de Merche, como dos

viejas amigas, daba breves paseos al atardecer, cuando el sol se iba ocultando y, dando paso a la luna, su tenue luz disimulaba los cardenales que aún quedaban en su

cara. Además de aquellos hematomas, un lunar en la aleta izquierda de su nariz convertía aquel rostro en sutilmente imperfecto.

La rumana era una mujer bonita de cara y de atractivas proporciones, lo que hacía que fuera una de las preferidas por los clientes del club en el que había estado ejerciendo la prostitución. Cabello dorado y muy corto, ojos vivos y almendrados

de color azul violáceo, cejas finas y bien dibujadas, mirada de perrito asustado y, completando aquel regalo para la vista, labios carnosos y rojos como la sangre.

Elías imaginaba que podría haber sido perfectamente la querida de un hombre

con dinero y haber vivido en un chalet de la zona norte de Madrid rodeada de lujos.

Y, sin embargo, era una criada del sexo cuando por su belleza debería haber estado

destinada a ser una señora. Con toda seguridad la mala fortuna y el

engaño habrían

sido los culpables y el pan de cada día de muchas mujeres como Alina, a las que el

destino había golpeado de un modo cruel sus sueños. Y a pesar de todo ello, la chica no podía quejarse de que viviese mal, al fin y al cabo. El *Dama Blue* tenía clase, toda la que un local dedicado al negocio carnal pudiese poseer. Sin embargo, ninguna de

las chicas que trabajaban en él podía compararse con la rumana. Curtis se la había

llevado en alguna ocasión a su casa y se había divertido con Noelia y con aquella

ninfa.

Alina era muy buena en la cama según todos los que habían estado con ella.

Una gran profesional conocedora de su oficio, a pesar de que apenas había cumplido los veinticinco. Había sabido satisfacer a Curtis y estaba convencido de que Noelia también había gozado, aunque nunca se lo preguntó. Los espasmos de placer, la congestión de su rostro, los gemidos, los jadeos y las respiraciones entrecortadas eran signos evidentes de que se lo había pasado bien con la rumana.

Un regalo para los dos.

Curtis, Sarabia y Elías acababan de llegar y Sarita iba con ellos. A la chica que

cuidaba de Ernestito la iban a despedir y estaban deseando que Alina se recuperara

para que ocupase su puesto.

El más impaciente por que la rumana se recuperase era Sarabia que esperaba que la llegada de Alina descargara de trabajo a su mujer ya que Sara estaba bastante desmejorada debido a las noches que le daba Ernesto hijo, unidas a su preocupación

por la salud de Ernesto padre.

—¡Ay, mi niño, qué susto me has dado, que casi te pierdo! ¿Qué hubiera sido de

nosotros si ese desgraciado te la hubiera hundido más hondo?

Una semana había tardado en cicatrizar su herida y ese fue el tiempo que le bastó a Sarabia para volver a amar a su mujer. Llevaba dos más haciéndolo y casi

había recuperado sus fuerzas, a base de hacer el amor y dejarse cuidar.

—Sarita, regálame el oído y dímelo, princesa. Dime cuánto te hago gozar, nena, que me gusta oírlo.

—Mucho, Ernesto, hasta las nubes y vuelta y vuelta y vuelta otra vez.

—Me molesta el costado todavía. ¡Pedazo maricón que casi me apaga los ojos

para siempre, hijo de puta! —comentó Sarabia mientras amaba a su mujer y las mordeduras del dolor ponían en su rostro una mueca de rabia y liberaba así su odio

y su dolor.

—Ernesto, habla con Curtis, que ya no tienes veinte años, tenemos dinero

suficiente para coger los pasaportes y largarnos donde se nos antoje, una nueva vida, amor mío. Que en una de estas te pierdo, mi niño, y sin ti no sabría qué hacer.

Él lo entendería, no es un abandono, es una jubilación anticipada.

—Sarita, no me calientes la cabeza, ya hablaremos de esto. Ahora lo que quiero

es que me lo hagas despacio, que dure, despacio, despacio...

Curtis entró en la cocina y se hizo un silencio sepulcral. Se había puesto cómodo, con un pantalón de lino *beige* y una camiseta blanca de algodón. Saludó, se tiró en una silla y puso con los pies encima de otra.

—Anda, Alina, ponme un botellín.

—Hola, Curtis —dijeron al unísono Merche y la rumana, dejando lo que

estaban haciendo. Alina cogió una cerveza y la acompañó de un platito con aceitunas.

—Te veo bien, nena —Hizo un gesto con la cabeza y la chica se sentó a su lado.

Curtis se fijó en la rumana y entonces cayó en la cuenta de que tenía necesidad

de estar con una mujer. Por un instante le pasó por la cabeza llevarla a su habitación.

Dejó ese deseo aparcado en su mente pues Alina aún estaba convaleciente. “Un par

de días más, tal vez”, dijo para sí. Alina se sonrojó y Curtis pensó que era raro ver a una puta ruborizarse y aquel efímero pensamiento hizo que, durante apenas un segundo, dejase de verla como a una fulana.

Curtis tenía también otra idea en su cabeza: necesitaba que Sarabia fuera a Miraflores. Tres semanas de convalecencia y su amigo ya se encontraba en

condiciones de volver al trabajo. Había preguntado a Ernesto si se encontraba bien

y su amigo había contestado: “de puta madre, hermano, deseando plantarme en esa

papelería y traerte buenas noticias. Estate tranquilo que si hay algo que encontrar en ese pueblo, el Rubio y yo lo haremos”.

En ese momento Andrés entró en la cocina y saludó a Curtis, estrechando su mano.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Merche y, sin esperar a que contestase,

sacó una de la nevera.

—Gracias —contestó el Rubio.

Curtis le miró y después miró a Merche. “Sin pedir permiso”, dijo para sí. El

Rubio encendió un cigarrillo y se cruzaron las miradas. Ardían ambos, ella y él, a

cual más incandescente. “Joder con la Flaquita”, pensó Curtis.

—¿Cuándo te la llevas a tu casa, Andrés? —preguntó a su amigo mientras

observaba cómo Merche se tocaba el cabello, nerviosa.

—¿Perdona? —El Rubio se hizo el loco.

—Venga, no me hagas parecer gilipollas. ¿Cuánto hace que ella no necesita pedirte permiso? Estas cosas se cuentan a un hermano. ¿Cuándo me la vas a quitar

de encima? Lleva apalancada aquí desde hace demasiado tiempo y es hora de que vuele y se vaya de una vez del confortable nidito.

—Cuando ella me lo pida. Todavía no lo ha hecho y aquí ando, esperando a que

se decida. —Andrés sonrió.

Alina no entendía lo que estaba sucediendo y Merche no cabía en sí, temblaban

sus manos y le era imposible pararlas.

—¿Y cómo tiene que hacerlo? ¿Quieres que te diga, “Andrés te pido permiso

para hacer la maleta, instalarme en tu casa y meterme en tu cama?” ¿Con esas palabras? —preguntó Curtis, en tono jocoso.

Además de aquella inesperada sorpresa, Curtis tenía otros motivos para

sonreír. Hacía poco que había descubierto que había conseguido dejar aparcada su

ansiedad por recuperar a Noelia. Sin embargo, la tensión generada por las semanas

de abstinencia y el fuego que le consumía por dentro, hicieron que únicamente pensara en amar a aquella mujer de ojos color violeta, imaginando cardenales en las caderas de la rumana, aquellos que quería acariciar y besar con premura. “Al menos el Rubio anda despistado por un buen motivo”, pensó, “yo estoy ausente por

desear y tener que esperar”. Se alegró por su amigo y por él mismo. Por unos minutos se había evadido de la realidad.

—¿Qué dices Flaca, te vas con Andrés? Espero que tu respuesta sea sí, porque

había empezado a pensar que te ibas a jubilar aquí. Cuánto trabajo me estaba costando echarte de mi casa. Necesitaré que alguien ocupe tu lugar si decides marcharte. Creo que Sarabia tendrá que buscar a otra chica para que cuide de Ernesto hijo —comentó mientras miraba a Alina.

—Si no me ofrecen algo más interesante tendré que conformarme con lo que

tengo, Curtis. No voy a pedir un trabajo nuevo, con lo bien que estoy aquí. Prefiero que, por esta vez, me lo ofrezcan. Tú hablas, Andrés. En esta ocasión no voy a ser

yo quien te pida. Pídemelo tú porque necesito oír esas palabras de tu boca para saber que verdaderamente has olvidado.

—No me gusta pedir y menos algo que ya sé que es mío. —El Rubio se acercó

despacio a Merche—. Aunque, si quieres, puedo ayudarte a hacer las maletas.

Cuando todos se marcharon, Curtis se sentó en el sofá, puso los pies encima de

una silla y, como compañera, cogió una botella de *whisky* y se sirvió una copa. Las luces de las farolas iluminaban la habitación sin necesidad de encender las de la estancia y, en la penumbra, los recuerdos iban tomando forma en su cabeza. Noelia

seguía escondida en algún lugar y, aunque empezaba a darle igual dónde estuviera,

lo que inquietaba a Curtis era el hecho de que ella no abandonara sus pensamientos

y aquello lo perturbaba y quitaba el sueño.

Recordó el día en que la trajo a su casa tras encontrarla tirada en el

suelo e inconsciente tras la paliza que le propinó su hermano. Creerse padre y descubrir que no lo era, de ver crecer al pequeño Miguel, tan igual a su tío y tan distinto a él, había sido un duro golpe para su hermano. Tan parecido era su hijo a Daniel, que

todos los vecinos se encargaban de recordárselo cada vez que Curtis visitaba a su sobrino. Y todo empezó a cuadrar: las miradas, las sonrisas, las ausencias de Noelia y la falta de deseo a pesar de llevar tan poco casados.

Noelia había cambiado desde que su hermano regresó a Madrid e incluso le pareció distinta el mismo día en que se dieron el sí quiero. La noche de bodas también creyó percibir en ella un olor distinto. No olía a él ni olía a ella, olía diferente. No le dio importancia y los meses transcurrieron sin más. Lo hicieron de

un modo extraño, sumido Miguel en un continuo esperar a que algo sucediera, sin

saber muy bien qué era exactamente lo que tenía que acontecer. Y entonces nació el

niño y Noelia experimentó un nuevo cambio, alejándose todavía más de él. Y un par de años más tarde, un fatídico día que empezó siendo como cualquier otro, se

precipitaron los acontecimientos, las piezas encajaron y la tormenta estalló. No fue necesario un motivo de peso: simplemente y por un cúmulo de circunstancias, el vaso se colmó y las dudas rebosaron como la lava de un volcán. Los comentarios,

las preguntas y los parecidos razonables, instigados por vecinos metomentodos, cotillas de visillo y de corrillos de patio, dieron paso a la ira y al deseo de venganza.

Miguel no era un hombre violento y cuando comprendió lo que había hecho al

verla desvencijada y rota cual muñequita de porcelana en el suelo del salón, se hundió. No era su intención que sucediese, pero ya estaba hecho, se dijo entonces,

aunque apenas recordaba nada de lo sucedido. No pidió perdón a Noelia ni se arrepintió, solo se derrumbó. Metió las pertenencias de su mujer en una maleta y llamó a Daniel para que se la llevara. Solamente a ella, al niño no. Y así hizo su hermano, aunque después,

regresó…

Ollero realizó un buen trabajo con Noelia, como siempre que había necesitado

Curtis de sus servicios. La dejó a su cuidado aquella misma tarde y volvió a casa de Miguel para devolverle con creces lo que le había hecho a su amante. Le aplicó la

ley del talión por el castigo que había infligido a la mujer de ambos quien, tras la paliza, ya únicamente era suya. Por cada golpe, dos, por cada patada, dos, por cada

gota de sangre derramada, dos. No siquiera sintió opresión en el pecho, culpa o lástima tras destrozar la cara y apalear con tanta saña a Miguel, ni la tuvo al enterarse, unas semanas más tarde, que padecía cáncer. Se lo diagnosticaron a la vez que curaron sus heridas, pues recibió la noticia en las exploraciones tras su ingreso en el hospital. De aquella brutal paliza y de quién se la dio, nada dijo Miguel. El quién y el por qué de tanto ensañamiento se los llevó con él a la tumba y doña Fuencisla nada supo de la venganza de Daniel y del motivo por el que su nuera había abandonado a su marido y a su hijo y se había ido a vivir con su otro hijo.

Miguel apareció en su casa con una pequeña maleta, la cartilla sanitaria de Miguelito y la petición de que cuidara de él, pocos días después de salir del hospital y de descubrir que el cáncer le había invadido por completo. A pesar de ello, nunca

dejó de visitar a diario al pequeño hasta que las fuerzas lo abandonaron. Murió seis meses más tarde y fue enterrado en el cementerio de Carabanchel, en un nicho al lado del de su padre.

Curtis recordaba el rostro amoratado de Noelia, la sangre coagulada en su nariz y en su boca, su cuerpo magullado y encogido en el suelo del salón y aquella

otra paliza, mucho más violenta: la que le dio a Miguel en cuanto dejó a Noelia en

manos de Ollero. Sus puños estrellándose en la cara de su hermano muy despacio,

fotograma a fotograma. Visualizó aquella escena como si la estuviera reviviendo mientras se servía otra copa y observaba el intenso tráfico y la gente que iba y venía por la avenida.

—La vida transcurre deprisa en esta caótica ciudad —comentó en alto, pese a

que estaba solo en la habitación. Se sirvió otra copa y continuó recordando—.

Miguel no se defendió. Noelia fue la primera mujer a la que tuve que recomponer.

No tardó en curarse de sus heridas, aunque de las cicatrices del alma no solo no lo

hizo nunca, sino que a mi lado se produjeron las más profundas.

Tras ella le llegó el turno a la Flaca. Y después, entre paliza y paliza, sello grabado a fuego en la piel de alguna mujer con tendencia a la rebeldía y ajustes de

cuentas para salvaguardar su *status* entre los delincuentes de menor calibre, Curtis hacía alguna que otra obra de caridad con mujeres malheridas. Así, cuando encontró a Merche tumbada en aquel mugriento sofá, también la curó. La Negra también supo abrir una brecha en su corazón de igual modo y por azares del destino. Y ahora la rumana de piel de seda y cara de porcelana, también había logrado hacerlo.

La segunda copa y sus recuerdos continuaron aflorando, envueltos en la

penumbra de la habitación y en el calor del *whisky* corriendo por sus venas y sintió cómo sus pensamientos levitaban por encima de su cabeza y él continuó hablando solo. Apuró aquella copa y continuó compartiendo sus pensamientos con su propia

sombra.

—Yo nunca he perdido mi sombra, siempre la he llevado consigo. Pero

Noelia…, tú si la perdiste. Te borré, te anulé. No quiero culparte, no quiero recordarte, necesito olvidar. Alina…

Curtis se remontó a su pasado, tras sacudir la cabeza, como si de aquella forma, su mujer se fuera a borrar de su cabeza. Cayó en la cuenta de que apenas recordaba nada de su infancia. Suspiró y siguió hablando.

—Tal vez si no recuerdo apenas mi infancia es porque la memoria es selectiva

y solo almacena los momentos felices. Las vivencias de esa etapa y de la adolescencia marcan la personalidad de cada individuo. Si son dolorosos se almacenan muy adentro, en el último cajón del último armario de la última habitación de la memoria. Lo he escuchado en algún programa de televisión o quizás lo haya leído en una revista. Mis primeros años debieron dignos de ser olvidados, dado que no recuerdo ningún olor, ningún color, ninguna textura, ninguna melodía, ninguna anécdota de aquella etapa. Es curioso… Apenas tengo recuerdos de la adolescencia, si acaso los primeros trapicheos y encargos sucios de

los delincuentes más curtidos del barrio. Ni tan siquiera recuerdo mi primera vez.

Los recuerdos que guardo de adolescente parten de los días en que entré a trabajar a las órdenes de don Paolo, junto con Ernesto. Unos meses más tarde conocimos al Rubio. Jamás supimos de dónde venía aquel chaval, pero desde el primer día, congeniamos los tres. ¡Qué tiempos y qué atrás quedaron!

Curtis solo recordaba que eran los mismos desde que la memoria le alcanzaba.

“El mismo barco, el mismo rumbo, el mismo destino”.

—Los tres juntos con la policía pisando nuestros talones y con nuestras

sombras cosidas a los zapatos, sin un solo motivo para pensar que en algún momento la pudiéramos perder. ¡Hay que joderse! Siempre hemos sido así de cabrones y así seguirá siendo hasta que la fría tierra cubra nuestros cuerpos.

Apuró otro *whisky* con la esperanza de que el deseo se evaporara y el alcohol adormeciera ese fluir continuo de recuerdos.

—Te encontraré nena. Creo que ya no tengo tanta necesidad de ello, que es más

bien una cuestión de orgullo Ahora necesito que Alina se recupere de sus heridas.

Quiero tenerla, deseo meter mis dedos y mi polla en la calidez de ese coño. Lo recuerdo suave. Necesito acariciar el vello castaño claro de

su pubis.

“Para qué beber más”, pensó, “el *whisky* con hielo minorará mi conciencia y no mi fijación hiriente”.

—Ojalá pudiera retroceder en el tiempo al día en que regresamos a Madrid. No

haberme fijado en ti, Noelia. Borrar toda la vida vivida juntos, toda. Y regresar a este momento. Esperar a que Alina se recupere y entrar dentro de ella. Ya no serías

un pensamiento que golpea mi cabeza como un martillo. Apagar mi fuego con ella

y no haberlo hecho nunca contigo.

Eran las dos de la mañana y Alina continuaba despierta. Todas las noches le costaba dormirse pues la escayola molestaba y tenía que encontrar la postura adecuada para conseguir conciliar el sueño. A veces le picaba la piel y con una aguja de punto aliviaba aquella molestia. Merche había firmado en ella como garabatean los niños dedicatorias en la de sus amigos. Ninguna otra firma había en

aquella escayola pues Alina no tenía más amigos en España.

Oyó a Curtis entrar en su habitación, se incorporó y se esforzó por escuchar.

La puerta se cerró, esperó unos minutos y se dirigió a la puerta, que abrió sin llamar primero. La luz estaba encendida y Curtis veía la televisión con una copa de

whisky en la mano. Sin pronunciar una sola palabra, se quitó el camisón, se metió en la cama y tapó con un dedo la boca de Curtis en el mismo momento en que este iba

a decir algo. Acarició su cara y él se sorprendió, aunque no tardó en coger su cuello y besarla, mientras deslizaba su mano por su escote hasta sus pezones erectos. Recordaba con cristalina lucidez sus senos pequeños y abarcables con la mano. Hermosos y blancos.

Alina se puso encima de él con la agilidad de una pantera y Curtis entró en ella

deprisa. La rumana recordaba su forma de amar. Las veces que había estado con él

habían dejado a Alina un recuerdo cálido y añoraba su cuerpo del modo en que añoran las putas. A Noelia la había olvidado, pero a él no. Mientras Curtis la poseía, la rumana sonreía. “Noelia no está aquí, ahora estoy yo en esta cama”, se dijo mientras gemía. Daniel besó sus cardenales de la misma manera que había

imaginado hacerlo unas horas antes y pudo comprobar que de alguno apenas

quedaba ya rastro. Sus ojos de gata, color violeta sostuvieron su mirada azul.

—Alina, déjate el cabello largo, nena, porque así se pierde entre mis dedos.

Eres hermosa y hueles a limpio. Tus ojos también son felinos, como los míos, cúrame, princesa, que esta herida duele tanto como las tuyas.

El tiempo pareció detenerse, en realidad voló. Los primeros rayos de sol

entraron por la ventana mientras ellos continuaban amándose. A Curtis apenas le quedaban ya fuerzas, pero ahí contando sus cicatrices, calibrando el tamaño de sus

hematomas, deseando que su cabello creciera porque eso significaría que el tiempo

había pasado y que por fin había encontrado quien calentase su cama y lo ayudase a

olvidar definitivamente.

De pronto se dio cuenta de que ya no añoraba a Noelia y que únicamente necesitaba encontrarla para obtener respuestas y también para perdonar y para poder vivir plenamente el presente y dejar el pasado atrás. Siempre había creído que a ella le gustaban los juegos que le proponía. Estaba equivocado, de medio a medio.

La prueba evidente de ello era que se había marchado, se había escondido y le había

robado con la intención de emprender una nueva vida, muy distinta

de la que había

vivido a su lado. Si la encontrara, ¿cómo reaccionaria?, se preguntó: “¿La dejaría marchar? ¿Le diría: he dejado de echarte de menos y te perdono como quiero que

me perdones tú?”.

Imaginaba que ella estaría asustada pues era conocedora de que él no soportaba

a los desagradecidos ni a los traidores. Donde fuera que se encontrara, tendría miedo. Esa sensación de “si averigua mi paradero, me mata, que le he visto dar muchas palizas por menos que lo que le he hecho, que le dio una a su hermano, que

casi le revienta”, mantendría su vida en una tensión continua. “Ese miedo helado que acompaña a la pesadilla de estar corriendo y no moverse del sitio, no podría haberla abandonado tan pronto”, pensó Curtis. “Una madre que deja tirado a su hijo,

que deja tirado al padre de su vástago, ¿qué madre es esa?”.

De nuevo entró en la rumana, mientras pensaba qué ocurriría en realidad

cuando la tuviera en frente. Notaba fluir esa rabia en forma de semen corriendo dentro de aquella mujer y no quería sentirse así. Con la mujer de ojos violetas no

quería hacerlo de ese modo, quería gozarlo. No obtuvo respuesta a su pregunta, aunque tampoco le importó. Estaba exhausto, cansado de amar y cansado de pensar,

cansado de todo. Se tumbó, miró al techo y comenzó a contar un bonito cuento a Alina, inventando recuerdos de su infancia, maquillando aquellos que sí eran suyos

y, después de un rato de inventar, se quedó dormido.

18

Alina, la rumana

Curtis abrió los ojos, se sorprendió abrazado a la rumana y lo primero que vio

fueron sus ojos violetas y su cuerpo desnudo.

—Muñequita, ¡qué bien he dormido!

—Buenos días—Alina acarició su rostro con una inusual dulzura y Curtis cayó

en la cuenta de que hacía tiempo que ninguna mujer le tocaba de esa manera.

—Buenos días. Casi no tienes cardenales, dentro de poco estarás totalmente reestablecida. Merche te ha cuidado bien.

—Merche es mi amiga. Mi única amiga —comentó la rumana.

—Gracias a ti ha recordado los tiempos en que ella también necesitó ayuda. Es

una mujer agradecida.

—Quiero que me quiten la escayola, Daniel, este es mi brazo bueno. —La

rumana volvió a sonreír, esta vez, con sensual malicia.

—Pues cualquiera lo diría. Cuando venga hoy Ollero le preguntaremos por tu

brazo. Quiero ver lo buena que eres usando tu mano izquierda. Teniendo en cuenta

lo que sabes hacer con la derecha, tengo más ganas que tú de que te quiten el yeso,

aunque con la diestra he quedado más que satisfecho. ¿Acaso eres zurda?

—Soy de izquierdas —contestó Alina y Curtis lanzó una carcajada.

—¿Querrías dejar de ser puta y dedicarte a un solo hombre como Sarita?

—¡Qué pregunta me haces, Curtis! Sabes que la respuesta es obvia. Prefiero ser

la puta de un solo hombre y su mujer también. Todas las mujeres somos un poco putas puesto que todas nos vendemos en alguna ocasión; hasta las más decentes lo

hacen. Solo que a unas nos llaman zorras y otras tienen suerte y nadie osa calificarlas como tales. Algunas follan por dinero y otras se prostituyen para conseguir cosas como alcanzar una posición social, prestigio, acudir a fiestas y eventos, obtener sus objetivos, en definitiva. La mujer da sexo a su marido y a cambio recibe un bolso, un vestidito o unos pendientes de los que se ha encaprichado. A las que no ponen la mano antes del servicio y se meten el billete entre el sujetador, a las que no follan con la ropa interior puesta, ahuecándose la tirilla del tanga, a esas que sacan y sacan a base de privar al hombre de sus favores y luego otorgárselos con cuentagotas, no se las llama putas sino señoras, a pesar de que lo que hacen no difiere un mucho de lo que hacemos nosotras.

—Todo depende del color del cristal a través del que se mira, nena.

Curtis había descubierto en cinco minutos de conversación que la rumana

poseía una cabeza bien amueblada. Le gustó pensar en ella como algo más que una

cara bonita y un hermoso cuerpo.

—En mi caso, Daniel, yo siempre seré puta. Sin embargo, preferiría serlo de un solo hombre como esas señoras, a tener que abrirme de piernas para todo el que

tenga cien euros para ponerme entre las tetas. Algunos no se conforman con metértela y lo has visto reflejado en mi cuerpo, así que no tengo que contarte cómo

se las gastan algunos clientes si te niegas a hacer lo que piden. Hasta ahora no había tenido mala suerte, pero he podido ver las consecuencias de la mala hostia de algunos hombres, reflejado en algunas de mis compañeras. Aquella noche,

simplemente, me tocó la china.

—Nunca hemos hablado sobre el motivo por el que aquel cabrón te dio aquella

paliza. —Curtis acarició su barbilla y la besó comprobando que, aun

recién levantada, su boca sabía deliciosa.

—No hay mucho que contar, imagino que topé con un tipo cabreado que, en vez de pagar su ira con quien le puso en ese estado, decidió ensañarse con una puta.

No lo hizo porque no sepa ejercer bien mi profesión pues te consta que soy muy buena en la cama, sino porque me tocó a mí convertirme en objeto de su frustración.

Curtis sonrió, la atrajo hacia él y la besó de nuevo, hundiendo sus dedos dentro

de ella con delicadeza. Alina gimió y Daniel los metió más adentro. Paró un momento y la rumana intentó que continuase, aunque no lo hizo, sacándolos muy lentamente.

—Continúa contándome. Luego seguiremos con esto. Hay tiempo, nena —

comentó mientras se llevaba los dedos a la boca.

—Hay cosas que únicamente hago con quien me apetece. Ese tío quería hacer

conmigo lo que de seguro con su mujer no había practicado nunca y me negué. Eso

hizo que perdiera los nervios y se ensañara conmigo. El gerente no me exige que,

por ser una chica de alterne, tenga que acceder a todo lo que me pidan los clientes.

Hay tíos muy raros que piden que lo hagas como si fueras un animal y no te consideran ni siquiera una fulana. Otros, simplemente, me dan asco. Huelen a orina

y son babosos, o van sucios y desaliñados y me repugnan por el modo en que me

miran. Poder decir no, alguna que otra vez, es la única ventaja que tenemos las chicas que trabajamos en el *Dama*. Siempre se respeta nuestra decisión de no querer acostarnos con cerdos y es de agradecer que podamos sentirnos un poco personas y

no solamente trozos de carne.

—¿Y con quién haces determinadas cosas ahora? ¿Tienes a alguien con quien te

gusta hacerlas? ¿Se trata de algún cliente habitual? —preguntó con curiosidad.

—Determinadas cosas, como acabas de decir, solo querría hacerlas contigo.

La mañana amaneció fresca y se agradecía aquella ligera brisa que acariciaba

el cabello sin llegar a despeinarlo. Noelia había madrugado, aunque se había acostado tarde, perdida en ese coche, agarrando los minutos entre sus piernas y no

queriéndole soltar de aquel momento especial. Preparaba el desayuno y el agradable

olor del pan recién tostado y el que emanaba de la cafetera italiana despertó a Pilar.

Su amiga apareció con el cabello alborotado y ojeras, consecuencia de haber pasado una mala noche yendo del baño a la cama y de la cama al baño. Continuaba

con el estómago revuelto y no tenía fuerzas para saludarla. Hizo un gesto con la cabeza y se dejó caer en la silla.

—Llegaste tarde. Me levanté varias veces y no habías venido todavía.

—Siento no haber estado aquí para cuidarte, soy muy mala amiga.

—No pasa nada, seguro que te lo has pasado mucho mejor que yo. Estoy fatal,

no sé qué me pasa. No he comido nada que pueda haberme sentado tan mal como para no tenerme en pie, pero así me encuentro.

—Tal vez sea una gastroenteritis. Deberías ir al médico.

—Está a tomar por culo de aquí. Esperaré a ver si con un par de manzanillas

me entono un poco.

—No tienes buen aspecto, pareces agotada.

Noelia se sentía mal por haber dejado sola aquella noche a su amiga en tal estado. De repente se le encendió una lucecita en la cabeza: sus relojes biológicos todavía hacían *tic tac*.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste la regla?

—¿Insinúas que...?

—¿Acaso Santiago es impotente o estéril? ¿Lo eres tú? No tomas la píldora, me consta, por lo que deduzco que usáis gomitas. Un fallo lo tiene cualquiera.

—Llevo usando condones toda la vida y también he follado sin ellos, con la marcha atrás en mis tiempos de adolescente con las hormonas desatadas. Mira mis

brazos, se me ha puesto carne de gallina al pensar que esto no sea un virus estomacal. No teníamos intención de aumentar la familia, todavía hay tiempo. Estoy

haciendo memoria porque soy un poco despistada para mis reglas. Creo que tengo

apuntada la fecha de la última en una tarjetita dentro de la cartera. Anda, ve a por ella, que ya estoy nerviosa.

Pilar se estremeció, más por pensar en que pudiese estar embarazada que por el

malestar en sí. Noelia cogió el bolso y se lo entregó. Dentro de una carterita había una tarjeta de una farmacia y detrás, como si fuesen garabatos de niño pequeño, anotaciones de fechas.

—¡Si esta es el última fecha en que la tuve y no he olvidado apuntar ninguna posterior, tengo un problema!

—Voy a llamar a Javier para que vaya a una farmacia a por un *Predictor*.

—¡Ay, Noelia, que me están entrando ganas de vomitar otra vez, acompáñame

al baño, corazón, que me flojean las piernas!

19

En el punto de partida

Merche bajó del coche nerviosa y un tanto despistada, como si acabara de descubrir aquella zona de Madrid, aunque se la había pateado cientos de ocasiones

cuando Andrés y ella paseaban cogidos de la mano, cuando sonreían y eran felices,

cuando hacían el amor en su casa; situada en el último piso de una vieja finca en la zona de Argüelles. Un precioso y soleado ático de techos altísimos y con unas impresionantes vistas de Madrid desde su amplia terraza, decorada con muebles de

teca y aislada de las miradas del resto de los vecinos por una malla de cáñamo, color nogal.

Bastante tiempo atrás, cuando estaban juntos, solían hacer el amor tumbados en

una de aquellas hamacas, desayunaban cuando a Merche se le hacía demasiado tarde

para volver a su casa y contemplaban el amanecer desde aquella magnífica terraza.

Andrés la miró, como si supiera que ella estaba recordando aquellos

momentos, sacó sus dos maletas del maletero de su *Golf* y esperó a que el ritmo cardíaco de Merche volviera a la normalidad.

—Respira hondo, que estás muy nerviosa, Merche.

—¿Se me nota mucho?

El rostro de Merche denotaba ansiedad y su pecho agitado, subía y bajaba desacompasado. Andrés perdió la vista en su generoso escote y volvió a sonreír. Su

ansiedad le divertía.

—Desde aquí puedo oír los latidos de tu corazón. Te va desbocado y se te va a

salir por la boca. No es para tanto, Merche, solamente vas a cambiar una casa de lujo por otra mucho más modesta. La mía no está mal, pero como la de Curtis no

es, por supuesto. Tal vez has hecho un pan con dos tortas al mudarte. —comentó en

broma. De vez en cuando el Rubio gastaba alguna pues perdonarla le había cambiado y recobrarla, aún más.

—Eres muy gracioso. Mi vida está a punto de sufrir un giro de ciento ochenta

grados y bromeas al verme nerviosa. Recuerdo tu casa, la tengo grabada en mi memoria.

—En la mía tengo guardado a fuego lo que hacíamos en ella. Encima de la alfombra del salón, en la cama, en el *jacuzzi,* en la tumbona de la terraza... —El Rubio volvió a sonreír. Abrió la puerta del ascensor y subieron al piso.

—Me gustaba mucho más el antiguo elevador.

—Lo sustituyeron hace ya años. A mí también me gustaba más el otro porque

estaba más de acorde con la antigüedad de la finca. Este es más apropiado para un

edificio del siglo XXI. Lo eligieron los vecinos por mayoría cuando se acordó sustituir el viejo —explicó.

Llegaron al descansillo y a Merche le pareció enorme. Lo recordaba más

pequeño y pensó que tal vez ella era la que había encogido, abrumada por los últimos acontecimientos acaecidos en su vida. La puerta blindada de la casa era una

réplica de la antigua, con una enorme mirilla que se giraba para poder ver. El Rubio abrió, se quedó quieto en el umbral y la miró con una mueca divertida.

—¿Es necesario que te coja en brazos, Merche?

—Eso únicamente se hace con las novias, lo único que quiero es que me invites

a entrar.

La decoración era más moderna de la que recordaba. Aquellos muebles de

diseño parecían haber sido elegidos por un decorador un tanto extravagante y contrastaban con la antigüedad de la finca. No quedaba ninguno de los que ella tenía almacenados en su memoria. De aquellos tiempos en que fueron felices, solo quedaba un gran espejo ahumado que decoraba toda una pared del amplio salón.

En parte agradeció tener que recordar de nuevo y hacer un hueco en su cabeza

para nuevas imágenes y recuerdos, pues aquella era su nueva vida y no la que había

dejado atrás, esa que precisamente necesitaba olvidar. Lo mejor pues, pensó cuando

caminaba alrededor del sofá, del sillón, bordeaba la mesa, tocaba las sillas lacadas en blanco, acariciaba el aparador plateado y observaba los lienzos que colgaban de

las paredes, era llenarla de nuevos recuerdos y aquel espejo estorbaba a sus propósitos.

—No me gusta el espejo, deberías reemplazarlo por algo diferente. Parece que

está fuera de lugar ya que se ve demasiado antiguo para el resto del mobiliario.

—Creo que se lleva lo *vintage*.

—Vaya, Andrés usando terminología especializada, ¡estás desconocido! ¿Sabes

que se llevan las paredes forradas de otros materiales, piedra natural tal vez?

—Ni siquiera has deshecho tu maleta y ya quieres tirarlo todo por la ventana.

Te advierto que todo esto es obra de un decorador muy famoso, que me cobró un

huevo por dejar la casa tal y como la ves. De haber pensado que debía forrar las paredes, creo que hubiese hecho esa indicación al tipo que realizó la reforma de toda la vivienda, ¿no te parece?

—Solo es el espejo. No me gusta —insistió, se miró en él y se peinó el cabello

con los dedos.

—Bueno, lo hablaremos.

—¿Puedo ver el resto?

—¿Por dónde empezamos?

—Por el dormitorio.

Sarabia se sorprendió al ver a Ollero en casa de Curtis tan temprano.

Examinaba a Alina. La rumana llevaba puesta una bata de seda azul violáceo que hacía juego con sus ojos y parecía sentirse cómoda y relajada, como si estuviera en

su casa. Nunca la había visto con aquella expresión risueña. Se la veía feliz y parecía otra persona, como si de lo sucedido semanas atrás no quedara ni rastro.

Curtis, sentado en el sofá, hacía preguntas a Ollero.

—Entonces, ¿todo perfecto? —preguntó. Lo hizo nervioso y se sorprendió

gratamente por experimentar aquella sensación cálida y agradable cada vez que miraba a Alina, la acariciaba o dormía con ella.

—Perfecto. Le quitaré la escayola este próximo sábado.

—Has hecho un buen trabajo, doctor. —Curtis estrechó su mano.

—La paciente cicatriza bien, así que apenas van a quedarle señales. Que

continúe con los apósitos cicatrizantes y que no olvide ponérselos para salir a la calle. Además, la enfermera que ha estado a su cuidado es muy eficiente.- Ollero sonrió.

—Por cierto, Curtis, ¿dónde está Merche? —preguntó Sarabia.

—Vaya, no se ha despedido de ti, menuda hermana más desnaturalizada que

tienes. Se fue ayer y ya no va a volver.

—¿Que se fue? ¿A dónde? —Ernesto se sorprendió.

—La despedí. La muy ingrata se ha ido a trabajar a casa de otro tío, un tal Andrés Castillo.

—¡Jo... joder! —balbuceó Sarabia—. ¡Cojones con el Rubio, qué calladito se lo

tenía!

—Eso mismo fue lo único que acerté a decir cuando me di cuenta de lo que se

cocía en mi propia casa. Merche no le pedía permiso para dirigirse a él.

—Entiendo... Imagino que era lo que tenía que pasar. Ya decía yo que estaba un

tanto raro el colega. Ahora me cuadra todo. Me alegro por ambos, la verdad. El tiempo lo cura todo y esto ya duraba demasiado. Por cierto, pensaba que iba a encontrármelo aquí. Ya estoy en forma, Curtis. Nos marchamos a Miraflores el próximo lunes, si no nos necesitas aquí.

—Yo también estoy en forma, amigo. —Curtis sonrió y se levantó. Acarició la

cara de Alina y ella le devolvió una sonrisa.

—Ya veo. No has esperado a que quiten el yeso a la chica —comentó Sarabia.

—Alina tiene dos manos y una está perfecta.

—Me estás confundiendo. ¿Entonces, no quieres que vayamos a investigar para

ver si averiguamos algo en Miraflores?

—No, Ernesto, eso no ha cambiado. Quiero que vayáis, preguntéis e

indaguéis.

Y quiero que me traigáis buenas noticias al respecto. Sin embargo, los motivos por

los que necesito saber no son los mismos que los que tenía hace unas semanas. De

hecho, desde hace unos días, nada es igual. Estoy relajado porque Alina me ha dado

lo que necesitaba para estarlo. —Curtis miró a la rumana. Ollero le había puesto un

tensiómetro en el brazo y asentía con la cabeza indicando que todo iba bien.

—Llamaré a Andrés y nos pondremos en marcha.

El teléfono comenzó a sonar insistentemente. Paró y volvió a sonar, mientras Merche jadeaba y gemía y el Rubio con las manos en las caderas de ella para sentir

su sensual balanceo, observaba cada gesto de su cara y cada nota minúscula de placer que asomaba a su rostro congestionado. Una gota de sudor resbaló por su frente y bajó hasta llegar a su boca. Merche sacó la lengua y, sin dejar de mirarlo, la atrapó, saboreándola. Luego se inclinó y besó sus labios con ternura.

—Espérame unos segundos más, mi amor —pidió al Rubio, que aguantó la

llegada de su orgasmo para que ella alcanzara el suyo.

Explotaron sus cuerpos en un placer agónico, alcanzando juntos el éxtasis

cómplice de su reencuentro. El Rubio salió de ella con la relajación que se produjo

tras el placer, aunque Merche trató de retenerlo un poco más, sin éxito. Era la tercera vez que se amaban desde que se habían despertado aquella mañana. El teléfono volvió a sonar y Andrés, con gesto disgustado, se incorporó para cogerlo.

—Hola, Ernesto, sí, lo he oído, pero estaba ocupado. Ya...., te lo pensábamos decir..., lo sé, lo sé, ya hablaremos de este tema. ¿Cuándo? ¿Hoy mismo? Está bien.

Sí, está aquí, a mi lado. ¿Quieres echarle la bronca? No creo que se deje, es mayorcita para hacer lo que le venga en gana. ¿Tu bendición? Joder, Ernesto, hemos vivido unos cuantos años en penumbra y no necesitamos tu bendición ahora

que lo estamos haciendo a plena luz del día.

El Rubio miró a Merche que comenzó a decir “no” con el dedo.

—Dice que no quiere ponerse y que ya te llamará o irá a verte a tu casa. Que

para sermones, el cura, colega. Que sí, que sí, que voy a cuidarla bien. Sabes perfectamente lo que siempre he sentido por tu hermana. De acuerdo, me visto y estoy allí en media hora. Empezaba a pensar que eras un flojo... Si, se los daré tu parte, ¡pesado! —El Rubio colgó, se levantó y comenzó a vestirse.

—¿Qué dice mi hermano?

—Te manda recuerdos.

—No parece sorprendido de lo nuestro.

—No lo está, como tampoco le sorprendió a Curtis. Imagino que los únicos que no confiábamos en nuestros recuerdos y en nuestro anhelo de revivir lo que habíamos tenido, éramos nosotros mismos.

—¿Y a dónde vais? ¿Cuánto tiempo me dejarás sola?

—Tranquila, nena. No es una misión imposible. Vamos a buscar a Noelia. Y no

tienes por qué quedarte aquí. Puedes ir a ver a Alina.

—Creo que no lo haré, Andrés. Acabo de dejar la casa y no deseo parecer anhelante por volver a servir a tu jefe. Ya solo lo es tuyo puesto que me dejó marchar y ya no le pertenezco.

Merche parecía necesitar una contrarréplica. No la obtuvo. Andrés no

consideraba a Curtis su jefe sino su amigo. Tampoco creía que Daniel la hubiera tratado nunca como una criada.

—Todavía sigue con eso, aunque ha pasado ya bastante tiempo… Creí que

estaba mejor —la voz de Merche sonó preocupada.

—Todavía.

—Vaya, mi intuición me ha fallado.

—¿Por?

—Porque tenía la sensación de que Alina haría olvidar a Curtis.

Andrés sonrió y se acercó a la cama. Merche se había incorporado y le

observaba anhelante, como si mendigara una nueva caricia. Tomó su rostro y besó

sus labios con ternura. Luego deslizó su boca por su cuello y succionó hasta que notó que ella comenzaba a excitarse de nuevo. Bajó un poco más y continúo por sus

senos, mordisqueó sus pezones y la empujó con delicadeza para que se tumbara y

continuó hacia abajo hasta llegar a su ombligo. Merche acarició su cabello mientras

Andrés bajaba, insinuando de aquel modo que deseaba que continuase su recorrido.

La humedad de su lengua se perdió en la de su sexo y ella enmudeció, dejándose llevar por el camino más dulce.

Andrés había prometido a Sarabia que llegaría en media hora, pero sabía que

no iba a ser así. No le preocupaba que Ernesto le recibiera con cara de pocos amigos. Satisfacer a Merche era lo único que le importaba en aquel momento. Ella

apoyó los codos en la cama y se incorporó ligeramente. Mientras la lengua de Andrés se perdía ávida por saborearla, Merche gimió y jadeó y, sin embargo, él lo

único que oyó fueron los suaves gemidos de placer de una mujer enamorada. Le gustaba oír su voz de gata y ese cálido ronroneo

cuando hacían el amor. Tenía ese

sensual sonido grabado en la memoria. Ya no era recuerdo, pensó Andrés, era presente y aquel presente era el que había soñado recuperar durante tanto tiempo.

No iba a perder de nuevo a aquella mujer. Y solo cuando ella volvió a estremecerse

y percibió el placer del orgasmo en su boca, terminó de vestirse y se dirigió a casa de Curtis.

Cuando llegó, Sarabia, que estaba recostado en el sofá, hizo un gesto a modo

de saludo y le pidió que se sentase a su lado. Curtis entró en el salón, recomponiéndose la ropa. Minutos antes había vuelto a hacer el amor con Alina. Le

había desabrochado el cordón de la bata de seda y había dejado su cuerpo desnudo y

expuesto para ser contemplado.

—Quisiera abrazarte y no puedo con esto en mi brazo. ¡Maldita escayola!—se

había quejado Alina.

—Tranquila, nena, lo haré yo por ti.

Después de amarla, la abrazó y ella se había acurrucado en su pecho durante unos minutos. Curtis había dejado a Sarabia conversando con Ollero, tras examinar

este a Alina y comprobar que su recuperación continuaba conforme al ritmo deseado. Se había despedido del médico con un gesto amable, había tomado a Alina

de la mano y se la había llevado al dormitorio.

Ya en la alcoba, Alina se había quedado desnuda frente a él, inmóvil como una

estatua. Daniel se desvistió con premura y sin apartar sus ojos de su desnudez, la cogió en brazos y la tumbó en la cama. La dulzura de aquel hombre entre las sábanas, hacía imposible imaginar que el día

anterior podría haber dado una paliza

a cualquier gilipollas que se le hubiera puesto chulo, o inflado a hostias a una de sus putas si esta había bajado el ritmo de trabajo sin motivo aparente.

Pocos conocían aquel lado humano que había empezado a mostrar a la rumana.

Ella lo había sacado con relativa facilidad y, mientras la tomaba sin prisa, mientras le hacía darse la vuelta para contemplar la redondez de sus nalgas y la penetraba de aquella manera, mientras la hacía gemir de placer, aguantando su orgasmo para hacerla llegar al clímax primero, se preguntaba qué tenía ahora aquella mujer de la

que ya había gozado tiempo atrás junto a Noelia, que tanto le maravillaba en ese momento. ¿Qué había cambiado para que sintiese que ya no podía prescindir de ella, para que la hubiera descubierto en aquellos últimos días y no cuando la poseyó por primera vez? “Ciertas mujeres, pensó, son como las orugas. Sufren un cambio

espectacular ante nuestros ojos y se convierten en bellas mariposas”.

El detonante de esa transformación, lo que hizo que después de tantos años de

conocer a Noelia cuando era una adolescente y aún no se había fijado en ella, había

sido, sin duda, que la insignificante oruga se había convertido en mariposa.

Alina había aparecido en su casa envuelta en moratones, magulladuras y carne

abierta y tumefacta, con un brazo fracturado y sin apenas fuerzas para hablar. Y

había renacido convertida en mariposa, extendiendo sus alas ante él, unas alas de hermosos dibujos en tonos violáceos, como sus ojos, pensaba mientras la

contemplaba. Dejó de ser una puta para convertirse en una mujer deseable y había

visto producirse aquella metamorfosis delante de sus ojos y ayudada

por su propia

fragilidad. Se dijo en aquel momento que de la fragilidad de ambos y de su propia

debilidad tras el abandono de Noelia, podía haber nacido la fuerza para olvidar y,

tal vez, para perdonarla, cuando la encontrase.

20

Planes, decisiones y una nueva vida

Santiago releía los apuntes de su cuaderno, acompañado de una cerveza y unos

frutos secos. Algunas cáscaras se habían caído al suelo, aunque ni siquiera se molestó en barrerlas. Tenía los pies sobre la mesa y los cojines que adornaban el sofá estaban tirados por el suelo. Pilar no estaba en casa para reprender su actitud ni por la postura ni por deshacerse de los cojines de aquel modo tan poco ortodoxo.

“Qué extrañas son las mujeres”, dijo para sí, “compran cosas inútiles solo para que

hagan bonito y crear un ambiente acogedor, como dice Pilar, y luego todo lo que trae a casa solo sirve para mirar y complicarme la vida, como estos estúpidos cojines que estorban cada vez que me siento. Hacen juego con el color del sofá y de

las paredes, pero no sirven para nada, ni siquiera para ponérmelos en los riñones cuando me duelen”.

Acababa de colgar el teléfono a su amigo Rubén y, tras la conversación, hizo

unas cuantas anotaciones en rojo en el margen de la hoja. Rubén Rojas había alquilado a su nombre un pequeño apartamento en una céntrica calle de Barcelona, a

unas manzanas de la zapatería Darío, propiedad de la mujer de un

compañero, donde Noelia comenzaría a trabajar nada más instalarse en la ciudad.

El subinspector Rojas había sido trasladado a la capital barcelonesa a petición

propia, hacía unos cinco años. Su mujer tenía allí sus raíces y, a pesar de vivir en Madrid desde los veinte años, echaba de menos su ciudad natal. Cuando comenzó a

sentir añoranza y melancolía de su tierra, Rubén decidió abandonar Madrid. Aunque

sonara poético, comentaba Rubén que la sonrisa de su esposa valía mucho más que

las vistas al Retiro de las que disfrutaban desde la ventana de su dormitorio.

Él y Santiago habían entrado en el Cuerpo de Policía en la misma promoción y

habían congeniado desde el primer día. Cuando su amigo le comunicó que iba a pedir el traslado, Santiago se entristeció, pero, por otro lado, lo entendió. “Pueden más dos tetas que dos carretas”, le dijo. Se dieron un abrazo y estrecharon sus manos. Con aquel gesto carente hoy en día del significado que tuvo en un pasado no

muy lejano, se dijeron “cuenta conmigo, tienes mi palabra de que estaré siempre para lo que necesites”.

Unos lazos invisibles e imposibles de romper y una sólida amistad de casi veinte años les unían. La relación entre ambos resistió la distancia y el tiempo y, cuando Santiago llamó a su amigo solicitando su ayuda, Rubén respondió como él

esperaba. La esposa de su compañero Nacho buscaba una dependienta. El piso que

había alquilado a su nombre era pequeño, pero estaba bien situado, además de resultar económico y estar listo para entrar a vivir.

—No tengas cuidado, Santi. Todo está atado y bien atado. No hay cabos sueltos.

Noelia estará vigilada hasta que comprobemos que todo va bien. Y

luego, a volar...

—Te lo agradezco, Rubén. Ella es una hermana para mi mujer y no podría

perdonarme que le sucediese algo.

—No te quepa duda de que la amiga de Pilar va a estar segura y terminará sintiéndose a gusto en Barcelona —insistió Rubén.

—Cuando vayamos para allá volveré a llamarte. Intuyo que lo haré en breve porque Noelia está casi lista para empezar su nueva vida. Mi mujer ha vuelto al pueblo para darle el último empujón.

—Me alegrará verte, amigo. Te enseñaré a disfrutar de la noche barcelonesa y

nos correremos una buena juerga como las de antaño.

—Claro que lo haremos, claro que lo haremos.

Santiago recordó por un momento sus correrías con Rubén y sonrió. Colgó el

teléfono, terminó su cerveza y llamó a Pilar. Su voz sonó extraña, algo metálica e

incluso falsa, por lo que se preocupó, aunque trató de disimularlo.

—Dentro de un par de días voy para allá. ¿Va todo bien, princesa? Te noto inquieta.

—No pasa nada, Santi, no veas fantasmas donde no los hay. Es solo que no me

encuentro bien, llevo días con el estómago revuelto. He debido coger algún virus estomacal. La vida en el campo no es lo mío, sabes que soy una chica de ciudad y

que lo rural no va conmigo. —Pilar intentó parecer relajada.

Hacía un par de días que Pilar había descubierto el motivo de sus mareos y de

que apenas retuviera alimento en el estómago. No eran nervios, no era la tensión con respecto a la situación ni se trataba de un virus

estomacal, no era estar lejos de Santiago, al que echaba de menos, ni tampoco el haber descubierto que Noelia y Javier se veían a escondidas, tras haber desoído él sus consejos con respecto a su amiga. Era algo mucho más sencillo que todo eso: estaba embarazada. Confirmó lo

que ya temía delante de un *Predictor*, esperando el cambio de color al lado de su amiga, cuando debería haberlo hecho junto a Santiago. Las circunstancias lo impidieron. “Resulta paradójico que mi embarazo tan trascendente hayan tenido antes conocimiento Noelia y Javier y no tú, cariño”, pensó tras colgar el teléfono.

Se sentó en el sofá del salón, cogió una revista y comenzó a leer un artículo sobre

las relaciones de pareja.

—Menuda sarta de estupideces —comentó en voz alta—. Qué distintos somos

Santiago y yo, qué extrañas circunstancias nos unieron, qué historia la nuestra tan singular y, sin embargo, somos el *yin* y el *yan*, nos complementamos. Si fuera por lo que dice este artículo, no habríamos durado un mes. ¡Quién lo diría, Noelia!

¡Vamos a ser padres! No necesito leer manuales de psicología de pareja para saber

que envejeceré a su lado, a pesar de que seamos como la noche y el día. Es precisamente por ese motivo por lo que nos amamos. Le necesito y él a mí. Y

además, hoy más que nunca. Tendría que haberle dicho que viniera ya, pero me he

callado para que no se preocupara. Se supone que algo tan importante no puede comunicarse por teléfono. He tenido que morderme la lengua para no hacerlo. Y

aquí estoy, haciendo compañía a mi mejor amiga y hablando en voz alta, como si

estuviera loca. He perdido el culo dejándolo todo y viniendo hasta aquí para ayudarla a olvidar y me he encontrado con que no me hace ni puto caso porque se

está tirando al amigo de mi marido. Aquí estoy, en este pueblo olvidado, cuando yo

no aguanto lo rural. Me paso las horas sentada en este viejo sofá, leyendo revistas

femeninas que, entre recetas de cocina, horóscopos y ridículos consejos sobre cómo llevar mejor tu relación de pareja, me están provocando ganas de vomitar, mientras que Noelia y Javier andan perdidos en algún lugar follando como locos. A

saber dónde cojones se han metido, que llevo media hora esperando para cenar. Que

no puede evitarlo, me dice, y yo tengo que entender lo que le sucede. Si parece que

ha vuelto a los dieciséis años, ¡hay que joderse! “Me siento relajada a su lado. No

hay tensión, no hay miedo, no hay motivo alguno para pensar que esto tiene futuro

y, sin embargo, tampoco lo hay para creer que no lo tiene. Simplemente, me dejo llevar por el momento y me siento bien”, me comenta, esperando que comprenda.

¡Pues no, no lo entiendo! ¿Para qué empezar algo que no va a tener continuidad?

“Precisamente porque sé que no volveremos a vernos, dejé que comenzara”, me contesta. Sí que somos complicadas las mujeres, no me extraña que los hombres digan que tendríamos que venir con un manual de instrucciones para poder

entendernos. Javier no me ha dicho nada al respecto. Le consta que lo sé, así que pensará que para qué darme explicaciones. Los hombres son diferentes, actúan sin

más, dan menos vueltas a las cosas. Creo que, como les va bien con esa actitud, nunca tratan de cambiar al respecto. Quiero que Santi venga ya. Cuento las horas.

¡Menuda sorpresa se va a llevar! Quiero mirarle a los ojos y averiguar qué le pasa

por la cabeza en el momento en que le comunique la noticia. Es policía, sabe ser frío, sabe mentir y sabe engañar, pero para mí sus ojos azules no albergan secretos.

Noelia y Javier acababan de hacer el amor cuando sonó el teléfono de este. La

situación no dejaba de ser un tanto peculiar, aunque Noelia intentaba mantener la compostura. Desnudo y aún jadeando había atendido la llamada de Margarita, que llamaba para preguntar cómo iban las obras de la casa.

—La cocina ya está acabada, con los muebles y los electrodomésticos. Vas a quedar maravillada, ¡hasta a mí me apetece cocinar en ella! También he quitado las

cortinas del salón, he tapado los muebles con ellas y lo he pintado. El color es una sorpresa. Después han ido directas a la basura. He colgado los cuadros que compramos y le guardado los otros en el desván. Y he puesto las barras para las cortinas nuevas, como me pediste. Cuando vengas las traerás, imagino. Vale... ¿El fin de semana que viene no vas a venir? Vaya, pensé que vendrías. Entiendo. Siento

lo de tu madre. ¿Quieres que vaya para allá? Dejo esto, recojo un poco y me presento en menos de tres horas —Javier fingió preocupación pese a que deseaba fervientemente que la respuesta de su mujer fuera que no era necesario—. Como quieras. Da recuerdos a la familia de mi parte. Espero que todo vaya bien para que

nos podamos ver el siguiente fin de semana. En cualquier caso, para entonces esto

ya estará listo. Yo también tengo ganas, cariño. Sí, Santiago regresa al pueblo. Se marchan ya. Lástima que no puedas despedirte de ellos. Lo haré, descuida, se los daré de tu parte. Te quiero. Un beso.

Javier no había dejado de mirarla mientras hablaba con su esposa. Ella estaba

apoyada en el costado y también lo hacía.

—La quieres…

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—Creo que está claro. La quieres —repitió Noelia.

—Tendemos a trivializar los asuntos del corazón y no todo es blanco o negro.

Supongo que sí, que la quiero a mi manera.

—Entonces todo será más fácil.

—¿Qué será más fácil?

—La despedida. —Noelia hizo una mueca a modo de sonrisa.

—Entiendo… Estás equivocada. A Marga la quiero todavía, aunque es un modo

de querer bañado por una mezcla de años de convivencia, de superar crisis y obstáculos, de tibios sentimientos, aunque no de pasión. A Marga la tengo cariño, quizás incluso la quiera —repitió— de ti me he enamorado.

Javier la miró esperando una reacción en sus ojos, pero no percibió ninguna.

La suya era una mirada fría, carente de luz y gastada quizá por el miedo que dan los años de opresión a los que había sido sometida.

—¿Tú amabas a Daniel?

—Hasta hace muy poco tuve la esperanza de que cambiara. Le pedí que lo dejase todo, que escapásemos los tres y que comenzáramos de nuevo en cualquier

otra parte.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Le querías?

—Le quise muchísimo. Creo que me enamoré de él el mismo día en que se

presentó en el barrio, tras años de ausencia. Todavía recuerdo lo que llevaba puesto, imagínate. Traje oscuro y camisa blanca, desabrochada, dejando parte de su pecho

al descubierto. El pelo con una media melena muy sensual y masculina y llevaba perilla, una imagen poco usual en aquellos años. Parecía salido de una película de

Hollywood.

Noelia se acercó a sus labios y lo besó. Un beso dulce y muy distinto a los que

acababa de darle hacía tan solo unos minutos después de hacer el amor.

—Seguí amándole cuando dije sí a su hermano, seguí deseando fundirme con

él mientras bailaba mi primer vals como esposa de Miguel Santos y le amé aún más

cuando supe que el hijo que llevaba dentro era suyo y no de mi marido. Nunca se lo

dije; pensé que no hacía falta. Le amaba a pesar de lo que vi, de lo que me hizo ver, de lo que me hizo vivir a su lado. Incluso accedí a no traer a Miguel a casa cuando

su padre murió. “Nuestra casa no es buena para que se críe un niño, nena, está mejor con su abuela”, me dijo y yo le creí. Accedí a que creciera lejos de mí y ni siquiera protesté. Durante un tiempo continué amando a Daniel a pesar de que me separó de

mi hijo y de que comenzó a compartirme con sus amigas. Imagino que pensó que su

peculiar modo de amar no me importaba. Acaté todas sus normas, incluso las sexuales, sin poner objeción alguna porque todavía pensaba que había esperanza para nosotros. Las mujeres siempre soñamos con cambiar al hombre del que nos enamoramos. Creo que todavía le quería cuando escapé de él.

El rostro de Noelia reflejaba un mar de sentimientos encontrados. Era

transparente y en sus ojos se reflejaba que aún había negación en todo lo que había

sucedido, como si lo vivido fuera un mal sueño.

—No puede quererse a quien te anula.

—Tienes razón, Javier, me anuló y me quitó mi sombra. Pero yo lo acepté y no

luché por recuperarla. Hay personas que, por nuestro carácter, nos acostumbramos

a las cadenas. Aunque las mías se rompieron un buen día después de tantos años, cuando tropecé con Pilar en el centro de Madrid. ¿La casualidad, el destino? ¿Crees

en el destino?

—No creo en el destino, Noelia. Creo que cada uno se labra sus oportunidades.

Sin embargo, tras conocerte, admito que tengo algunas dudas al respecto.

—Yo sí creo en el destino —confesó Noelia.

—¿Y cuál es nuestro destino, si puede saberse? —Javier acarició su rostro y se

acercó a su boca, mordisqueando sus labios con suavidad.

—¿Nuestro destino? Precisamente por eso te lo he preguntado. Tú y yo no

tenemos destino, no tenemos futuro, no tenemos nada. Somos dos personas de presente y momentos. Seremos recuerdo, pero jamás tendremos un futuro juntos, Javier. No compartiremos manta ni sofá, no habrá mañana para nosotros.

—¿Has oído esa historia de la mariposa que bate sus alas en China…, o es en

Australia? Bate sus alas y al otro lado del mundo se produce un tsunami.

—Creo que es en China. Sí, lo he oído. De hecho, no hace mucho, justo el primer día en que vine al pueblo, Pilar y yo mantuvimos una conversación en la que, curiosamente, esa famosa mariposa, revoloteó sobre nosotras.

—Tal vez ni siquiera tengamos un futuro en común y nuestro destino sea no volvernos a encontrar, Noelia. Lo único que te pido es que confíes en esa mariposa

que ahora mismo aletea sobre China. Esa pequeña mariposa ha conseguido que ahora, en este preciso instante, estemos abrazados.

Quizás dentro de unas semanas o

de unos meses, tú y yo tengamos mucho que decirnos. ¿Por qué no crees en el poder de las alas de una mariposa?

—Sí eres más feliz pensando así...

—Lo soy. Déjame esa ilusión, es lo único que tengo ahora mismo, Noelia. No

desmorones mi sueño.

—Ven —le pidió. Extendió los brazos, abrió ligeramente las piernas y sonrió

—. Si soy tu sueño, no seré yo quien lo rompa ahora.

Y, de pronto, imaginarias mariposas alzaron el vuelo desde China, batieron sus

alas arcoiris y un tsunami arrasó de recuerdos aquella habitación.

21

Una papelería en Miraflores

Las actividades de Curtis se habían reducido en las últimas semanas y parecía

que se le hubiera tragado la tierra. Apenas pasaba por los locales y tampoco tenían

constancia de ningún movimiento de interés en cuanto a entregas de mercancía. En

la comisaría llevaban cierto tiempo sin prestar atención a sus negocios ya que en Madrid había muchas bandas como la suya sobre las que estrechar el cerco policial.

Tan solo Santiago había reiniciado, después de tanto tiempo, su celosa

vigilancia. Lo había hecho sin contar con la autorización de sus superiores puesto

que sus motivaciones eran de carácter personal. Beretta le mantenía informado sobre las actividades de la banda en aquellas últimas semanas. La Flaca había abandonado la casa tras varios años trabajando para Curtis y en su lugar había entrado una fulana. El Rubio, Sarabia y los demás entraban y salían de su casa como

de costumbre, pero él apenas salía de ella. Eso y poco más, le comunicó.

—¿Y la puta?

—Trabajaba en el *Dama Blue*. Vino hecha unos zorros. Imagino que algún cliente insatisfecho le dio una paliza o que hizo una putada gorda y los subalternos de Curtis le dieron una lección. El caso es que la llevó a su casa. Ollero estuvo visitándola hasta hace unos días. No presté importancia a aquella tía hasta que la vi con ella anoche, por eso no te había comentado nada. Ha salido con la hermana del

Rubio todos los días pues ella ha sido su enfermera. Sin embargo, anoche lo hizo

del brazo de Curtis.

—¿Su nombre? —Santiago echaba un vistazo a unos documentos mientras

Beretta hablaba.

—Alina. Es rumana. Ayer ya no llevaba escayola en el brazo. Tras los

hematomas y las magulladuras, ha aparecido una tía bastante guapa. Creo que Curtis

ya no te causará problemas, Santiago. A juzgar por cómo paseaban de

acaramelados, está claro que el tipo ha olvidado a la amiga de tu mujer.

—De todos modos no me fío. ¿Y el Rubio y Sarabia?

—Haciendo su trabajo, aquí y a allá. Nada significativo.

—¿Sospechan que los vigilas?

—No me ofendas, Santiago. Soy una sombra. Algunos días he salido de

vigilancia con Mateus, que es todavía más sigiloso que yo. Las hojas

no crujen cuando nosotros las pisamos… Han ido de club en club y poco más. Sarabia ya tiene mucho mejor aspecto.

—¿Continúas pensando que al tipo le dieron por culo?

—Por culo es poco. Sarabia es un tío duro y la cara que ha tenido en las últimas

semanas no era la de gozar de una salud de hierro. Una paliza, un navajazo o un disparo. O las tres cosas. Ha estado bien jodido, pero se ha reestablecido prácticamente a la par que la puta. Es más, intuyo que le partieron las costillas defendiendo a la fulana. Esa tía es guapa de veras. Una rubita muy resultona. Curtis se la tira, estoy convencido de ello. Parafraseando el refrán, “a reina muerta, reina puesta”. La aparición de esa furcia te ha venido como anillo al dedo. Es evidente que él ya no muestra el mismo interés por encontrar a su mujer.

—Entiendo. Tal vez te convenga un descanso. Lo has hecho muy bien, amigo mío.

—Me lo tomaré. En serio, Santiago, creo que el peligro ha pasado ya. La putita

nos ha hecho un favor —insistió Beretta—. ¿Cuándo te vas al pueblo?

—Este fin de semana. Recojo a Noelia y me la llevo a Barcelona.

—Y la historia se acabó.

—Colorín, colorado.

—Es gracioso, parece un *déjà vu*.

—Si, esto lo he vivido ya.

—Lo hemos vivido, Santiago, y salió bien. La prueba es que estamos aquí.

—Barcelona no es mi casa. Pilar sigue estando protegida y lo estará siempre.

Noelia se saldrá de mi radar.

La metáfora debió parecerle ingeniosa a Beretta porque sonrió y arqueó una ceja.

—Rubén se encargará de todo en Barcelona, no le des más vueltas. Y

cuando vea que todo esta OK, la palomita volará sola.

—Beretta, ¿tú tienes pesadillas alguna vez? —preguntó Santiago de repente. Su

amigo le miró extrañado, pero enseguida entendió.

—¿Pesadillas por determinados actos que he cometido, que hemos cometido?

—rectificó.

—Sí.

—¿Te refieres en concreto a un acto necesario, un acto justo, un acto por el que

libramos a la sociedad de un indeseable que merecía acabar como acabó? ¿A ese acto en concreto? Porque ha habido más actos justos y necesarios, más actos liberadores. ¿Las tienes tú? —como buen gallego, Beretta respondió con una pregunta.

—A veces.

—Hace tiempo que dejé de tomar pastillas para dormir, amigo mío. Ni

pesadillas ni somníferos. No te quiebres la cabeza, Santiago. Hicimos lo que teníamos que hacer. Nadie echó de menos a ese mal nacido y nadie hizo preguntas.

Ese tipo de noticias tienen unos minutos en el telediario y nada más, son tan habituales que ya únicamente las utilizan como relleno en los informativos. Es más,

el italiano tuvo su minuto de gloria, que es mucho más de lo que tendremos nosotros cuando abandonemos este mundo. Le hicimos un favor, a fin de cuentas.

Fue famoso, salió en las noticias. —Beretta sonrió y dio una palmada en el hombro

a su amigo—. Sangre fría, Santi, sangre fría, como la tuvimos entonces. Todo saldrá bien, estoy convencido.

El Rubio conducía con dirección a Miraflores. En la radio, Melendi

cantaba su

último éxito. Sarabia, con los ojos cerrados durante casi todo el trayecto, tarareaba aquella canción, de amor y desengaño mientras se tocaba el costado al mismo tiempo.

—¿Todavía te duele?

—Apenas, pero ahora mismo estoy algo molesto. Si permanezco tiempo

sentado me dan pinchazos. Me estoy haciendo viejo, Andrés.

—No me jodas, Ernesto.

—No te jodo, tío, me siento así desde aquel día. Desde entonces, Sarita me pide

una y otra vez que me retire. Me martillea con esa letanía un día sí y otro también.

“Por favor, Ernesto, amor mío, que casi te pierdo, que no soy nada sin ti, te lo pido por los dos, por tu hijo y por mí”. La mando a tomar por culo y le digo que deje de

una puta vez de sermonearme. Sin embargo, en el fondo sé que está llegando la hora de mi retiro. Aquel cabrón me jodió bien y no únicamente por esto. Esta maldita puñalada me ha dado que pensar. —Señaló su costado.

—Suena mal, me refiero a lo de llegarte la hora. Menuda expresión.

—Bueno, no es la más apropiada, aunque siento que es así. Todo tiene su tiempo y yo ya estoy haciéndome viejo para este oficio. Ya no es por la herida del

costado o por la falta de reflejos sino por mi Sarita y el canijo. Podrían haberse quedado solos.

—Si te vas nos dejarás solos a nosotros.

—¿Solos?

—Los tres mosqueteros reducidos a dos, Sarabita. Ya no tiene gracia.

—¿Y los demás? Vaya puta banda si únicamente contamos tres, Andrés.

—Sabes muy bien a qué me refiero. Somos Curtis, tú y yo. Los demás solo son

peones. Y tú vas en medio, Ernesto.

—¿Merche no te ha planteado alguna vez dejarlo todo?

Por primera vez desde que su hermana se había ido a vivir con Andrés, habló

de ella. El Rubio hizo ademán de mirarlo. Sin embargo, continuó con la vista fija en la carretera.

—Quiero una casa con jardín aunque no sé si me acostumbraría a no hacer nada. Tampoco sé hacer otra cosa que no sea esto y no me imagino sentado en una

hamaca, dejando pasar los días. Echaría barriga y ya no le resultaría atractivo a tu hermana. —Sonrió.

—Con la pasta que tenemos podríamos jubilarnos, Andrés. Sarita me dice: “al

Caribe, mi amor, al Caribe los tres. Crucemos el charco y vivamos en un lugar paradisíaco”. Menuda imaginación tiene mi chica. Yo tampoco me veo llevando otra

cosa bajo la chaqueta que no sea la pipa, pero hay otros mundos además de este.

Tenemos pasta suficiente para montar un negocio y disfrutar de la vida. En eso doy

la razón a mi mujer. A ella no se lo digo porque se la doy en mi cabeza. De momento nada más que ahí tengo la idea de dejarlo todo y comenzar de nuevo.

—Al Caribe no me iría porque no se me ha perdido nada ahí. Me tira la tierra,

¡qué le voy a hacer, soy un patriota! De dejar esto, sería por una casita con jardín en alguna parte, a las afueras de Madrid —repitió Andrés.

A pesar de que tenía fija la vista en la carretera, sus pensamientos se perdían entre adelfas, laureles y madroños en flor.

—Un níspero, un cerezo y un pequeño estanque con carpas de colores

y con el

sonido del agua acariciando mis oídos. Tumbado en una hamaca y con una jarra de

cerveza helada en la mano.

—Pues Sarita sueña con daikiris, caipiriñas, mojitos y margaritas, gozando

bajo el sol caribeño.

—Y negros abanicándola.

—A mi nena solo la abanico yo. —Sarabia sonrió, encendió un cigarrillo y ofreció otro al Rubio.

—Joder, Ernesto, el viaje nos está sentando mal, menuda sarta de tonterías estamos diciendo —concluyó Andrés sin dejar de mirar la carretera.

—Tienes razón. ¡Vaya par de imbéciles! Pon el aire acondicionado que creo que este calor está empezando a afectarnos. Cambiando de tercio; cuando lleguemos

a Miraflores, ¿qué vamos a hacer?

—Iremos a la papelería.

—¡Andrés, tío, no me jodas, que no soy gilipollas! Me refiero a que si vemos a

Pilar, ¿qué haremos?

—Si vemos a Pilar, lo tendremos ya todo claro. Era la chica del italiano y la mejor amiga de Noelia. Blanco y en botella. La tía seguro que sabe su paradero. Es

más, si nos la encontramos al otro lado de ese mostrador, desalojamos la tienda tranquilamente y echamos el cierre.

—Tengo una enorme curiosidad por ver qué tal está Pilarín.

—Seguro que de puta madre. Es propietaria de una papelería en un pueblo de la

sierra. Igual vive en un chalet con jardín y, si me apuras, hasta con

piscina.

El Rubio sonrió con cinismo, aplastó el cigarrillo con los labios y este quedó

extrañamente doblado en su boca. Lo cogió, lo arrojó por la ventanilla y cambió de

emisora.

—Me pregunto cómo contactaría con ella Noelia dado que a Pilar se la tragó la

tierra después de lo de Marcelo.

—El mundo es un pañuelo tan pequeño que, la mayoría de las veces, ni

nuestros mocos caben en él.

22

La visita

La Negra abrió la puerta y sonrió al ver a Curtis. La Negra le estaba

sumamente agradecida por muchos motivos, pero jamás había sido esclava de

nadie, ni siquiera lo fue de su marido. Tampoco se consideró esclava cuando trabajó en el Dama, solo se sintió puta y sin posibilidades de ser otra cosa. Tras unos cuantos años en el oficio, se resignó a seguir siéndolo hasta que no valiera ya para ejercer la prostitución. Tuvo suerte porque un día en que nada presagiaba que

algo iba a ser diferente, todo cambió. Ese día dejó una marca en su piel. Ahora, curiosamente, cada vez que veía aquella cicatriz con forma de letra “D”, sonreía.

Curtis la apartó sin brusquedad y la observó con detenimiento. Había ganado un par de kilos desde el reencuentro con sus hijos. La felicidad debía haberle abierto el apetito y también había propiciado que le diera por la repostería. Esos maravillosos dulces que horneaba todos

los días en la cocina, no ayudaban a guardar la línea. En la casa no faltaban los *brioches*, panes de Pascua, magdalenas y bizcochos para desayunar y las *cookies*, pastas de té o rosquillas de anís para la merienda. Ahora no eran tres en casa, sino seis y. además, quería compensar a sus

hijos por sus años de ausencia a base de dulces. La casa ya no olía a ambientador de rosas sino a anís, canela, ajonjolí, limón y agua de azahar, a repostería casera.

La Negra devolvió la mirada de Curtis con curiosidad, intentando traspasar sus

pupilas y leer sus pensamientos. Luego fijó los suyos en el rostro de la mujer que lo acompañaba. Le sonaba aquella chica. Y de pronto la recordó por fin, de su paso por el *Dama Blue*. Ella se fue del club para entran a trabajar en casa de doña Fuencisla, unas semanas después de que la joven entrara a trabajar en él. Rumana.

Con carita de niña asustada y tan tímida que apenas hablaba. No hizo amistad con ninguna de las chicas durante el tiempo en que coincidieron en el local. Por aquel

entonces tenía el cabello largo y menos rubio, más bien dorado. Pero sus ojos seguían siendo igual de hipnóticos, de anuncio de revista, como si hubieran sido retocados por medio de *photoshop*.

Curtis saludó desganado y entró en la casa cogiendo de la mano a la chica. La

Negra se fijó en el detalle, “así que era eso”, se dijo, confirmando lo que ya pensaba. “No te delató tu mirada, nunca lo hace por mucho que yo me empeñe en mirarte e intentar meterme en tu cabeza a través de tus fríos ojos azules”, pensó la colombiana.

Los acompañó al salón y se quedó de pie, al lado de la puerta, esperando.

Curtis la miró de arriba abajo, soltó a Alina de la mano y sonrió. La Negra llevaba

una bata japonesa que dejaba poco a la imaginación. Doña Fuencisla estaba acostumbrada a aquella amable y simpática exhibicionista. Muchos años de puta habían dejado secuelas en su particular modo de vestir y, aunque ahora era algo más

recatada, todavía conservaba esa libertad de espíritu que manifestaba por medio de

su vestimenta. Ya nada sorprendía a aquella venerable mujer de pelo cano de su indumentaria. Incluso ella misma había cambiado las batas oscuras de eterna viuda

plañidera por otras de vivos colores y vistosos dibujos.

La anciana veía la telenovela en el salón. A su lado, en la mesita, una bandeja

con una taza de café y un platito con un trozo de bizcocho de naranja a medio comer. Su mano temblorosa se aferraba al mando a distancia del televisor. Saludó a

su hijo con una sonrisa de oreja a oreja e hizo ademán de levantarse, pero Daniel se lo impidió. La Negra se marchó a la cocina y al minuto trajo una bandeja con dos

cafés y unos trozos de bizcocho a los que había añadido un poco de nata montada y

chocolate caliente por encima. Volvió a mirar a Alina y esta le devolvió una sonrisa.

Por su mirada supo que la mujer no la recordaba. Desandando el camino hasta el sofá y de nuevo al lado de la puerta, observó la escena.

—No te levantes, madre.

—¿Ya es viernes, hijo?

—Sí.

—Hoy vienes acompañado. —La anciana miró a Alina de arriba abajo —.

Noelia, hija, ¡cuánto tiempo sin verte! Miguelito está en su cuarto jugando con la videoconsola. Anda, Evelyn, avisa al niño para que venga a dar un beso a su mamá.

Se pondrá muy contento.

—Madre, esta mujer no es Noelia.

Daniel se inquietó. Sabía por la Negra de los desvaríos de su madre, cada vez

más frecuentes. Demencia senil. No lo había comprobado por él mismo hasta aquel

momento y su mirada se perdió en los ojos de su madre, consciente de que pronto

dejaría de reconocer los suyos. Durante las anteriores visitas parecía hallarse bien y aquel cambio causó desasosiego en Curtis. Su madre pronto desaparecería de su vida.

—Es Alina, una amiga.

—¿Alina? ¡Qué nombre tan bonito!

—Encantada, señora —La rumana se agachó y besó a la anciana en la mejilla.

—¡Y qué guapa! ¡Claro que no eres Noelia! ¿Cómo he podido confundirte con

ella? Eres distinta a Noelia. Ella es muy guapa también, no quiero decir que no lo

sea, pero tú eres…, no sé explicarme. Soy tan vieja que las palabras se me amontonan en la cabeza y no me salen…, yo me entiendo. ¿Dónde está Noelia, hijo?

Hace mucho que no viene a ver al niño y eso no está bien. Miguelito está enfadado

con ella. Cuando vinieron a vivir con nosotros los hijos de Evelyn se puso muy contento y le cambió el humor. Ahora ya está otra vez enfurruñado. Necesita a su mamá, todos los niños necesitan a su madre.

—Está de viaje —comentó Daniel con desgana.

—¿De viaje? ¿Es por su trabajo? No recuerdo en qué trabaja. De hecho, ni siquiera recordaba que lo hiciese. ¡Menuda cabeza la mía!

—Sí, madre, Noelia viaja mucho por su trabajo.

—Tiene un trabajo de mucha responsabilidad, eso debe ser. Las madres de hoy

en día trabajan casi todas y algunas en puestos importantes. Y luego no tienen tiempo para dedicarse a su familia. Es una pena, pero claro, ella es una chica muy

lista y no puede desaprovechar su talento. Y tú, ¿también viajas? —La anciana miró

a Alina que permanecía de pie a su lado.

—No, señora, yo no viajo.

—Tu trabajo será de mucha responsabilidad, como el de Noelia.

—Bueno... —Alina titubeó.

—Ella trabaja cuidando de tu hijo. —Daniel rozó la mano de Alina con la punta

de sus dedos y la anciana no se apercibió de su gesto.

—¿De Miguel?

—No, madre, Miguel está muerto, yo soy Daniel. ¿No te acuerdas de mí?

—Claro, hijo. Tú eres el padre de Miguelito.

Los ojos de doña Fuencisla adquirieron un brillo del que carecían antes de iniciar aquella conversación.

—No, mamá, yo soy su tío, no su padre.

—No, hijo, te equivocas, tú eres el padre de Miguelito. Es tu vivo retrato, cariño, tu vivo retrato. —La anciana sonrió y se llevó un trozo de bizcocho a la boca.

Daniel, con el semblante serio tras la conversación con su madre, dejó a la anciana en el salón y se dirigió con Alina a ver a Miguelito. El pequeño estaba en su habitación jugando con la videoconsola . Miró a su tío con indiferencia y después a Alina y, sin mediar palabra, continuó con la partida. Daniel se acercó hasta el niño y le entregó una bolsa de plástico con el logotipo de unos conocidos almacenes.

—Hola Miguel, te he traído un regalo.

—¿Es un videojuego?

—Anda, ábrelo.

—Acércamelo.

—Venga, levántate del suelo y ven a saludar. Quiero presentarte a una amiga mía.

—No me apetece —dijo sin más.

Daniel se agachó y acarició la cabeza del muchacho, aunque comenzó a

irritarse por la desobediencia del pequeño.

—¿Quién es ella?

—Una amiga, acabo de decírtelo.

—¿Y mi madre? ¿Ya te cansaste de buscarla?

—No te entiendo.

—Lo entiendes muy bien, tío. —El niño dejó el mando en la alfombra y volvió

a mirar a su tío, ignorando a Alina—. Lo dicen todos en el barrio. Mi mamá se fue y

la estás buscando. Me lo han dicho también mis amigos. Y en el colegio lo comentan todos los niños e incluso los profesores. Me miran y sonríen, antes se burlaban de mí a mis espaldas, pero ahora lo hacen en mi cara. Ya les da igual, ni

siquiera disimulan. Dicen que huyó de ti porque la tratabas mal y que a veces la pegabas.

—¿Qué cojones dices, Miguel? ¡Yo jamás he puesto la mano encima a tu

madre, jamás!

—¿Entonces por qué se escapó? ¿De qué tenía miedo si no? ¿Por qué se

marchó si no era porque la tratabas mal? ¿Por qué me abandonó? Solo se abandona

a un hijo si se tiene miedo, ¡no hay ningún otro motivo para hacerlo!

El muchacho tenía ira en sus ojos. Por primera vez Daniel vio en ellos el mismo odio que había en los suyos cuando descubrió a Noelia molida a golpes, rota por fuera y por dentro, esa misma rabia con que lo miró su hermano cuando se

la entregó, tras confirmar sus sospechas acerca de su vástago.

—Quiero que vuelva y que no se vaya nunca más. La quiero aquí, conmigo, no

quiero a Evelyn y no quiero a la abuela Fuencisla. ¡Quiero a mi madre y la quiero

todos los días y no solo los viernes! ¡Quiero tenerla como todos los niños de mi clase tienen a sus mamás, no quiero ser diferente! ¡Quiero que regrese y que no vuelvas a hacerle daño!

—Las cosas seguirán así, Miguel. Hazte a la idea porque tu madre no va a volver. —Daniel se sentó en la alfombra y lo cogió del brazo. El niño se revolvió

—. No estás en condiciones de exigir nada, ¡no eres más que un mocoso! Tu madre

no volverá, de eso puedes estar seguro.

—¡Pues yo no quiero que sigan así, quiero que cambien, quiero a mi madre! —

insistió Miguelito, haciendo oídos sordos a sus palabras—. Evelyn y sus hijos están

juntos, tú los trajiste a España porque son una familia y los hijos tienen que estar con sus mamás. ¡Yo quiero estar con mi madre porque ella es mi familia!

Sus ojos se arrasaron, pero no llegaron a desbordarse. El odio era más fuerte

que la tristeza con que pronunció aquellas palabras y el dolor contuvo las lágrimas

como un dique lo haría con las aguas del mar.

—Miguel...

Daniel estaba confundido pues por primera vez el niño hablaba de Noelia como

su madre. Jamás se había referido a ella con aquella expresión desde que vivía con

su abuela.

—¡No quiero más videojuegos, la quiero a ella!

—¿Qué más te han dicho en el colegio, Miguel?

—¡No quiero hablar más contigo! —El muchacho cogió de nuevo el mando e

hizo intención de seguir jugando.

—¿¿Qué más te han dicho, Miguel??

Daniel gritó y la ira salió de sus ojos como llamas de una fogata. El niño se encogió sobre sus hombros, a punto de llorar, aunque sin dar señal alguna de estar

asustado.

—Que los Reyes Magos son los padres.

—¡Miguel!

—¡¡Que tú eres mi padre!! —Y rompió a llorar.

23

Papelería Montalvillo

La papelería estaba situada en la calle principal de Miraflores. Sobre su fachada

habían dibujado un original mural: niños jugando con personajes de cuentos.

Caperucita Roja, saltando a la comba con el lobo y la abuelita, los tres cerditos jugando a la rayuela, niños cogidos de la mano de los siete enanitos y de una risueña Blancanieves, otros corriendo con Bambi y detrás de ellos, Pepito Grillo y

Pinocho, de cuya larga nariz salían unas pequeñas ramitas con diminutas hojas color verde oliva. Todos se divertían y se los veía felices sobre aquel campo verde

alfombrado con florecillas de colores. A la derecha habían dibujado una librería repleta de libros. Dos de los niños, de puntillas, intentaban alcanzar uno de sus estanterías. Un enorme manzano daba sombra a otros pequeños que, tumbados

sobre la hierba, leían un cuento.

En el escaparate, las últimas novedades literarias, mochilas y plumieres, libros

de manualidades, un par de peluches y un caballete bajo el cual, exponiendo todos

sus tubos de pintura, se hallaba un maletín de óleos de madera de pino barnizada.

En la tienda únicamente había una mujer de unos cuarenta años muy elegante,

como si vistiera de domingo para ir a misa: zapatos de tacón interminable y un vestidito color *nude,* entallado y de encaje. Al sonido de la puerta al abrirse, se giró y los observó sin disimulo alguno. Al momento se dedicó exclusivamente al Rubio

a quien pareció comérselo con la mirada.

“Esta mujer pide a gritos un buen revolcón. Sus ojos la delatan ya que nadie mira así si no pasa hambre”, pensó Andrés mientras sonreía a la cuarentona. La mujer aún conservaba cierta lozanía, aunque los primeros signos de la edad se habían depositado en su rostro en forma de pequeñas arrugas en torno a su mirada.

Ella devolvió la sonrisa y volviendo a lo que estaba haciendo, continuó con su compra.

Sarabia se quedó en la puerta con las manos en los bolsillos de la chaqueta, vigilando para que nadie entrara en la tienda mientras el Rubio se acercaba al mostrador y se situaba a la derecha de la mujer. La dependienta continuó atendiendo

a la señora, dejando encima del mismo un cuaderno de anillas un portaminas y un

pilot rojo.

—¿Necesitas algo más, Amalia?

—Sí, dame un par de gomas de borrar y dos lapiceros. Los niños parece que se

los comen. Me paso el día aquí, comprando borradores y lapiceros.

—Es más divertido comerse otras cosas, ¿verdad? —comentó Andrés con una

sonrisa.

La señora y la dependienta le miraron sorprendidas. Natalia pareció

ruborizarse, pero la mujer sonrió de nuevo.

—¡Qué poco selectivos son estos críos! Ya aprenderán… —añadió Andrés.

—¿Alguna otra cosa, Amalia?

—Nada más, gracias.

—¡Qué pena! No quiere nada más la señora… —insistió el Rubio. Ambas

mujeres comenzaron a intranquilizarse, aunque la clienta intentó disimular su creciente desasosiego.

—No, ahora no —contestó, rebuscando en su bolso el monedero.

—Tal vez más tarde.

El Rubio perdió la vista en el escote de la mujer de un modo descarado y arqueó una ceja. “La tal Amalia está bien buena, lástima que estemos aquí por trabajo. El placer..., bueno, el placer ya lo tengo en casa, ¡qué cojones!”, pensó mientras contemplaba el canal que separaba sus senos.

La mujer se apresuró por pagar y dejó la vuelta de lo comprado en el

mostrador, sin siquiera despedirse de Natalia. Sarabia abrió la puerta y se fijó en él.

Ernesto sonrió y ella bajó la vista y aceleró el paso. Esperó unos

segundos y echó el cierre. Cuando esta quiso reaccionar ya fue tarde. Estaba encerrada con aquellos dos desconocidos y el corazón comenzó a latirle a toda velocidad. El Rubio saltó rápidamente al otro lado del mostrador y se quedó a un centímetro de distancia de

ella.

—Tranquila, nena, no hemos venido a robar sino a obtener respuestas. Cuanto

antes lo hagamos, antes nos iremos de aquí.

—¿Res... respuestas? —titubeó Natalia. Temblaba como una hoja.

—Tranquila —repitió el Rubio, tan cerca de la dependienta que esta podía

sentir su aliento en la cara—. Deja de temblar y escucha atentamente. Si eres lista saldrás de esta airosa y habrás vivido toda una aventura. No me gusta pegar a las mujeres, pero si tengo que darte una hostia, lo haré sin pestañear. Así que te conviene no hacerme enfadar porque pierdo los estribos con suma facilidad.

—Vayamos por partes. —Sarabia se acercó al mostrador, apoyó las manos en

él y miró a la mujer—. Sin lugar a dudas tú no eres Pilar Montalvillo.

—No, me llamo Natalia —contestó con un hilo de voz.

—¿Natalia qué? —preguntó Sarabia.

—Natalia Millán.

—Bien, Natalia Millán, ¿dónde está Pilar Montalvillo? Porque así se llama la dueña de esta papelería, ¿no es cierto?

—Sí...

—¿Es tu jefa?

—No, es mi amiga —respondió la mujer, asustada.

—¿Y dónde está ahora?

—Se fue a pasar unos días a un pueblo. Mientras ella está allí, yo atiendo su negocio. Quedó en llamarme el día antes de su regreso.

—¿Al pueblo? ¿Y qué pueblo es ese si puede saberse?

—El de su marido. No recuerdo el nombre —carraspeó.

—No nos pongamos nerviosos. Vamos a recapitular, ¿te parece, Natalia?

Sarabia miró el reloj y luego hizo un gesto al Rubio, quien tomó la palabra.

Natalia se tocó el pelo en un claro gesto de nerviosismo.

—Ya recordarás, ¿verdad? Seguro que si te esfuerzas un poquito, te acuerdas del nombre del pueblo. Ahora vamos a dejar pasar un poco de tiempo sin

presionarte, para que hagas memoria. ¿Sabías que los rabos de pasa son buenos para aumentarla? Y otras cosas también van bien…, aquí no veo rabos de pasa, preciosa. Sigamos con la conversación, mientras refrescas la tuya. ¿Y su marido está con ella?

—No, Santiago está trabajando.

—¿Trabaja aquí? ¿Podemos localizarlo en Miraflores?

—No, trabaja en Madrid, es policía.

—¡Coño! —soltó Ernesto, sin poder evitarlo.

—¿Poli? Santiago qué más. ¿Cómo se llama su marido? —preguntó el Rubio.

—Santiago Cárdenas.

Natalia miró asustada a Sarabia cuando este quitó las manos del mostrador al

escuchar el nombre del policía. Parecía que las hubiera puesto en una placa vitrocerámica y que se acabara de quemar.

—¡Cojones con la Pili! ¡Se ha casado con el puto madero que la tenía tomada

con nosotros cuando Marcelo aún no estaba criando malvas! Hacía ya años que no

sabíamos de él. —comentó el Rubio mirando a Ernesto con

incredulidad—. Ahora

entiendo cómo se la tragó la tierra cuando se cargaron al italiano. Voy a llamar a Curtis ahora mismo. Tiene que saber esto cuanto antes. La mejor amiga de la adolescencia de Noelia es ahora la mujer del policía. La aguja en el pajar que es imposible de encontrar... las piezas comienzan a encajar.

—Bueno, Natalia, tras este pequeño paréntesis sigo sin ver rabos de pasa por aquí. ¿Acaso los has visto tú? ¿Ya has hecho memoria, nena? —preguntó Ernesto.

—No recuerdo el nombre del pueblo. Me lo dijo, pero no me acuerdo. Era un

pueblo pequeño, casi una aldea. Lo nombró en más de una ocasión cuando me pidió

que me hiciese cargo de la tienda. Me comentó que se iba con una amiga para descansar durante unos días; no presté demasiada atención. Recuerdo que me dijo que prácticamente era un pueblo fantasma. Santiago pasaba allí los veranos cuando

era niño. Debe estar más o menos a dos horas de Madrid.

—Haz memoria, Natalia, que vas muy bien. El nombre de esa aldea está

almacenado en una parte de tu cerebro. Esfuérzate un poquito, cielo, te conviene hacerlo, te lo aseguro.

El Rubio echó un vistazo a las estanterías mientras Ernesto interrogaba a la mujer.

—Ese libro: “Amor debería escribirse con H”. Curioso título para una novela.

¿De qué va? —preguntó el Rubio.

—Historias cotidianas…, aunque, bueno, una de ellas no lo es tanto. Las

protagonistas son tres mujeres y sus tres maneras de entender la vida y las relaciones personales. Por sus profesiones, sus vivencias, sus parejas, su modo de

pensar, tienen poco que las una y, sin embargo, un buen día sus vidas

se cruzan y sus rumbos se hacen uno.

—Un resumen que despierta la curiosidad del posible lector… ¿La has leído?

—Sí.

—¿Y te ha gustado?

—Sí, me gustó mucho. —Natalia observó los ojos del Rubio y supo que tenía

que recordar.

—Hace siglos que no leo una novela —comentó este.

—¿Lo va a comprar? —Natalia le miró con gesto de asombro. El interés de Andrés por aquel libro la abstrajo de la realidad durante apenas un segundo.

—¿Comprar? No me hagas reír, bonita. Tomar prestado, robar, sustraer... Me lo llevo, sin más. ¿Recordamos ya, Natalia Millán?

Natalia miró al Rubio con incredulidad e hizo un gesto extraño con la boca, torciendo los labios como si estuviera midiendo lo que iba a decir. “¿Quién eres tú

para creerte mejor que yo, gilipollas? ¿Acaso un tipo como yo no puede mostrar interés por una novela?”, pensó Andrés.

—Creo que....

No pudo acabar la frase pues el Rubio estampó la mano en su cara. El sonido

de la bofetada retumbó en sus oídos y el estupor y la sorpresa al recibirla hicieron que Natalia se tambalease.

—Por favor... —acertó a decir la mujer. Sus ojos enrojecidos hicieron que las

lágrimas se desbordasen y comenzaran a resbalar por sus mejillas. Instintivamente

se llevó la mano a la cara cuando Andrés levantó la suya para golpearla de nuevo.

Ante aquel gesto de pánico de la mujer, se contuvo y esperó.

—Crees... —repitió el Rubio. Arqueó una ceja y la observó—. Vamos, Natalia,

que no ha sido para tanto, mujer. Te he dado con la mano abierta y esa hostia me ha

dolido más a mí que a ti, pero si continúo no voy a poder parar, así que no me obligues a repetirlo. No quiero cabrearme contigo, nena. No te gustaría verme cabreado de verdad.

Los ojos del Rubio se habían oscurecido a la vez que la mejilla de Natalia cambiaba a un color rosado intenso.

—El pueblo se llama...

24

Descubren al aliado

—¡Coño, no me extraña que fuera imposible de rastrear! Un puñetero plan de

huida orquestado por nuestro madero favorito. —La voz de Curtis denotaba

sorpresa. Sin duda alguna, la noticia lo había conmocionado.

—Eso mismo acabo de decir yo cuando lo he descubierto. El mundo es un

pañuelo, Daniel. ¿Qué hacemos con la dependienta? —El Rubio encendió un

cigarrillo y miró a la mujer.

—¿Cómo la ves?

—Acojonada —contestó el Rubio mientras miraba el cartel de “prohibido

fumar” colgado en una pared y exhalaba una gran bocanada de humo.

—¿Crees que hablará?

—Estoy seguro de que estará muda durante una buena temporada, pero

tampoco quiero arriesgarme a que mi intuición falle. Se trata de Santiago Cárdenas,

Curtis, y ya sabemos que ese puñetero poli nos tuvo acojonados durante bastante tiempo. Hasta los huevos acabamos de él. De pronto, dejamos de interesarle y ahora

hemos descubierto por qué. Uno de los dos nos deberíamos quedar aquí para tenerla

vigilada y que no se vaya de la lengua, por si las moscas. Además, Cárdenas estará

al caer. Tenemos su dirección. Vive a un par de calles de la papelería en un adosado.

Él está currando y la única que está en el pueblo es Pilar.

—Buen trabajo. Pero prefiero que os quedéis en Miraflores. Que uno no pierda

de vista a esa tía y que el otro esté pendiente de nuestro amigo el madero, hasta que os cercioréis de que todo continuará como hasta ahora, sin que nada enturbie el aletargamiento de nuestro policía favorito.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Me voy a ese pueblo perdido, cagando leches. Quiero descubrir si Noelia se

esconde en él, como imagino, y aclarar de una vez nuestros asuntos pendientes.

Llevo esperando este momento bastante tiempo.

—Ten cuidado y mantén la sangre fría, Daniel. Es la madre de Miguel.

—Pues ahora mismo no puedo enfriarla, hermano porque la tengo caliente.

Descuida. No tengo intención de cargarme a la madre de mi hijo, lo único que deseo es hablar con ella. Quiero saber por qué después de tantos años, decidió desaparecer y comenzar una nueva vida,

abandonándome a mí y abandonando a su

hijo. Es una cuestión personal, de honor, de principios. Cuando no entiendo algo me

cuesta dormir y no quiero seguir pasando noches en blanco por no entender. Y ya

de paso, que me devuelva mis diez mil putos euros. Me perderá de vista, nos perderemos de vista los dos, pero la pasta se queda conmigo. Con nada vino y con

nada se irá.

—¿Y el niño?

—Con su abuela, como tiene que ser. Ni con ella ni conmigo, alejado de los dos como hasta ahora. Este tema se finiquitó hace tiempo. La veré marchar definitivamente y nos despediremos como Dios manda; se irá como vino a mi casa:

sin más equipaje que una maleta.

El Rubio observó la tienda. Tras el mostrador, estanterías con material escolar

y de dibujo. A la derecha, una puerta que conducía a la trastienda y al lado de esta, una pintura sin marco que representaba a una mujer de largos cabellos castaños con

un vaporoso y transparente vestido blanco moviéndose al viento. Se acercó para leer el nombre de su autor y el descubrimiento le sorprendió: “P. Montalvillo”.

Miró a su derecha: dos soportes de pie con libros infantiles y otro con novelas.

Se acercó de nuevo a Natalia y la observó con detenimiento. Aunque no tenía ningún rasgo físico que destacara sobre otro por su imperfección, era una mujer más bien corriente. Cara redonda, ojos pequeños, cejas rectas y mal depiladas y unos labios excesivamente gruesos. Sin embargo su nariz era fina y pequeña, bonita

en definitiva. El resto de su físico tampoco acompañaba para que salvase aquel rostro sin atractivo. Algo entrada en carnes y con una

vestimenta poco femenina.

Chaqueta de chándal, vaquero ancho y desgastado y zapatillas deportivas de mercadillo. Recordó entonces a la mujer que acababa de dejar la papelería.

“Femenina y sexy. Una hembra difícil de olvidar. Madura, pero bien conservada, con las curvas justas, un trasero prieto que apetece acariciar, piel ligeramente bronceada, media melena, ondulada y cobriza, ojos verdes y almendrados y una nariz que, sin ser bonita, podía calificarse de correcta. La madurita tenía un buen revolcón”.

La simpleza de Natalia, su aspecto anodino y la invisibilidad de aquella mujer,

hizo que sintiera compasión por ella tras haber sido brusco de un modo gratuito.

Pensó que probablemente estaría casada como la mayoría de mujeres invisibles, a

pesar de que aquello no dejaba de resultarle toda una paradoja.

Ella permanecía quieta, frotándose la cara con la mano, con la cabeza baja y los ojos como si buscaran una moneda en el suelo, en un reducido espacio de diez

centímetros cuadrados. Ni siquiera pestañeaba. Debía seguir escociéndole la

bofetada puesto que había sido especialmente sonora. “Me pasé y lo hice porque esta tía no tiene ningún encanto. Si hubiera estado buena me hubiese costado más darle una hostia. Y me pasé porque me jodió que, en el fondo, se crea mejor persona que yo. En fin, mala suerte. La belleza está en el interior, pero mi piedad me sale de los ojos y esta pobre mujer es fea. Qué le vamos a hacer, hasta para que te

soplen una buena hostia con cierta consideración, como de mentira, tienes que tener

estrella y tú, nena, careces de la que a mí me gusta ver en las mujeres...”.

—Ven, Natalia. No tengas miedo, que no te voy a hacer nada.

El Rubio hizo un gesto con la mano y Natalia comenzó a temblar de

nuevo. Se

acercó a él y permaneció a su lado, sin atreverse a pestañear y entornando ligeramente los ojos, como si se estuviera preparando para recibir una nueva bofetada.

—Siento lo de antes, no volverá a suceder. Nos quedamos aquí, Sarabia.

Haremos labores de vigilancia. ¿Qué prefieres, madero o dependienta?

—Dependienta.

—Ok. Yo me voy para casa del poli. No me la trates mal, ¿vale? —El Rubio abrió el cierre y se dirigió a casa del policía.

—Escúchame con atención porque no lo voy a repetir. —Sarabia echó de

nuevo el cierre y miró a Natalia—. ¿Estás casada? —preguntó, al tiempo que se sentaba en el mostrador y se cruzaba de brazos.

—Sí.

—¿Niños?

—Uno de tres años. Se llama Manuel.

—Bonito nombre. ¿Tu marido está ahora en el pueblo?

—No, está trabajando.

—¿Trabaja en Madrid?

—Sí.

—Bien. Mira, Natalia, la puta mala suerte ha hecho que estuvieras hoy aquí; la

puta mala suerte también ha hecho que buscásemos información en este pueblo y que solo tú pudieses ayudarnos a obtenerla. Nos has sido de gran ayuda y agradecemos tu colaboración, aunque mi amigo haya tenido que refrescarte la memoria de un modo un tanto desagradable. Lo lamento mucho y estoy convencido

de que, en el fondo, él también está arrepentido de su brusquedad. Continúo. ¿Sigues atenta, verdad, bonita?

—S... sí... —balbuceó la mujer.

—Estupendo. ¿Quieres a tu marido?

—Sí.

—¿Mucho, poco, regular?

—Mucho.

—Lleváis años casados y continuáis queriéndoos como el primer día y además

sois papás. Qué hermoso, Natalia, tierno, tierno, como el pan de molde. —Sonrió de un modo cínico y la mujer se estremeció—. Me encantan los matrimonios bien

avenidos y los que tienen hijos pequeños me enternecen sobremanera. Yo también estoy casado y quiero a mi mujer. ¡Y soy padre de un cabroncete!

Sarabia hizo una breve pausa, sacó su pistola y apuntó con ella a la mujer.

Luego volvió a guardarla y observó a Natalia de nuevo.

—Si quieres seguir estando casada, ver crecer a tu hijito y que no le saque a tu

marido los higadillos por la boca, no dirás ni una sola palabra sobre el asunto que

nos ha traído a tu bonito pueblo. Si Pilar te llama, tú te muestras contenta y alegre como unas castañuelas y le dices que todo va como la seda. Si Santiago Cárdenas te

pregunta qué tal el negocio, tú que todo de puta madre y si tu queridísimo esposo te dice: “¿qué tal el día, cariño?”, tú le contestas: “no podría haber ido mejor, mi vida”.

¿Lo has entendido?

Natalia entornó los ojos, digirió sus palabras y no pudo evitar que el labio inferior le temblara haciendo un puchero como los niños pequeños.

—Estás asustada y lo comprendo. Mira, solo tienes que asentir con la

cabeza, así, arriba y abajo, como hago yo.

Natalia imitó el gesto de Sarabia. Su agitada respiración se podía escuchar.

—Muy bien, nena. Mujer precavida vale por dos y tú vales mucho, Natalia Millán. Sé que no harás nada para poner en peligro la vida de los tuyos. Vamos a quedarnos aquí sentaditos un buen rato, hasta que nos aseguremos de que no vas a

caer en la tentación de abrir esa boquita cuando nos larguemos. ¿Abrirás esa boquita, Natalia?

—No...

—Por supuesto que no porque eres una chica lista, ¿verdad? Serán pocas horas,

las necesarias para ver a nuestro amigo Cárdenas y saludarle. Con un poco de lectura se nos hará más amena la espera. A mí no me gustan las novelas, así que cogeré una revista. Coge otra y así se te pasará el tiempo más deprisa.

Sarabia sonrió de nuevo, escogió una revista entre las publicaciones de una estantería y comenzó a pasar sus páginas. Se detuvo en las de pasatiempos y cogió

un bolígrafo del mostrador. Miró a la mujer y, tranquilamente, comenzó a resolver

un *sudoku.*

Alina había estado pendiente de la conversación telefónica mantenida entre

Curtis y el Rubio. Curtis se puso la chaqueta, cogió su cartera y se enfundó la pistola. Con aquella arma encima parecía experimentar una extraña metamorfosis, pero ella ya no le tenía miedo. Se lo tuvo cuando lo vio entrar por la puerta del dormitorio el primer día en que la llevaron medio muerta a su casa. Incluso semiinconsciente, su sola presencia le produjo desasosiego.

Recordó que cuando ya se hallaba prácticamente restablecida, le venían a la memoria las noches que pasó en aquella casa, cuando Noelia todavía no había huido

de él. No habían sido muchas, aunque sí las suficientes como para sentir, ya entonces, algo muy especial por aquel hombre. Sin embargo y a pesar de que ahora

mantenía una relación estable con Curtis, continuaba experimentando una cierta inquietud. No era miedo sino una sensación extraña, cada vez que él entraba en ella.

Aquella se diluía cuando el deseo la invadía por completo. Nunca había sentido nada

igual por ningún hombre y todavía se estremecía al recordar que, cuando aún era una puta, la presencia de Noelia enturbiaba el placer que experimentaba con Daniel.

Cuando la llevaba a su casa, muy de tarde en tarde, toleraba proporcionárselo a su

mujer pues sabía que él también la poseería. Recordaba a Noelia. Era bonita y poseía unos rasgos suaves y una nariz casi perfecta. Sus ojos verdes y profundos parecían los de una gata asustada a punto de saltar por la ventana, huyendo de un peligro inminente. La recordaba con el cabello teñido de rubio oscuro y largo, ligeramente ondulado y con la raya en medio. También recordaba su cuerpo. De complexión atlética, bonitas y torneadas piernas, glúteos apretados y redondos y un

vientre liso con abdominales bien marcados. Sus pechos eran algo pequeños para su

gusto y no estaba operada. Los había tenido en sus manos y había mordisqueado sus

pezones color avellana. Ahora la odiaba más de lo que la odió cuando se acostó con

ella y con Daniel en la misma habitación que, desde hacía días, compartía con él.

Pero Noelia ya no vivía en la casa. Y ahora Daniel la había encontrado e iba a buscarla. La rumana apretó los labios y observó inquieta cómo Curtis cogía las llaves del coche y se las guardaba en el bolsillo.

—No me esperes para cenar, de hecho, no me esperes despierta porque no

tengo ni puta idea de si regresaré a casa esta noche —se limitó a decir

Curtis desde la entrada que ni siquiera la besó al despedirse.

—Maldita puta —dijo Alina en voz alta, en cuanto él cerró la puerta. Voló su mano por el aparador y el retrato de Noelia cayó al suelo. El cristal roto en mil pedazos alfombró el parquet, formando lágrimas alrededor de su fotografía.

A dos casas de la del policía, en la acera de enfrente, el Rubio esperaba dentro

del coche. “Bonita choza”, pensó, “tiene un hermoso jardín como me gustaría que

tuviera la mía. ¿Tendrá piscina? ¿Y enanitos como los de Blancanieves, o tal vez gnomos?”.

Una verja de hierro sin cubrir por seto alguno la dejaba expuesta a la vista de

los transeúntes. Adelfas en flor, blancas, rosas y fucsias, un laurel, un madroño, un manzano y un cerezo adornaban en la parte delantera de la vivienda. “Curiosa combinación ornamental”. Sonrió. “Puto madero. Qué bien montado te lo tienes. Y

te llevaste a la chica del italiano. Pilar estaba buena. Ojos tristes y cara triste, pero bien buena. Buenas tetas y buen culo, prieto, redondo, perfecto. ¡Joder, Santiago, qué calladito te lo tenías, cabrón!”.

En la papelería, Sarabia continuaba haciendo pasatiempos. Natalia, de pie, se acariciaba la cara de vez en cuando y parecía más tranquila, como si se hubiese dado cuenta de que, toda aquella pesadilla acabaría pronto y que solo era cuestión

de esperar a que transcurriesen los minutos y permanecer callada. “¿Qué aventura es esa que no puede ser contada?”, se dijo para adentro y, al hacerlo, se sorprendió por haber tenido aquel pensamiento, aunque hubiera sido por espacio de un segundo. En ese momento, Ernesto miró el reloj, cogió el móvil y llamó al Rubio.

—¿Ha venido nuestro amigo?

—Aún no, imagino que seguirá en la comisaría. Ya estoy cansado de mirar la

fachada de su casa. Me conozco hasta la última puta piedra de la valla

—contestó Andrés, mientras encendía otro cigarrillo.

—Vente para acá, que esto ya esta casi finiquitado. A no ser que Curtis nos diga

otra cosa cuando lo llame, nos vamos a casa. Que le den por culo al policía, ya regresaremos para tener una charla con él...

—Natalia se quedará muda, ¿no?

—Como una tumba, descuida.

Tras la conversación con el Rubio, Sarabia colgó el teléfono y llamó a Daniel.

—Hola, ¿llegaste ya al pueblo?

—Aún me queda una media hora. ¿Apareció Cárdenas?

—No.

—¿Seguro que no está con Pilar? —preguntó Curtis.

—Su amiga nos ha dicho que solo se fue al pueblo ella. De todos modos, hubiera sido mejor que alguno de los muchachos te acompañase.

—Ya te he dicho que este asunto tengo que resolverlo yo solo, Sarabia, así que

no insistas...

—Está bien, pero si cambias de idea, llama y nos tendrás allí en menos que canta un gallo.

—Iros para casa. Os mantendré informados.

En comisaría, Santiago terminaba de redactar un informe y miraba el reloj de

su muñeca cada pocos minutos. Aquel *Lotus*, cuya correa de cuero estaba bastante desgastada por el uso, fue un regalo de Pilar para celebrar el primer año de casados. También le obsequió con una increíble noche de sexo. De aquella noche todavía se acordaba y se le dibujaba una sonrisa al hacerlo.

Pilar no le había llamado en todo el día y estaba un tanto intranquilo por ello.

Además, últimamente la notaba extraña cuando hablaban por teléfono. La conocía bien y sabía que algo la preocupaba. No sería importante, casi con toda seguridad,

pero sí lo suficiente como para que su voz sonara distinta desde hacía varios días,

pensó. Decidió llamar antes de terminar la jornada porque, aunque sabía si algo malo pasa, siempre se reciben noticias, sentía la necesidad de escuchar su voz y comprobar así, que no tenía de qué preocuparse.

“Este malestar no se debe únicamente a mi inquietud por Pilar sino al otro asunto. Esto es lo que realmente me está quitando el sueño en los últimos días.

Aquel fin de semana iría al pueblo y llevaría a Noelia a Barcelona. Terminar un trabajo, poner la última pieza del puzzle siempre causa una cierta inquietud”, se dijo.

Había decidido ir solo al pueblo, a pesar de que Beretta se había ofrecido a acompañarlo. Era, en definitiva, un asunto personal. Solo él debía cerrar aquel círculo. Al igual que vio a Pilar coserse de un modo imaginario su sombra a los zapatos, deseaba ser testigo de que Noelia también recuperara la suya. El desasosiego cesó durante un segundo, lo justo para sonreír y marcar el número de

su mujer.

—Hola, princesa, ¿qué tal estáis?

—Hola, cielo, perfectamente. ¿Y tú cómo lo llevas? —Pilar intentó que su voz

no denotara ansiedad.

—No me has llamado y empezaba a intranquilizarme. ¿Seguro que va todo

bien?

—Seguro. Estaba haciendo tiempo para pillarte en casa.

—Ah, pues todavía estoy en la oficina. Tenía bastante trabajo atrasado. El asunto de Noelia me ha absorbido mucho tiempo. Unos minutos más para acabar un

informe y me largo a casa. Hoy estoy cansado. Quiero quitarme los zapatos y relajarme viendo una película. Imaginaré que te tengo al lado y que recuestas tu cabeza en mi hombro.

—Pues pon Descalzos en el parque. Sabes que esa película es mi favorita,

"¡ *Shama, shama*, quema el pijama!". —canturreó nerviosa—. Esto es muy aburrido y te echo de menos.

—¿No habéis ido a montar a caballo ningún día? Al menos os distraeríais.

—Noelia sí, pero yo me he quedado en casa.

—¿Y eso? ¿Seguro que estás bien?

—Cielo, dos son compañía, tres son multitud. Javier y Noelia están muy bien juntos, demasiado bien, diría yo.

—Entiendo. ¡Vaya con Javier! Hasta los hombres felizmente casados caen en la

tentación ante una mujer joven, bonita, enigmática y desvalida.

—Dudo mucho que Javier sea un hombre felizmente casado. Le pedí que, por

su bien, se alejara de Noelia. Que me haga caso o no, no es mi problema. Yo no soy

su niñera y no tengo que estar cuidando de ella todo el santo día.

—Te quitaré el peso que estás soportando en cuanto llegue al pueblo, te lo prometo.

—Te echo de menos —repitió Pilar. Al hacerlo, su voz se quebró.

—Dos días, nena, dos días nada más.

25

El escondite de la mujer sin sombra

El Rubio regresó a la papelería y halló a Natalia sentada en una silla plegable.

Sonrió, apoyó los codos en el mostrador y observó a Sarabia. Este continuaba resolviendo *sudokus* y la mujer, con una revista en sus manos, parecía tranquila.

—¿Todo bien, Ernesto?

—¡De puta madre! Nos largamos de aquí porque ya está todo el pescado

vendido, ¿verdad, Natalia? ¿A que no tenemos por qué preocuparnos? —Sarabia la

miró e hizo un guiño cómplice a la mujer.

—¡Venga, hombre! Me gusta hacer turismo y no conozco este pueblo. ¿Qué

prisa tienes por que nos larguemos? —dijo el Rubio.

—Tienes razón, no la hay —admitió Sarabia.

—Pues eso. Vamos a tomarnos algo, invito yo. A ver, Natalia, indícanos un buen sitio para tomar unas cañitas.

—Muy cerca de aquí está el mesón *Maito*, justo enfrente del hotel *La Posada*.

No tiene pérdida, está subiendo esta misma calle. A menos de cinco minutos caminando.

Natalia señaló la puerta e indicó hacia la izquierda. Su cara se había convertido

en un poema al escuchar que aquellos delincuentes pretendían irse de cañas.

—Tranquila, no hace falta que nos indiques con el dedo, te vienes con nosotros

y nos vas diciendo. Ya que nos hemos hecho tan buenos amigos, sellemos nuestra recién adquirida amistad con un par de cervecitas. —Andrés observó a la mujer, que

comenzó a temblar casi al instante.

—Quiero irme a casa, por favor, dejen que me vaya. Juro que no diré nada.

—Primero una ronda, Natalia. Vamos, una cañita no hace daño a nadie. —El Rubio sonrió al tiempo que la mujer volvió a tocarse la cara en un acto reflejo—.

Por cierto, ¿sabes a qué hora suele llegar a casa el marido de tu amiga? No ha aparecido por su casa todavía y no quisiera irme del pueblo sin haberlo saludado.

—Suele volver tarde.

Natalia se había quitado la chaqueta del chándal hacía un rato. En la papelería el

aire acondicionado contribuía a que no hiciera calor, pero la mujer tenía la frente

bañada con pequeñas gotitas brillantes de sudor.

—¡Joder! ¡Podías habérmelo advertido cuando fui a su casa y no habría

perdido el tiempo esperando su regreso!

—Si me lo hubiera preguntado usted entonces… —Al momento se arrepintió

de haber contestado de aquel modo.

—Háblame de tú, nena, nada de formalidades, que somos amigos. Tienes

razón, Natalia, que estúpido he sido al no preguntar. ¿Verdad que estoy algo idiota

desde que el amor ha vuelto a mi vida, cuñado? —comentó el Rubio a Sarabia, en

tono jocoso.

—Un poco gilipollas sí que estás. Salgamos de aquí de una vez. Montad en el

coche, que yo voy echando el cierre.

Natalia se sentó en la parte trasera del vehículo como le indicó el Rubio y Ernesto lo hizo al lado de su amigo. Al llegar al restaurante aparcó el coche, abrió la puerta a la mujer y pidió a esta que actuase con naturalidad. En el mesón y tras un par de cervezas, Natalia pareció tranquilizarse.

—¿Te gusta leer? —preguntó el Rubio.

—Bastante —contestó ella, algo intrigada por la pregunta.

—¿En serio merece leerse esta novela? —Miró la portada y leyó el nombre de

su autora en alto.

—Creo que sí. A mí me gustó mucho. —Natalia carraspeó.

—Entonces, ¿me lo recomiendas?

El Rubio miró a la mujer y pensó que tras dos cañas más, incluso podría resultar hermosa. Esta pareció leerle el pensamiento porque se revolvió en su asiento y se puso tensa. Sin duda alguna prefería seguir siendo una mujer sin ningún atractivo para aquel desconocido. —Sí, le recomiendo su lectura —insistió ella.

—De tú, Natalita, tutéame, que somos amigos. Su autora es una mujer y tiene un

nombre poco común. “Aída del Pozo”. ¿Es un libro para mujeres? ¿Romántico, tal

vez?

—No creo que porque quien lo ha escrito sea una mujer, debas deducir tal cosa.

En cuanto a esta novela en concreto, yo no la describiría como romántica. De hecho, no sabría encuadrarla en un género en concreto —Natalia miró al infinito como si estuviera pensando qué responder.

—¿Sabes una cosa? No me gusta leer. Me aburre un poco y no lo hago desde

que dejé el colegio. Voy a pedir a mi chica que lo lea en alto para mí. Ella es más

culta que yo y ya va siendo hora de que recupere la costumbre de leer,

ya antes le

encantaba hacerlo.

El Rubio pareció rememorar. Varios años atrás, Merche solía leerle. Se

tumbaba en la cama después de haberse vaciado en ella, esta cogía el libro que estuviera leyéndole y buscaba la página en que lo habían dejado la noche anterior.

Bajo la luz de la lamparita de noche leía dos o tres páginas. Su cálida voz, como si fuera una nana, le invitaba a quedarse dormido, recostado en su pecho. Y cuando descansaba, ya en brazos de Morfeo, con sumo cuidado cerraba el libro, lo dejaba

en la mesilla y apagaba la luz para que siguiera soñando con la cabeza entre sus senos y, tras mirarle durante un rato, se quedaba también dormida. “¡Qué

maravillosos fueron aquellos tiempos de cálidos besos y acariciadoras lecturas!”, recordó Andrés.

—¿Crees que me gustará que me lo lea como si fuera un cuento? Antes lo hacía

y era muy agradable.

—A mi marido tampoco le gusta leer y yo se lo leí.

—¿Y le gustó escuchar la historia de tus labios?

—Mucho. Tiene un final esperanzador.

—¿He conseguido que te relajes, Natalia? —preguntó el Rubio.

—Creo..., creo que sí.

—Me alegro porque me caes bien, en serio. Ernesto, pago esto y nos vamos.

Aquí no tenemos nada más que hacer, salvo recordar a nuestra amiga que debe permanecer con la boca cerrada. ¿Boquita cerrada, Natalia?

—Boquita cerrada —repitió Natalia.

—Lástima que una aventura así nunca pueda ser contada, pero esto es lo que hay. Este pueblo es muy bonito, Natalia. Muy bonito y muy

pequeño. ¿Entiendes?

—Perfectamente.

—Ha sido un placer haberte conocido, aunque mucho me temo que no

volveremos a vernos.

—Descuiden, no les echaré de menos —Natalia dejó de tutearlos y el Rubio ya

no se molestó en corregirla.

—No nos cabe duda, nena, no nos cabe duda.

Sarabia, que durante todo el tiempo no había pronunciado una sola palabra, cogió su mano, sonrió y dirigió a la Natalia un efusivo: ¡encantado de haberte conocido! Cinco minutos después, los tres abandonaron el mesón *Maito* con la certeza de que aquello sería exactamente lo que sucedería.

Margarita observaba la escena mientras daba órdenes a sus empleados: Javier y

Noelia montaban a caballo y sonreían. La complicidad entre ambos era evidente. Él

había prometido que volvería a casa el fin de semana, pero acababa de comunicarle

que esperaría hasta el domingo.

Pilar había comentado que su Santiago las recogería el sábado y él quería quedarse para verlo y tomar unas cervezas con su amigo. El retiro de Noelia tocaba

a su fin, comentó Javier a su mujer. Algo decía a Margarita que cuando dejasen el

pueblo, su marido acabaría la obra y todo volvería a la normalidad. Atrás quedaron

las partidas de chinchón y las conversaciones banales con aquellas dos mujeres.

Incluso se preguntó por qué le había llevado su riquísimo bizcocho casero a aquella

completa desconocida. La prolongada obra de la casa del pueblo y la indiferencia mostrada por su marido durante las últimas semanas, no dejaban lugar a dudas.

“Podré ser muchas cosas, pero no estúpida”. Noelia tenía el atractivo de una mujer

frágil, desvalida y sensualmente desprotegida.

Llevaban varios años de matrimonio sobre sus espaldas y el peso de la rutina

era complicado de llevar. Se preguntó si todavía la seguiría queriendo y se dio cuenta de que hasta aquel día, jamás se lo había planteado. Viéndolos divertirse, al trote primero, uno al lado del otro y al galope después, paseando por los alrededores de la finca y perdiéndose durante horas, ciertas imágenes que no le gustaron, pasaron por su cabeza. Minutos antes Margarita había preguntado a su marido si deseaba que se quedara con él ese fin de semana.

—Si no te importa prefiero estar solo para terminar de recogerlo todo. Tú no

harías más que estorbarme, yendo de un lado a otro —contestó en un tono cortante.

Únicamente añadió que regresaría el domingo por la mañana. A eso de las

ocho Javier llevó a Noelia a casa. No se besaron ni antes ni tras bajar del coche y

solo se dieron las buenas noches cordialmente.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Pilar a Noelia.

—Ya sabes que sí. ¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

—Estás enfadada.

—¿Debería estarlo? —Miró a Noelia, que permanecía de pie, al lado del sofá.

—No deberías porque nada malo he hecho.

—Perdona, estoy un poco nerviosa. El domingo se acabará todo.

—No, el domingo comenzará todo, Pilar.

—No estoy segura de que pueda formar parte de ese comienzo, Noelia, y eso

es precisamente lo que me da miedo y me hace estar triste. Me gustaría que fuera así, pero estoy segura de que nuestra amistad te traería problemas. Tarde o temprano...

—Tarde o temprano confío en que podamos reírnos de todo esto y tarde o

temprano volveré a ver a Miguel. Nunca digas nunca, eso me lo enseñaste tú, amiga

mía. —Noelia sonrió y se sentó a su lado—. ¿Qué ves?

—Un programa de cotilleos. Ves uno y los has visto todos. No hay nada mejor

en la tele. Ya sabes, en verano únicamente hay reposiciones.

—¿Tienes apetito? Yo estoy hambrienta. Voy a hacer la cena. ¿Algún antojo en

especial?

—Huevos fritos con patatas. Y quiero la yema bien cruda para mojar mucho pan.

—¿Huevos fritos? ¿Estás segura? Son un tanto indigestos —comentó Noelia.

—Ahora que tengo mejor el estómago, me apetece comer un par de huevos

fritos, nena.

—¡Oído cocina!

Noelia sonrió de nuevo y se dirigió a la cocina. Pilar la siguió con la vista hasta que cerró la puerta del salón. Definitivamente, pensó, su amiga había recuperado su sombra.

El *GPS* llevó a Curtis al pueblo sin dificultad. Durante un rato, mientras conducía por aquella carretera tan oscura y llena de baches que se parecía a las que solían salir en las películas de terror, pensó que aquella mujer los había engañado

ya que no creía posible que alguien pudiese vivir en un lugar tan alejado de la civilización.

Unos cuantos kilómetros atrás había parado en un pequeño pueblo para

preguntar si iba en la dirección correcta Aquel era un pueblo como tantos otros, con gente paseando por las calles, iglesia y ayuntamiento y la carretera que lo atravesaba estaba perfectamente asfaltada. Unos minutos después de dejar el lugar,

el letrero que indicaba el camino hacia la aldea lo dirigió a una carretera abandonada a su suerte. Tierra yerma a su alrededor, algún montículo, rastrojos y

nada más. Al cabo de un rato, cuando divisó un conjunto de casas blancas, carraspeó

y paró el coche.

En la distancia imaginó su encuentro con Noelia. Supo, a juzgar por lo

recóndito en que se hallaba aquella aldea, que su mujer estaba escondida tras la fachada de alguna moribunda casa de tejas ennegrecidas y ventanas de madera carcomida. Incluso pensó que tendría algún cristal roto y las paredes exteriores mal encaladas, como si hubieran sido arañadas por las estaciones a su paso.

Encendió un cigarrillo y durante el espacio de tiempo que transcurrió desde la

primera a la última calada, su cabeza dibujó el rostro de la rumana y recordó sus ocasionales encuentros con ambas mujeres. No sabía exactamente las veces en que

las tuvo a las dos en su cama. Dos, tres, tal vez cuatro, dijo para sí.

Tampoco creía que hubieran sido más. Hizo memoria, pero no recordó si había preguntado alguna

vez a su mujer si deseaba mantener aquellos encuentros. Tiró el cigarrillo por la ventanilla y rebuscó más adentro de su cabeza.

—No. Jamás pregunté si le apetecía mantener relaciones sexuales con una

prostituta, como tampoco pregunté a Alina si quería aquello, simplemente jugué con ellas porque eso era lo que yo quería —dijo en voz alta, mientras encendía otro

cigarrillo.

Arrancó el coche y las casas fueron haciéndose más grandes. Varios minutos más tarde llegó al pueblo. Un anciano con una gorrilla de cuadros caminaba encorvado y muy despacio, ayudado por un bastón con el mango en forma de león.

Paseaba por una acera estrecha, casi rozando las fachadas de las casas. Curtis paró

el vehículo al llegar a su altura y preguntó por la casa de los abuelos de Santiago

Cárdenas.

—Está a un par de calles de aquí. Gire la primera a la derecha y continúe de frente hasta el final. Es una casa bastante vieja, con contraventanas de madera. Él no vive aquí. Ha estado deshabitada hasta hace poco.

—¿Y sabes usted quién vive ahora en ella?

—Su esposa y una amiga. Él vino hace unas semanas con ambas, pero luego se

fue y se quedaron ellas dos solas.

—Gracias.

—No hay de qué. —contestó el anciano mientras se quitaba la gorra, a modo de

despedida.

Curtis arrancó el coche y observó por el espejo retrovisor. El anciano continuó

mirando hasta que giró. Pasó por delante de la casa y continuó, volviendo a girar a

la derecha. Paró el vehículo y lo aparcó delante de una casa de fachada encalada con rejas en las ventanas. Esperó en el coche durante unos minutos, preguntándose qué

diría a Noelia en cuanto la tuviese delante, sin hallar respuesta.

Al cabo de un rato salió del vehículo y caminó en dirección a la casa. Ya frente

a la puerta, estuvo parado unos minutos sin tocar el timbre. Era extraño, pensó, tanto tiempo deseando encontrarla y ahora que estaba convencido de que ella estaba

al otro lado de aquella puerta, no sentía nada por Noelia, ni siquiera el deseo de volver a verla. Y, sin embargo, había conducido hasta aquel apartado lugar con ese

propósito. Unas semanas antes no hubiera imaginado que iba a estar así de vacío e

indiferente. Se aclaró la garganta, se echó el pelo hacia atrás y tocó al timbre. Una vez. Y esperó.

26

¿Me esperabas?

Pilar llevaba unos días encontrándose mejor y sin sentir náuseas. El color había

vuelto a sus mejillas y anímicamente tenía ganas de hacer mil cosas a la vez.

Realizaba tareas en la casa, resolvía pasatiempos, canturreaba e incluso daba largos paseos por los senderos cercanos al pueblo.

Acababa de apagar la televisión, se había acomodado en el sofá y echaba un vistazo a una de las revistas del corazón que Javier había

traído aquella semana. En la portada, sobre grandes letras rojas y exclamaciones, la expresión “pillada *in fraganti*” y la foto de una famosa cantante norteamericana a la que los *paparazzis* habían sorprendido con su nuevo amor en un conocido restaurante neoyorquino.

Pilar hizo un comentario en voz alta y continuó leyendo la publicación.

Noelia se había puesto ropa cómoda y preparaba la cena. Cuando terminó,

voceó que ya estaba lista. Pilar se levantó, fue a la cocina, sacó platos y cubiertos del aparador y se dispuso a poner la mesa. Un minuto después se sobresaltó al oír el timbre de la puerta. Antes de que llegase a abrir, sonó de nuevo. Miró con cautela a través de la mirilla, pues no esperaban a Javier. Dio un paso hacia atrás y, casi al instante, comenzó a temblar. Quiso gritar y poner sobre aviso a su amiga, pero, presa del pánico, ningún sonido salió de su garganta.

Corrió al dormitorio en busca de la pistola que Santiago les había dejado para

su protección y trastabilló al hacerlo. Desde la cocina, Noelia alcanzó a ver a su amiga dirigirse a toda velocidad hacia la alcoba y, apenas un segundo más tarde, el

estruendo de la puerta al romperse, hizo que comprendiera. Ni siquiera pudo reaccionar.

Curtis corrió hacia Pilar, la agarró del pelo y la arrastró hacia la cocina. Había

entrado en la casa como una exhalación y no era así como había imaginado su reencuentro con Noelia unos minutos antes. Miró a su mujer por una décima de segundo y luego a Pilar, que se cogía el cabello con ambas manos intentando soltarse. Pilar se revolvía, gritaba y pataleaba, mientras Noelia, aterrada, se había quedado inmóvil a pocos metros de ellos.

Curtis empujó con rabia a Pilar contra los muebles de la cocina y el impulso hizo que cayera al suelo, golpeándose en la cabeza. Quedó tendida en el piso, inconsciente y en una extraña postura.

Daniel miró a Noelia, se puso el dedo índice en la boca y, con ese gesto, indicó

que guardase silencio. Luego cogió a Pilar en brazos, la llevó al salón y la tumbó

en el sofá. Cuando regresó a la cocina, se sentó en una silla y ordenó a Noelia que

se sentara a su lado. Sin embargo, esta continuó de pie, haciendo caso omiso a su

petición. Curtis no insistió. Noelia respiró agitadamente, exhaló un par de veces y recobró la calma, tomando conciencia de lo que estaba sucediendo. Daniel encendió

un cigarrillo y ofreció otro a Noelia, que declinó su invitación con la cabeza.

—Hola, Noelia. No te preocupes por Pilar. Tu amiga está bien, únicamente la he puesto a dormir.

—¡Está embarazada, Curtis! —fue lo primero que logró decir Noelia, tras su reencuentro con Daniel.

—¡Qué grata noticia! Cuando recobre el conocimiento la felicitaré. Conozco su

domicilio en Madrid, así que llevaré un regalito al crío cuando nazca. Lástima que

el crío no vaya a conocer a su papá, porque, como comprenderás, después del giro

que han dado los acontecimientos, voy a cargarme a ese puto madero. Supongo que

te habrá sorprendido mi visita, ¿verdad? —continuó Curtis, mientras arqueaba una

ceja.

Echó un vistazo a la cocina y descubrió en la encimera un plato con huevos fritos y otro con patatas. El fogón estaba salpicado con gotas de aceite y había cacharros sin fregar en la pila. Un mantel de vivos colores cubría la mesa, adornada con un cesto de frutas de plástico.

—Sí, me ha sorprendido. Jamás pensé que volvería a verte.

Noelia le miró, comprobando que los brillantes ojos azules de Curtis

no

dejaban que adivinara sus pensamientos. Aquella frialdad recordó a Noelia su manera de amarla, cómo había controlado su vida durante años y el modo tan perverso que tenía de comerse su sombra cada día con solo mirarla. Todo lo que había comenzado a olvidar vino de nuevo a su cabeza mientras observaba su intensa

y fría mirada.

—Este pueblucho es un buen lugar para esconderse —comentó Curtis mientras

paseaba la vista por la cocina.

—¿Cómo diste conmigo? —Noelia miró disimuladamente la encimera,

buscando algo con lo que defenderse.

—Ni lo intentes, nena. ¿De veras no quieres sentarte?

Noelia se acercó hasta la mesa y continuó de pie.

—Prefiero no sentarme, a no ser que me lo estés ordenando.

—Haz lo que gustes, no te lo estoy ordenando. Si quieres quedarte de pie, por

mí puedes hacerlo. En cuanto a lo de encontrarte, tengo que reconocer que la aguja

fue difícil de hallar. Por un momento pensé que no daría contigo. Digamos que fue

un golpe de suerte, la fortuna me sonrió en forma de pequeña tarjeta. La encontró

Merche bajo tu cama.

—¿Una tarjeta?

—¿Sabes aquello de que no existe el crimen perfecto? Hasta el más inteligente

de los asesinos deja algún cabo suelto. La tarjeta de la papelería *Montalvillo* fue tu cabo suelto. Siempre hay cabos sueltos, el caso es hallarlos.

Curtis sonrió, se levantó y puso los platos con la cena encima de la mesa. Se sentó de nuevo, aplastó el cigarrillo encima del de huevos fritos y cogió una patata del otro.

—Lo demás fue sencillo, sabes cómo trabajan mis chicos. La amiga de Pilar cantó hasta *La Traviata*.

—¿Está bien?

Noelia se acercó a Curtis, quedando tan cerca de él que casi podía escuchar su

respiración.

—¿Por quién me has tomado? Ella no tiene la culpa, pobre mujer, pero tenía la

información que mis chicos fueron a buscar a Miraflores y debía colaborar.

—¿Qué quieres, que me vaya contigo? Porque no voy a hacerlo, Daniel.

—Siéntate y hablemos. A eso he venido, nada más.

Merche se mecía ligeramente en una de las hamacas de la terraza y disfrutaba

de los últimos rayos de sol. Unas enormes gafas negras con montura imitación carey era lo único que llevaba puesto. Su cuerpo brillaba como un espejo debido al

aceite bronceador con ligero olor a coco con el que lo había masajeado En una mesita a su lado, un refresco de cola y un cuenco con galletitas saladas. Música suave: *Avalon,* de *Roxy music*.

Se incorporó y se dispuso a dar un trago a su bebida, cuando escuchó al Rubio

vocear que ya estaba en casa y, al segundo, apareció en la terraza. Vestía camiseta

blanca de algodón y vaqueros desgastados, parcheados con tela más oscura, un cinturón de cuero negro de tachuelas con una gran hebilla sujetaba su pantalón.

Merche subió sus gafas hasta la frente y le observó con detenimiento. Andrés era francamente atractivo. Deseaba que su barba de tres días acariciara suavemente su boca, lo deseaba muchísimo.

—No te esperaba tan pronto.

—Ya veo.

—¿Ha ido todo bien?

—Perfecto.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si te digo que no, ¿me la harías igualmente?

—Sí.

Merche se incorporó e hizo un gesto con su dedo índice para que se acercara a

ella.

—Veo que ya no tienes miedo de mí e incluso me mandas venir.

El Rubio se acercó y se agachó para besarla. Tocó su cara y bajó su mano hasta

su cintura, continuó despacio por uno de sus muslos y comenzó a acariciarlo.

—Estás muy suave y escurridiza.

—¿Debería tenerte miedo, Andrés?

—Tú no.

—Entiendo.

—En mi trabajo prefiero que me lo tengan. Es mi manera de prevenir lo que le

sucedió a tu hermano. Esta vez fue fortuito, pero…

—Tu trabajo. Crees que no sabrías hacer nada más que lo que haces, por eso tienes miedo a cambiar. No es así, puesto que podrías hacer cualquier cosa que te propusieras, Andrés, cualquier cosa.

—No tengo miedo a nada, Merche, pero tienes razón sobre lo de que no creo

que no sé hacer otra cosa que no sea llevar una pistola siempre conmigo.

—Sin embargo tienes dinero suficiente como para comprar esa casita con

piscina y jubilarte hoy mismo si quisieras. Viviríamos sin agobios y podríamos ser

muy felices lejos de aquí.

—Ya veo que piensas como tu cuñada solo que tú no hablas del Caribe. Me alegro, porque yo prefiero la tierra. Me tira España así que, ¿para qué conocer otros países si casi no conozco este? Y sí, tengo dinero como para vivir sin currar

hasta que nos muramos. Y probablemente hasta para que nuestros hijos no tuvieran

que trabajar en toda su vida.

—Sin embargo, ni te lo planteas, ¿verdad?

—No sé. A veces pienso, como hoy. Cambiemos de tema, Merche. Has dicho

que ibas a preguntarme algo y todavía estoy esperando. Así que aprovecharé tu indecisión para contarte dónde he estado. Vengo de hacer un recado para Curtis en

un pueblo de las afueras, Miraflores de la Sierra. ¿Lo conoces?

—Sí, he estado un par de veces.

—Es un pueblo bonito por lo poco que he visto esta tarde en la visita

relámpago que hemos hecho. Supongo que hay muchos pueblos como este en

Madrid, ideales para vivir y formar una familia. He visto varias casas con jardín mientras buscaba una en concreto.

—¿Alguna era como la que imaginas que podría ser tu hogar?

—He estado frente a la puerta de una durante casi una hora y no me cansaba de

mirarla.

—Eso es porque te ha gustado.

—Era una casa sencilla, pero estaba viva, no sé cómo explicarlo.

—Te entiendo perfectamente.

Merche le miró con cierta curiosidad. Andrés se quitó la camisa y su torso quedó al descubierto. Ella amaba su cuerpo, le gustaba acariciarlo, ser envuelta por aquellos músculos perfectamente dibujados, sudar con él.

—Su jardín era, cuanto menos, curioso. Lleno de gnomos, árboles y flores.

Pintoresco y acogedor. Invitaba, llamaba. Como si te dijera, ¡hola, entra! Hablando

de otra cosa, ¿te acuerdas de Pilar Montalvillo, la amiga de Noelia?

—Sí, la recuerdo. Hace mucho que dejó el barrio, justo cuando Marcelo murió.

Desapareció sin dejar rastro. Era una chica bastante guapa, menuda y con un bonito

cabello. A pesar de ello, su rostro se difumina en mi memoria. Supongo que si la

viera ahora no la reconocería. Yo estoy muy cambiada, ella también lo estará. Es curioso, ahora que lo pienso, no acierto a recordar cómo eran sus ojos porque siempre estaba triste y solía llevarlos cubiertos por unas gafas de sol. ¿Por qué me lo preguntas?

—Ahora vive en Miraflores, en ese chalecito con jardín.

—¿Ah, sí?

— ¿Recuerdas la tarjeta que encontraste en casa de Curtis?

—¿La de la papelería?

—Papelería Montalvillo. Está en Miraflores de la Sierra.

—Supongo que me estás queriendo decir que ella es la dueña de la papelería.

No me acordaba ni siquiera de su apellido. Hubiese atado cabos de haberlo recordado.

—No estoy reprochándote nada, nadie lo hace, ni siquiera Curtis. Hace tiempo

éramos sombras, nena, así que como para acordarse de todas las cosas que vimos o

escuchamos.

El Rubio contempló su desnudez, bajó hasta encontrarse frente a su pubis y lo

besó. Se incorporó de nuevo y continuó hablando. Merche se sentó y se quitó las

gafas. El sol comenzaba a desaparecer bajo el horizonte formado por tejados y azoteas.

—No vive sola sino con un madero. Paradojas de la vida.

—¿Con un madero?

—Con nuestro madero favorito. Ese que se cansó de nosotros de repente.

—¿Santiago Cárdenas? Me acuerdo de ese policía, de vuestros tiempos con el

italiano. Siempre le teníais pegado al culo hasta que un buen día, dejó de molestarlos. No puedo creerlo. Santiago Cárdenas…

—Pues créelo. La vida es un pañuelo lleno de mocos, mi niña.

—Y este descubrimiento conduce a Noelia, por supuesto.

—Blanco y en botella. —Sonrió.

—¿Y qué ha dicho Curtis cuando se lo habéis contado? ¿Cuál ha sido su

reacción?

—Una amiga de Pilar nos informó que está pasando unos días de vacaciones con una amiga en un pueblito perdido. Ha salido cagando leches para allá. De seguro que Noelia es la amiga y está escondida en él a la espera de que ese poli le

proporcione una nueva identidad, un salvoconducto a su nueva vida.

—Me cae bien Noelia, nunca se portó mal conmigo. No quiero que le pase

nada. Prométemelo.

—No creo que vaya a cargársela, cielo. Curtis está contento con tu amiga la rumanita. Lo único que quiere son respuestas. Tiene el ego un tanto tocado a consecuencia de su abandono y necesita que vuelva a estar en su sitio. Alina pertenece a ese tipo de mujeres preferidas por Curtis. La música amansa a las fieras y ella ha resultado ser música para Daniel. Ahora sí, ¿qué querías preguntarme, princesa?

—Lo he olvidado. No debía ser muy importante.

—Pues si no tienes nada que preguntar, vayamos al dormitorio que no puedo soportar verte así y no hacerte el amor.

—En la terraza —contestó Merche con descaro, al tiempo que abría sus brazos

para recibirlo.

—En la terraza no puedo hacerte todo lo que quiero.

—No, cariño, casi ha oscurecido y precisamente en la terraza es donde deseo

que me hagas todo aquello en lo que estás pensando.

27

Ira, Liberación, Renacimiento

Noelia se sentó y se miró las manos. Intentó no temblar, aunque no lo

consiguió. Los dientes empezaron a castañetearle y un sudor frío

comenzó a correr

por su frente. Curtis la observaba con atención. Miraba su cara, detenía sus ojos en los suyos y, de vez en cuando, los bajaba hasta su pecho que, bajo su camiseta, intuía guardaba un corazón acelerado por el miedo.

—Solo has venido a hablar, nada más —repitió Noelia.

—Reconozco que hace unas semanas no sé qué hubiese hecho contigo de

haberte tenido enfrente. Iba por rachas, según el día. A veces tan solo deseaba que

regresaras a casa y otros días te hubiera matado con mis propias manos.

—¿Y ahora únicamente quieres hablar? ¿Qué ha cambiado en tan poco tiempo,

Daniel?

—Ha cambiado todo, Noelia, absolutamente todo.

—Pero acabas de golpear a Pilar. Me dices que ha cambiado todo en unas pocas

semanas y acabas de romper la puerta, has arrastrado a mi amiga del pelo y la has

dejado inconsciente. ¿Puedo verla?

—Se encuentra perfectamente, te lo acabo de decir.

Curtis miró a Noelia. Su pelo, de un color avellana intenso, estaba recogido con dos pinzas a ambos lados de las orejas. Tan solo llevaba brillo de labios y el rubor de sus mejillas era consecuencia de la tensión del momento. Con el rostro sin

maquillaje parecía mucho más joven. Estaba realmente hermosa, pensó Curtis, mucho más sensual y atractiva de cómo la recordaba.

—Quisiera comprobarlo, por favor, Curtis. ¡Está embarazada! —repitió

Noelia.

—¡Ya me lo has dicho antes, joder! ¡Déjame pensar!

Curtis se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas por la cocina.

—Quiero verla —insistió Noelia.

—Está bien, vamos a ver a tu amiga.

Tumbada en el sofá, Pilar parecía dormida. Noelia cogió su muñeca y miró su

reloj de pulsera.

—¿No me digas que vas a tomarle el pulso? ¡Por el amor de Dios, si está respirando! ¡Mira su pecho!

—Me quedo más tranquila si lo compruebo de este modo —comentó Noelia

sin mirar a Curtis.

Pilar comenzó a parpadear, recobrando la conciencia poco a poco. Gimió un par de veces y finalmente abrió los ojos. Mientras Curtis la observaba, dio un salto al pasado y la recordó por fin: una mujer de carácter fuerte y mirada profunda y cautivadora. Las hermanas de Curtis la tuvieron entre ceja y ceja durante mucho tiempo, incluso después de que desapareciese. Todavía hacían algún que otro comentario sobre ella cuando hablaban de Noelia y de sus años de infancia, aquellos que pasaron juntas jugando a la goma, saltando a la comba o divirtiéndose

con los demás chicos del vecindario.

En su boda captó la atención del italiano y ahí comenzó todo. Ese día en concreto marcó un antes y un después en la vida de aquellas dos mujeres, se dijo Curtis mientras paseaba por la habitación, intentando recordar en qué preciso momento perdió el control de la situación y Noelia dejó de sentir amor por él.

Pilar compartía ahora su vida con Santiago Cárdenas. Hacía mucho tiempo que

el policía no husmeaba en sus negocios. Agradeció ese hecho sin preguntarse el motivo. Tuvo que aguantar su persecución cuando Pilar era la mujer de Marcelo y,

tras el asesinato de este, dejó de meter las narices en sus asuntos.

Ahora entendía el motivo de que aquel policía abandonara la persecución de la banda. Todo encajaba:

acababa de poner la última pieza del puzzle. Amor. El policía se había encaprichado

de la novia del italiano y la quería para él. Curtis y sus negocios se habían convertido en un estorbo pues lo que Santiago Cárdenas deseaba era que la relación

entre ambos permaneciera en la sombra.

—Fue por eso —dijo en voz alta Curtis mirando a Pilar que intentaba abrir los

ojos—, adiós a las persecuciones. Nuestro policía favorito solo deseaba poner a Pilar a salvo. Eso era exactamente lo que había motivado la desaparición de Pilar y

que dejara de darnos por culo. Ahora que lo pienso, me resulta hasta gracioso.

Siempre he creído que le habían asignado otros casos y no me preocupé más por él.

Cárdenas estuvo siguiéndonos la pista con machacante insistencia, ese tío nos tocó

bien los cojones y después se esfumó sin más, ni siquiera tuvimos necesidad de investigar sobre su vida personal para jodérsela y que dejase de meter sus narices

en nuestros asuntos. Durante mucho tiempo a aquel puto policía no parecía importarle nada más que su trabajo y había sido muy perseverante. Cuando Pilar recobre la consciencia le contaré que, en cierto modo, siempre he admirado a su marido. No hay nada que ciegue más al ser humano que el amor, nada que le haga

cometer más locuras que ese sentimiento. Vaya, vaya… Santiago se enamoró,

desapareció de nuestras vidas y ocultó a Pilar al mismo tiempo. El descubrimiento

me ha impactado y tocado la poca fibra sensible que tengo…—Miró a Noelia, que

se había sentado al lado de su amiga y tenía cogida su mano.

—Sigamos hablando, Noelia, pero ahora de nosotros. ¿Tan mala era tu vida a

mi lado que tuviste que huir? Yo creí que te gustaba lo que tenías.

—¿Qué creíste, Daniel? ¿Creíste que me bastaba con verte de vez en cuando, con satisfacer tus necesidades cuando me lo exigías, eso fue lo que creíste? —

contestó ella, alzando la voz. Noelia se levantó del sofá y se puso frente a él, sin apartar la vista de sus gélidos ojos —¿Sabes cuántos días llevo sobria, Daniel, lo sabes? Desde que estoy en este pueblucho de mala muerte en el que me tuve que refugiar para recuperar la vida que tú me quitaste. En todos estos días no he probado una sola gota de alcohol.

Curtis comprobó que en los ojos de Noelia ya no había miedo o inquietud, sino

rabia.

—¡Yo no te quité nada, te fuiste conmigo porque te dio la gana! —gritó él.

—No, no es verdad y lo sabes. ¡Jugaste conmigo! —corrigió Noelia, con el rostro congestionado.

—Y tú conmigo, Noelia, no te obligué a amarme. Porque me amabas, ¿no es así?

—¿Amarte? ¿Amarte dices?

Noelia miró a Pilar. Había recobrado la consciencia y miraba la habitación con

el rostro desencajado, como si no supiera dónde se hallaba.

—Lo hice, durante un breve espacio de tiempo, justo hasta que me di cuenta de

quién eras realmente. Un puto cobarde, eso es lo que fuiste siempre. ¡Si realmente

me amabas, pudiste pararlo! Si me querías, debiste impedir que me casara con tu hermano.

—¡Tú también pudiste hacerlo! Hubiera bastado con confesar a Miguel que me

amabas. Hablas como si tú no formases parte de la historia, pero eras parte de ella, no te equivoques, Noelia. De hecho eras la más importante.

—Yo nunca fui tan fuerte como tú y además no hubiera podido pararlo, aunque

hubiese querido —Noelia titubeó, como si estuviera midiendo sus palabras. Se quitó

las pinzas del cabello y se lo peinó ligeramente con los dedos.

—¿Y por qué no?

—Porque quería a tu hermano y también te quería ti, pero, si me lo hubieras pedido, te habría elegido.

—¿Qué más da el modo en que sucedió todo? Sucedió y punto. ¡Acabamos

juntos!

—Y Miguel bajo tierra. ¿Qué necesidad tenías de hacer sangre, Daniel? Era tu

ego lo que te llevó a hacer aquello. Por algún motivo le odiabas, le odiaste siempre, antes de que yo me cruzase en vuestro camino. Porque ahora es así como lo veo. Yo

tan solo fui un accidente en vuestras vidas. Permitiste que tu ira me devorase y ese odio tuyo llevó a Miguel a hacer lo que hizo. En realidad fuiste tú quien me golpeó

y no él, tú provocaste aquello y, cuando me rompió, tan solo te limitaste a recoger

mis pedazos, llevarlos a tu casa y pegar a la muñequita rota. Y de paso te dio una excusa, la que necesitabas, para matarlo.

—Te equivocas, ¡yo no maté a Miguel! —Curtis cerró los puños.

—Lo hiciste antes de que enfermase y lo fuiste haciendo poco a poco,

envenenando su vida con ira y rencor. De hecho, lo matamos los dos,

pero fuiste tú

quien orquestó todo, puesto que me empujaste a continuar con lo nuestro. Pudiste pararlo y no lo hiciste. Un adiós hubiera sido suficiente, un adiós justo antes de la boda. Te habría olvidado y hubiese continuado con mi vida. ¡Pero no, tuviste que seguir! Bailaste un vals conmigo, me arrastraste hacia el fondo de tu cloaca, me metiste en tu mundo aquel mismo día y me llevaste a tus infiernos.

—Que yo sepa no te violé. Follamos los dos cuando acabó aquel puto vals, si

mal no recuerdo.

—Tienes razón. Follamos, porque tú nunca haces el amor, tú tan solo follas. Y

por eso no te conformaste conmigo. Siempre me decías que yo era la única mujer

de tu vida. Sin embargo, te tirabas a todas las que se te ponían por delante. Me obligaste a hacerlo con putas y a ver cómo te lo montabas con ellas, me rompiste

una y mil veces, Daniel, ¿y ahora vienes aquí a preguntarme por qué huí de ti?

—¡No gemías de dolor cuando te corrías con la boca de alguna de aquellas fulanas!

Los ojos de Curtis adquirieron el fulgor del odio. Únicamente a Miguel lo había mirado así antes, cuando descubrió a Noelia tirada en el suelo y creyó que estaba muerta.

—¡No tienes ni puta idea de por qué gemía, ni puta idea! Sentía placer, pero te

odiaba cuando lo recibía. Gemía de odio, me corría y te odiaba a la vez. Te aseguro

que ambas cosas son compatibles. Yo las experimentaba cada vez que me obligabas

a amarte como a ti te gustaba.

—Entonces, ¿nunca me quisiste? —la voz de Curtis adquirió un tono metálico.

—Yo no he dicho eso. Te quise y tú no supiste verlo. Del amor al odio tan solo

hay un paso. El amor no se compra con coches, casas de lujo o viajes de placer.

Dejarme abrazar todos los días a mi hijo, Daniel, no solo los viernes,

dosificándome su cariño, tan solo eso habría bastado para sentir que lo nuestro todavía podía arreglarse. Ni siquiera hubiera insistido en que lo dejaras todo. Me habría conformado con ese gesto, hubiera podido sacar fuerzas de flaqueza para continuar adelante si me hubieses dado una pizca de esperanza. Pero no fue así. Por

eso te dejé.

—Yo no maté a Miguel. Lo hicimos ambos, somos cómplices de aquello.

Curtis miró a Pilar, comprobando que la mujer continuaba aturdida. Sus ojos estaban vidriosos y enrojecidos y temblaba como una hoja.

—Miguel lo tuvo todo, Noelia. Todo el cariño de mis padres fue para él. ¿Y

sabes qué tuve yo? Nada, no tuve nada, ni siquiera las migajas. Nunca pregunté si

quisieron tenerme; incluso en ocasiones llegué a pensar que me engendraron por casualidad, como Sarabia cuenta que le pasó a él. Pero, a diferencia de Ernesto, que ríe al relatar su historia, yo siento rabia al hacerlo. Mi padre me sacudía con el cinturón, prácticamente a diario. A veces, después de hacerlo, ni siquiera recordaba el motivo que le había llevado a darme aquella paliza y mi madre jamás movió un

dedo para impedírselo. Sin embargo, nunca tocó a Miguel. Tampoco le importó que

yo fuese mal en los estudios, ya que con un buen estudiante en la familia bastaba.

¡Maldito hijo de puta era mi viejo! Recuerdo un día en concreto: regresaba de dar

una vuelta con la pandilla y se me hizo tarde. La mesa ya estaba

puesta para la cena.

Ni siquiera me dio tiempo a quitarme los zapatos. Me pegó con la goma del butano.

Me oriné encima. Me dio tal paliza que por la noche tuve tanta fiebre que quise tirarme por la ventana. De madrugada me levanté, completamente ido y, de no ser

porque una de mis hermanas me pilló subido a una silla y dispuesto a lanzarme al

vacío, ahora no estaría aquí contándolo. ¿Y sabes dónde estaba tu querido Miguel cuando mi padre me corrió a golpes con aquella goma? Sentado en la mesa, comiéndose la puta sopa. ¿Que si odiaba a mi hermano? ¡Claro que le odiaba!

Porque él era Miguel y yo tan solo el cabrón que siempre daba disgustos, el delincuente. Por eso me fui. Tuve suerte. Mucha gente pensó que tropezarme con don Paolo fue mi desgracia, pero para mí fue mi salvación. Él llegó a quererme como a un hijo y yo aprendí a hacerlo como si fuera un padre, el que no tuve en realidad.

Curtis lanzó un audible bufido, se peinó el cabello con los dedos y miró a Noelia con gesto desafiante. Ella no se dio cuenta, pues su mirada estaba perdida en un punto en la pared.

—Nunca me dijiste cómo te sentías a mi lado y tampoco me dijiste que Miguel

era hijo mío. Aquello me dolió. Tú piensas que haberte tropezado conmigo ha sido

tu desgracia, ¿verdad?

—Me quitaste mi sombra, Daniel. Y no, no vi necesario decirte lo que se veía,

no se necesita explicar lo que es evidente. Saltaba a la vista —comentó Noelia, que

había regresado de donde fuera que se hubiera perdido su mente, hacía un momento.

—El otro día Miguelito me dijo que sabía que soy su padre. Tiene diez años, pero es muy listo el cabrón. Se lo andan metiendo por culo en el

cole, en la calle,

todo el mundo lo sabe. Tienes razón, cada día es más evidente. Somos como dos gotas de agua, el crío es mi vivo retrato.

—Lo es ahora y lo era cuando todavía vivíamos con tu hermano. ¿A qué has venido, Daniel, si no es a matarme? Creo que el hecho de haberte abandonado te ha

dejado claro que no podía aguantar ni un minuto más a tu lado. No hay nada que explicar al respecto.

Noelia observó sus ojos intentando averiguar cómo acabaría todo aquello. La

mirada de Curtis era fría y distante. De pronto, su expresión cambió,

endureciéndose aún más.

—¿Dónde tienes el dinero que me robaste?

—¿Has montado toda esta parafernalia sacando trapos sucios y, en definitiva, lo que has venido a buscar son tus diez mil putos euros? ¿Nada de explicaciones, nada de despedidas, nada de “tuviste que decirme cómo te sentías y habría hecho algo para solucionarlo?”. ¿Nada de eso? —Noelia le miró con desprecio. Nunca lo

había mirado así, pensó Curtis cuando ella comenzó a gritar. De hecho, se dijo, nadie le había mirado de aquel modo jamás —Eres un cobarde y un cabrón. ¿Sabes

lo que te digo? Que quiero a mi hijo, quiero llevármelo y que crezca con su madre,

lejos de ti y de todo tu mundo. Y necesito esos diez mil euros para que tenga un futuro mejor sino todo lo que me corresponde por el daño que me has hecho durante estos años. Me lo debes por haberme destrozado la vida y creo que me lo he

ganado. Eso es lo que yo quiero y si lo que tú quieres es otra cosa, estoy aquí, delante de ti para que me lo digas.

—No eres más que una vulgar zorra. Ni Miguel ni tu vida, nada te llevarás.

Eres como mi hermano, siempre te creíste mejor que yo —Curtis dio un paso hacia

ella y cerró los puños con fuerza. Noelia no retrocedió.

—Acaba lo que has venido a hacer de una puñetera vez, nadie deja colgado a

Daniel Santos, alias Curtis, ¿verdad, hijo de puta? ¿A qué estás esperando? No sigas haciéndome creer que te importé alguna vez y afrontemos el final de lo nuestro con

cierta clase. Este no es tu estilo, Daniel, lo sabes bien, nunca has sido una persona indecisa, así que si no vas a matarme, devuélveme lo que es mío.

—¡Noelia! —gritó Curtis, con los ojos enrojecidos por la ira.

—¡Hazlo, hazlo de una vez, cabrón! ¡Ya no te tengo miedo! ¡Solo quiero acabar

con esto! —repitió Noelia.

Los ojos de Curtis estaban febriles. Noelia miró a Pilar que se había

incorporado a duras penas y estaba sentada en el sofá. Los suyos reflejaban la impotencia de tener que ver lo que no iba a ser capaz de evitar. Habían estado tan cerca de conseguirlo, pensó.

—¡Acaba ya de una vez con esto! —gritó nuevamente Noelia.

—No me obligues a matarte.

Curtis avanzó un paso más, cegado por una ira que le hacía arder por dentro.

—No lo estoy haciendo, Daniel, lo harás tú, si eso es lo que quieres. Pero no

puedes, porque eres un cobarde, eso es lo que eres. ¿Llevas tu anillo? —preguntó de

pronto Noelia.

¿Mi anillo? —Daniel se sorprendió por la pregunta.

—¡Márcame como a tu ganado! ¡Si lo haces te resultará todo mucho más fácil!

—gritó de nuevo Noelia, mientras avanzaba un paso hacia él.

—¡Puta!

Los ojos ensangrentados de Curtis estallaron en una furia irrefrenable. No la necesitaba, lo acababa de descubrir, ahora ella era un estorbo. “Nadie trata así a Daniel Santos, ni siquiera tú”, pensó mientras se abalanzaba sobre ella y ponía ambas manos alrededor de su cuello, apretándolo con fuerza.

Noelia intentó zafarse, arañándolo, golpeándolo con los puños. Cayó al suelo y

pataleó, Curtis se puso encima y sus manos se cerraron en torno a él, apretando cada vez más fuerte. Sus ojos azules se clavaron en los de ella. Noelia se defendía e intentaba inútilmente que la soltara. Apenas un minuto más tarde, sintió que las fuerzas la abandonaban poco a poco, dejó de oponer resistencia y se rindió a su suerte. “Barcelona…”, pensó durante un instante, “me hubiera gustado conocer Barcelona. Ahora que había cosido mi sombra a mis zapatos…, pronto…, todo acabará muy pronto...”.

28

No me rendiré jamás

Sarita trasteaba en la cocina. Habían despedido a la chica que cuidaba de Ernestito y mientras buscaban una sustituta se estaba ocupando de las labores domésticas. Había sido puta, pero jamás trabajo como criada, le dijo un día a su marido cuando vio que la nueva chica no llegaba. Sarabia no quería que entrase en

su casa nadie que no fuera de confianza y, por ese motivo, su elección se estaba demorando. A Sarita, poco acostumbrada a encargarse de algo que no fuese Ernesto

o su propia persona, las labores del hogar se le hacían un mundo. Incluso cuidar de

su hijo le venía grande. Lo había descubierto durante el tiempo en que tuvo que cuidar de él cuando la chica estuvo enferma. Hacía ya varias semanas de aquello y,

sin embargo, lo tenía muy fresco en la memoria. Pensar que no recibiría ayuda en

breve, le creaba tensión. Hacer una tortilla era más que suficiente para demostrar sus dotes culinarias, se decía. En el parquecito, al lado del salón, el pequeño Ernesto jugaba con su osito parlanchín. “La A de araña, la D de dedo, la O de oveja...”, cantaba el muñeco.

Sarabia sentado en el salón, veía la televisión, se levantaba a observar el bullicio de la gente en la calle, el tráfico, volvía a sentarse, echaba un vistazo a una revista y al minuto volvía a echar un vistazo al programa que emitían. Aquello denotaba que estaba nervioso por el viaje de Curtis. Inquieto por no recibir noticias, cogió el móvil y llamó a Daniel. “El teléfono al que llama está apagado o fuera de

cobertura...”, anunció una voz de mujer. Era la tercera vez que llamaba en el transcurso de la tarde y su amigo seguía sin contestar. Lamentó entonces haberle hecho caso, “debía haber ido con él”, pensó. Se levantó del sofá, se acercó a la cocina y dio un palmetazo a su mujer en el trasero. Sarita, que batía huevos para hacer una tortilla, dio un respingo y se giró molesta.

—¡Me asustaste!

—Nena, no prepares nada para mí, no tengo hambre. Estoy nervioso y cuando

estoy así, se me quita el apetito.

—Curtis ya es mayorcito, Ernesto. No puedes ser siempre su canguro. Estaba haciendo una tortilla para cenar, eso lo comes aún sin apetito, cariño. Y luego iba a proponerte que nos fuésemos un rato al dormitorio, ahora que el nene está tranquilito.

—Anda, deja la tortilla y vayamos a comernos el postre.

—Acabas de decir que no tenías hambre.

La sonrisa de Sarita era maliciosa y algo perversa, igual que aquella que puso

cuando la conoció. Sarabia recordaba aquel día como si lo estuviera viviendo en aquel preciso instante.

Sarita conversaba con un cliente, un tío seboso con la cartera repleta de billetes, de esos que ella conocía bien. “Los que se creen que pueden exigir todo lo que se les antoje a una puta por el simple hecho de llevar el monedero lleno”, solía comentar ella siempre que se refería a ese tipo concreto de clientes. Ella sonreía con esa sonrisa

fingida. Sarita conocía bien quién entraba por la puerta sin mirar su cartera y quién iba con los billetes contados. “Ese tío va a gastar”, pensó cuando lo vio. Regaló su mejor sonrisa a aquel hombre sudoroso y orondo como un cerdo bien cebado y listo para la matanza, se inclinó un poco y dejó que contemplara sus

pechos redondos y bien puestos. El cliente no paraba de transpirar. Su cabeza calva

brillaba como una bola de billar. Entonces el hombre se acercó a su oreja y le dijo

algo. Ella se echó para atrás, hizo una mueca de disgusto y lo apartó con suavidad.

Sarabia echaba un vistazo a su alrededor, con una copa en la mano y, bajo su

chaqueta, su brillante y fría amiga, preparada como de costumbre. Y entonces sucedió. Sus ojos se cruzaron. Lo miró buscando en los suyos un salvavidas.

Sarabia recordaba a aquel hombre con nitidez cristalina. “Aquel gordo apestaba, una repugnante mezcla de sudor rancio y alcohol”, se dijo, mientras rememoraba.

Ella llevaba poco tiempo trabajando en aquel club, pero se había fijado en él desde

que lo vio por primera vez. “Se llama Ernesto Sarabia y es amigo del jefe, él y el

Rubio son sus hombres más leales”, le había comentado una de sus compañeras cuando preguntó por él uno de los días en que Ernesto se dejó ver por el local. “Me

gustaste desde el primer día, me llamó la atención su cabello ondulado y rojo como

el fuego. Contigo si me apetecía hacer lo que le pidió aquel tipo casposo y grasiento al oído. Hay días en que ni las putas tienen cuerpo para aguantar las babas de un hombre así”, había confesado Sarita a Ernesto, al poco de irse a vivir con él.

Sarabia la miró con detenimiento. También se había fijado en ella. Sara era una

mujer bastante atractiva. La observó la primera vez que la descubrió y vio en ella una fuerte personalidad. No llevaba apenas maquillaje y no lo necesitaba porque este solo hubiera minimizado su belleza. Se veía que ella sabía se guapa al natural, con apenas un poco de rimel y de brillo de labios. Él notó la seguridad que tenía en sí misma por su manera de sonreír, de caminar y de charlar con los clientes.

Aquel hombre la cogió del brazo en un claro gesto de que se habían acabado ya

los preliminares, cuatro copas encima de la mesa eran suficientes para aquel tipo que pensó que ya había llegado el momento de follar.

Sara se levantó de la mesa y, sin perder la sonrisa, aguantó que el nauseabundo

individuo le diera un beso en la mejilla y le echara el brazo alrededor de su cintura.

Ella volvió a mirarle, no le suplicaron sus ojos verdes, solo le miró. En ese momento, Sarabia se dirigió hacia ellos y dijo algo al oído al hombre. Este dio un

respingo y se alejó sin siquiera rechistar.

—¿Qué te había dicho ese tío? —preguntó a Sarita.

—Me había pedido que...

—Al oído, dímelo al oído.

Sara se acercó y se lo dijo.

—¿Cómo te llamas?

Él también susurró en su oído, metiendo sus palabras en su oreja, “como

deseaba meter mi lengua en su boca”. Los pantalones apretaban, le apremiaba gozar

con aquella mujer.

—Me llamo Sara. Pero todos me llaman Sarita.

—¿Sarita…, qué más?

—Montero.

—Bien, Sarita Montero. Yo quiero que hagamos eso que te ha pedido ese y lo

quiero solo si te apetece dármelo. ¿Quieres hacerlo?

—Contigo sí quiero hacerlo, Ernesto Sarabia.

—Sabes quién soy.

—Eres un tipo famoso.

Sarita sonrió y llevó una mano a su bragueta. Gozó con ella aquella misma noche y varias veces. “La primera vez que me vacié en ella, ya supe que la amaba”.

Meses más tarde de aquella primera vez, Sarabia comunicó a Curtis que iba a

casarse con ella. Sara estaba embarazada. Cuando dio la invitación de boda a Daniel, en cierto modo fue como si estuviera pidiendo a un padre la mano de su hija, pensó.

Nunca imaginó que se enamoraría de una puta. “Muy novelística es nuestra

historia”, se dijo en ese momento, olvidándose de que no había podido contactar con Curtis.

—A ti nunca me canso de comerte, Sarita.

La cogió de la mano y la condujo al dormitorio. El teléfono sonó a los cinco

minutos. A Sarabia todavía no le había dado tiempo a bajarse los pantalones.

—Hola, Andrés, ¿qué pasa?

—Daniel no contesta. Llevo llamándole desde hace una hora. Los chicos me

han dicho que no está por ninguno de los locales. Imagino que seguirá despachando

el tema de Noelia.

—Yo también le estoy llamando y nada.

—¿Crees que deberíamos ir para allá?

—Esperaremos hasta mañana y si no da señales de vida, nos largamos a ver qué ha pasado. —Sarita bajó sus pantalones y sus calzoncillos y se arrodilló—.

Andrés, ahora mismo estoy..., estoy ocupado. Pero mañana a primera hora, si no coge el teléfono, salimos a buscarle.

—Mañana hablamos.

—Da recuerdos a mi hermana.

Sarabia bajó la vista y sonrió. Hacía semanas que no hacía el numerito de la pistola en la cara de su mujer. En esa ocasión, sintió que no deseaba hacerlo.

Continuó disfrutando de la vista, mientras ella, despacio y a buen ritmo, le arrancaba jadeos y gemidos. Cuando eyaculó, la cogió del pelo y la subió hasta encontrarse con su boca.

—Nena, eres una puta a la que han dado el armisticio. Tenías tu cuerpo en guerra y ahora solo combates conmigo. Me gustan nuestras luchas.

—Para ti, cariño, soy la más puta entre las putas, siempre que tú me pidas que

lo sea.

—Te quiero, Sara…

La echó en la cama y entró en ella, olvidando así a Curtis durante un buen rato.

Pilar se incorporó, todavía aturdida. No entendía qué estaba sucediendo pues su

cabeza se hallaba confusa. Daniel se aferraba al cuello de su amiga mientras esta yacía tendida en el suelo, sin apenas moverse, únicamente lo hacían sus manos intentando despegar las de él de su garganta, llevadas únicamente por el instinto de sobrevivir. De pronto, Noelia soltó sus manos del cuello y estas quedaron laxas.

Pilar miró hacia la puerta y vio a Javier, parado en el quicio y con los puños

cerrados, lanzó un grito y mandó a Curtis que parase. Entonces este se giró y sonrió en una mueca extraña, como si hubiese enloquecido de repente. Javier empuñaba una pistola y la sujetaba firmemente con ambas manos, apuntando hacia él.

—¡No te lo repetiré! ¡Suéltala! —gritó.

Curtis se levantó y dejó a Noelia tendida en el suelo. No se movía.

—¡Aléjate de ella! —insistió.

Miró a las dos mujeres y luego fijó su vista en él.

—Imagino que tú eres Curtis, pero la verdad es que, después de tanto tiempo,

no te esperábamos —acertó a decir. No le pareció su voz sino la de alguien a quien

no conocía.

—Imaginas bien, amigo. Veo que, aunque no me esperabais, estabais

preparados, por si acaso.

—En efecto, lo estábamos. Veo que finalmente esta aldea no estaba lo

suficientemente perdida como para que ella pudiese esconderse de ti.

—Ya ves, querer es poder. Y yo quería encontrarla. Juegas con ventaja, sabes quién soy, ¿puedo saber yo quién cojones eres tú?

—Soy Javier.

—¿Amigo de …?

—¡¡De tu puta madre!! No me quieras joder, Curtis. Te lo voy a repetir por última vez. ¡Apártate de ella!

—Está bien, está bien. Imagino que eres amigo de Santiago Cárdenas y de Pilar.

No puedo decir que esté encantado de conocerte, mentiría si lo hiciera. Me has jodido un gran momento. ¿Sabes una cosa?

—¿¿Qué?? —gritó Javier. Quería acercarse a Noelia, pero su pulso temblaba y

no podía dejar de apuntar a Curtis.

—Que hay que ser muy hombre para empuñar un arma y apretar el gatillo.

¿Estás dispuesto a hacerlo? Porque yo lo he hecho en varias ocasiones. Es una extraña sensación la que se experimenta cuando se dispara a un hombre. Te queda

un sabor metálico en la boca al hacerlo, un sabor que permanece en ella durante mucho tiempo. Perdona que te lo diga, pero dudo mucho que tú tengas lo que hay

que tener para dispararme. ¿Me equivoco?

Curtis dio dos pasos hacia él y sonrió haciendo un gesto más parecido a una mueca cínica que a una sonrisa. Parecía estar poseído por una especie de locura, aquella que da un poder sin medida a los hombres y una fuerza imposible de controlar.

—No te muevas, Curtis, no avances ni un centímetro más porque no tienes ni puta idea de los cojones que tengo. Te sorprenderías. Así que no me midas, te lo advierto.

—Cuando se amenaza, amigo mío, uno debe tener muy claro que quizás tenga

que cumplir su amenaza. —Avanzó un paso más y metió la mano en su chaqueta.

Santiago cogió lo primero que encontró en la nevera y se sentó en el sofá con

una bandeja. Encendió el televisor e hizo *zapping* hasta que dio con una película que le interesó. Cuando la actriz protagonista comenzó a besar el cuello del hombre, bajó hasta su pecho y hundió su cabeza en él, lamiendo su cuerpo con delicadeza, supo que no estaba para erotismo. Se acordaba de su mujer.

Se levantó y buscó “Descalzos en el parque” en la estantería. La metió en el *Dvd* y dio al *play*. Se quitó las zapatillas, puso los pies encima de la mesa y solo entonces comenzó a relajarse. El teléfono sonó un par

de veces, miró el número y

se incorporó rápidamente, bajando los pies de la mesa, como accionado por un resorte.

—Hola Javier, no esperaba tu llamada. ¿Qué pasa?

—Santiago, ¡¡ven enseguida, tenemos un problema!!

29

Cara a cara

Santiago aparcó el coche frente a la casa. La puerta, tirada en el suelo de la entrada, presagiaba, sin lugar a dudas, lo que llevaba semanas temiendo. Sacó la pistola y corrió hacia el salón. La escena que contempló era propia de un *thriller*: Curtis se hallaba tumbado en el sofá, inmóvil, y su torso había sido envuelto por una sábana que había cortado Javier en tiras, a modo de improvisado vendaje.

El sudor cubría su rostro y parte del cabello tapaba su cara, como si lo llevara

engominado. Jadeaba y una mueca de dolor permanente en su rostro le impedía articular palabra alguna. Una mancha negruzca comenzaba a agrandarse en su costado derecho. Javier cogía de la mano a Noelia, que estaba recostada en un sillón. Su cuello había adquirido un color rosáceo y sus ojos estaban

sanguinolentos. Bebía agua a tragos cortos y carraspeaba cada vez que esta bajaba

por su garganta. Pilar estaba sentada en una silla al lado de su amiga, pero su mirada se había perdido en algún punto de la pared de enfrente.

—¿Vino solo? —preguntó Santiago, mientras se arrodillaba frente a Pilar y

besaba a su mujer en la frente.

—Que sepamos sí. Me avisó el viejo que vive frente a tu casa. Estaba viendo la

televisión y le sorprendió el estruendo cuando destrozó la puerta y comenzó a oír

los gritos. El hombre estaba tan acojonado que apenas entendía lo que me decía.

Cogí la pistola y corrí hacia aquí. Cuando llegué no necesité entender nada.

—¿El viejo ha visto algo?

Santiago se levantó y se dirigió a Javier.

—Nada, no salió de casa. Es un anciano de noventa años que vive solo. Ni siquiera acierto a entender cómo se atrevió a llamarme.

—¿Disparaste tú? —Observó a Curtis y comprobó que apenas respiraba.

—No, lo hizo ella —contestó Javier, mirando a Pilar.

Pilar parecía ausente, como si se hubiera refugiado en otro mundo, muy lejos

de allí. Santiago se acercó nuevamente a su mujer. La pistola que le había entregado el mismo día en que llegaron al pueblo estaba encima de la mesa del salón. Abrazó

a Pilar y luego alzó su cara con una mano, para que le mirase. Solo entonces lo hizo y se detuvo en su rostro como si le hubiese reconocido, aferrándose a él.

—¿Estás bien, cariño?

—Ni si... siquiera recuerdo haberme levantado del sofá, te lo juro, Santiago —

balbuceó Pilar—. Tampoco me acuerdo de haber disparado. Vi sus manos alrededor

del cuello de Noelia, apretando con rabia y me quedé paralizada sin poder reaccionar. Apenas unos segundos más tarde apareció Javier y luego sonó el disparo. Entremedias, todo está en blanco, hay un enorme vacío en mi cabeza.

—Tranquila. Todo irá bien —dijo Santiago con un tono tranquilizador.

—No me di ni cuenta de que Pilar había ido a la habitación. Cuando llegué a la

casa, estaba sentada en el sofá con la mirada ausente y tan quieta que parecía una estatua. Grité a Curtis que se apartara de Noelia y comenzamos a hablar. Me provocaba para que disparase. De pronto, metió la mano en su chaqueta y fue entonces cuando oí el disparo. Pilar estaba ahí delante, de pie.

Javier señaló el lugar exacto con el dedo. Pilar parecía más calmada y la lividez de su rostro comenzó a desaparecer.

—No puedo decirte nada más. Disparó justo cuando Curtis metió la mano en su

chaqueta, dispuesto sin duda a matarme. No sé si yo hubiera sido capaz de hacerlo,

Santiago, tal vez tu mujer nos ha salvado la vida a todos. El muy cabrón no hacía

más que decirme que no tenía huevos para disparar y no tuve oportunidad de comprobarlo. Pilar lo hizo antes que yo. Quizá este hijo de puta tenía razón y no hubiese tenido huevos.

—Lo habrías hecho, Javier, hubieras tenido huevos para disparar, pero todo sucedió muy deprisa. No confiaba en tu puntería—comentó Pilar. Sus labios se curvaron ligeramente a modo de sonrisa.

Noelia alzó la vista y miró a su amiga. Ambas sonrieron. Luego observó su regazo, cayendo en la cuenta de que apretaba la mano de Javier con fuerza.

Barcelona volvía a estar en su cabeza. Se tocó el cuello y carraspeó de nuevo, para

luego volver la vista hacia Curtis.

—¿Está muy malherido? —preguntó a Santiago, que había vuelto al lado de

Curtis y comprobaba su estado.

La voz preocupada de Noelia, solicitaba que se ocuparan de él. Santiago

destapó un poco el vendaje y Curtis hizo una mueca. A juzgar por su

rictus, el dolor era intenso, pensó el policía.

—Está perdiendo mucha sangre y habrá que extraer la bala, aunque no parece

que vaya a morir de esta. —contestó Santiago.

—Este tío es tan cabrón que podría palmarla en el salón de tu casa, para jodernos bien a todos —comentó Javier, tras mirar a Curtis con desprecio.

Noelia se levantó y se dirigió hacia él, observó la mancha de sangre de su costado y apretó la herida con su mano.

—¡Por favor, haced algo, os lo ruego! —Sus ojos se clavaron en los del policía.

—Voy a llamar a un amigo médico que me debe varios favores, dado que no

podemos llevarlo a ningún hospital. Todos saldremos airosos de esta, incluido él, te doy mi palabra, Noelia. Y tú, ¿te encuentras bien?

—Me duele la garganta, nada más.

—Pues prepara tus maletas, que te vas a Barcelona.

—No voy a marcharme a ninguna parte hasta que me asegure de que Curtis está

bien —contestó. Este sudaba copiosamente y jadeaba. Entreabrió los ojos y, acto seguido volvió a cerrarlos.

—Te vas a ir porque lo digo yo. Pilar y Javier cuidarán de él.

—No. Soy su mujer y me quedaré a su lado hasta que se restablezca. Avisa a tus

amigos de Barcelona y di que llegaré unos días más tarde —insistió ella.

—¡No me jodas, Noelia, este cabrón ha estado a punto de matarte! —le recordó

Santiago.

—Quiero asegurarme de que sale de esta casa por sus propios pies. Al

fin y al

cabo, es el padre de mi hijo. Sé que no le debo nada, al contrario, él me debe muchas cosas, ya que hasta mi sombra me robó. Sin embargo, quiero marcharme de

aquí, sabiendo que vivirá.

—¿Temes que me lo cargue cuanto te hayas ido?

—Fuiste tú quien asesinó a Marcelo Giannelli —dijo de pronto Noelia,

mientras fijaba los ojos de su amiga.

—Veo que has estado atando cabos —Santiago hizo una mueca de

condescendencia.

—He tenido muchas semanas para pensar. En esta aldea perdida de la mano de

Dios, se pueden hacer pocas cosas para entretenerse. Dar vueltas a la cabeza es una

de ellas.

—Se puede seducir a tu cuidador —Cárdenas miró a su amigo e hizo un claro

gesto de desaprobación.

—¿Te lo ha contado Pilar?

—Entre mi mujer y yo no hay secretos.

—Pues el relativo al italiano es ahora un secreto compartido, ya que no era complicado de adivinar. Además de policía, eres sastre. Coses sombras a los zapatos. Puedes estar tranquilo, Santiago, porque no se lo contaré a nadie, tienes mi palabra. Solo os debo agradecimiento, pero necesito pasar esta última página del libro. O la paso, o quemo el libro entero. Que Daniel viva es, en cierto modo, quemar nuestra historia y empezar la mía.

—Voy a llamar a mis amigos de Barcelona. Más tarde veré qué puede hacerse

con la puerta —comentó el policía. Se levantó y dejó a Noelia al

cuidado de Curtis.

Eduardo Carranza, doctor en medicina y amigo del policía desde sus años de colegio, se presentó con su maletín en poco más de dos horas. A pesar de que la herida parecía grave, no resultó serlo tanto. Extrajo la bala con relativa facilidad y como lo hubiera hecho en un improvisado hospital de campaña. A pesar del dolor,

Curtis apenas se quejó. Una hora más tarde dormía en el cuarto de invitados, vestido con un pijama de Santiago. A su lado, Noelia cogía su mano.

Pilar observaba desde la puerta de la habitación, sin atreverse a entrar, mientras

intentaba entender cómo su amiga era capaz de olvidar con tanta facilidad que aquel

hombre había estado a punto de acabar con su vida unas horas antes.

Javier se acercó a Noelia y se sentó en la cama junto a ella. Miró a Curtis y comprobó que no tenía el aspecto de haber recibido un disparo, sino el de un hombre agotado tras un esfuerzo enorme. El amigo de Santiago había hecho un buen trabajo y se recuperaría pronto. Aquel hombre acababa de proporcionarle unos días más junto a Noelia y ni siquiera sabía si deseaba aprovecharlos.

El día se estaba haciendo interminable. En el salón, el doctor Carranza daba instrucciones a Santiago sobre la convalecencia de Curtis.

—Al menos tiene para una semana. Me pasaré cada dos días para comprobar su

evolución. Esta noche va a ser larga, Santiago. Si lo deseas, puedo quedarme.

—Tranquilo, Eduardo. Vete a casa. Te aviso si pasa algo.

Pilar fue a la cocina y preparó unas infusiones. Se sentó en el sofá del salón y

esperó a que su marido se despidiera del doctor para hablar con él. Santiago regresó con aspecto cansado, se sentó a su lado y tomó una de las tazas, bebiéndosela de un solo trago, como si se tratara de whisky.

—¿Estás mejor, princesa? —preguntó, mientras depositaba un beso en la

mejilla de su mujer.

—¿Cuántas veces has de preguntarme por mi estado? Me encuentro bien. ¿Qué

te ha dicho el médico?

—Que se recuperará.

—Tenemos un problema, Santiago.

—Para nada, quizás incluso sea todo mucho más sencillo de este modo.

Mañana hablaré con él y negociaremos. Todo es negociable, cariño, tan solo hay que saber jugar bien las cartas que a uno le han tocado en el reparto, nada más.

—No tienes miedo, por lo que veo.

—Te equivocas, lo tengo, pero el miedo es bueno. Un poco te hace ver mejor

las cosas y con una perspectiva que sin él podría llevarte a cometer errores gravísimos o decisiones equivocadas. Tenerlo en la medida justa, te inyecta una buena dosis de precaución y sensatez. Los que no lo tienen actúan sin cordura.

—No era este el problema al que me refería, mi amor. Tengo que hablar

contigo acerca de otro asunto, uno que nos atañe solo a ti y a mí.

—¿Tengo que preocuparme todavía más? —Santiago miró a Pilar, observó sus

ojos y descubrió que estaba asustada, mucho más de lo que imaginaba.

—Vamos al dormitorio, prefiero contártelo allí —le pidió, mientras le cogía de la mano.

—Un minuto, cariño. Voy a decir a Javier que no deje sola a tu amiga. No me

fío de Curtis. Hace menos de tres horas que ese cabrón ha estado a punto de matarla.

Por la mañana Daniel se despertó temprano. Sin analgésicos, el dolor era

intenso. Observó la habitación. Frente a la cama, un gran cuadro de un paisaje otoñal; a la derecha una gran ventana, vestida con un visillo *beige*. Observó la gran cómoda de nogal que parecía salida de una tienda de antigüedades y el sillón orejero tapizado en verde, donde dormitaba Javier con su cabeza apoyada en uno de

sus brazos, en una extraña postura. El hombre que se había enfrentado a él, parecía

tener un especial interés por Noelia, pensó Daniel, al tiempo que seguía observando

la habitación.

Cerca del cabecero de la cama, en otro sillón del mismo color, Noelia parecía

también dormida. Le sorprendió verla a su lado y sintió un ligero escalofrío cuando

cayó en la cuenta de que ella tenía cogida su mano. Se incorporó y adelantó la que

tenía libre, con intención de tocarla. En ese momento la puerta se abrió y entró Santiago.

—Vaya, el bello durmiente se ha despertado por fin. Necesito la contraseña de

tu móvil. Quiero hablar con tus hombres.

—¿Esto es un secuestro? —Curtis hizo una fingida mueca de sorpresa —

¡Cómo ha cambiado el cuento! El poli se convierte en delincuente.

—Quiero que nos dejen en paz. Voy a hacer un trato con ellos.

—No necesitas llamar a nadie. Los tratos los hago yo, no mis

muchachos. Y

como estoy aquí, puedes proponerme lo que quieras y negociaremos —Curtis hizo

una mueca de dolor y carraspeó, intentando incorporarse.

—No volverás a acercarte a Noelia ni a ninguno de nosotros. Y yo seguiré como hasta ahora, sin haceros ni puto caso.

—Me extrañó que dejaras de prestarnos atención hace años. Cuando vine aquí,

comprendí tus motivos. Lo hiciste todo por amor, ¡qué bonito!

—Dejemos el pasado en el pasado, Curtis, que siga donde está. Los fantasmas

que descansen en sus tumbas.

—Muy bien expresado. A mí tampoco me caía bien Marcelo, era un hijo de

puta. Merece estar donde está y, a fin de cuentas, hasta nos hiciste un favor. Un poli asesino que se queda con la chica del mafioso. Esta sería, sin duda, la trama perfecta para una novela negra.

—Dejemos de recordar viejos tiempos, Daniel, insisto. Tengo entendido que ya

buscaste sustituta a Noelia, así que no viniste aquí para recuperarla.

—No tenía intención de hacerlo, tan solo quería explicaciones.

—Y las que te dio no te convencieron. Por poco la matas. De hecho, tenías intención de acabar con todos.

—Ya no lo recuerdo. Todo se desvanece en mi memoria. Quizás los nervios

me traicionaron, eso puede pasarle a cualquiera. —Curtis sonrió burlonamente—.

Ah, algo comiendo a recordar…, mi dinero, también quería recuperar mi dinero.

—Escúchame bien, porque solo voy a decirlo una vez. Quiero que esto acabe y

para ello estoy dispuesto a olvidar que existís. Déjanos en paz para siempre y si para ello tienes que imaginar que hemos muerto, lo imaginas. Yo haré lo mismo.

Tienes la palabra de un policía.

—Es un trato muy apetecible, me empieza a gustar tanto como la tarta de chocolate que hace la Negra. A ti también te gustaba, Noelia. Te relamías con esa tarta, como con otras cosas —comentó Curtis mientras miraba a su mujer. Noelia se

había despertado, tenía cogida aún su mano y escuchaba con interés —. Siento lo de

tu cuello. Ponte un pañuelo hasta que los hematomas desaparezcan.

—Lo haré —se limitó a contestar Noelia que soltó su mano de repente.

Javier también se había despertado. Se levantó del sillón y se acercó a Santiago.

Observó a Curtis y comprobó que tenía mejor aspecto. Calculó mentalmente el tiempo que tendría que estar en la casa: una semana a lo sumo y estaría listo para marcharse. Incluso, con un poco de suerte, pensó, tendría fuerzas para hacer el viaje de regreso a su casa y no permanecer más tiempo en el pueblo. “Podría recuperarse

en la suya y así no tendré que ver nunca más su asquerosa jeta”.

—Es un trato justo, Daniel. Nos dejas en paz a y yo os dejo en paz a vosotros.

Te aseguro que es una buena oferta.

—Imagino que si no acepto...

—Si no aceptas, te meteré un tiro entre ceja y ceja, te enterraré a tres metros bajo tierra y luego me encargaré de los tuyos. Tampoco haré excepciones en esto.

No dejaré títere con cabeza y puedes estar seguro de que no voy de farol.

Santiago miró a Noelia. Esta supo entonces, al comprobar en los ojos

del policía, un cambio de expresión, que Pilar le había dado la noticia de su embarazo

aquella misma noche y que Santiago cumpliría con su amenaza. Acabó con Marcelo

por su mujer y lo haría con Curtis y con todo aquel que quisiera hacer daño a su familia. No hubo reproche en su mirada cuando sus ojos se encontraron.

—Hablaré con mis hombres, les diré que no me esperen en unos días y en cuanto esté en condiciones de hacerlo, me largaré de esta puta aldea.

—Para no volver —Santiago retó con la mirada a Curtis.

—Para no volver —repitió este.

—Supongo que no será necesario un apretón de manos.

—No me hagas pasar por el trago de tener que estrechar la tuya. Ese

caballeroso gesto no va con nosotros, Cárdenas, pero, aunque ambos somos unos cabrones de armas tomar, los dos tenemos palabra. A fin de cuentas, no somos tan

diferentes... —comentó Curtis—. Entonces quedamos en que yo te dejo en paz y tú

me dejas en paz. Punto.

—No, Curtis, todavía queda una cosa más. Por favor, dejadnos solos —solicitó

a Noelia y Javier, quienes se sorprendieron ante su petición, aunque no la cuestionaron.

—Tú dirás, Cárdenas.

—No creo que te guste lo que voy a exigirte. —Santiago se sentó en un sillón y

carraspeó.

—¿Exigirme? Soy todo oídos. Aquí postrado no tengo otra posibilidad que

escucharte y no me quedará otra que aceptar tus exigencias. Dispara. —Se

incorporó un poco más, hizo una mueca de dolor y se apretó el costado con la mano.

—Pues bien, esto es lo que quiero...

30

Pasar página

Pilar aguardaba su turno. Cogía de la mano a su marido y miraba

continuamente a su alrededor, como si esperara que alguien apareciese en la sala de

repente. Aquello nunca sucedía, pero siempre estaba alerta desde aquella noche.

Unos minutos más tarde, la nombraron y pasaron los dos. Tras salir de la consulta,

Santiago la besó y la abrazó con fuerza. Todo iba como debía y además, sabían ya

de qué color tenían que comprar las cosas del bebé.

Santiago Cárdenas llevaba bien la espera, igual que llevaba bien el tema de Curtis. Los dos eran hombres de palabra y habían aprendido a respetarse.

Ciertamente, como le dijo aquel hombre mientras se restablecía de su herida en su

propia casa, el policía pensaba que, en el fondo, no eran tan diferentes. De aquella conversación apenas habían transcurrido tres meses y, sin embargo, parecía que hubieran transcurrido años. Las cosas eran bien distintas ahora, aunque él todavía tenía que tranquilizar a su mujer, asegurándole que estaban a salvo. Pilar miraba a

su alrededor cada vez que doblaban una esquina, cada vez que iban a cenar a un restaurante, cada vez que iban al cine. Lo había hecho,

sentados en la sala de espera del tocólogo, aquella tarde. Sin embargo, él sabía que nada sucedería. Tenía su palabra. Habían hecho un pacto entre caballeros.

El Rubio acababa de podar el seto que rodeaba la verja del jardín y barría las

hojas que habían caído, preparando todo para la llegada de la nueva estación. Una

casita individual de tres plantas, con un enorme garaje y, en la misma planta, una sala de juegos con billar americano incluido. Resultó ser un verdadero chollo. Los

apuros económicos de alguien siempre suponen la mejor inversión de otra persona,

pensó el Rubio cuando la compró. Aquella había sido la mejor adquisición de su vida. Un chalet con una gran parcela ajardinada, cuatro enormes habitaciones y tres

baños. En la buhardilla había instalado un gimnasio y una zona de ocio. A Merche le

gustaba leer y a él ver películas de intriga y de terror en pantalla gigante por lo que adquirió unas cómodas butacas y un impresionante equipo de cine. No escatimó para hacer de aquella casa un hogar confortable. Lo necesitaba para comenzar una

nueva vida junto a ella. En el jardín trasero los antiguos propietarios habían construido una piscina con forma de guitarra y paredes de gresite en tonos azules.

En el fondo, el dibujo de una hermosa sirena de cabellos dorados, sentada en una roca. Probablemente está cantando, pensó cuando vio la casa por primera vez. “Me

canta a mí. Nena, deja ya de hacerlo, porque ya me has conquistado”, se dijo en cuanto la vio en el fondo de la piscina. La mujer de la inmobiliaria puso una sonrisa de oreja a oreja delante de sus narices, cuando le comunicó su decisión de adquirir

la propiedad. No regateó en el precio. No había pasado un mes desde su compra, cuando ya se habían mudado.

Había escogido la zona sur de Madrid para establecerse. A Merche le pareció

bien, pero cualquier lugar hubiera sido perfecto con tal de estar a su lado, le dijo cuando habló con ella sobre su decisión de abandonar los negocios sucios. Su antigua vivienda en el centro de Madrid, nunca lo acabó de convencer. Demasiado

señorial y, durante todo el tiempo en el que vivió en ella, apenas tuvo trato con sus vecinos, aunque siempre lo prefirió así. El motivo de no haberse mudado de aquella

casa fue porque le gustaba su amplia terraza y sus vistas de Madrid y, en los últimos meses, porque estaba ella y le daba vida. Sin embargo, el Rubio había nacido y se

había criado en un barrio obrero y quería volver a sus raíces y echarlas en un pueblo de gente humilde.

Le gustó Valdemoro y le gustó aquella casa. El hecho de que la escuela de Guardias Jóvenes de la Guardia Civil estuviera ubicada en el pueblo, le resultó incluso divertido. “Paradojas de la vida”, se dijo cuando sintió que se había enamorado de aquella casa. Sus hijos crecerían en un pueblo seguro y vigilado gracias a los jóvenes miembros de la benemérita que estudiaban en aquella escuela.

A Merche también le pareció gracioso. Él no tenía miedo de nada, la casa le gustó

desde el primer momento y aquel no era un inconveniente, sino una ventaja, comentaron ambos. Ninguno de los dos eran ya los mismos, ninguno de los dos tenían miedo. Merche no pronunció ni una palabra mientras la vendedora enseñaba

la casa, se limitó a mirar los ojos del Rubio cada vez que él descubría una habitación. Supo por sus expresiones que Andrés estaba imaginando dónde iría cada

cosa, dónde pondría cada mueble y cómo decoraría cada rincón. La mujer de la inmobiliaria se sorprendió por el hecho de que ella no hubiera abierto la boca en ningún momento durante la visita, pero es que Merche no era una mujer como las

demás y era por eso por lo que él la amaba. Finalmente, cuando Andrés preguntó si

le gustaba aquella casa, solo contestó: “tanto o más que a ti”. Ello bastó para que se decidiera a comprarla.

Mientras él arreglaba el jardín, Merche preparaba limonada en la cocina. Salió

con una bandeja en la mano, la puso en la mesa y lo llamó.

—Traigo un refrigerio. Todavía hace calor y estás sudando. Anda, tómate un descanso, que llevas horas trabajando en el jardín.

—Me gusta y me relaja. —Sonrió Andrés—. Pronto tendremos que refugiarnos

al calor de la chimenea. Estoy ansioso por estrenarla para ver qué tal tira. Nunca he tenido chimenea.

—Odio el frío —comentó Merche.

—Lo sé. Me encantará que te acurruques en mi pecho por las noches. —Andrés

dejó las tijeras de podar y se sentó a su lado—. Estos últimos meses han sido intensos. Ahora toca descansar.

—Demasiado intensos, aunque no los cambiaría por nada. A mí me ha ido muy

bien. Antes te he oído hablar con mi hermano.

—Le he llamado para ver qué tal le va. Te envía un beso.

—Pues dámelo, ¿a qué esperas? —Merche puso la mejilla y él la besó —. Y

ahora quiero uno de los gordotes que me gustan tanto... —Acercó su boca a la suya

y recibió su regalo—. ¿Y qué se cuentan? ¿Les has dicho que vengan a vernos antes

de que entre el frío y ya no puedan bañarse? Dentro de pocos días comenzará octubre y el agua estará ya fría para Ernestito.

—Todo marcha como siempre. —Andrés volvió a acercarse a su cara y

depositó un beso en sus ojos.

—Habéis estado hablando cerca de una hora, ¿no te dijo nada más? ¿Cómo está

Curtis?

—Relajado.

—Alina sabe relajar a esa fiera.

Merche bebió un sorbo de su vaso y se llevó una mano al vientre,

acariciándolo con suavidad.

—Dice Ernesto que se le ve bien. Me ha comentado que hace un par de semanas

mandó entregar al madero un maletín repleto de billetes para Noelia. Comentó que

quería que su hijo creciera limpio. Esa palabra usó.

—Entiendo. Luz entre sus sombras. Miguelito es luz para él, aun en la distancia.

El arco iris que todos necesitamos en nuestras vidas.

—Se nos ha vuelto un blando y mi mujer un tanto cursi. —Andrés sonrió y bebió un sorbo de limonada.

—Imagino que sería parte del trato —comentó Merche.

—Lo dudo. Cárdenas está cumpliendo su parte y en la de Curtis no estaba añadir un maletín con billetes morados para Miguelito. Lo hace porque quiere.

Daniel cumplirá la suya porque siempre ha sido un hombre de palabra.

—Debe ser doloroso desprenderse de algo tan valioso para uno. Miguelito es

su hijo.

—Daniel sabe que es lo mejor para Miguelito. En el fondo, el trato que hizo con Cárdenas no fue tal sino una decisión propia. Pero claro, no estoy en su pellejo.

—En cuanto a mi hermano, ¿cómo lo ves?

—No sé por qué no hablas tú con él, siempre lo hago yo.

Desde que estaban juntos, Merche y Ernesto apenas hablaban. Ella estaba bien

así y su hermano parecía haber aceptado aquella decisión.

—Supongo que lo haré un día de estos. De los viejos tiempos no me gusta hablar y cuando converso con Ernesto acabamos haciéndolo. El pasado es algo que

continúa doliéndome. Se me irá pasando poco a poco y un día olvidaré y todo será

pasado sin más. —Merche se acercó a él y se sentó en su regazo.

—Me comentó que está dándole vueltas a su futuro.

—¡Dejarlo todo y largarse al Caribe! ¡No habrá sitio más cercano para

establecerse!

—Ya no habla del Caribe, Merche, habla de un lugar perdido. Creo que para tu

hermano lo de menos es el dónde sino el cuándo. Yo no le veo todavía preparado ni

me imagino a Ernesto Sarabia regentando un negocio. Dueño de una papelería, por

ejemplo, vendiendo bolígrafos, gomas de borrar, libros de texto y novelas.

Teniendo que poner cara amable a señoras insufribles, ¿tu hermano?

Definitivamente, no lo veo.

—Tú has aprendido a hacerlo. Has preferido eso a estar de brazos cruzados, pero perfectamente podríamos vivir sin dar palo al agua. Y sin embargo, has olvidado lo que es que te tengan que pedir permiso y ahora eres tú quien dice

“gracias, buenos días y cómo está usted, ¿desea algo más, la señora?”. Ernesto está

asustado. Todos lo estamos cuando tenemos que tomar una decisión de tanta trascendencia. Es cuestión de tiempo. Lo hará por su familia. Algún día, incluso Curtis también se planteará dejar ese mundo como lo hiciste tú. ¿Te arrepientes de

la decisión que tomaste? —preguntó Merche, aunque sabía su respuesta.

—¿Bromeas? ¡Mira a tu alrededor! —Sonrió—. Hasta las ocho disfruto del

olor del papel en nuestra papelería. Papelería Rubio, suena hasta bien. Y por las tardes y los fines de semana, huelo esto. ¡Inspira, cariño, inspira fuerte!

—Tienes razón, yo tampoco veo a Ernesto vendiendo gomas de borrar y

cuadernos de espirales. Pero sí le veo inspirando este olor.

—Papelería-librería, habla con propiedad, nena. Bueno, pues que monte una

boutique del pan. Olor a pan recién hecho, pan con nombre, con alma, pan de autor.

Tampoco está nada mal ese olor.

—Sabes muy bien a qué me refiero.

—Si uno quiere, puede cambiar. Nosotros lo hicimos, Merche. Únicamente los

derrotistas hablan de la imposibilidad de hacerlo. Lo peor en esta vida es ser inmovilista. Imagina que te sintieras perdedor en una carrera antes de que dieran el pistoletazo de salida. Es una sensación amarga. Hay que avanzar y sujetarse bien al

tren de la vida y el cambio llega, sin más.

—Creo que voy a tumbarme un poco en la hamaca. Debe haber sido tu clase de

filosofía casera o este calor tan sofocante, pero estoy destrozada. Deseo que llegue ya octubre porque este bochorno es una tortura para mí —Merche cambió de tema.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy un poco mareada.

—Me preocupas… —Andrés acarició su vientre.

—Sentirse así es normal en mi estado.

—Una casita con jardín y niños correteando. Tenemos lo primero y queda muy

poco para la llegada de lo segundo. —Andrés acarició de nuevo la incipiente barriga de su esposa y sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Nunca hubiera imaginado que amaría tanto a alguien, incluso antes de conocerle.

—Ya no es un sueño, mi amor, ya no lo es…

31

Barcelona

Noelia esperaba sentada en un banco del parque. Leía una novela, el segundo de

los volúmenes de una conocida trilogía de una novelista madrileña llamada Aída del Pozo. No había nadie a su alrededor y, sin saber bien por qué, leyó aquel párrafo en voz alta.

De: Navas Marcos, Clara

Enviado el: lunes, 17 de junio de 2013, 8:03

Para: Del Cerro Dorado, Óscar

Ya sé a qué huelen las nubes. A las personas que amamos. Las nubes

hoy huelen a ti.

De: Del Cerro Dorado, Óscar

Enviado el: lunes, 17 de junio de 2013, 8:04

Para: Navas Marcos, Clara

¿Para ti huelen a eso? Curioso. Entonces para mí deberían oler a

colonia *Nenuco*, como olían mis hijos cuando era bebés y a vainilla, como hueles tú.

Colocó el marcapáginas y cerró el libro. Al hilo de aquellas líneas recordó cómo olía Miguel cuando era pequeño, “casi le bañaba en *Heno de Pravia*”, se dijo,

“su delicioso aroma perduraba en la piel de Miguel durante todo el día”.

—Qué curiosos los recuerdos que quedan grabados en nuestra memoria.

Ciertos olores y sabores se fijan en esta tan intensamente, que somos capaces de rememorar el momento como si lo estuviéramos viviendo en ese instante —

comentó con un susurro al aire.

Miró el reloj, casi las dos. Sonrió. Miguelito salió del colegio con su mochila

al hombro. Se le veía feliz. Charlaba con un compañero y hacía gestos con los brazos, como si estuviera dando explicaciones. Se despidieron hasta el día siguiente cuando la madre del muchacho recogió a su hijo.

La mujer se dirigió a Miguel por su nombre y le dio una palmadita en el hombro, a modo de despedida. En ese momento, el niño miró en dirección al parque situado frente al colegio y allí la halló, como de costumbre, esperando sentada en su banco habitual. La saludó agitando la mano y Noelia se levantó, esperó a que casi no hubiera padres en la puerta del colegio y por fin, cruzó la calle.

—Hola, cariño. ¿Qué tal te salió el examen? ¿Crees que sacarás otro diez?

Abrazó a su hijo con todas sus fuerzas como si quisiera protegerlo con sus brazos de todos y de todo. Desde aquella tarde en que se

reencontró con Curtis, cada vez que estaba nerviosa, el cuello le molestaba. Últimamente lo hacía más que de costumbre. Tenía bien amarrada su sombra a sus pies, solía decirse cuando alguna

duda despertaba en su cabeza, pero Barcelona era una ciudad enorme, desconocida

aún para ella y lo desconocido siempre la había abrumado.

—Probablemente.

—¡Mi niño es un chico listo! —comentó Noelia, mientras daba varios besos en

la mejilla al pequeño.

—¡Mamá, que no soy un niño! ¡Deja de besuquearme!—protestó Miguel.

—Tienes razón, eres ya todo un hombrecito. —Despeinó su cabello y se tocó el

suyo.

—¿Estás nerviosa, mamá?

—¿Nerviosa? ¿Por qué crees que lo estoy, cariño?

—Porque he aprendido a saber por tus gestos cómo te encuentras. Si te tocas el

pelo, es que estás nerviosa.

—En verdad eres un chico muy listo, Miguel. Listo y maduro. Trato de sacar así cosas malas de mi cabeza, pensamientos negativos.

—Arráncate un pelo, mamá. Mi seño Eloísa dice eso: “cuando algo os

preocupe, tenéis que arrancaros un cabello y soplarlo para que vuele. Y ese pensamiento, ¡zasca!, se va con el pelo lejos, arrastrado por el viento”.

—¡Qué curioso, Miguel! Una gran amiga mía dice eso, justamente eso mismo,

cariño.

—No conozco a esa amiga. ¿Cómo se llama?

—Se llama Pilar y espero que, algún día, podamos volver a vernos.

Cuando Curtis se desnudaba y se miraba en el espejo del dormitorio,

contemplaba aquella cicatriz de su costado. La acariciaba con suavidad y todavía recordaba aquellos días en casa del policía. De eso había pasado ya bastante tiempo, pero todavía lo tenía fresco en su memoria. Habló con los suyos cuando dejó aquel

pueblucho y les explicó las nuevas normas. Sin rencores. El policía tenía su palabra y, a cambio, él se aseguraba una absoluta tranquilidad: nada de persecuciones, al menos por parte del madero y su equipo.

Por otro lado, hacía un par de meses que el Rubio y Merche habían tenido a su

bebé. Andrés llamó para decírselo en cuanto llevaron a su mujer y al pequeño a la

habitación después de haberlo tenido. Aquel mismo día envió al hospital una enorme cesta con frutas frescas además de una azalea, la planta favorita de Merche.

Cuando Andrés le dijo que se marchaba y que lo dejaba todo por ella, entendió a su

amigo y le dejó partir sin tratar de convencerlo para que no se fuera. Se despidió de su hermano con un hasta pronto, aunque ambos sabían que jamás volverían a verse.

También Cárdenas había aumentado la familia. Le resultó gracioso que Ernesto

le comunicara que iba a ser padre de nuevo. Llegó a pensar que se trataba de una epidemia. Sin embargo, él llevaba meses sin ver a su hijo. Ya solamente iba una vez

al mes a ver a su madre. Había empezado a distanciar sus visitas desde que doña Fuencisla empezó a confundirlo con su hermano Miguel y desde que el niño había

dejado su casa para irse a vivir con Noelia. Eso fue lo que exigió

Cárdenas cuando

hablaron a solas, sin testigos de por medio. Que dejara que ambos se fueran. Aceptó

sin poner objeción alguna porque, en el fondo, sabía que aquella decisión era la correcta y que era lo mejor que podía hacer por su hijo.

Noelia se había quedado a su lado, en la cabecera de su cama, hasta que se recuperó por completo. Casi diez días tardó en hacerlo y en ese tiempo apenas se dirigieron la palabra. Cuando se despidieron no hubo rencores, solo una extraña sensación de vacío y una distancia infranqueable entre los dos.

Ambos dejaron la casa del policía el mismo día, tomando caminos separados,

con la absoluta certeza de que estos nunca volverían a encontrarse. Santiago le propuso que se pusiera en contacto con él a través de un apartado de correos que el

policía le facilitaría, cada vez que deseara recibir noticias del pequeño pues le advirtió que jamás obtendría su nuevo domicilio.

De hecho, Daniel se juró que nunca indagaría con respecto a su paradero. Él también lo prefirió así. Curiosamente, desde que Miguel se marchó, no había sentido la necesidad de saber del pequeño. Al cabo de unos meses comprobó lo que

ya sabía, que el niño estaba mucho mejor lejos de él y de su mundo y que, en realidad, ninguno de los dos había formado jamás parte de la vida del otro. El niño

lo único que había obtenido de su padre era una colección de videojuegos con los

que ya ni siquiera jugaba. Con aquellos pensamientos se reconfortaba, cada vez que

pensaba en el chaval.

Aquella noche Alina apareció por la puerta, luciendo un camisón de satén

blanco con encaje de blonda y un par de copas de vino blanco en la mano.

—Apenas has hablado durante la cena. Te noto tenso. ¿Quieres que te ayude a

relajarte?

—¿Con un masaje o como tú sabes?

—Como quieras tú.

—En estos momentos solo quiero un masaje terapéutico. No es por ti, nena, es

que estoy cansado.

—No me des explicaciones, cariño, simplemente túmbate boca abajo y déjame

hacer. Y cuando termine te tomas esta copa conmigo.

Daniel obedeció, sumiso. Aquella mujer ejercía una extraña influencia sobre él.

La amaba. Respiró profundamente y se dejó llevar, mecido por la suavidad de sus

caricias, sus manos recorriendo su espalda con delicadeza y apretando tan solo un

poco en la zona justa donde se concentraba la tensión. Bajó hasta llegar a sus glúteos y los masajeó igual de delicadamente, continuó por sus muslos y se dedicó

a sus gemelos durante un buen rato, hasta acabar en los pies.

—Date la vuelta. Vaya, vaya..., veo que la tensión de tu espalda ha desaparecido

y ahora se halla solamente en una parte de tu anatomía.

—Ponte encima —pidió Curtis.

—Creí que no querías ese tipo de relajación.

—Eso fue hace unos minutos, ahora la necesito. Tu masaje me ha excitado. En

este estado no podré conciliar el sueño.

—Entra en mí despacio, lo haremos suavemente y te relajarás del todo. Fuera

pensamientos extraños, recuerdos turbios y oscuros, dile adiós a esos sentimientos

que no te dejan conciliar el sueño por las noches. Déjate llevar, mi amor.

Alina besó su cuello y se meció arriba y abajo, arriba y abajo, lo más despacio

que le permitió su excitación. Y cuando acabaron, se acurrucó en su pecho, como de

costumbre.

—Alina, sé que me lo has dicho muchas veces, pero nunca lo recuerdo. ¿Cómo

se llama tu pueblo?

—Se llama *Brasov* y se halla en la región de Transilvania. Es una ciudad preciosa. Estoy segura de que te gustaría.

—Vaya, mi chica posee ancestros vampíricos, por eso se le da tan bien chupar.

—La miró y comprobó que Alina estaba seria—. Lo siento, ha sido un chiste muy

malo. ¿Echas de menos a tu familia? —preguntó, al tiempo que se incorporaba en la

cama para poder contemplar mejor la expresión de su rostro.

—Muchísimo. A mis padres, a mis hermanos, a mis abuelos, a mis amigos, a todos. Hace varios años que dejé mi país. No sé nada de ellos desde entonces.

—Creo que ya es hora de que vuelvas a verlos. Iré contigo a Rumanía.

—¿Lo dices en serio? —Los ojos de Alina se habían enrojecido de repente.

—¿Por qué iba a bromear? Cuando se trata de la familia no se bromea.

—¿Me llevarás a Rumania?

—¡Claro que te llevaré! Acabo de hacerte una promesa. Compraré los billetes y

viajaremos esta próxima semana. Quiero conocer el lugar donde naciste.

—¡Te gustará mucho! —exclamó Alina. Le besó y lo abrazó, dejándole casi sin

aliento.

A Noelia nunca se le había dado bien la cocina, acostumbrada como estaba a tener en su casa a alguien que cocinara, pero empezaba a tomarle el gusto a preparar comidas y cenas caseras, a coleccionar recetas, a hacer guisos y asados, a

hornear bizcochos y decorar tartas. El suave olor a canela y limón, a pasas y a frutos secos, jengibre y agua de azahar, inundaba todo el apartamento cuando hacía

aquellos postres que a Miguel tanto le gustaban. Nacía así un nuevo olor y sabor para recordar cada vez que experimentaba en la cocina, uno nuevo para guardar en

su memoria, como los que tenía almacenados de su infancia y de los primeros años

de vida de su hijo. “Olor a futuro”, solía decir para sí, cuando cocinaba. También le había tomado el gusto a madrugar para llevar a Miguel al colegio, ir a trabajar y parar lo justo para recogerle y comer juntos y de nuevo a la tienda hasta las ocho.

También se lo había tomado a caer rendida tras la cena, a decir buenas noches a su

hijo y a poner los pies encima de la mesita del salón y, por fin, descansar un rato.

Era su rutina, “siempre más de lo mismo, pero bendita rutina”. La monotonía del día a día, esperando a que llegara el fin de semana para gozar del merecido descanso y disfrutar de aquel tiempo libre haciendo cosas con su hijo, era lo que llenaba su vida por completo.

Aquel sábado cuando llamaron a la puerta, estaba horneando un bizcocho. Toda

la casa olía a anís, canela y agua de azahar. Advirtió, como de costumbre a Miguel

para que no saliera de su habitación antes de dirigirse a la entrada para abrir.

Aguantó la respiración y miró por la mirilla. Retrocedió un par de pasos y se quedó

quieta sin reaccionar. Volvieron a llamar y miró de nuevo.

Pudo ver dos *trollers* rojos a ambos lados de la puerta y, junto a ellos, vestido con una sudadera marrón con el logotipo de *Nike*, unos vaqueros desgastados y zapatillas de deporte de la misma marca, el hombre que estaba al otro lado de la puerta, no hacía otra cosa que sonreír y mirar a su alrededor, en un gesto de inequívoca impaciencia. Unas gafas de sol *Ray-ban* impedían ver sus ojos. Como si hubiese leído el pensamiento a Noelia, se las quitó, para que no tuviera necesidad de acudir a su memoria para recordar el color de su mirada. Se había dejado bigote y

perilla y estaba francamente atractivo. Noelia sonrió nerviosa, no podía creerlo.

Estaba allí, frente a su puerta. Había pasado algo más de un año. Noelia se miró en

el espejo del recibidor y se peinó el cabello con los dedos antes de abrir la puerta.

Le recibió con una amplia sonrisa en los labios para ocultar su nerviosismo.

—Hola —la voz de Noelia se quebró ligeramente.

—Hola.

—Veo que Cárdenas no ha podido estar con la boca cerrada. Me prometió que

no te diría dónde vivía. De hecho, me aseguró que no se lo diría a nadie. ¡Menudo

embustero!

—Santiago Cárdenas no es el único amigo policía que tengo.

—Mientes muy mal.

—Me has pillado.

—Traes dos maletas.

—Pasaba por Barcelona y como todos los hoteles estaban al completo...

—Ya. ¿Y has venido a la ciudad por negocios o por placer?

—En realidad, he venido para lo que tú quieras. —indagó en los ojos de

Noelia, que brillaban con una luz especial.

—¿Y piensas quedarte mucho tiempo? —Noelia dejó sus miedos atrás,

conforme hablaba con él.

—El que tú quieras. ¿Has dejado tus miedos atrás? Porque yo he tardado un tiempo, pero estoy aquí al fin. Veo que tienes bien cosida la sombra a tus zapatos…

—Sonrió de nuevo.

—Entra, no te quedes ahí fuera, tengo un bizcocho en el horno y se quemará si

seguimos en el descansillo. Podemos continuar la charla sentados en el salón, con

un café.

Tras cerrar la puerta se quedaron uno frente al otro en el diminuto recibidor,

mirándose y sin hablar. Él tenía el cabello más largo y no le recordaba tan atractivo.

Después de un año, su cara se había desdibujado de su memoria. Noelia se estremeció conforme observaba su rostro y rememoró sus encuentros en aquella aldea. Ella se había teñido el pelo de rubio platino y llevaba un corte estilo *emo*, muy favorecedor. Frente a Noelia, en ese momento y al ver sus ojos, él recordó que

eran más vivos de aquellos de los que se enamoró pues aquel hombre sí la tenía grabada en su memoria.

—Me gusta tu nueva imagen —comentó para romper el silencio, sintiendo que

ya se habían observado lo suficiente.

—A mí me gustas tú.

Noelia se abalanzó sobre él y le besó con pasión. Entreabrió su boca y en el instante en que sus lenguas se entrecruzaron, sintió que el tiempo se había detenido.

—No te esperaba. La verdad es que jamás pensé que volveríamos a

encontrarnos.

—Me habías olvidado. Definitivamente, me gusta mucho. —Acarició su cabello

y sonrió.

—No te había olvidado, al contrario, te añoraba, pero ya me había hecho a la

idea de no volver a verte. ¿Cuánto tiempo has dicho que te quedarás en Barcelona?

—insistió Noelia mientras acariciaba su rostro con delicadeza.

—El que tú quieras.

—Pues eso va a ser muchísimo tiempo...

En ese momento Miguel apareció en el recibidor, desobedeciendo las órdenes

de su madre. Observó al desconocido con curiosidad, pues no estaba acostumbrado

a visitas de extraños en casa.

—Miguel, te presento a un buen amigo. Va a quedarse con nosotros a vivir por

un tiempo. ¿Te parece bien o tienes algún inconveniente al respecto?

—preguntó Noelia.

—Sé quién eres, mamá tiene una foto de vosotros dos en el salón. Estáis sonriendo.

—¿Esa foto? Creí que la habías borrado del móvil. Dijiste que no habíamos salido bien en aquella fotografía —comentó sorprendido.

—Te mentí. La imprimí y la puse en un marco. —Noelia sonrió, acarició la cabeza de Miguel y le alborotó el cabello.

—¿Te parece bien que me quede? Puedo buscar otro lugar para vivir, no quiero

resultar una visita incómoda —preguntó al pequeño.

—A mi madre le gustas y cuando alguien le gusta, sonríe y yo quiero verla sonreír siempre porque tiene una sonrisa muy bonita... ¿Te gustan los videojuegos?

—¿Bromeas? ¡Los videojuegos son mi debilidad! De hecho, he venido con la

maleta cargada de ellos y con mis dos videoconsolas.

—¿Tienes la *X-Box*?

—Y la *Wii.*

—Yo tengo la *Play Station 3*. ¡Pues ya las tenemos todas! Yo bailo con mi madre con el *Just Dance*. ¿Te gusta bailar?

—Lo que me echen, Miguel.

—¿Y matar zombis?

—Tengo todos los videojuegos de la saga *Resident Evil*. A puntería, no me gana nadie.

—Bueno, eso lo veremos, yo también tengo buena puntería. ¡Qué bien nos lo vamos a pasar! Por cierto, ¿cómo te llamas? Mi madre nunca me dijo tu nombre y

eso que se lo pregunté. Me contó que eras un buen amigo y que no necesitaba saber

nada más de ti. Yo me llamo Miguel.

—Encantado de conocerte, Miguel. Me llamo Javier.

AGRADECIMIENTOS

A mis *pushibas*, palabreja que inventamos mis hijas y yo para denominar al amor incondicional entre nosotras. Sois mis soles y el alimento de mi corazón.

Siempre juntas.

A todos cuantos han contribuido a que madurara como escritora y a todas

aquellas personas que, de un modo u otro, me ayudan para que sonría cada día.

A mis seguidores en las redes sociales, por creer en mí y en mis novelas.

A Pilar y a Begoña que siempre están conmigo, pese a la distancia que pueda

haber entre nosotras. No habrá jamás kilómetros entre esta amistad que nos une.

A mi amigo Antonio, que siempre me dice que camine serena. Árboles hay en

el camino y sombra para cobijarnos. Espero que, pese a los altibajos por los que hemos pasado, sigamos superando baches y riendo juntos. La amistad, como el buen vino, madura con los años.

A mi leona, que está a mi lado cuando lloro y cuando río y es mi pañuelo y mi

risa compartida.

A Antonio O. Guerrero, amigo de andanzas literarias y quien ha dedicado

mucho tiempo y esfuerzo en la corrección de esta novela. Gracias por hacer que “el

silbido” vuele más alto aún.

A Alex, mi casualidad, mi reloj sin manecillas, mi borrador de nubes,

mi paracaídas, mi persona especial. Es promesa.

Al amor y al desamor, inspiración de mil novelas y las dos caras de una misma

moneda, que reparten alegría y tristeza por igual y que forman parte de la esencia

de la vida.

.

Document Outline

- El día en que las sombras se perdieron
- Cuando la Flaca regresó a casa
- Santiago
- Curtis
- En una aldea olvidada
- La vida te marca a fuego
- Si le quieres, ¿a qué esperas?
- Miel inalcanzable
- ¡Tócame, estoy aquí!
- Palomitas de maíz
- Nunca digas “nunca”
- Caín y Abel
- Incidente en el Dama Blue
- Piel con piel
- La tarjeta
- Historias que nunca terminaron
- Recuerdos
- Alina, la rumana
- En el punto de partida
- Planes, decisiones y una nueva vida
- Una papelería en Miraflores
- La visita
- Papelería Montalvillo
- Descubren al aliado
- El escondite de la mujer sin sombra
- ¿Me esperabas?
- Ira, Liberación, Renacimiento
- No me rendiré jamás
- Cara a cara
- Pasar página
- Barcelona
- AGRADECIMIENTOS